



Jack London

Aventura

Editado por

INDICE

1. ALGO QUE HACER
2. ALGO ESTÁ HECHO
3. LA «JESSIE»
4. JOAN LACKLAND
5. ME GUSTARÍA SER PLANTADORA
6. TORMENTA
7. LA CHUSMA REBELDE
8. COLOR
9. ENTRE UN HOMBRE Y UNA MUJER
10. UN MENSAJE DE BOUCHER
11. LOS REBELDES DE PORT ADAMS
12. MORGAN Y RAFE
13. EL ARGUMENTO DE LA JUVENTUD
14. «MARTHA»
15. REFLEXIONANDO SOBRE LA EDUCACIÓN
16. UNA JOVEN POCO DESARROLLADA
17. ¡ESA JOVEN!
18. LA NOVELA SE CONVIERTE EN REALIDAD
19. LA PÉRDIDA DEL JUGUETE
20. HABLANDO COMO UN HOMBRE
21. ROBO Y CONTRABANDO

1. ALGO QUE HACER

Podía verse perfectamente lo enfermo que se encontraba el hombre blanco. Lo cargaba auestas un negro salvaje, de cabello lanudo y orejas tan bestialmente perforadas que el lóbulo de una de ellas se había desgarrado y el de la otra amenazaba con seguir el mismo camino, estirado por un anillo de tres pulgadas de diámetro. La oreja rasgada, taladrada nuevamente en lo que sobraba de carne blanda, no se sometía a otra violencia que el adorno de una pipa de barro. El caballo humano aparecía grasiento, manchado de barro, y su vestimenta era apenas un harapo sucio ceñido a los muslos. No por eso el blanco dejaba de aferrarse a él con sus últimas energías. A veces dejaba caer su cabeza desmayada hasta la zamarra de su porteador, y al levantarla nuevamente dejaba vagar su apagada mirada entre las palmeras que se elevaban como velas encendidas por la llama del sol. Vestía también con poca ropa, apenas una simple camiseta y una faja de algodón que le caía desde la cadera hasta las rodillas. Se protegía la cabeza con un viejo y gastado sombrero «Baden Powell», y de su cinto colgaba una pistola automática de gran calibre y una cartuchera, en previsión de cualquier peligro.

Tras ellos caminaba un muchacho de color de catorce o quince años, cargado con botellas, un recipiente de agua hervida y un botiquín.

Habían atravesado el patio de la casa y caminaban en medio de un cultivo reciente que carecía de sombra. No corría la más leve brisa de aire. El ambiente, cargado de olores nauseabundos, oprimía el pecho como si fuese estaño fundido. Cerca de allí se escuchó un clamor agónico, gemidos atormentados, en la misma dirección que llevaban, y de repente apareció una cabaña de ramas de techo bajo, de la que provenían los lastimeros gritos y las expresiones de dolor y sufrimiento. El hombre blanco, llamado David Sheldon, se fue aproximando hasta que los llantos y quejidos se escucharon claramente. Antes de entrar, titubeó en el umbral. La disentería, la terrible plaga de las islas Salomón, causaba estragos en sus tierras de Beranda, y él se encontraba allí solo contra este enemigo que también le atacaba.

Entró en la choza sin bajarse, agachando apenas la cabeza. Cogió de las manos del negro un frasco de amoniaco, y después de aspirar enérgicamente, se preparó para lo que le esperaba, y gritó:

—¡Silencio!

Inmediatamente se acallaron las voces.

Una tarima de madera de seis pies de ancho se extendía a lo largo con una ligera inclinación, dejando a ambos lados un estrecho pasillo. Sobre ella descansaban hasta veinte negros, cuyo aspecto reflejaba inmediatamente la horrible especie a la que pertenecían. Eran caníbales. Sus facciones desproporcionadas, bestiales, y sus cuerpos de una fealdad repugnante, estaban más cercanos al mono que al hombre. Tenían las narices decoradas con anillos de concha de molusco y de tortuga, y también las atravesaban con alambres en los que ensartaban después unos canutillos. Sus orejas taladradas se estiraban con el peso de tarugos, anillas, pipas y otras exageraciones ornamentales. Su piel estaba repleta de tatuajes y cicatrices torpemente realizados. Debido a su estado, ni siquiera llevaban taparrabos, aunque conservaban sus brazaletes de concha, sus collares de cuentas y sus cintos de cuero atravesados por cuchillos. Muchos estaban cubiertos de heridas, sobre las que revoloteaban enjambres de moscas, que se posaban y volvían a volar formando auténticas nubes.

Sheldon le iba dejando a cada enfermo su correspondiente dosis de medicina, y tenía que agudizar la memoria para recordar perfectamente a quiénes les podía administrar la ipecacuana, y a quiénes esta droga les resultaría insoportable. Uno de aquellos enfermos ya había muerto, y mandó que lo retirasen inmediatamente, con el tono autoritario de quien no está dispuesto a permitir la menor rebeldía. El enfermo a quien le tocó obedecer lo hizo a regañadientes, y mientras tiraba del muerto por los tobillos, se le ocurrió susurrar algo ininteligible. El hombre blanco perdió la paciencia, y aun costándole mucha energía, alargó el brazo y le propinó un formidable puñetazo en la boca.

—¡Eso es para que te calles, Angora! —gritó—. ¿Qué es eso de hablar tanto? A ver si voy a tener que saltarte los dientes. ¡Vamos!

El salvaje se había revuelto con la rapidez de una alimaña dispuesta a arrojarse contra su enemigo, con los ojos encendidos de rabia; pero al ver que el blanco empuñaba una pistola, se contuvo. Sus extremidades, tensas y dispuestas para dar el salto, se relajaron, e inclinándose de nuevo sobre el muerto, lo arrastró sin protestar.

—¡Cerdos! —masculló David Sheldon, incluyendo en aquel insulto a todos los indígenas.

Tan enfermo como los que yacían en aquellas camas se encontraba el hombre blanco que los cuidaba. Nunca estaba completamente seguro de haber terminado bien sus visitas a aquel montón de personas heridas y malolientes. Estaba absolutamente convencido de que si llegaba a sufrir un desmayo pasajero hasta los enfermos más débiles se le echarían al cuello como lobos hambrientos.

Casi al final de la tarima estaba agonizando un hombre, y ordenó que lo sacasen de allí en cuanto exhalase su último suspiro. En ese momento, la cabeza de un negro asomó por la puerta de la cabaña y anunció:

—Cuatro pacientes graves.

Le seguían los nuevos enfermos, todavía con fuerzas para andar. Sheldon mandó al más grave al camastro que acababa de abandonar el último difunto, y al siguiente más grave le dijo que esperase a la muerte del otro, mientras mandaba a uno de sus acompañantes que reuniese una brigada para construir inmediatamente otro cobertizo para hospital. Después continuó su visita, intentando entretener a los enfermos con frases divertidas de una jergonza curiosa. A veces, un largo llanto salía del rincón de la choza, y cuando vio que aquellos gemidos los daba un joven repleto de salud, explotó de ira.

—¿Por qué demonios estás lloriqueando?

—Por este compañerete que es mi propio hermano. Mi hermano... que se muere¹.

—¡Tu compañerete que se muere! —repitió Sheldon en tono de burla. Y añadió amenazadoramente—: ¿Y para qué llorar tanto, cretino? ¿No te das cuenta de que si no te callas le matarás igualmente de dolor de cabeza? ¡Deja de sollozar! ¿Me oyes? Si no lo haces, te haré callar inmediatamente.

El blanco había levantado el puño, y el triste salvaje se encogió, mirándole asustado como una rata.

—Termina con tus lloriqueos —continuó el patrón, con voz más suave—. Mejor sería que, en vez de llorar, le espantases las moscas, que lo están devorando. Ve por agua y lava a ese «hermanito tuyo» hasta dejarlo limpio. ¡Vamos, date prisa! —terminó diciendo con ese espíritu que lograba imponer su voluntad sobre el perezoso ánimo de los negros.

Al acabar la visita, caminaron de nuevo bajo el sol abrasador. Agarrándose al pescuezo del negro, dio un profundo suspiro. El aire muerto parecía asfixiarle los pulmones, y, agotado, dejó caer su cabeza en un estado de sopor del que ya no saldría hasta llegar a casa. Cualquier esfuerzo de la voluntad era como una tortura para él, y a cada instante se veía obligado sin embargo a hacer un nuevo esfuerzo.

Invitó a una copa de ginebra al negro que había cargado con él, y después de tomar un baño antiséptico, disolviendo en el agua todo el sublimado corrosivo que le trajo su cria-

¹ El inglés hablado por los negros del archipiélago de Salomón resulta un galimatías que no encajaría con ninguna versión castellana, por esforzada que fuese. Renunciamos, pues, a tal propósito, aunque nos pese profundamente.

do Viaburi, se medicó a sí mismo, se tomó el pulso, se puso el termómetro y se tumbó en su camastro, conteniendo un quejido de dolor. Eran las cinco de la tarde y acababa de terminar su tercera visita.

Pasado un rato llamó al negrito:

—Mira a ver si ves a la *Jessie*—le ordenó.

El joven se marchó a la galería con un catalejo para otear en el mar.

—Veo una goleta en la distancia —anunció—. Debe de ser la *Jessie*.

El enfermo consiguió respirar aliviado.

—Si lo es, te daré cinco pastillas de tabaco.

Pasó un buen rato en ansioso silencio.

—La verdad es que podría ser la *Jessie*, o también otro barco —explicó el joven con la voz temblorosa por la duda.

David Sheldon se arrastró hasta el borde del camastro y se dejó caer de rodillas en el suelo. Logró incorporarse agarrándose a una silla, que fue arrastrando hasta la puerta. Aquel esfuerzo sobrehumano le hizo transpirar copiosamente, y después de alcanzar la galería cayó sobre la silla y se quedó un momento jadeante, pálido, como si tuviese un ataque. Finalmente logró erguirse para mirar con el catalejo que sujetaba el joven, apoyando un extremo en la barandilla. Le costó un buen rato poder enfocar las velas de la nave, y después de examinarla detenidamente sentenció:

—No es la *Jessie*. Es el *Malakula*.

Cambió de apoyo para tumbarse esta vez en una silla extensible, desde la que podía contemplar el horizonte. A trescientos pies de distancia las olas rompían sobre la playa. A la izquierda se veía la blanca franja de rompientes que formaba el bajío de piedras cubiertas de agua en la desembocadura del Balesuna, y detrás, las abruptas costas de la isla de Savo. Justo enfrente, al otro lado de un canal de doce millas, se encontraba la isla Florida, y un poco a su derecha, perdida en la distancia, se vislumbraban las costas de Malaita, la tierra salvaje que era el hogar de asesinos, piratas y caníbales, de donde procedían los doscientos braceros de aquella plantación. Entre la casa y la playa había una cerca de cañas, y al ver que la puerta estaba entreabierta, ordenó al muchacho que la cerrase. En el patio crecía una alta y frondosa palmera de coco, y dos mástiles sobresalían en el aire, a ambos lados de la avenida que conducía hasta la puerta, sobre promontorios artificiales de diez pies de altura y sujetos por rodrigones pintados de blanco y por fuertes cadenas. Ambos postes recordaban la arboladura de una embarcación, con sus obenques, sus masteleros, sus botavaras y drizas para las banderas. De una verga colgaban llamativamente dos banderolas de cuadros blancos y azules, como si una de ellas fuese un tablero de ajedrez, y la otra, como blanca fámula, con un círculo rojo en el centro en señal de peligro, tal y como indicaba el convenio de avisos y señales.

En un rincón de la empalizada anidaba un halcón. A David Sheldon le dio la impresión de que también el pájaro estaba enfermo, y aquel pensamiento le animó levemente, como si ya tuviese un compañero de penas y fatigas. Ordenó tocar la campana en señal de que

todo el mundo parase de trabajar, y después, montando nuevamente a espaldas de su criado, realizó el último reconocimiento del día.

En el hospital se encontró con dos enfermos nuevos, a los que recetó aceite de ricino, y se alegró del resultado de aquel día, no tan desastroso como el de otros: únicamente habían muerto tres hombres. Después de examinar la copra que se había recogido, pasó por los jacales para ver si se escondía algún enfermo, desobedeciendo las severas órdenes que había dado, con el fin de aislar inmediatamente cualquier caso que apareciese. Al regresar a casa escuchó los informes de los capataces y les dio órdenes para el día siguiente. También se entrevistó con los jefes del embarcadero, asegurándose de que los botes permanecían arrastrados playa adentro y sujetos con cadenas y candados, como cada noche. Se trataba de una precaución de extraordinaria importancia, ya que un bote abandonado en el agua, cuando casi todos los negros tenían miedo, representaba la desaparición de veinte braceros al día siguiente; pérdida que supondría la ruina de Beranda, puesto que cada trabajador costaba treinta dólares, y los botes no eran fáciles de comprar en el archipiélago. La muerte iba reduciendo día a día la mano de obra. Una semana atrás, siete hombres se habían escapado a través de la selva. Cuatro regresaron amarillentos y consumidos por la fiebre, relatando que sus dos compañeros habían sido asesinados y *kaikai*² por los hospitalarios bosquimanos. El otro logró escapar y vagabundeaba por la costa en espera de poder robar una canoa con la que viajar hasta su isla.

Viaburi apareció con dos linternas para que el amo les echase un vistazo, y al ver éste que ardían con luz clara e intensa llama, dio su conformidad con un gesto de asentimiento. El muchacho levantó una de ellas hasta la punta de un mástil y colocó la otra en un rincón de la galería.

El blanco se tumbó dando un suspiro de alivio. Acababa de terminar el trabajo de aquel día. Apoyado en la cabecera de su cama tenía un fusil, y también tenía una pistola siempre al alcance de su mano. Pasó una hora de paz y silencio absolutos. El hombre se encontraba en un estado de letargo parecido al coma. Inesperadamente le sobresaltó un crujido procedente de la parte trasera de la galería. El cuarto tenía forma de L y su cama se encontraba en un rincón oscuro, ya que la lámpara pendía sobre la mesa de billar, en el ángulo central, y alumbraba toda la habitación sin molestarle. La galería estaba perfectamente iluminada. Escuchó nuevamente con atención. Los crujidos se repetían, y enseguida se dio cuenta de que varios hombres le espiaban desde el exterior.

—¿Qué pasa? —gritó, seca y enérgicamente.

Toda la cabaña, levantada sobre pilares de unos diez pies de altura, crujió al escucharse los pasos que se alejaban.

—Cada día son más atrevidos —masculló—. Tendré que tomar medidas.

Sobre Malaita se elevaba en su plenitud la reina de la noche, derramando su luz sobre la plantación. Todo permanecía tranquilo e inmóvil en la quietud del aire, taladrado únicamente por los quejidos procedentes del sanatorio. Bajo los techos de paja, unos doscientos hombres de cabezas lanudas descansaban las penalidades del trabajo, y muchos de

² Devorados.

ellos se estiraban para oír los juramentos de alguien que osaba maldecir al hombre blanco, que nunca dormía. En el patio de la casa ardía el aceite de las linternas. Dentro, el odiado hombre blanco gemía y se agitaba, entre el fusil y el revólver, inquieto en sus pesadillas.

2. ALGO ESTÁ HECHO

Sheldon se sintió peor al despertar. Su debilidad seguía creciendo y habían hecho su aparición algunos síntomas alarmantes. Comenzó sus visitas buscando a alguien en quien poder descargar su enfado y despejar una situación que, si ya era complicada para quien tuviese salud, resultaba insostenible para quien, como él, se encontraba totalmente abandonado de energías y de ayuda. Los negros eran cada vez más osados y peligrosos, y la visita de aquella noche al *bungalow*, el delito más grave de Beranda, era ofensiva. Tarde o temprano se ocuparían de él, si él no se ocupaba antes de ellos, convenciéndoles nuevamente de la indiscutible superioridad de la raza blanca, e iluminándoles la mente a flogonazos.

Regresó a casa descontento de que no se le hubiese presentado ninguna oportunidad para escarmentar a aquellos salvajes insolentes e insubordinados desde que el mal asolaba Beranda. Al contrario que otras veces, nadie se había quejado en aquella ocasión, mostrando cierta inteligencia, y lamentaba no haberlos dejado entrar la noche anterior para darles una lección acabando con dos o tres. Era él solo contra doscientos, y le aterraba el hecho de que la enfermedad le venciese, dejándolo a merced de aquellos brutos. Casi podía verlos arrasando la hacienda, saqueando el almacén, incendiando la plantación y escapando hasta Malaita. Era algo terrible imaginar su cabeza disecada al sol y ahumada, como un siniestro trofeo que marcara la entrada de alguna guarida de antropófagos. Si no aparecía la *Jessie*, se haría necesario un escarmiento.

En cuanto sonó la campana llamando a los negros a los trabajos del campo, apareció una visita. Desde la galería, adonde mandó que trasladasen su cama, vio las canoas movidas a remo contra la playa, y arrastradas inmediatamente tierra adentro. Cuarenta salvajes, armados con lanzas, arcos, flechas y macanas, se apiñaban al otro lado del patio, temerosos y conocedores de la ley que protege la vivienda de un blanco. Sólo entró uno de ellos, avanzando hasta el pie de la escalera, y Sheldon reconoció a Seelee, el jefe de la tribu de Balesuna, a quien atendió desde lo alto, incorporado en su camastro.

Seelee, más inteligente que la mayoría de los salvajes, era, a pesar de todo, la prueba fehaciente de la degradación de su raza. Sus diminutos ojillos, muy juntos, mostraban crueldad y astucia. Todas sus ropas se reducían a una cuerda anudada y una canana. La concha cincelada y perlada que le colgaba desde la nariz hasta la barbilla, impidiéndole hablar, era un mero adorno, como los agujeros de sus orejas eran simples ardidés para llevar las pipas y el tabaco. Sus dientes desordenados se habían ennegrecido de tanto mascar *buyo*, cuyo jugo escupía de vez en cuando.

Al escuchar y al hablar gesticulaba como un mono. Asentía bajando los párpados y adelantando la barba. Se manifestaba con un orgullo pueril, lo que desentonaba vivamente con la actitud servil que le mantenía bajo la galería. Él, con la ayuda de todos sus hombres, era el dueño y señor de Balesuna, mientras que Sheldon, solo y abandonado, era el

amo del jefe de Balesuna. No le agradaba a Seelee recordar el momento que le proporcionó la oportunidad de admirar y odiar al mismo tiempo la naturaleza de los blancos. Cierta día protegió en su huir a tres negros de Beranda, que le dieron cuanto poseían para que les ayudase a llegar hasta Malaita. Seelee tenía entonces la esperanza de enriquecerse convirtiendo su aldea en una especie de residencia o refugio para los desertores de Beranda.

Desgraciadamente para sus planes, no sabía cómo se las gastaban los blancos, y el hombre con quien hablaba en aquel momento se lo enseñó, cuando se presentó en su choza al despuntar el alba. Su primera reacción fue de alegría: tan seguro se sentía entre los suyos; pero al ver que el asunto se ponía serio, quiso pedir socorro, y un puñetazo ahogó el grito dentro de la boca, mientras que una mano le estrangulaba, dejándole totalmente indefenso. Cuando recuperó el conocimiento se encontraba a bordo del bote del hombre blanco, camino de Beranda, donde permaneció prisionero, arrastrando grilletes y cadenas. No logró ser liberado hasta que su tribu devolvió a los tres desertores, y aun después su pueblo tuvo que pagar una multa de diez mil cocos, impuesta por el terrible hombre blanco. A partir de aquel episodio, en lugar de proteger a los desertores que huían hacia Malaita, se dedicó a darles caza. Era un negocio más seguro. Sheldon le daba una caja de tabaco por cabeza. Pero si algún día se le presentaba la oportunidad de apresar al blanco, porque se encontrase indefenso o porque cometiera alguna imprudencia a su lado, en medio de la espesura del bosque, ¡ah!, entonces sería su cabeza la que vendería en Malaita a buen precio.

David Sheldon escuchaba satisfecho las palabras de Seelee. El último de los cinco desertores había sido apresado y esperaba en la puerta. Entró rodeado de sus captores, con gestos de estupor y desafío, amarradas las manos con sogas de fibra de cocotero, y con la piel cubierta por la sangre que había vertido en su lucha contra los enemigos.

—Perfecto, Seelee —le felicitó David Sheldon—. Este negro que has cazado es uno de mis trabajadores más fuertes. Te daré una caja de tabaco por él, ¡palabra! También, y para que sigas sirviéndome fielmente, te daré tres brazas de indiana y un machete nuevo.

Dos jóvenes sacaron del almacén las mercancías y se las entregaron al jefe de la tribu de Balesuna, que después de recoger el premio con un gruñido regresó hasta las canoas. Obedeciendo las órdenes de Sheldon, dos sirvientes ataron al desertor de pies y manos a uno de los pilares de la casa.

A las once de la mañana, Sheldon mandó convocar a todos los trabajadores en el patio. Acudieron hasta los que trabajaban en el hospital; no faltaron ni las mujeres ni los mozalbetes de la plantación; unas doscientas personas en total, desnudas, esperando órdenes. Todos portaban consigo sus habituales adornos: cuentas, conchas y huesos; las orejas y narices de muchos de ellos mostraban imperdibles, clavos, peinetas de metal, llaves para abrir las latas de conserva e incluso mangos de utensilios de cocina. Otros llevaban cortaplumas prendidos en los bucles, como el que los lleva en un bolsillo. Del pescuezo de uno de ellos colgaba el pomo de una puerta; del cuello de otro, la rueda de un despertador.

El hombre blanco miraba a su gente, recostado contra la barandilla. Cualquiera podría abatirlo de un solo golpe. Sin el temor que inspiraban las armas de fuego, aquella horda de salvajes se habría abalanzado sobre él, apoderándose de su cabeza y adueñándose de la plantación. A todos les sobraba rencor, pero les faltaba lo que tenía el enemigo: el fuego

del poder, que nunca se extinguía y que ardía con la misma fuerza de siempre en aquel hombre acabado por la enfermedad, pero todavía capaz de enfurecerse y de abrasarlos con su ira.

—¡Narada! ¡Billy! —gritó Sheldon autoritario.

Dos hombres surgieron de las filas a regañadientes y esperaron. Sheldon dio las llaves de las esposas a un sirviente, que bajó para desatar al preso, y se dirigió nuevamente a los otros dos:

—Coged a este hombre y atadlo a un árbol con los brazos levantados.

Mientras obedecían su orden con exasperante lentitud, entre el murmullo y la agitación de los espectadores, el criado fue en busca del látigo, y Sheldon comenzó su discurso:

—El estúpido Arunga pretendía burlarse de mí. Yo no le he robado. No robo ni engaño a nadie. Cuando le pregunté si quería venir conmigo a Beranda para trabajar tres años en mi plantación, me contestó: «Muy bien, acepto.» En este tiempo no le ha faltado su correspondiente *kai-kai*³ ni tampoco dinero. ¿Por qué desertó? Pretendía reírse de mí... pero se arrepentirá. Le he pagado a Seelee, el jefe de la tribu de Balesuna, una caja de tabaco por este pillo de Arunga. Muy bien; será el propio Arunga el que me devuelva esta caja de tabaco. Pagaré por ella seis libras o, lo que es lo mismo, trabajará un año más para mí. De acuerdo. Pero antes recibirá tres veces diez latigazos. Tú, Billy: toma el látigo y dale a Arunga tres veces diez latigazos. Quiero que todos los hombres sean testigos del castigo, y también todas las Marías⁴, para que sepan cuál es la recompensa para la fuga, si es que han tenido alguna vez la tentación de escaparse. Vamos, Billy, dale fuerte tres veces diez golpes.

El joven le dio el látigo, pero Billy no lo cogió. Sheldon le miraba sin inmutarse. Todos los caníbales tenían sus miradas puestas en él, expresando dudas, miedo y ansiedad. En aquellos momentos se estaba decidiendo la vida o la muerte del blanco.

—Tres veces diez latigazos, Billy—le animó Sheldon con un grito, aunque había cierta estridencia metálica en su tono.

Billy se ofuscó, levantó la mirada y volvió a bajarla, indeciso.

—¡Billy!

La voz del blanco resonó como un tiro de escopeta. El salvaje tembló de pies a cabeza. Aquel episodio se retrataba en la grotesca expresión de los espectadores, de los que brotaba un sordo clamor.

—Si deseas azotar a Arunga, utiliza a Tulagi —desafió Billy—. Un agente del Gobierno utiliza el látigo sin miedo porque obedece a la ley. Yo sólo conozco la ley.

Sheldon lo sabía, pero deseaba sobrevivir a aquel día, y también al siguiente, sin dejarse matar, por lo que no podía esperar a que se cumpliera la ley una semana más tarde, o quizá después.

³ Comida.

⁴ *Mary* es el nombre con el que se refieren los marineros ingleses a las mujeres.

—¡Hablas demasiado! —gritó enfurecido—. ¿Qué pretendes decir con esas palabras? ¿Qué quieres decir?

—Yo sólo conozco la ley—repitió el salvaje con cabezonería.

—¡Astoa!

Otro negro avanzó al frente casi de un brinco, y se quedó mirando descaradamente hacia arriba.

Astoa, tú y Narada atad a Billy junto al otro, para que sufra el mismo castigo. Y atadlo bien fuerte —añadió—. Astoa, coge el látigo y golpéales sin la menor consideración... ¿me has oído?

—¡No! —gruñó el salvaje.

Sheldon cogió el rifle que se apoyaba contra la barandilla y lo cargó delante de todos.

—Te conozco muy bien, Astoa—dijo tranquilamente—. Has trabajado seis años en Queensland.

—Como misionero —le interrumpió el negro con desfachatez.

—Y pasaste un año entre rejas, también. Te detuvieron dos veces por robo. De acuerdo. Tú que has sido misionero conocerás alguna oración.

—Sé rezar—replicó el salvaje.

—Pues empieza a hacerlo; pero no tardes demasiado en tus oraciones, o no te dejaré acabarlas.

David Sheldon le apuntó con el rifle y esperó. El negro miraba a sus compañeros, pero nadie acudía en su ayuda, absortos en la contemplación de aquel hombre blanco que, absolutamente solo en la galería, y con la muerte entre sus manos, los tenía maravillados.

Sheldon estaba convencido de que había ganado. Astoa cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, sin decidirse a hacer nada, excepto mirar al hombre blanco, cuyos ojos brillaban fijamente clavados en el punto de mira que lo enfilaba.

—¡Astoa! —tronó, aprovechando aquel temor—. Contaré hasta tres, y después te mataré. Todo ha terminado para ti.

David Sheldon sabía que no dudaría en apretar el gatillo al llegar a tres, haciendo rodar por tierra a aquel hombre. Pero como tampoco el negro lo dudaba, en cuanto el hombre blanco contó uno, estiró la mano y cogió el látigo. Desde que descargó los primeros golpes, contrariado por las recriminaciones de sus compañeros, se dedicó inmediatamente a descargar la rabia que la situación le producía, aplicando el látigo con todas sus energías. Sheldon le gritaba desde la galería, mientras las víctimas del suplicio estallaban en alaridos de dolor y la sangre les brotaba de la espalda hasta encharcar el suelo. La lección quedó impresa en ese momento, con letras rojas.

Cuando todos abandonaron el patio, incluidos los azotados, David Sheldon, casi inconsciente, se dejó caer en su camastro.

—Me encuentro fatal —gimió—. Pero al menos hoy podré dormir tranquilo.

3. LA «JESSIE»

Según transcurrían los días, Sheldon iba decayendo, hasta que finalmente perdió las fuerzas para continuar haciendo sus cuatro visitas diarias al sanatorio. Cada día morían cuatro hombres de promedio. El pánico se había adueñado de la población negra, y los que enfermaban parecían esforzarse por morir lo antes posible. La muerte se les antojaba irremediable, y una vez postrados eran incapaces de realizar el menor esfuerzo, e incluso se empeñaban en que se cumpliese lo antes posible su fatal destino. Incluso los sanos consideraban que era cuestión de días el ser atacados por la enfermedad y seguir la misma suerte que todos. Pero a pesar de aquella convicción, les faltaba valor para terminar con el resto de vida que le quedaba al hombre de piel blanca y escapar de aquel cementerio utilizando los botes. Preferían la muerte lenta que iba engordando con ellos, antes que exponerse a la muerte inmediata que les abrasaría la carne, si se rebelaban contra el hombre blanco. Estaban tan convencidos de que aquel hombre no dormía que habían desistido de conspirar contra él. Ni siquiera la epidemia que los estaba diezmando conseguiría nada contra el hombre blanco.

El escarmiento al desertor y al desobediente había restaurado la disciplina, y se doblegaban bajo aquella mano férrea, permitiéndose muecas y miradas de odio solamente cuando el blanco les daba la espalda, y guardando sus insultos para la soledad de sus chozas. No hubo más deserciones, ni aproximaciones al *bungalow*.

En la madrugada del tercer día, y a unas ocho millas de distancia, se avistaron las velas blancas de la *Jessie*, aunque hasta las dos de la tarde las banderolas de señales no permitieron que echase anclas a un cuarto de milla de la costa. La visión del barco animó tanto a Sheldon que no le importó aquella espera. Dio órdenes a los capataces de destacamento y realizó una visita al hospital, sin preocuparse por nada. Ahora acabarían sus problemas, podría tumbarse a su antojo y entregarse por completo a cuidar de sí mismo y de su recuperación. Su socio, Hugo Drummond, se encontraba a bordo, lleno de salud, después de haber recorrido Malaita durante mes y medio para reclutar nuevos trabajadores. Él se encargaría en el futuro de la plantación, y todo saldría bien.

Reclinado en la silla extensible vio llegar el bote de la goleta, sorprendido de que sólo tres remeros lo impulsaran, y su sorpresa fue en aumento al ver lo mucho que tardaban en saltar de la barca cuando ya estaba sobre la arena. Enseguida entendió el motivo. Los tres remeros negros se aproximaban llevando a hombros una camilla. Reconoció en el enfermo al capitán blanco de la *Jessie*, se adelantó para abrir la puerta y dejó pasar a los camilleros antes de cerrarla. Sheldon comprobó que en la camilla también viajaba Hugo Drummond, y una sombra le nubló el rostro. Le entró un repentino deseo de morir. Aquella desgracia era superior a sus fuerzas, y en su estado de completo agotamiento era incapaz de llevar la pesada carga que significaba tener exclusivamente en sus manos la plantación de Beranda. Encendiendo la llama de su voluntad, mandó a los negros que dejasen a un lado la camilla. Hugo Drummond, que se encontraba pletórico de salud al partir, regresaba convertido en un esqueleto, con los ojos hundidos y cerrados; sus labios colgaban macilentos, mostrando su blanca dentadura, e incluso los pómulos parecían a punto de taladrarle la piel. Sheldon le pidió el termómetro a un sirviente, e interrogó con la mirada al capitán.

—Es la fiebre del agua emponzoñada —le explicó—. Lleva seis días en este estado. Hemos declarado a bordo la disentería. Y aquí, ¿qué es lo que les pasa a ustedes?

—Estoy enterrando a cuatro hombres por día —le replicó Sheldon, mientras colocaba el termómetro en la boca de su socio moribundo.

El capitán masculló un juramento y ordenó que le sirvieran whisky con soda. Sheldon le echó un vistazo al termómetro y gritó:

—¡41°! ¡Pobre Hugo!

El capitán le ofreció un trago al enfermo.

—¡Aparte eso! Ni lo piense. ¿No sabe que puede provocarle una perforación?

Y mandó llamar a un capataz para que excavasen una fosa y construyesen un féretro con madera de embalaje. Los negros eran enterrados sin ataúd, sobre una plancha de hierro galvanizado. Después de dar aquellas órdenes, se dejó caer sobre una silla y cerró los ojos.

—Hemos vivido un auténtico infierno —dijo el capitán, haciendo una pausa para recuperar energías con otro vaso de whisky—. Un auténtico infierno, amigo mío; puede creerme. Nos tropezábamos con rachas de viento contrario, en medio de la calma chicha, errando a la buena de Dios durante diez días, y acosados por más de diez mil tiburones, atraídos cada vez en mayor número por los cebos que nos veíamos obligados a echarles. Todavía mordían nuestros remos cuando desembarcamos. ¡Quiera Dios desatar un No-roeste que lleve hasta el quinto infierno esas malditas islas!... Toda la culpa es del agua..., el agua del Owga con la que llené mis barriles. ¿Quién podría imaginarlo? Muchas veces me aprovisioné allí en el pasado, sin que ocurriese nada. Llevábamos sesenta reclutas, y mi tripulación, de quince hombres. Nos pasábamos día y noche enterrando gente. ¿De qué nos servían los muertos? ¡Desgraciados! Parecían morir de asco. Sólo tres de mis hombres se mantienen en pie, siete ya han muerto, y los otros cinco se encuentran en las últimas. ¡Vaya un infierno! ¿Qué más puedo decirle?

—¿Cuántos trabajadores le quedan? —preguntó Sheldon.

—He perdido la mitad, de forma que me quedan unos treinta, de los cuales veinte se encuentran agonizando ya.

Sheldon suspiró.

—Eso nos obliga a ampliar el hospital. Tenemos que desembarcarlos como sea... ¡Viaburi! ¡Eh, tú, Viaburi! Llama a todos con la campana.

Los braceros, convocados inesperadamente, aparecieron procedentes de todas las direcciones, quedando distribuidos rápidamente. Unos fueron enviados al bosque para talar árboles con los que construir posteriormente las vigas, otros fueron mandados a los cañaverales para cortar la paja con la que se haría el tejado, y cuarenta fueron enviados a la playa para poner a flote una barcaza, llevándola sobre sus cabezas. Sheldon apretó los dientes, afirmó su ánimo y volvió a tenerlos a todos bajo su mano.

—¿Se ha fijado usted en el barómetro? —le preguntó el capitán.

—No, ¿por qué? —dijo Sheldon.

—Parece que está bajando.

—Entonces lo mejor será que duerma a bordo. Yo me ocuparé del pobre Hugo.

—Uno de los negros estaba agonizando cuando eché anclas.

—¡Santo Dios! —exclamó Sheldon enojado—. ¡Tírelo por la borda, hombre! ¡Ya tengo demasiadas tumbas en tierra!

—Sólo se lo decía... —prosiguió el capitán, sin parecer ofendido.

—Capitán —le interrumpió Sheldon, en un tono que mostraba arrepentimiento por su arrebató—, si le resulta posible desembarcar mañana, acérquese a echar un vistazo. Si no le es posible, mande al piloto.

—Vendré yo mismo. Y ahora que lo dice, ¡qué mala memoria tengo! Mr. Johnson falleció... no me he acordado de decírselo..., murió hace tres días.

Sheldon vio al capitán de la Jessie, que se alejaba agitando los brazos y lanzando maldiciones, mientras suplicaba al cielo que hundiese las islas Salomón. Después se entretuvo contemplando el rítmico balanceo del bote sobre el estático cristal del Océano, y algo más lejos, hacia el Noroeste, los negros nubarrones que se iban concentrando en altísimas montañas sobre la isla de Florida. Entonces regresó junto al lecho de su socio y mandó que lo llevaran al interior de la casa. Pero Hugo Drummond ya había muerto. Sheldon se arrodilló junto al difunto, y los criados se agolparon alrededor, ofreciendo la escena un cuadro pintoresco de piadosa composición, con los simples taparrabos blancos en contraste con su piel negra, y sus brillantes adornos grotescamente tallados, atravesándoles narices y orejas. Sheldon se levantó temblorosamente y se recostó en la silla. El pesado ambiente oprimía los pechos como nunca, haciendo angustiosa la respiración. David Sheldon jadeaba en busca de aire. Los criados mostraban su rostro y sus brazos bañados en sudor.

Amo —advirtió uno de ellos—, se nos acerca un viento muy fuerte.

Sheldon afirmó con la cabeza, sin decir nada. Por mucho que hubiese apreciado a Hugo Drummond, su muerte y el funeral que llevaba consigo le parecían una tarea insoportable para añadirla al peso que ya le mantenía abatido. Tenía la impresión de que en cuanto cerrase los ojos y se entregase moriría, sumergiéndose en una paz completa. Se encontraba tan mal que sólo se mantenía en pie forzando su propia determinación. Su cuerpo agotado parecía deshacerse. Era una locura seguir apegándose a la materia. Había pasado por toda clase de muertes terribles. ¿De qué le serviría pasar por otras tantas muertes antes de claudicar ante la auténtica y definitiva? La flaccidez de su carne y el cansancio de su espíritu suplicaban por esa muerte final. ¿Por qué, entonces, la llama de su vida no terminaba de extinguirse por completo?

Pero todavía le quedaba la inteligencia, capaz de dirimir entre la vida y la muerte. Vio cómo llegaban hasta la playa dos barcas, cargadas con camillas repletas de enfermos, que se quejaban y gemían en siniestra procesión. Vio cómo el viento hinchaba las nubes en el tormentoso horizonte, y pensó en sus pacientes del hospital. Sí; todavía le quedaban muchas cosas por hacer, y él no era del tipo de persona que se entrega cuando todavía le queda una tarea por delante.

Convocó a sus capataces y les mandó que apuntalasen con cuerdas los hospitales, y recordando las cadenas que colgaban frente a su casa, ordenó que las utilizarasen también en el sanatorio.

Justo después aparecieron con el féretro, grotesca construcción de tablas de embalar, donde depositaron a Hugo. Seis muchachos lo cargaron en hombros, seguidos de David Sheldon, que iba a caballo de un negro, agarrándole el cuello con una mano, mientras con la otra sujetaba su libro de oraciones.

Durante la lectura de la misa de difuntos, los negros se inquietaban y murmuraban entre ellos, contemplando la negrura que se adueñaba del horizonte, sobre el que flotaban terribles nubarrones. La primera brisa, leve como una pluma y reconfortante como un tonificante, acarició la ardiente carne de Sheldon cuando concluía la última oración. Inmediatamente sopló con mayor violencia una ráfaga de aire. Las palas trabajaban sin descanso rellenando la tumba. El viento llegaba ahora con tanta fuerza que Sheldon, todavía de pie, tuvo que agarrarse con mayor fuerza a su «caballo» para no caer. La *Jessie* desapareció como si alguien hubiese corrido un telón delante de ella, y se produjo un estrépito tan espantoso, como si toda la playa se transformase repentinamente en una caldera hirviente. De todas partes llegaba el golpe seco de los cocos que caían de las palmeras. Los soberbios y finos troncos de los cocoteros se estremecían, sacudidos como látigos; las alturas se veían surcadas por hojas de palma arrancadas y zarandeadas durante muchos minutos, a pesar de su peso. Y entonces llegó la lluvia. Fue como un diluvio: un formidable aguacero, un río caudaloso que se veía horizontalmente, desafiando las leyes de la gravedad. El negro que cargaba con Sheldon se inclinaba hacia adelante, ahogado por la presión que ejercía el jinete sobre su cuello, y por el esfuerzo que tenía que realizar para mantenerse en equilibrio.

—Que descanse en la tranquilidad de una noche eterna—rezó Sheldon, con el pensamiento en el difunto y la mirada en la lluvia que desordenaba el barro de la tumba.

Todos se alejaron de la playa, intentando ayudar al blanco a mantenerse en pie, incluso quienes deseaban verlo caer por tierra indefenso para despedazarlo sin piedad. Pero la pistola que colgaba de la cartuchera y que con su simple voluntad vomitaba el fuego mortífero de la muerte instantánea, y la propia serenidad con que aquel hombre arrostraba el desafío de tantos enemigos, les infundía respeto y los hacía diligentes en esa tarea de retirar a su amo de la tormenta.

Todavía calado por el agua, y agotado, no dejó de sorprenderle la rapidez con la que se cambió de ropa. Su fragilidad no podía ser mayor, pero se sentía bien, como si el mal hubiese desaparecido.

«Si la fiebre se hubiese ido...», se dijo esperanzado. Y decidió tomar una dosis de quinina tan fuerte como le permitió la prudencia.

Se arrastró hasta la galería. Se había detenido el chaparrón, pero arreciaba el viento, hinchando el mar, cuyas olas llegaban a la costa como muros de mármol que se hacían trizas con estruendo entre las rocas. La *Jessie*, zarandeada entre las cadenas de sus anclas, exhibía a cada instante el costillar de la proa, infundiendo espanto. Dos flámulas se desplegaban en la driza, tiesas como hojas de metal. Una era azul, y la otra roja. En el lenguaje convencional y simbólico característico de Beranda, aquella señal quería decir:

«¿Qué se me ordena? ¿Puedo acercarme en un bote?» Era lo que preguntaba el capitán. Al lado de la mesa de billar se encontraba el cuadro de señales, que Sheldon examinó antes de responder. Un joven levantó hasta el extremo de la arboladura de tierra un lienzo blanco sobre otro rojo, que quería decir: «Busca amparo en la isla de Neal.»

El capitán esperaba aquella respuesta, a juzgar por la rapidez con que recogieron las anclas, dejándolas a flor de agua para tenerlas preparadas. Se movió la goleta impulsada por la vela del estay, se hincharon las demás arrizando, y la nave cobró movimiento y se alejó rápida, atravesando a media vela el bajío de Balesuna para evitar cualquier tropiezo; pero apenas había sorteado aquel paso, un horrible diluvio pareció devorar la nave, que se perdió de vista.

Durante toda la noche, terrible por las ráfagas de aire y los chaparrones que asolaron la plantación, arrancando de cuajo árboles, derribando cajones de copra y estremeciendo la casa sobre sus altos pilares, Sheldon durmió ajeno a cualquier peligro, de un tirón y sin modificar siquiera su postura. Cuando se despertó era otro hombre; tenía hambre, incluso, ya que llevaba una semana sin comer, y se bebió un vaso de leche condensada disuelta en agua, y a las diez se atrevió con un tazón de sopa de carne. Estaba feliz con el giro que tomaban los acontecimientos. A pesar de la tormenta, sólo se había producido una muerte en el hospital, y sólo había llegado un nuevo enfermo, mientras que media docena de hombres regresaban ya sanos a sus jacales. Todo esto le hizo pensar que el viento había asolado también la enfermedad, purificando aquella tierra nauseabunda.

Sobre las once llegó de Balesuna un emisario de Seelee, con la noticia de que la *Jessie* se encontraba embarrancada entre la aldea y la isla de Neal. Aquella mañana habían aparecido en el campamento de su tribu dos tripulantes, explicando que el capitán y otro compañero habían muerto ahogados, y que podía darse por perdida la goleta. Por si esto fuera poco, Sheldon se vio repentinamente atacado por un temblor frío, que media hora después se había convertido en una fiebre abrasadora. Para colmo de males, no podía pensar en tomar la menor dosis de quinina hasta el día siguiente. Se enterró bajo un montón de mantas, y poco después se sorprendió riendo como un loco. Había alcanzado el colmo de la desgracia. Sólo restaba que se lo tragase la tierra y lo sepultase una ola gigante. El *Flibbert—Gibbet* estaría seguro en el paso de Mboli. Si no pasaba nada más, todo podría solucionarse. Ése fue el pensamiento que le hizo reír demencialmente, mientras temblaba de fiebre bajo las mantas y los siervos le miraban, asustados por los diablos que lo poseían.

4. JOAN LACKLAND⁵

Sheldon estuvo durante los dos días siguientes a merced de las fiebres, que se cebaban en su fragilidad, produciendo en su cuerpo más estragos en tan breve plazo de lo que habría podido esperarse de una fiebre de diez días. La disentería había sido desterrada de la isla, y un grupo de negros convalecía en el hospital, aunque mejorando sensiblemente. Apenas hubo una muerte: la del joven que lloraba junto a su hermano enfermo, en vez de espantarle las moscas.

⁵ Juana Sin Tierra.

En la mañana del cuarto día de fiebre, Sheldon ordenó que le llevaran hasta la galería para contemplar el océano enfurecido. El viento amainaba, pero las olas seguían rugiendo en la playa y sobre la arena, hasta tropezar con el muro de la cerca, donde parecían deshacerse dejando sus blancos restos de espuma. Los treinta granos de quinina que se había tomado Sheldon le producían en los oídos un zumbido constante, semejante al de un irritado enjambre, además de un temblor permanente en sus manos y rodillas, y una angustiosa sensación en el estómago. Entonces, al abrir los ojos, pensó que estaba delirando. Cerca de donde había permanecido anclada la *Jessie* vio aparecer la proa de una embarcación en la deshecha cresta de una ola, para desaparecer tras otra y volver a aparecer conforme se acercaba a la playa. Estaba convencido de que ninguno de sus botes se había hecho a la mar, ni había en Salomón nadie lo suficientemente temerario como para enfrentar las iras del enrabiado océano.

Pero el espejismo continuaba. Manteniéndose alerta, pudo ver perfectamente toda la barca levantada por una ola. Seis remeros braceaban obstinadamente, y le vantado, gigantesco, destacándose a la perfección sobre el fondo blanco de la espuma, un hombre sujetaba el timón con todo el peso de su cuerpo, mientras otro, inclinado sobre proa, examinaba la costa en busca de un lugar adecuado para tomar tierra. Lo que más le sorprendió a Sheldon fue ver a una mujer en la cámara del bote, en medio de los remeros y al lado del timonel. No podía dudar que se trataba de una mujer, ya que su trenza desatada ondeaba al viento y en aquel momento se dedicaba a sujetarla bajo el sombrero, que era precisamente igual que el suyo, un «Baden Powell».

El bote desapareció tras una ola, para reaparecer a caballo de otra, y entonces Sheldon pudo observar mejor a quienes iban allí. Los hombres estaban bronceados y eran más fornidos que los indígenas de las islas Salomón; pero la mujer era indudablemente de raza blanca. Quién era y por qué motivo se dirigía hacia su isla era algo que se preguntó mentalmente el enfermo, demasiado débil como para conjeturar cualquier hipótesis. Tenía además la impresión de que todo era un sueño, a pesar de que veía a los remeros luchando contra las embestidas de las olas, mientras la dama y el timonel se mantenían alertas para esquivar el peligro que les rodeaba.

«Magníficos remeros», pensó Sheldon al verlos avanzar de frente, dominando en todo momento aquellas montañas de espuma que se abalanzaban en locas embestidas contra la playa. La maniobra fue magistral, porque el bote, casi inundado por completo de agua, caló en la arena, y enseguida saltaron a tierra sus ocupantes, para arrastrarlo hasta las proximidades de la casa. Sheldon llamó inútilmente a los criados, que en esos momentos se encontraban en el sanatorio, y como no tenía fuerzas para bajar a recibir a los recién llegados, esperó tumbado en su silla a que terminasen de amarrar la embarcación. La muchacha se mantenía a un lado, presenciando la maniobra y mirando de vez en cuando a través de la puerta sin preocuparse por el agua que llegaba constantemente y le mojaba los pies. Sheldon se dio cuenta de que la joven le observaba disimuladamente, y poco después se acercaba a dos de los remeros, que abandonaron el bote y la acompañaron hasta la casa.

El enfermo intentó incorporarse, se levantó a medias en la silla y cayó agotado. Al acercarse le sorprendió todavía más la estatura de aquellos hombres, que parecían gigantes acompañando a una princesa. Altos y fornidos, nunca antes había visto isleños como

aquéllos. No eran negros del tipo de los habitantes de Salomón, sino oscuros como el azabache, de facciones desarrolladas, más armoniosas e incluso bellas.

La dama —o la joven, por decirlo mejor— caminaba por la galería hacia donde él se encontraba, mientras sus dos escoltas se detenían en lo alto de la escalera mirando curiosamente. Que la joven parecía ofendida era algo que se podía ver en el brillo de sus ojos y en la contracción de su boca. También se veía enseguida que se trataba de una mujer de carácter. Pero lo que más sorprendía eran sus ojos, de un color indefinible, grandes y muy rasgados, coronados por dos arcos de finísimas cejas. En conjunto parecía el rostro de una estatua clásica, con toda la perfección y gracia de sus líneas. Algo más llamaba la atención al contemplar el aspecto de aquella mujer: el sombrero campesino de cowboy, las espesas trenzas de su pelo castaño y su revólver Colt, de gran calibre, que le colgaba en el costado, en el interior de su funda.

—¡Vaya hospitalidad! —exclamó, a modo de saludo—. ¡Dejarnos a merced de las olas!

—Debo pedirle... mil... excusas —logró decir David Sheldon, incorporándose con un supremo esfuerzo.

Se le doblaron las rodillas, y sintió como si se le escapase la vida. Entonces comprendió por la mirada de la joven que ésta había comprendido lo que ocurría, y al buscar en su memoria las palabras con las que mostrar su agradecimiento, se vio repentinamente envuelto en tinieblas, y por primera vez en su vida perdió el conocimiento.

Lo recuperó con el sonido de una gran campana. Al abrir los ojos se encontró acostado en su cama. El reloj marcaba las seis, y el sol que entraba en la estancia le indicó que eran las seis de la mañana. Después de muchos esfuerzos, logró recordar lo que había pasado. Finalmente vio que colgaba de la pared un sombrero que no era suyo, y bajo él una cartuchera y un Colt del 38. El cinto estrecho le hizo suponer que la cartuchera debía de pertenecer a alguna mujer, e inmediatamente recordó el bote del día anterior y aquellos ojos brillando bajo las finas cejas. Seguramente habría sido ella quien había tocado la campana. Le sobresaltó la posibilidad de que la plantación le necesitara, y se levantó, apoyándose en la pared, sintiendo un zumbido semejante al de una nube de mosquitos que revoloteasen alrededor de él. Se sentó nuevamente, cerrando los ojos e intentando salir de aquellas brumas delirantes, cuando le sorprendió la voz de una mujer que decía:

—Debería volver a la cama inmediatamente.

Se trataba de una voz enérgica y autoritaria, propia de quien está acostumbrado a mandar. Inmediatamente se sintió derribado sobre las almohadas por una mano delicada, mientras otra lo cogía por los pies y le estiraba encima de la cama.

—Lleva usted inconsciente veinticuatro horas —prosiguió ella—, y en ese tiempo me he ocupado de todo. Cuando se lo permita, podrá usted levantarse, pero no antes. Y ahora, veamos: ¿qué medicinas está tomando? ¿Quinina, quizá? Aquí veo diez granos. Muy bien. Espero que sea usted el tipo de enfermo ideal.

—Mi querida y amable joven...

—No diga nada, o al menos no malgaste sus palabras en cumplidos. Si desea decir otra cosa, de acuerdo.

—Pensaba en la plantación...

—¿Y para qué quiere una plantación alguien que está moribundo? ¿No desea saber nada de mí? Hiere usted mi orgullo. Aquí me encuentro, sana y salva de mi primer naufragio; y aquí está usted, sin la menor curiosidad, dispuesto únicamente a que escuche todo cuanto tiene que decir de su triste plantación. ¿Es que no se da cuenta de que estoy ansiosa por poder contarle a alguien, a cualquiera, lo de mi naufragio?

El hombre sonrió por primera vez en mucho tiempo, y no por lo que ella decía, sino por la forma de expresarlo: con una expresión de humor jovial y una excitada alegría que rezaba en su mirada y en todas sus facciones, iluminándolas con singular encanto. Ya estaba calculando la edad que podría tener aquella muchacha.

—Muy bien, cuéntemelo, por favor —pidió finalmente.

—Ahora ya no me apetece —contestó la joven con un mohín burlón—. Ya me buscaré a alguien que quiera escucharme, sin tener que suplicarle para que me atienda. Además, necesito algunas informaciones acerca de su plantación. He intentado enterarme de la hora en que se debe tocar la campana para iniciar el trabajo y no he tenido el menor éxito. No comprendo el ridículo dialecto de esta gente. ¿Hasta qué hora trabajan?

—Hasta las once, para regresar a la una.

—Eso haremos, gracias. Y ahora, dígame: ¿dónde guarda usted la llave de su despensa? Mis hombres necesitan comer.

—¡Sus hombres! —gimió el enfermo—. ¡De acuerdo, pero no se alimentarán de conservas! Deje que vayan a almorzar con mis criados.

Los ojos de la joven brillaron como el día anterior, y pronto percibió él de nuevo esa expresión autoritaria en su rostro.

—No pienso aceptar. Mis hombres son personas. Ya me he dado un paseo por sus repugnantes chozas, y he visto lo que comen. ¡Patatas! ¡Sólo patatas! ¡Sin sal, siquiera! Quizá me equivoque, pero me ha dado la impresión de que era lo único que tenían para comer. ¿Dos comidas al día es lo normal durante la semana?

El enfermo asintió con la cabeza.

—Muy bien. Mis hombres no aguantarían un día, y mucho menos una semana, de modo que ¿dónde está la llave?

—Colgada de ese clavo, detrás del reloj.

Pareció rendirse fácilmente, pero en cuanto la muchacha se hizo con la llave, añadió:

—Me parece un desperdicio darles esas conservas a los negros.

Ella se giró airada, con la sangre llameando en sus mejillas.

—Mis hombres no son negros; será mejor que comprenda eso desde ahora. Respecto a sus conservas, pienso pagar todo lo que coman; no se preocupe por eso. No es bueno que se intranquile en el estado en que se encuentra. No me quedaré aquí más tiempo del imprescindible; sólo el tiempo necesario para que usted se recupere completamente y no me recuerde la conciencia por haber abandonado a uno de mi raza.

—Dígame, señorita, ¿es usted americana? —le preguntó David Sheldon.

La joven permaneció callada durante un momento.

—Lo soy. Pero, ¿por qué me lo pregunta?

—No, por nada. Lo había adivinado.

—¿Algo más?

Sheldon negó con la cabeza.

—Pensé que quizá le gustaría decirme alguna cosa agradable.

—Mi nombre es Sheldon, David Sheldon —dijo él con naturalidad, mientras alargaba su mano huesuda.

La joven retiró la suya bruscamente; pero, conteniéndose, la tendió de nuevo, diciendo:

—Yo me llamo Lackland, Joan Lackland. Espero que seamos amigos.

—Por supuesto, no esperaba menos.

—Y ahora, ¿puedo dar a mis hombres todas las conservas que quiera?

—Mientras no lleguen hasta la casa las vacas —replicó Sheldon—. Quiero decir a Beranda. ¿Sabe que no tenemos ganado en Beranda?

La muchacha le miró perpleja.

—¿Habla en serio?

—Por supuesto; no crea que estaba bromeando; además..., ya ve que estoy demasiado enfermo para hacerlo.

—Usted es inglés, ¿no es cierto?

—Se está excediendo con un enfermo. Demasiado bien sabe que lo soy.

—¡Oh! —exclamó la joven, como distraída—, ¿de modo que lo es?

Sheldon rió finalmente, mientras la joven se unía a él.

—La culpa es mía —dijo Sheldon—, por haberla molestado con mis comentarios. Intentaré ser más atento en lo sucesivo.

—Continúe riendo, mientras voy a preparar la comida. ¿Le apetece a usted algo?

Él negó con la cabeza.

—Ya le buscaré algo para comer. La fiebre ha desaparecido totalmente, y sólo le queda un poco de debilidad. Espere un momento.

Ella se marchó corriendo hacia la cocina, y tropezó en el umbral de la puerta, ya que iba vestida con unas sandalias demasiado grandes para sus pequeños pies.

«¡Diablos! ¡Pero si son mis sandalias! —se dijo Sheldon—. La pobre sólo tiene lo que llevaba puesto cuando desembarcó, y seguro que lo hizo con botas de mar.»

5. ME GUSTARÍA SER PLANTADORA

Sheldon mejoró rápidamente, recobrando fuerzas cada día que pasaba. Joan se había ocupado de la cocina, y enseguida se dio cuenta el enfermo de que los platos de su casa eran platos de gente civilizada. Ella se ocupaba de preparar la comida, y le atendía y animaba de tal forma que a los dos días Sheldon logró finalmente abandonar la galería. Le admiró aquel cambio, y todavía más que no pareciese haber nada por allí capaz de sorprender a la joven. Se había instalado y ocupado de todo con tanta naturalidad como si fuese la casa de su padre, de su hermano, o de alguna amiga íntima.

—¡Pero si es maravilloso! —le aseguró la muchacha—. Parece el capítulo de una novela. Me envía aquí la fortuna, después de un largo viaje por mares peligrosos, y me encuentro con un moribundo que tiene a su cargo doscientos esclavos...

—Trabajadores —corrigió él—, jornaleros a mi servicio. Sólo están contratados durante tres años, pasados los cuales recuperan su libertad.

—Bien, bien —se apresuró a aceptar la joven—; un moribundo, que tiene a su cargo doscientos trabajadores y que vive en una isla de caníbales. Porque son antropófagos, ¿no es cierto? ¿O es sólo una expresión?

—¡Una expresión! —repitió él con una sonrisa—. ¡Se trata de algo mucho más que una expresión! La mayoría de mis trabajadores procede de la jungla, y en la jungla todos son caníbales.

—¿Incluso después de contratados? Probablemente a ninguno de los que tiene usted aquí podría acusársele de semejante actitud.

—La habrían devorado a usted misma, de haber tenido ocasión.

—¿Dice usted eso porque lo sospecha o porque realmente tiene experiencia en el asunto?

—Estoy convencido.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué le hace pensar de ese modo? No me diga que sus criados también lo son.

—Por supuesto que sí, e incluso el cocinero, que tan deliciosa comida cocina para usted. Hace apenas tres meses, once de mis hombres se hicieron a la mar y se fugaron a Malaita, patria de nueve de los desertores. Los otros dos eran de San Cristóbal, y fueron lo suficientemente locos como para confiar a los de Malaita el mando del bote.

—¿En serio? ¿Y qué pasó?

—Que los nueve de Malaita se comieron a los dos de San Cristóbal, dejando únicamente sus cabezas, que consideran demasiado valiosas para ser comidas. Guardaron las dos cabezas en la caja de popa hasta que desembarcaron, y a estas alturas seguro que adornan alguna de las aldeas de las costas de Langa Langa.

—¡De modo que son auténticos caníbales! —exclamó la joven, juntando las manos con asombro—. ¡Y pensar que nos encontramos en pleno siglo XX! ¡Yo creía que todo esto eran cosas de antiguas novelas de aventuras!

Él la miró, entre indulgente y divertido.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—¡Oh, nada! No encuentro el menor romanticismo en que una pandilla de negros lo devoren a uno.

—Bueno, claro que eso no es muy romántico —respondió ella—; pero vivir entre doscientos negros, mandando sobre ellos y evitando al mismo tiempo sus dentelladas es algo que, si no podemos llamarlo novelesco, sí podemos calificarlo al menos de aventura. Y ya sabe usted que la novela y la aventura son casi la misma cosa.

—Pensando de esa forma, terminar en el estómago de un negro sería el colmo de las peripecias —comentó Sheldon.

—No veo que usted tenga nada de romántico —afirmó la muchacha—. Parece tan zafio, prosaico y mezquino como cualquier vendedor. No entiendo qué hace viviendo aquí, cuando debiera estar en su casa, llevando la vida sedentaria de un empleado de banca o de...

—Un dependiente de una tienda cualquiera. Muy amable.

—En efecto... cualquier cosa. ¿Qué demonios está haciendo aquí, entonces?

—Ganarme el pan y buscar suerte.

—«El camino más difícil escogerá el segundón; así alcanzará el poder con el control de sí mismo» —recitó ella—. Y si eso no le parece romántico, que venga Dios y lo vea. Piense en el número de segundones que van por la vida corriendo miles de aventuras, luchando en solitario con su destino. Usted y yo pertenecemos a este grupo.

—Un momento..., un momento —pidió él dificultosamente.

—Bueno, lo cierto es que al menos yo sí que me considero segundona —corrigió la muchacha— en un camino difícil, abandonada a mi suerte, sin nada ni nadie que pueda ayudarme, y tan alejada del mundo civilizado como usted.

—En su caso estoy de acuerdo en que existe algo novelesco —admitió Sheldon.

Y lo decía pensando en las últimas noches. La joven dormía en una hamaca de la galería, cubierta por un mosquitero y custodiada por sus marineros tahitianos, que permanecían en un extremo, al alcance de su voz. No había conseguido convencerla, pero ahora estaba decidido a cederle su cama, y a pasar él la noche en la hamaca.

—Verá, yo me he pasado la vida leyendo novelas y soñando con ellas —dijo Joan—; pero nunca, ni siquiera en mis más locas fantasías, he llegado a imaginar que llegaría a vivirlas. Esto me ha pasado cuando menos me lo esperaba. Hace un par de años pensaba que ya sólo me faltaba... —se interrumpió, haciendo una mueca de disgusto—. Bueno, me daba la impresión de que sólo me faltaba casarme.

—De modo que prefirió usted una isla de caníbales y una cartuchera—insinuó Sheldon.

—No tenía pensado lo de la isla de caníbales, pero lo de la cartuchera me apetecía.

—Me da la impresión de que no se atrevería usted a disparar su revólver en una situación complicada; en tal caso —añadió, intentado sosegar la furia que ya adivinaba en su mirada— lo haría para ejercitarse en el tiro al blanco.

La muchacha se levantó de un salto, y al ver Sheldon que iba a buscar su arma, la detuvo diciendo:

—No es necesario que se moleste; aquí tiene mi revólver. ¿Qué podría hacer usted con él?

—Acertar en la polea de ese mástil. Sheldon sonrió burlonamente.

—El arma no me es familiar—dijo ella a la defensiva.

—Tiene un gatillo suave que no es necesario apretar demasiado. Es precisa y se descarga sin problemas.

—Ya veo —dijo ella impaciente—; conozco las automáticas. Cuando se calientan dan problemas.

Y le echó un vistazo al arma.

—Está colocado el seguro. ¿Tiene un cargador en la cámara?

Realizó un disparo. La polea permaneció inmóvil.

—Se encuentra demasiado lejos del blanco —dijo Sheldon intentando disminuir el disgusto de su compañera. Pero la muchacha se mordió los labios y disparó de nuevo. La bala silbó en el aire y la polea se balanceó después de un rápido chasquido metálico. Continuó tirando hasta vaciar el cargador. Seis balas acertaron en el blanco. La polea seguía colgada del mástil, aunque ahora era completamente inútil. Sheldon estaba sorprendido. Ni él mismo, ni Hugo Drummond, habría conseguido aquellas dianas. Las mujeres a quienes por casualidad había visto disparar un arma solían chillar asustadas, y cerraban los ojos disparando a tontas y a locas.

—Eso es lo que se dice puntería... para una mujer —dijo—. Sólo ha fallado dos veces, y con un arma que no es la suya.

—Aun así, no debería permitirme esos dos fallos, porque el arma es buena —se quejó la joven—. Déme otro cargador y le apuesto lo que quiera a que consigo ocho blancos seguidos.

—La creo. Ahora tendré que poner otra polea. ¡Viaburi! Acércate, muchacho. Anda, tráeme otra polea del almacén.

—Apuesto a que no consigue usted los ocho seguidos... —le desafió su amiga.

—Me guardaré mucho de aceptar su apuesta. ¿Quién le enseñó a disparar con tanta habilidad?

—Mi padre, y después Von y sus vaqueros. Papá era un gran tirador, pero Von no le andaba a la zaga.

Sheldon trató de imaginarse quién podría ser ese Von, y supuso que podría ser el sujeto que dos años antes le había hecho creer a la joven que ya sólo le faltaba casarse. Entonces le preguntó:

—¿De qué lugar de los Estados Unidos es usted? ¿Chicago, Wyoming...? No me ha dicho nada todavía de su lugar de origen. Lo único que sé por ahora es que se llama Joan Lackland, pero ignoro de dónde.

—Debe dirigirse más hacia el Oeste para encontrar mi tierra.

—Un momento... ¿Nevada?

Ella hizo un gesto negativo.

—¿California?

—Más al Oeste.

—No es posible, a menos que me haya olvidado de la geografía.

—Lo que olvida usted es la política —rió la muchacha—. ¿Ya ha olvidado la «anexión»?

—¡Las islas Filipinas! —gritó en tono de triunfo David Sheldon.

—No; Hawai. Yo nací en ese maravilloso país. Ya lo echo de menos, y ello no se debe tanto a que nunca haya salido de ahí, ya que me encontraba en Nueva York cuando nuestra empresa quebró, sino a que para mí no hay un lugar mejor ni más hermoso en el mundo que Hawai.

—Entonces, ¿qué se le ha perdido en este rincón dejado de la mano de Dios? Se necesita estar loca para venir hasta aquí —añadió amargamente.

—Neilson no era un demente —contestó ella—. Tengo entendido que llegó a amasar una fortuna.

—Es verdad, y ése es el motivo de que esté yo aquí.

—Pues lo mismo ocurre conmigo. Papá oyó hablar de él en las Marquesas y se entusiasmó; pero el pobre papá no logró realizar sus sueños.

—Pero... ¿es que su padre... murió?

—Será mejor que se lo explique todo desde el comienzo —dijo la muchacha, levantándose como el que cree que no compaginan el sentimentalismo, el uso de un sombrero «Baden Powell» y un Colt de grueso calibre—. Yo nací en Hilo, de Hawai, la mayor isla del archipiélago. Tuve la misma educación que reciben casi todas las jóvenes en Hawai. Allí se vive al aire libre, aprendiendo a montar a caballo y a nadar antes que el resto de las cosas. Recuerdo bien cuándo comencé a montar a caballo, aunque he olvidado cómo aprendí a nadar, porque es algo que ya hacía antes de saber hablar. Mi padre tenía ganados en Hawai y en Maui para abastecer a las otras islas. En Hokuna, únicamente, tenía doscientos mil acres de superficie, que se extendían entre Mauna Koa y Mauna Loa, y es allí donde aprendí a cazar cabras y ganado salvaje. En Molokai existían grandes venados asustadizos. Von era el administrador de Hokuna. Tenía dos hijas de mi edad, y allí era donde veraneaba yo, aunque una vez me quedé durante todo un año. Parecíamos tres indias, no sólo porque nos portábamos como las jóvenes salvajes, sino por el esfuerzo que hacíamos por parecerlo. Teníamos toda clase de maestras, lecciones de costura y de cuidados domésticos; pero lo cierto es que tenían que amenazarnos con frecuencia con no dejarnos ir a montar a caballo o a domar ganado.

»Von había servido en el ejército, y junto a papá, que era todo un lobo de mar, pensaba que lo mejor en la vida era una férrea disciplina. Pero ni mis dos amigas ni yo teníamos madre, y ellos, después de todo, eran dos hombres; de forma que comenzaron a prodigar-

nos toda clase de atenciones, hasta llegar a competir entre ellos cuando nosotras habíamos terminado ya las clases. Debíamos aprender las tareas domésticas, mejor todavía que las criadas, para que supiésemos gobernar una casa algún día. Siempre nos ocupábamos nosotras de preparar los cócteles, como si esto fuese una ceremonia demasiado sagrada para una criada. Al final, no se solía hacer nada en la casa que antes no supiéramos hacer nosotras. Evidentemente, eran los cowboys los que se ocupaban de capturar y ensillar a nuestros caballos, pero nosotras debíamos estar en todo momento preparadas para salir a la dehesa a cazarlos...

—¿Qué quiere decir con cazarlos?

—Pues echarles el lazo. Papá y Von nos hacían pruebas constantemente, y se mostraban muy exigentes a la hora de ensillar. Y lo mismo pasaba con el manejo del rifle o del revólver. Los sirvientes siempre eran los que los limpiaban y engrasaban, pero éramos nosotras quienes les enseñábamos a ellos cómo hacerlo, porque en más de una ocasión una de nosotras se quedó sin su rifle durante una semana por no tenerlo correctamente preparado. Nos enseñaron a encender fuegos en días de lluvia, quemando la leña mojada siempre que acampábamos. Eso fue lo más difícil para nosotras..., además de la gramática, claro. Al final aprendimos mucho más de mi padre y de Von que de las profesoras. Papá nos enseñó francés, y Von alemán. Conseguimos terminar hablando las dos lenguas bastante bien, y las aprendimos además mientras montábamos a caballo o paseábamos por el campo.

»En invierno, mis amigas me visitaban en Hilo, donde papá tenía dos casas, una de ellas en la costa; o íbamos las tres a nuestra finca de Puna, donde nos divertíamos nadando, remando y pescando. Papá pertenecía al Real Club de Regatas de Hawai y nos llevaba a todas las fiestas. También él era incapaz de apartarse del mar. Me enorgullece poder decir que a los catorce años ya era yo quien mandaba en casa de mi padre, con plena autoridad sobre los sirvientes. Cuando cumplí dieciséis años, nos mandaron a mis dos amigas y a mí a un internado de California lleno de comodidades, pero también con un rígido reglamento. ¡No puede imaginar cómo echábamos de menos nuestra casa! No hicimos buenas migas con las demás compañeras, que se burlaban de nosotras diciendo que éramos caníbales, únicamente porque procedíamos de las islas Hawai, y hacían constantes bromas aludiendo al banquete que nuestros antepasados se habían dado con el capitán Cook..., lo que por cierto es históricamente falso. Además, nuestros antepasados no nacieron en Hawai.

»Pasé tres años en el internado de Mills, y dos años más en Nueva York, que fue cuando la plantación azucarera de Maui que pertenecía a mi padre terminó de quebrar. Los ingenieros realizaron informes incorrectos. Papá había llevado a cabo la construcción de un ferrocarril, por lo que le llamaban loco, y que ayudó a su ruina, aunque más tarde terminaría dando beneficios. Pero el dique de Pelaulau fue el remate. No habría pasado nada de no haber sido por aquel repentino pánico bancario... ¡Pobre papá! No quiso decirme nada, pero lo supe por los periódicos y corrí a casa. Antes de aquella época, ya había personas próximas a mí que me decían que el matrimonio es todo cuanto puede esperar de esta vida una muchacha honrada, y que tenía que olvidar mis sueños románticos. Pero la desgracia de mi padre, en lugar de convertirme en una mujer práctica, me sumió por completo en una vida de novela.

—¿Cuánto tiempo hace de ello? —le preguntó Sheldon.

—La quiebra tuvo lugar el año pasado.

—De modo que... —calculó Sheldon—, dieciséis más cinco, más uno... veintidós. ¿Usted nació en mil ochocientos ochenta y siete?

—Sí, aunque ese descubrimiento no es precisamente una delicadeza por su parte.

—Lo lamento; se trataba de una operación muy simple.

—¿Es que no sabe decir nada que sea verdaderamente educado? ¿O se debe a su carácter inglés? —le recriminó la joven, con un gesto y una mirada maliciosos—. Le aconsejo que se lea *La mujer americana y el marido inglés*, de Gertrudis Atherton.

—Se lo agradezco, pero ya lo he leído. Está ahí —dijo Sheldon, señalando hacia sus estanterías repletas de libros—. Pero me parece un libro muy parcial.

—Todo lo que no haya sido escrito por un inglés debe parecerse, ¡claro! —contestó ella—. Por eso nunca me han caído bien los ingleses. El último que conocí era un capataz, al que mi padre tuvo que echar.

—Una golondrina no hace verano.

—¡No imagina usted la cantidad de locuras que hizo aquel inglés! Y tenga la cortesía de no hacerme más boba de lo que ya soy.

—Intentaré complacerla.

—¡Ah! Es por eso... —sacudió la cabeza y, antes de terminar la frase, cambió de idea—. Seguiré con mi historia. El ánimo de mi padre no decayó durante algún tiempo. Decidió volver al mar, que siempre se había portado bien con él, y he llegado a pensar que se alegró con lo que finalmente ocurrió. Parecía un mozalbete, trazando planes e inventando proyectos cada día, y desde que le anuncié mi firme resolución de acompañarle, la medianoche nos encontraba hablando de ese posible futuro.

»Había comenzado a hacer negocios con las perlas de los mares del Sur, y estaba convencido de que le quedaban todavía muchas fortunas por fraguar, si se empeñaba en su empresa. La plantación de cocoteros era uno de sus sueños, y pensaba dedicarse al comercio de perlas y a otros negocios semejantes hasta que la plantación estuviese preparada para comenzar a dar rendimiento. Cambió su yate por una goleta, la *Miélé*, y nos hicimos a la mar. Yo me ocupaba de mi padre, que era el patrón del barco, mientras aprovechaba para aprender a navegar al mismo tiempo. Nuestro piloto era un danés llamado Ericson, y nuestra tripulación estaba compuesta por japoneses y hawaianos. Cuando mi padre comenzó a sentirse enfermo del corazón, hicimos escala en las islas de Line, donde todo había cambiado. Aquellas islas, que habían sido objeto de interminables anexiones y repartos entre las grandes potencias, habían terminado apoderándose de las tierras pertenecientes a las grandes compañías, y se habían hecho con sus derechos de pesca y de todo lo demás.

»Después nos dirigimos a las islas Marquesas. Son unas bellas islas, pero casi no quedan indígenas en ellas. Papá se quedó perplejo al ver cómo Francia establecía sobre la copra un derecho de exportación que a él le parecía medieval. Pero le gustaba aquella tierra. Le encantó en concreto un valle de quince mil acres que descubrió en Nuka-hiva, con

un fondeadero fantástico, y lo compró por mil doscientos pesos. Pero el precio barato de aquella tierra se debía a que los impuestos eran tremendos, y también a que resultaba casi imposible explotarla. Los kanakas⁶ que vivían allí no querían trabajar y los funcionarios del Gobierno parecían devanarse los sesos en busca de nuevos contratiempos para nosotros.

»Seis meses fueron suficientes para que mi padre considerase que la situación era desesperada. "Vayamos a las islas Salomón —dijo finalmente— a respirar un poco de la ley inglesa, y si tampoco vemos futuro en ellas, sigamos hacia el archipiélago de Bismarck. Apostaría a que en las islas del Almirante no hay siquiera vestigios de civilización." Ya habíamos hecho todos los preparativos y habíamos contratado una nueva tripulación de indígenas de las Marquesas y de Tahití, adonde queríamos llegar lo antes posible para hacer algunas reparaciones en la *Miélé*, cuando el pobre papá cayó enfermo y falleció.

—¿Y usted se quedó totalmente sola?

—Totalmente. No tengo hermanos, y mis padres tampoco tenían familia. Es verdad que aún podría regresar junto a Von, en cuya casa sería bien recibida; pero, ¿para qué? ¿Es que los planes de mi padre no eran también los míos? ¿Había algo más hermoso que llevarlos a cabo yo misma, que tanta ilusión había puesto en ellos? Al final me decidí y... aquí me tiene.

»Siga mi consejo: no vaya nunca a Tahití. Es una tierra tan agradable como sus propios moradores; pero, en lo que respecta a los blancos... ¡Santo Dios! El demonio anda suelto por allí. Podrían contarse con los dedos de una mano los hombres honrados que hay en ella. Todos se aprovechaban de mi condición de mujer, robándome con cualquier excusa y mintiendo con la mayor desfachatez y de forma innecesaria. El propio Ericson se contagió y se unió a los ladrones, de quienes admitía un aumento del treinta por ciento en las facturas que supervisaba. Una factura por la que pagué mil quinientos francos le había costado a él quinientos. Pero sólo lo pude averiguar mucho tiempo después. La *Miélé* ya estaba vieja, eso es verdad, eran necesarias unas reparaciones. Sin embargo pagué por ellas, no el triple, sino el séxtuplo de lo que realmente valían.

»Nunca llegué a saber cuánto se agenció Ericson; lo cierto es que vivía en un fastuoso hotel amueblado, y que los armadores corrían con sus gastos. Frutas, legumbres, pescado, carne y hielo entraban diariamente en aquella casa, sin que él pagase un céntimo por ello. Todo provenía de los comerciantes agradecidos. Y mientras le trataban de aquel modo, no paraba de lamentar, con lágrimas en los ojos, el mal trato que me prodigaba aquella bandada de cuervos.

»No comprendí lo que estaba pasando hasta que empezaron a robarse entre ellos. Uno de los ladrones, al que a su vez le robaron, acudió a mí una tarde para contarme lo que ocurría. Me di cuenta de que recurrir a los tribunales podría ser mi ruina, ya que los jueces eran tan corruptos como los armadores; pero tenía que hacer algo. Muy avanzada la noche, aparecí en casa de Ericson y, revólver en mano —por cierto que es el mismo que llevo todavía—, le obligué a quedarse quietecito en su cama, mientras arramblaba con todo cuanto encontraba. Me llevé más de mil novecientos francos. Él no sólo no presentó queja a la policía, sino que ni siquiera regresó a bordo. La tripulación se tronchó de risa

⁶ Naturales de las Hawai.

cuando se enteró de mi hazaña. Dos americanos a los que conocí, también me aconsejaron que no recurriese a la ley, si no quería perder también el barco.

»Mandé que buscaran un piloto en Nueva Zelanda. Me trajeron uno alemán, con documentación de capitán, también, pero como yo me consideraba mejor navegante que él, me convertí finalmente en la capitana de la goleta. Si la perdí, no fue debido a mi inexperiencia. Durante cuatro días permanecemos a la deriva en una calma chicha mortal, y después un terrible Noroeste nos mandó contra la costa de sotavento. Soltamos la vela intentando tomar rumbo al Norte, pero entonces fue cuando quedó claro el chapucero trabajo de los constructores tahitianos de nuestra goleta. El botalón del bauprés y todos los estays delanteros saltaron, y no nos quedó más remedio que virar con la intención de atravesar entre la Florida y la Isabela. De noche, nos deslizábamos tranquilamente por el estrecho, al que las cartas de navegación otorgan catorce brazas en sus puntos de menor profundidad, cuando chocamos contra un banco de coral. La pobre Miélé golpeó el coral y siguió adelante; pero fue suficiente con eso. Tuvimos que echar al agua inmediatamente nuestros botes, y casi no nos habíamos alejado de la goleta, cuando la embarcación se fue a pique. Nuestro piloto alemán se ahogó. Nos pasamos la noche remando, y sólo al día siguiente avistamos la costa.

—Y ahora supongo que estará deseando regresar al lado de Von—conjeturó Sheldon.

—En absoluto. El plan de mi padre era alcanzar estas islas. Mi intención es buscar por aquí tierra donde construir una plantación. ¿Conoce usted alguna parcela que sea barata?

—¡Demonios! Ustedes los yanquis son realmente asombrosos. Jamás me hubiese imaginado semejante ventura.

Aventura—matizó Joan.

—Es cierto..., toda una aventura está usted viviendo. Si en lugar de arribar en Guadalcanal hubiese desembarcado en Malaita, ya la habrían devorado a usted y a sus nobles tahitianos.

Joan se estremeció.

—Lo cierto —confesó— es que nos aterraba tener que tomar tierra en Guadalcanal. En las Noticias Marítimas leí que los habitantes de esa isla son traidores y crueles. Algún día me pasaré por allí para conocerlos personalmente. ¿Tienen plantaciones también?

—Ni una. Ni tampoco comerciantes de piel blanca.

—Entonces me trasladará hasta allí en algún barco de transporte.

—¡Imposible! —exclamó Sheldon—. No hay sitio allí para una mujer.

—Me da igual lo que piense. Iré—insistió la joven.

—Pero cualquier mujer que se respete...

—Cuide sus palabras —advirtió ella—. Algún día terminaré yendo allí, y usted se arrepentirá por haberme tratado con tan poca cortesía.

6. TORMENTA

Era la primera vez que Sheldon entraba en tratos con una joven norteamericana, y le faltaban elementos de comparación que le permitiesen averiguar si Joan Lackland era fiel representante de las mujeres de su país. Le asombraba la agudeza de su inteligencia y su repentino cambio de humor. La forma que ella tenía de encarar la vida estaba en completa contradicción con lo que él hubiese esperado de cualquier mujer, y esto provocaba frecuentes discusiones entre ambos. Nunca lograba averiguar qué es lo que haría o diría a continuación, pero estaba convencido de que, fuese lo que fuese, le dejaría perplejo y estupefacto. A veces los arranques de la muchacha le parecían simples ataques de histeria. Su carácter explosivo y antojadizo y la confianza que tenía en sí misma, más que en sus consejos, escandalizaban los pensamientos que el inglés tenía de cualquier mujer que se encontrase con un hombre en tan difícil situación. Sus pretensiones de igualdad le desconcertaban, y a veces llegaba a herirle la naturalidad y el desenfado con que se entrometía en sus asuntos; y más cuando pensaba que se trataba de una mujer recién escapada de la ira del mar y acogida en su refugio con unos polinesios, en la catástrofe de su naufragio. Todo ello encajaba perfectamente, eso sí, con su sombrero masculino de alas anchas y su pistola del calibre 38, aunque contrastaba con su propia personalidad.

Y era precisamente eso lo que no lograba entender ni encajar. Si Joan tuviese el pelo corto, fuertes mandíbulas, dientes grandes y desiguales y formas bruscas y groseras, nadie habría podido decir nada. Pero en lugar de aquello, era deliciosa y arrebatadoramente femenina, y Sheldon tenía el corazón enredado en la sinuosa maraña de sus hermosos cabellos. Tenía tanto encanto aquella joven —mejor aún, aquella niña—, que Sheldon se admiraba cada vez que la recordaba al mando del bote y la imaginaba dando órdenes con voz autoritaria y mirada penetrante plena marejada; o cuando le parecía verla atrapando un caballo. Tenía varias y sorprendentes cualidades, aunque sus conocimientos literarios y artísticos sorprendieron a Sheldon todavía más, ya que en su idea de la mujer, alguien que dominase aquellos conocimientos tenía por fuerza que ser torpe en el manejo de aparejos, en levar anclas o en navegar por los mares del Sur. Aquellos duros trabajos le producían el mismo efecto que si se hubiese encontrado con otras tantas blasfemias en labios de aquella mujer. El simple empeño que tenía de realizar un viaje por las costas de Malaita, con el objetivo de reclutar gente, ya era poco menos que sacrílego.

Se sentía vencido por aquella seducción femenina. Joan tocaba el piano con más habilidad y sentimiento que sus propias hermanas. El piano que tanto esfuerzo le costó al desgraciado Hugo dejar en buenas condiciones parecía un instrumento maravilloso cuando lo acariciaban las manos de ella; y cuando tocaba las cuerdas de la guitarra y entonaba alguna melodía hawaiana, lo hacía con un aire tan suave y dulce que él se quedaba completamente embelesado. En aquellos momentos parecía desaparecer de ella todo lo que no era femenino, y su encanto se hacía tan poderoso que era capaz de terminar con el mal humor del día, o de hacer olvidar su puntería con el revólver, su sombrero masculino, y todo lo demás. Pero ¿era justo que aquella niña llevase la dura vida de un hombre, o exaltase en su corazón cualquier idea de aventuras? La mujer que se lanza en busca de aventuras, ya es aventurera por derecho propio; y esto le parecía a Sheldon algo inusitado, quizá porque él mismo no era demasiado amigo de aventuras y no le atraían excesivamente desde que dejó la infancia. Pero lo cierto es que si se hubiese visto en el dilema de tener que explicar el porqué de la vida que llevaba, no habría tenido más remedio que reconocer que era

el espíritu aventurero el que finalmente le había empujado a abandonar su país y a establecerse en las Islas Salomón.

En cualquier caso, Sheldon no se sentía muy feliz. Su educación y su propio carácter moderado protestaban constantemente contra lo violento e inconveniente de aquella situación. Beranda, que sólo contaba con un hombre blanco, no era el lugar más adecuado para Joan Lackland, y se estrujaba la cabeza en busca de una solución, e incluso lo comentaba con la propia joven. El vapor procedente de Australia sólo llegaría al cabo de tres semanas.

—Lo que está claro —decía Joan— es que usted no desea que me quede en esta casa. Mañana mismo botaremos nuestra embarcación y me iré con mis hombres a Tulagi.

—¡Pero si ya le he dicho que es imposible! —exclamó Sheldon—. Allí no hay nadie. El gobernador se encuentra en Australia, y sólo verá usted a un hombre blanco, un auxiliar y antiguo marinero, que tiene bajo su responsabilidad el gobierno de las Islas Salomón y la custodia de unos cien presos negros. Además es tan grosero que lo primero que hará será sacarle cinco libras de multa, por no haber estado primero en Tulagi, que es el puerto de entrada. Es un tipo sin escrúpulos.

—Entonces me iré a Guvutu—dijo ella.

Sheldon negó con la cabeza.

—Allí sólo se encontrará las fiebres y a cinco blancos borrachos. No puedo dejar que se vaya.

—Le agradezco sus atenciones, pero creo que voy a partir inmediatamente... ¡Viaburi! Vamos, dile a Noa Noah que venga inmediatamente.

Noa Noah era quien estaba al mando de la tripulación de la *Miélé*.

—Pero, ¿qué es lo que pretende hacer? —preguntó él perplejo—. ¡Un momento, Viaburi! Espera.

—Pienso marcharme a Guvutu... inmediatamente —sentenció la joven.

—No lo permitiré.

—Precisamente por eso me marchó. Ya lo ha dicho antes, y no pienso tolerárselo de nuevo.

—Pero, ¿qué es lo que he dicho? —preguntó él, confundido por aquel arrebato de ira—. Si la he ofendido en algo...

—Viaburi, dile a Noa Noah que venga —ordenó la joven.

—¡Viaburi! Si das un paso te parto la cabeza —gritó Sheldon, al ver que el joven se disponía a obedecer—. Y ahora, señorita Lackland, espero que se explique. ¿Qué es o que he dicho o hecho para que se ponga de este modo?

—¿Cómo se atreve... es que pretende...?

Se quedó sin palabras y no pudo continuar.

Su interlocutor parecía la imagen viva de la desesperación.

—Le confieso que todo esto me confunde —dijo Sheldon—. ¿No podría ser usted más clara?

—¿Más clara todavía que cuando me ha dicho usted que no me dejaría ir a Guvutu?

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Usted no tiene derecho, ni nadie lo tiene, a prohibirme hacer lo que se me antoje. Soy demasiado mayor como para andar bajo la tutela de nadie, y no me he venido a estas islas precisamente para que alguien me mande.

—Un caballero se preocupa por la seguridad de cualquier mujer.

—Pero es que yo no soy cualquier mujer..., ya se lo he dicho. ¿Ahora me permite usted que mande a su criado a buscar a Noa Noah, o debo ir yo misma a por él? Me gustaría hacerme a la mar lo antes posible.

Los dos habían terminado levantándose, ella roja de rabia y con los ojos encendidos; y él confuso, humillado y sorprendido. El muchacho seguía inmóvil como una estatua — una estatua de azabache—, sin dejar de contemplar la discusión entre aquellos blancos incomprensibles, absorto en el recuerdo de cierta aldea elevada, situada en una de las frondosas vertientes de Malaita, con columnas de humo azul subiendo desde las chozas hasta mezclarse con las blancas nubes.

—Espero que no haga semejante disparate... —dijo Sheldon.

—¡Ya estamos otra vez con lo mismo! —exclamó la joven.

—No, no es ésa mi intención, y usted lo sabe —porfió él, con voz lenta y grave—. Además, lo de oponerme... es sólo una forma de hablar. Desde luego que no soy su tutor ni nada parecido, y por supuesto que puede ir a Guvutu si lo desea..., aunque lo sentiría. También lamento haber dicho antes algo que la haya podido molestar. No puede olvidarse que, después de todo, soy inglés.

La muchacha se sentó finalmente, sonriendo.

—Quizá también yo me he dejado llevar por un arrebató —aceptó—. Ya ve: no soy capaz de tolerar la menor oposición. ¡Si usted supiera cómo me he visto siempre obligada a luchar por mi propia libertad! Una de las cosas que más me molestan en este mundo es tener que pedir consejo para hacer lo que deseo, a ustedes, que se han constituido como dueños y señores de la creación... ¡Viaburi! Márchate a la cocina; ya no es necesario que llames a Noa Noah—. Y ahora, señor Sheldon, ¿qué me sugiere que haga? Usted no desea que permanezca a su lado, ni parece que haya tampoco por aquí alguna tierra a donde ir.

—Eso no es verdad. Su llegada a esta isla ha sido para mí una gracia divina. Estaba abandonado y agonizante, y no creo que hubiese logrado salir de tan difícil situación sin su providencial llegada. Pero no es sólo eso. Personalmente, hablando de la forma más egoísta posible, su marcha me produciría una profunda tristeza. Pero yo no puedo pensar en mí, sino en usted. Esto, en el fondo, es lo único que quiero que sepa. Si yo estuviese casado..., si hubiese aquí otras jóvenes de su raza..., pero en las actuales circunstancias...

Joan levantó las manos en señal de desesperación.

—¡Crea que no le comprendo! —exclamó—. Tan pronto me dice que debo irme, como que no hay aquí lugar para mí, y que no me dejaría ir. ¿Qué sugiere usted entonces?

—Ése es el problema—replicó Sheldon, abatido.

—¿Le molesta esta situación?

—Sólo en lo que a usted se refiere.

—Entonces permita que le quite esas preocupaciones, diciéndole que a mí todo esto me tiene sin cuidado, a no ser por las molestias que usted pueda tener. No tengo la costumbre de preocuparme por lo que no puedo cambiar. ¿De qué sirve luchar contra lo inevitable? Y la situación es ésta. Usted se queda, y yo también. Usted mismo reconoce que no puedo ir a ninguna parte; tampoco puede abandonarme en medio de la plantación, sola y rodeada por doscientos caníbales. De modo que nos quedamos ambos. Esto es bastante simple y, sin embargo, es toda una aventura. Pero no debe preocuparse por ello. No siento el menor deseo de contraer matrimonio; he llegado hasta las islas Salomón con la intención de explotar una plantación, y no en busca de marido.

Sheldon enrojeció, pero permaneció en silencio.

—Ya sé lo que está pensando —continuó ella, riendo alegremente—: que si yo fuese un hombre, me daría un puñetazo. Y me lo tendría bien merecido. Lo lamento, en lo sucesivo no volveré a herir su dignidad.

—Lo único que iba a decir es que la culpa de todo es mía —dijo él, una vez calmada la tempestad que comenzaba a desatarse en su espíritu.

—No insista, yo soy la única culpable, y se acabó el asunto. Déme un puñado de hombres y me construiré una cabaña en un extremo de la hacienda. La levantaré sobre troncos, por supuesto. Por la noche me retiraré a ella, y me encontraré a mis anchas. Los tahitianos pueden montar guardia aquí, como hacían a bordo. Podré aprender todo lo que se refiere a una plantación, y además gobernaré la casa, atenderé a la cocina y le prepararé alguna que otra comida decente. ¡Ah! Y cerraré mis oídos ante sus reclamaciones. Ya supongo todo lo que usted pensaba decirme y ofrecer..., pero no voy a aceptar que me ceda el *bungalow* a cambio de la cabaña. No lo quiero. Deje que me ocupe de arreglarlo todo, porque si no lo hace me iré a la otra orilla del río, lejos de cualquier influencia suya, y levantaré allí mismo un poblado para mí y para mis hombres, a quienes mandaré a Guvutu por provisiones. Y ahora me gustaría que me enseñase usted a jugar al billar.

7. LA CHUSMA REBELDE

Joan se encargó efectivamente del gobierno de la casa, y cambió tantas cosas en unos pocos días que el propio Sheldon estaba maravillado. Por primera vez aparecieron el orden y la limpieza. Los criados dejaron de holgazanear y de estarse horas y horas de brazos cruzados. El cocinero decía que de tantas instrucciones y recetas le estaba empezando a doler la cabeza. Ni siquiera Sheldon se escapó de aquella nueva rigidez, y por sus ganas de alimentarse únicamente con latas de conserva se ganó el calificativo de estúpido y otros adjetivos equivalentes, que sólo merecen quienes desprecian los platos más apetitosos.

Joan enviaba el bote a veinte millas de distancia, en busca de naranjas y limones, lamentándose de que no hubiesen plantado en Beranda desde el principio los árboles que daban estos frutos, mientras Sheldon se sentía humillado en lo más íntimo por no tener ni siquiera un pequeño jardín dentro de la hacienda. Las manzanas que él había considerado como maleza aparecían ahora en la mesa convertidas en sabrosos postres, o se convertían en un pudín delicioso que le arrancaba exclamaciones de felicidad. Los plátanos de la selva eran servidos de diez formas diferentes, crudos o cocidos, y cada presentación resultaba mejor que la anterior. Tanto Joan como los marineros que tenía a su cargo tenían la costumbre de pescar con dinamita, y los oriundos de Balesuna les daban su tabaco a cambio de ostras del pantano. Los recursos que se encuentran en el cocotero y en sus frutos resultaron una maravilla, una auténtica revelación. Adiestró al cocinero para que preparara con su jugo una levadura que hinchaba y ablandaba el pan; aprovechaba la parte superior del corazón del tronco para confeccionar una deliciosa ensalada inventada por ella. Del caldo y la carne del coco sacaba salsas y condimentos ácidos o dulces, que se servían como acompañamiento de los platos más diversos, desde el pescado hasta los pudines. Le demostró a Sheldon la mejor calidad de la nata del coco respecto a la de la leche, para el café. Limpiaba también el cogollo de los renuevos tiernos y esponjosos, y los utilizaba en la ensalada como si fuesen lechuga. Estas ensaladas eran precisamente su fuerte, y en cierta ocasión dejó asombrado a Sheldon con una preparada a base de tallos tiernos de bambú. El tomate silvestre, que hasta ese momento había sido despreciado o arrancado como cizaña, se recogió a partir de entonces para toda clase de ensaladas, salsas y sopas. Las gallinas que campaban a sus anchas y soltaban sus huevos en la espesura de la jungla fueron domesticadas, y Joan llegó a cazar un ánade silvestre y una torcaz para servir las después en la mesa.

—No me agradan demasiado estas tareas —decía, refiriéndose a las labores de cocina—, pero debo honrar a mi padre haciendo uso de la educación que me dio.

Otra de sus reformas consistió en quemar el viejo y maloliente hospital, lo que provocó una encendida discusión con Sheldon, para levantar otro que ella consideraba más limpio, con la ayuda de sus hombres. Les quitó a las ventanas las cortinas de percal, y las sustituyó por otras de llamativa indiana que encontró en el almacén, y con la que se hizo además algunas batas. Cuando Sheldon vio la lista de ropas y objetos para su propio uso que deseaba que le trajeran de Sydney con el primer vapor, se dio cuenta de que había decidido quedarse a su lado durante mucho tiempo.

Desde luego, aquella mujer no se parecía en nada a todas cuantas había conocido o imaginado en el pasado. En sus relaciones con Sheldon, de hecho, no parecía siquiera una mujer. No había languideces, ni gestos de cariño o asomos de coquetería. Se habría dicho que eran hermanos, a juzgar por la forma en que uno y otra lograban dominar sus impulsos sexuales. Incluso las más delicadas galanterías por parte de él pasaban por no percibidas, como si fuesen despreciadas, y enseguida hubo que desistir de ofrecerle la mano para saltar de la barca o subir a alguna altura, convencido de que no necesitaba ninguna ayuda.

A pesar de todas las advertencias sobre la existencia de tiburones y cocodrilos en la costa, Joan se empeñaba en alejarse de ella a nado, y nunca se la pudo convencer de que dejase a sus hombres solos en el bote cuando pescaban utilizando cartuchos de dinamita. Joan aseguraba que era más inteligente que todos ellos, y por tanto, cuando era ella la que arrojaba el cartucho al agua, todos corrían menos peligro. En definitiva, para Sheldon

Joan se convirtió en la mujer más femenina, y al mismo tiempo más masculina, de cuantas había visto nunca.

Las discrepancias que tenían en la forma de tratar a los negros provocaban constantes disputas entre ellos. Joan era partidaria de un método más benévolo y bondadoso, regañando sólo a veces y sin castigar jamás, y él tenía que admitir que su tripulación la idolatraba, que los sirvientes eran como esclavos para ella, y capaces de triplicar sus esfuerzos con tal de agradarla, mientras que para él no sabían hacer nada a derechas. Joan enseguida se dio cuenta de la agitación que reinaba en la plantación y del peligro inminente que corrían los dos blancos. Ninguno de los dos podía atreverse a salir de la hacienda sin llevar consigo el revólver cargado, y los marineros que montaban guardia ante la cabaña de Joan no se apartaban de sus rifles.

A pesar de esto, ella insistía en que tal situación había sido provocada por el imperio del terror establecido por los blancos. Al haber crecido entre los hawaianos, tan dóciles y serviles que nunca necesitaron malos tratos ni castigos, suponía que los isleños de Salomón se amansarían con un trato mejor.

Cierto día se escuchó proveniente de las chozas un fenomenal griterío. Sheldon llegó con los hombres de Joan justo a tiempo para evitar que los negros matasen a palos a dos mujeres. Las desgraciadas tuvieron que ser puestas a salvo en la cocina de la hacienda para evitar la venganza de aquella turba. Ambas eran las encargadas de llevar el rancho a los trabajadores, y éstos se mostraban indignados porque una de ellas se había bañado en la caldera donde se cocían las patatas. Aunque en realidad el enfado no provenía de aquel atentado contra la higiene, ya que ellos mismos se bañaban en aquellos recipientes enormes, sino al característico odio que los varones de las Islas Salomón profesan hacia todas las mujeres, a las que consideran hembras viles, rebajadas y perversas.

Un día después, Joan y Sheldon se vieron sorprendidos durante la comida por un nuevo clamor de voces violentas. Se acababa de violar la ley más sagrada de Beranda: los doscientos negros entraban en ese momento en el patio de la casa, sin pedir autorización previa; algo que sólo les estaba permitido hacer a los capataces. Los invasores se apelotonaban frente a la galería, lanzando gritos de amenaza y agitando sus puños en el aire. Sheldon se reclinó sobre la barandilla y esperó en silencio a que se tranquilizasen. Joan se encontraba detrás de él. Cuando el griterío se extinguió por fin, se adelantaron dos hombres altos y fuertes, de feroz y terrible expresión. Se trataba de dos hermanos: Carin-Jama, al que se conocía también como *el melancólico*, y Bellin—Jama, llamado *el fanfarrón*. Ambos habían servido en el pasado en las plantaciones de Queensland, y en todas partes se les conocía por sus retorcidas intenciones.

—Queremos que nos entregues a las dos Marías negras —gritó Bellin—Jama, dirigiéndose a Sheldon sin más ceremonias.

—¿Y para qué las queréis? —preguntó su amo.

—Para matarlas —replicaron los dos hermanos.

—¿De qué estáis hablando? —gritó Sheldon, incapaz de contener su ira—. ¿Acaso han tocado la campana? No os necesito aquí para nada; vuestro trabajo está en el campo. Cuando toque la campana y terminéis el *kaikai*, volved a hablarme de esas Marías. Ahora os podéis ir por donde habéis venido.

Nadie se movió, esperando la decisión final de Bellin—Jama, que parecía clavado en el suelo.

—Yo no me voy—dijo obstinado.

—Ten cuidado con lo que haces, Bellin—Jama —le dijo Sheldon con voz amenazadora—, o te mando a Tulagi para que pruebes el látigo. ¡Por el Dios vivo, que estáis terminando con mi paciencia!

Bellin—Jama le dirigió una mirada desafiante, y contestó, mostrando sus puños como los temerarios boxeadores de Queensland:

—¿Quieres luchar?

Una invitación a la pelea por parte de un negro es considerada la mayor ofensa en los países donde los blancos, aun siendo minoría, imponen la ley. La provocación a un blanco por parte de un negro es algo inverosímil, que no puede esperarse y ni siquiera suponerse. Todo lo que pueden esperar los negros es que el blanco termine castigándolos a todos.

La ofensa de Bellin-Jama arrancó un murmullo de admiración del grupo que le acompañaba; pero todavía flotaban en el aire sus últimas palabras, cuando Sheldon, sin pensárselo dos veces, saltó por encima de la barandilla y con una hábil pirueta cayó al patio con feroz energía, apagando inmediatamente el murmullo de admiración. Fue un salto de quince pies, y tan bien calculado que Sheldon cayó con todo su peso sobre el negro temerario quien, sin tiempo para retroceder, cayó de espaldas dándose un terrible golpe contra el suelo, y quedando debajo de su irritado amo. No fue necesario luchar ni pelear a puñetazos. El negro quedó fuera de combate en un parpadeo. Casi sin tiempo para recuperarse de la impresión que le había producido aquel salto de fiera, Joan se dio cuenta de que Carin—Jama, *el melancólico*, se echaba sobre Sheldon para agarrarlo por el pescuezo antes de que lograra levantarse, mientras otros diez negros comenzaban a destacarse de entre los demás, con la muerte dibujada en el rostro. Apuntó su pistola y disparó. Carin—Jama soltó a su presa y se tambaleó, llevándose una mano a la espalda, agujereada por la bala.

Joan había pensado dispararle al brazo, cosa fácil para ella a tan corta distancia, pero al ver que la situación comenzaba a ponerse fea con la aparición de tantos cobardes, decidió hacer un disparo más seguro y apuntó a la espalda. Tampoco podía arriesgarse demasiado.

Al verse libre Sheldon, se giró sobre Carin—Jama, y de un formidable puñetazo lo tumbó al lado de su hermano. El tumulto quedó inmediatamente sofocado, y cinco minutos más tarde se llevaban a los dos hermanos al hospital, mientras los amotinados eran conducidos hasta las plantaciones por los capataces.

Sheldon encontró a Joan en la galería, sentada sobre la silla extensible, y deshecha en llanto. Esto le puso todavía más nervioso que el motín que acababa de sufrir. El llanto de una mujer siempre le dejaba desconcertado, pero cuando esa mujer era Joan, además, de la que podía esperar todo, sabía también que había algo que temer.

—Debo hablar con usted, Joan —comenzó a decir.— Sin duda me ha salvado usted la vida, y tengo que decirle...

La muchacha, en un arrebato de ira, apartó las manos del rostro y gritó:

—¡Cobarde! ¡Animal! Me ha obligado usted a disparar contra un hombre; algo que no había hecho nunca.

—Ha sido una herida poco importante; no morirá por ella —aseguró Sheldon, intentando tranquilizarla.

—¿Y qué me importa que no muera? Lo cierto es que le he disparado. ¿Qué necesidad tenía usted de saltar de aquella forma? Ha sido un salvaje.

—Le aseguro que... —pidió él, confuso.

—¡Váyase con Dios! ¿No se da cuenta de cómo le odio? ¡Le odio! Pero, ¿es que no piensa quitarse de mi vistaí?

Sheldon palideció de ira.

—Entonces, ¿por qué ha disparado?

—Por... por... porque usted es blanco —lloró Joan—, y mi padre jamás habría dejado a un blanco en la estacada. Pero la culpa es suya. No tenía ningún derecho a exponerse a semejante peligro. Y tampoco era necesario que lo hiciera.

—No consigo entenderlo —replicó Sheldon secamente, y se dispuso a marcharse—. Ya hablaremos de ello después.

—Fíjese en cómo trato yo a esta gente. Ahí tiene usted esos dos muchachos que estoy cuidando ahora. Cuando se hayan repuesto serán capaces de matar por mí. Y para conquistar su cariño no es necesario que les esté amenazando de muerte todo el tiempo. No es necesario ser tan rígido... tan brutal. ¿Qué le importa que sean caníbales? Después de todo son seres humanos, como usted o como yo, y son capaces de entender cualquier cosa. Eso es lo que les distingue de las bestias.

Sheldon asintió con la cabeza, y se marchó.

Cuando regresó de la plantación varias horas más tarde, Joan tenía otro aspecto y otra opinión, también, lo que le alegró sobremanera.

—Creo que nunca podrá usted perdonar mi estupidez —se excusó en cuanto le vio llegar—. He ido al hospital y he visitado al herido. Parece que, efectivamente, es una herida sin importancia.

—¿No se lo dije? No comprendió usted la situación. Lo que mas interesa a nuestro gobierno es tratar a los negros rígidamente. La ternura está muy bien, pero no es suficiente para persuadirles de que hagan algo. Estoy de acuerdo, por supuesto, en lo que ha dicho de los hawaianos y los tahitianos. Si asegura que se les puede mandar con cariño, me lo creo, aunque yo no los conozco. Pero usted tampoco conoce a estos negros, y por eso tengo que pedirle que me crea. Son muy diferentes de esos amigos suyos. Estos negros están mucho más degradados que los africanos. Si se fija bien, encontrará que hay una verdadera diferencia. Son personas que desconocen la gratitud, la simpatía y la bondad. Si se comporta amablemente con ellos, pensarán inmediatamente que usted es tonto. Si lo hace con delicadeza, creerán que les tiene miedo. Y si alguna vez llegan a pensar que usted les tiene miedo, créame, está perdida. Para lo que le pueda servir, permita que le explique el proceso mental de un negro cuando entra en contacto con un extranjero. Su primer pensamiento es invariablemente receloso: «¿Me va a matar ese extranjero?» Cuando

comprenden que no les van a matar, comienzan a hacerse preguntas cada vez mas atrevidas, como: «¿Podría yo matar al extranjero?» Un buen ejemplo es el de Packard, un comerciante colonial que se estableció a unas doce millas al sur de la costa, que se vanagloriaba de mandar empleando la bondad y de no haber dado jamas un solo golpe. Lo cierto es que nadie le reconocía la menor autoridad. Solía venir a visitarnos en su bote a Hugo y a mí, y cuando sus remeros pensaban que tenían que volver, él se veía obligado a interrumpir la conversación para regresar con ellos. Me acuerdo de un domingo por la tarde, en que Packard aceptó nuestra invitación para el almuerzo. Acababa de servirse la sopa, cuando Hugo se dio cuenta de que había un negro espiándonos por la puerta. Inmediatamente se levantó y corrió hacia el intruso, que estaba violando una costumbre de Beranda, porque todo negro está obligado a avisar a un criado y a esperar en la puerta de la empalizada el permiso del dueño de la casa para poder entrar. Pues bien; aquel negro, que conocía perfectamente la costumbre y era un miembro de la tripulación de Packard, había llegado ya hasta la galería. «¿Qué deseas?», le preguntó Hugo. «Dile al blanco que hay ahí dentro que los remeros nos marchamos; y que si no viene, no esperamos. Nosotros irnos.» Por toda respuesta, Hugo tomó carrerilla y le dio al negro un puñetazo tan fuerte que rodó escaleras abajo antes de llegar al patio.

—Pero eso es de un salvajismo innecesario—protestó Joan—. Nunca tratarían a un blanco con semejante crueldad.

—¡Efectivamente! Pero es que no era un blanco, sino un negro; y un negro que estaba ofendiendo no sólo a su amo, sino a todos los amos blancos de las Islas Salomón. Su actitud me ofendía a mí y ofendía a Hugo. Su presencia en la galería era una ofensa a Beranda entera.

—Eso desde su particular punto de vista, según su forma de ejercer la autoridad, según la idea del dominio por la fuerza...

—En efecto —interrumpió Sheldon—. Packard pensaba que lograría imponerse a ellos con ternura y suavidad, ¿y qué es lo que pasó? Que yo sigo vivo, mientras que Packard ha muerto. Toda su bondad y consideración no sirvió como excusa para que, en la primera ocasión que tuvieron los cobardes, le atacasen mientras estaba enfermo e indefenso, y le cortasen la cabeza, que por cierto se exhibe ahora en Malaita. Además se llevaron dos botes cargados con lo mejor de su almacén. ¿Y qué me dice usted del capitán MacKenzie, que dirigía el *Minota*? Él también creía en la benevolencia, y afirmaba con toda tranquilidad que se sentía más seguro yendo desarmado. En su segundo viaje a Malaita para reclutar trabajadores, llegó hasta Bina, cerca de Langa Langa. Mandó que los rifles con los que normalmente iba armada su tripulación permaneciesen bajo llave en uno de los camarotes. Cuando el bote volvía a bordo, lleno de negros braceros, apareció él sobre el puente, completamente desarmado. No llevaba ni un revólver. Allí mismo lo descuartizaron a hachazos. También su cabeza está en aquella isla, y también, como en el caso de Packard, fue lo más parecido a un suicidio que he visto hasta hoy.

—Estoy de acuerdo en que son necesarias algunas precauciones para hablar con ellos —aceptó Joan—; pero sigo pensando en las ventajas que pueden lograrse con un trato más considerado.

—En eso estoy de acuerdo. No puedo olvidar, después de todo, que Beranda es la peor plantación del archipiélago en lo que respecta al trabajo. El haber llegado a este punto

prueba que quizá tenga razón. Los primeros propietarios de la isla no eran precisamente mejores que yo. Eran dos salvajes sin paliativos: un yanqui y un alemán borracho. No tenían trabajadores, sino esclavos que compraban al más famoso negrero que se ha conocido en estas islas: Johnny Be—blowed. Ahora se encuentra en Fiyi, acabando una condena de diez años por haber matado a un muchacho negro sin motivo aparente. En sus últimos años llegó a ser tan detestable que los indígenas de Malaita ni siquiera querían tratar con él. Sólo conseguía nuevos trabajadores acudiendo a toda prisa al lugar en donde se había cometido algún asesinato, porque los asesinos eran los únicos que aceptaban ser contratados por él, con tal de escapar a la venganza. Aquí conocemos a estos fugitivos como «volatineros». Muchas veces provocan alborotos en los poblados de la costa, y a veces vemos a un negro corriendo hacia el agua, perseguido por un grupo de indígenas que le tiran lanzas y flechas. Johnny Be-blowed tenía siempre preparado un bote para recoger con él a estos perseguidos. Por eso en los últimos tiempos sólo vendía «volatineros».

»Los primeros propietarios de Beranda sólo compraban este tipo de trabajadores: un hatajo de asesinos sobre los que tenían la ventaja de poder contratarlos por diez años, que es el máximo permitido por la ley, en lugar de los cinco años a los que suelen someterse los demás. Ésa es la naturaleza de esta caterva de criminales que tenemos hoy en nuestro poder. Es verdad que muchos ya han muerto o los han matado, y que otros están cumpliendo condena en Tulagi. Los primeros dueños desbastaban muy poco, y plantaban todavía menos. Perdían casi todas las energías en sofocar reyertas y rebeliones, en una de las cuales fue asesinado un capataz. Tuve yo un socio que se llevó una terrible cuchillada en cierta ocasión; y en otras dos ocasiones, otro de ellos recibió varios flechazos. Los dos eran bravucones, aunque en el fondo eran muy cobardes, y terminaron por abandonarlo todo. Sus propios trabajadores negros los persiguieron y les terminaron dando caza, literalmente.

»Entonces llegamos Hugo y yo, dos nuevos amos, a encargarnos de esta chusma rebelde. Habíamos comprado esta hacienda de Beranda sin conocer realmente su situación, y no nos quedó otro remedio que sobrellevarla de la mejor forma posible, haciendo, como se dice en estos casos, de tripas corazón.

»En nuestros primeros días cometimos el error de actuar con imprudente benevolencia, intentando que nos obedecieran mediante la persuasión y las buenas maneras. Los negros pensaron que les teníamos miedo. Casi me avergüenzo al pensar en lo idiotas que fuimos en aquellos primeros días. Los trabajadores nos dominaban, nos amenazaban e incluso se burlaban, mientras nosotros seguíamos pensando que nuestro noble proceder terminaría por solucionar aquel estado de cosas. Pero la situación, en vez de mejorar, empeoró, y finalmente llegó el día en que Hugo estuvo a punto de ser asesinado por regañar a un joven. Sólo logró salvarse por la valentía con que se defendió, dándome tiempo a llegar a su lado.

»Ese fue el día en que comenzamos a mostrarnos verdaderamente rígidos. Teníamos que tratar a los braceros con mano dura, o desistir, y ninguno de los dos nos resignábamos a esto último, ya que casi todo cuanto teníamos estaba invertido en el negocio. Era necesario que le diésemos a nuestra empresa un nuevo impulso, porque habíamos llegado a un punto en el que se nos avecinaba la ruina o la catástrofe. Teníamos que luchar con todas nuestras energías para salir a flote, porque nuestra plantación era considerada como

la peor de toda la isla, y hasta hoy lo es, desde la perspectiva del trabajo realizado. No hemos logrado nunca atraer un solo blanco. A más de uno le hemos ofrecido la administración, pero nadie la ha aceptado. Y no por miedo, que no lo tienen, sino porque no les parece saludable. Al menos ése es el motivo que adujo el último que rechazó nuestra propuesta. De forma que tuvimos que gobernar y administrar nosotros dos.

—¿Y después de la muerte de Hugo, aún le quedaron a usted ganas para seguir afrontándolo todo solo? —preguntó Joan con lágrimas en los ojos.

—No tuve otro remedio que continuar viviendo este auténtico infierno. Y ahora que ya conoce la historia, no sea dura conmigo cuando yo le parezca excesivamente rígido, y recuerde que nuestra situación sigue siendo delicada. Vivimos entre una gentuza perversa, a la que tenemos que hacer trabajar, y puedo asegurarle que ninguna plantación del archipiélago encontrará árboles de tres y cuatro años mejores de los que tenemos aquí. Hemos luchado sin descanso para ir mejorando todo. Progresivamente, hemos ido introduciendo braceros nuevos. Pensábamos apostar todo a nuestra plantación, y para eso compramos también la Jessie. Dentro de un año nos veremos libres de casi todos los trabajadores que nos encontramos al llegar, y que fueron contratados durante los primeros años de Beranda. Sus contratos acaban en pocos meses. La pena es que, hasta cierto punto, han terminado contaminando a algunos de los trabajadores más recientes, aunque no tanto que no podamos solucionar esa epidemia de rebelión; y cuando lo hagamos, Beranda será una plantación digna de respeto.

Joan asintió con la cabeza, y después permaneció callada, abstraída con el recuerdo del cuadro que se ofreció a su vista cuando llegó a la isla. Un blanco, solo, moribundo de fiebre, jadeante y medio desmayado sobre una silla, que con el empuje de la misteriosa fuerza que anima a su raza, todavía tuvo fuerzas para levantarse con el último latido de su corazón y mantener en pie su mando.

—Es una pena—dijo finalmente—. Pero parece que el blanco debe ser siempre el que domine.

—Nunca me ha gustado demasiado —aseguró Sheldon—. Le juro por mi vida que no sé cómo llegué a parar aquí. Pero aquí estoy y no puedo abandonar ahora.

—Es el ciego destino de su raza —comentó la joven con una sonrisa—. Los blancos hemos sido piratas y conquistadores desde el principio de los tiempos; robando en la tierra y en el mar. Es algo que llevamos en la sangre, y que nunca podremos evitar.

—La verdad es que nunca me había parado a pensar en ello de forma tan teórica —le confesó él—; pero sí que me he entretenido muchas veces intentando recordar el motivo que me trajo hasta aquí.

8. COLOR

Al atardecer, un queche de pocas toneladas recogía velas en el fondeadero, y pocos minutos más tarde saltaba a tierra su capitán. Se trataba de un joven de veinte años, de hablar pausado y voz dulce, que enseguida llamó la atención de Joan cuando ésta se enteró por Sheldon de que aquel muchacho venía solo desde Malaita con una tripulación formada exclusivamente por negros. A Joan le pareció el argumento de una novela, sobre

todo cuando supo que era Christian Young, un isleño de Norfolk, descendiente directo de John Young, que fue uno de los primeros sublevados de la *Bounty*. La mezcla de sangre inglesa y tahitiana se manifestaba en la dulzura de sus ojos y en lo moreno de su piel; sin embargo, el arrojo, el típico valor inglés, parecía haber desaparecido en él. A pesar de ello, cierto coraje y audacia era lo único que podía permitirle gobernar el queche en solitario y llevar la vida de lucha que se exige en las Islas Salomón.

La inesperada presencia de Joan le dejó algo cohibido, hasta que ella misma lo sacó de su timidez al tratarle con su característica forma campechana de camarada fraterna, atacando con ello una vez más la idea que Sheldon tenía formada respecto a la oportuna delicadeza de todas las mujeres. Young no sabía nada del mundo, pero estaba al tanto de todo cuanto ocurría en las Islas Salomón. Quince trabajadores habían robado unos rifles, escapando después a la selva desde la plantación de Lunga, algo más al este de la costa de Guadalcanal, y desde la jungla habían enviado la amenaza de que exterminarían a los tres blancos al mando, a pesar de que dos de éstos todavía los perseguían por la selva. A Young le parecía muy probable que, en el caso de que no fuesen capturados, terminasen dando un rodeo y cayesen por sorpresa en el litoral de Beranda para robar un bote.

—Me olvidaba de darles otra noticia: un comerciante de Ugi ha sido asesinado —añadió, dirigiéndose a Sheldon—. Cinco grandes botes, procedentes de Port Adams, llegaron allí, los hombres alcanzaron la playa de noche y encontraron a Oscar durmiendo. Quemaron todo lo que no fueron capaces de robar. El *Flibberty-Gibbet* se enteró de ello en el paso de Mbolí, y se dirigió velozmente a Ugi. Yo estaba también en Mbolí cuando nos llegó la noticia.

—Me parece que tendré que abandonar Ugi —meditó Sheldon.

—Es el segundo socio que pierde usted allí —dijo Young—. Para mantener el puerto seguro debería colocar al menos dos blancos. Las canoas de Malaita pasan constantemente por allí, y ya sabe usted lo que es Port Adams. Por cierto, le he traído un perro. Tommy Jones se lo manda desde la isla de Neal. Dice que se lo había prometido. Es un auténtico cazador de negros de pura raza. Dos minutos después de subir a bordo de mi barco, ya tenía a toda la tripulación colgada de las jarcias. Tommy lo llamaba *Satanás*.

—Muchas veces me he preguntado por qué no tenía usted perros aquí —intervino Joan.

—Lo difícil no es tenerlos, sino mantenerlos. Siempre se los terminan comiendo los cocodrilos.

A Jack Hanley también lo han asesinado en Marovo Lagoon hace un par de meses —anunció Young con su dulce voz—. El *Apostle* acaba de llegar con la noticia.

—¿Dónde se encuentra Marovo Lagoon? —preguntó Joan.

—En Nueva Georgia, a unas doscientas millas en dirección Oeste —respondió Sheldon—. Bougainville se encuentra justo detrás.

—Sus propios sirvientes le mataron —prosiguió Young—, aunque ayudados por los indígenas de Marovo. Sus tripulantes de Santa Cruz escaparon en un bote a Choiseul, y los de Marchet, en el Lily, llegaron hasta Marovo, incendiaron un poblado y volvieron con la cabeza de Hanley, que habían encontrado en una casa en la que los negros se habían estado emborrachando. Y éstas son todas las noticias que tengo, aparte de que se ha perdido

una buena extensión de tierra de cultivo en el extremo oriental de la Isabela. Nadie sabe cómo han podido hacerse con ella los isleños. El Gobierno hará una investigación. Y.. ¡ah, es verdad!, también interviene en todo esto un buque de guerra: el *Cambrian*. Quemó tres poblados por aquel asunto del *Minota*, como sabe, asoló la jungla, y después se fue a Siao para poner orden allí también.

La conversación fue derivando hacia temas intrascendentes; pero antes de que Young regresara a bordo, Joan le preguntó:

—¿Cómo consigue arreglárselas solo, señor Young?

El joven la observó con sus ojos de niño abiertos. Un momento después le respondió, con su tono dulce y tranquilo de siempre:

—¡Oh, bueno! Me entiendo de maravilla con ellos. Es cierto que hay momentos de tensión, en los que es necesario mantener la guardia. Pero es preciso no mostrar en ningún momento que siente el más leve temor. Con frecuencia he pasado miedo, pero nunca se han enterado.

Después de que Young se hubo ido, Sheldon comentó:

—Se diría que es incapaz de matar una mosca. Todos los isleños de Norfolk que proceden de los amotinados de la *Bounty* son así. Pero yo conozco algo mejor su historia. Hace tres años se encontraba en Suu, en Malaita, capitaneando el *Minerva* por primera vez. Se encontraba allí un grupo de indígenas de Queensland que habían terminado su contrato. Aquel hatajo de cafres decidió cortarle la cabeza. El hijo del jefe de la tribu, One Eyed Billy, había trabajado en Lunga, donde murió de disentería, y aquello significaba una afrenta que tenían que pagar a Suu con la cabeza de un blanco, quienquiera que fuese. Young era entonces un mozalbete, y ellos estaban convencidos de que conseguirían su cabeza sin esfuerzo. Con la excusa de ir a reclutar nuevos trabajadores se llevaron el bote a la orilla, para dejarlo allí todavía más indefenso, mientras que los de Suu que se encontraban a bordo se abalanzaron sobre él, convencidos de que le pillarían por sorpresa. Pero Young, que en aquel momento estaba preparando un cartucho de dinamita para pescar, encendió la mecha, que era muy corta, y sin la menor vacilación arrojó el cartucho en medio de ellos. Los supervivientes se arrojaron al mar enloquecidos de terror. El recogió el ancla rápidamente y se marchó. Aún piden por su cabeza una elevada suma en monedas de concha, equivalente a cien libras esterlinas. Y a pesar de todo Young entra en Suu como si nada hubiese ocurrido. Hace poco visitó nuevamente la isla para devolverle cuarenta trabajadores del cabo Marsh a los hermanos Fulcrum, que tienen allí una plantación.

—La verdad es que sus historias están terminando de abrirme los ojos. Ahora conozco mejor el ambiente en que ustedes se desenvuelven —dijo Joan—. Las Islas Salomón deberían marcarse con tinta roja en las cartas marítimas, y quizá con tinta amarilla también, debido a las enfermedades.

—Bueno, no siempre es así —advirtió Sheldon—. Y además tiene que tener en cuenta que Beranda es la peor plantación de todas, y que reúne también las peores características. No creo que en ningún otro lugar se haya ensañado tanto la plaga con la crueldad con que lo ha hecho con nosotros cuando usted apareció. Por si fuera poco, la *Jessie* se terminó contagiando también. Ha sido una catástrofe tras otra para Beranda. Todos nuestros

visitantes se han marchado meneando la cabeza y convencidos de que nuestra plantación tiene eso que ustedes llaman *mal de ojo*.

—Beranda saldrá adelante —profetizó Joan enfáticamente—. No creo en supersticiones. Usted logrará superar todos los contratiempos y verá derramarse por estas tierras el cuerno de la abundancia. No pueden durar para siempre estas desgracias ni los malos momentos. A pesar de todo, no creo que éste sea un clima demasiado propicio para los blancos.

—Pero podría serlo. Dentro de cincuenta años, cuando se haya acabado con la selva, limitándola a las montañas, podremos controlar los efectos de las fiebres y todo rebosará salud. Se levantarán ciudades y poblados. Hay gigantescas extensiones de tierra devoradas hoy por una jungla que en el futuro tendremos que talar.

Aun así, no creo que llegue a ser nunca un buen clima para los blancos —insistió Joan—. Nosotros somos torpes aquí para todos los trabajos manuales.

—Eso es cierto.

—Lo que necesariamente implica la existencia de la esclavitud—sugirió ella.

—Es verdad; tal como pasa en los trópicos. Negros, cobrizos y amarillos realizarán todos los trabajos a las órdenes de blancos. El trabajo de los negros resulta demasiado lento e improductivo; por ese motivo, en el futuro será necesario importar trabajadores chinos o indios. Los braceros ya comienzan a estudiar el asunto. En lo que a mí concierne, ya me he cansado de trabajar con negros.

—Pero ¿es que hay que eliminarlos?

Sheldon se encogió de hombros y respondió:

—Puede que sí; como a los indios norteamericanos, que eran una raza más noble todavía que la de los melanesios. El mundo tiene el tamaño que tiene, y se está llenando demasiado...

—¿Y usted cree que el débil debe morir?

—Exactamente. El débil debe morir.

A la mañana siguiente, Joan se despertó sobresaltada por un griterío espantoso. Su primera intención fue echar mano del revólver; pero cuando escuchó a Noa Noah, que permanecía de guardia, riéndose como un bendito y sin moverse de la puerta, se dio cuenta de que no había peligro y salió a ver qué es lo que provocaba semejante algarabía. El capitán Young había desembarcado el perro justo en el momento en que un grupo de negros que se ocupaba de construir un puente pasaba por delante de la playa. *Satanás* era enorme, con un peso de setenta libras, de pelo negro, cola corta y fantásticos músculos. Odiaba a los negros. Tommy Jones logró inculcarle esa rabia atándole varias horas al día frente a uno o dos negros, y azuzándole contra ellos. Desde entonces *Satanás* les consideraba culpables de aquellas molestias y se la tenía jurada a todos los de su raza. De modo que en cuanto saltó a la arena de la playa, arremetió con toda su furia contra ellos, y un segundo más tarde se encontraban todos encaramados sobre la empalizada o en lo más alto de los cocoteros.

—¡Buenos días! —dijo Sheldon a Joan, saludando desde la galería—. ¿Qué le parece a usted nuestro cazador de negros?

—Me parece que nos va a costar un buen esfuerzo lograr que se comporte con los criados de la casa.

—Y con sus amigos tahitianos. ¡Cuidado, Noah! ¡Corre, corre, que te pilla!

En efecto, *Satanás*, convencido de que no podría alcanzar los cocoteros, se abalanzaba sobre el enorme tahitiano.

Pero Noah se mantuvo firme en su sitio, a pesar del miedo, y *Satanás*, para asombro de todos, comenzó a dar saltos de alegría alrededor de él, con ladridos de simpatía y moviendo el rabo como señal de cariño.

—¡Vaya! Esto es lo que yo llamo un perro simpático —dijo Joan—. Parece que por lo menos es más inteligente que usted, señor Sheldon. No necesita ninguna lección para distinguir a un tahitiano de un negro. ¿Qué te parece, Noah? ¿Por qué no te ataca? Es porque eres tahitiano, ¿verdad?

Noa Noah hizo un gesto con la cabeza, sonriendo.

—No sabe que soy tahitiano —dijo—; pero ve que llevo puestos los pantalones, como todos los blancos.

—Me parece que tendremos que darle un curso de *Sartor Resartus*—rió Sheldon, bajando al patio para jugar con el animal.

— Repentinamente cambió la situación. Adamu Adam y Matuare, dos marineros de Joan, entraron por la puerta de atrás procedentes de Balesuna, adonde habían ido a instalar un cebo para cazar cocodrilos, y en lugar de pantalones llevaban los característicos *lava-lavas*⁷ colgando graciosamente de sus muslos. En cuanto *Satanás* les echó el ojo, se arrancó de las manos de Sheldon con terrible ferocidad.

—No llevan pantalones —exclamó Noa Noah, asustado, mientras Adamu Adam comenzaba a correr con todas sus fuerzas.

De un salto se aferró a la plataforma que sostenía el depósito de agua que se recogía del techo, burlando la embestida de la fiera. *Satanás*, dando inmediatamente media vuelta, se lanzó sobre el otro.

—¡Corre, Matauare, corre! —le gritó Joan.

Pero en vez de correr, él permaneció firme en su sitio, y esperó al perro.

—Le llaman «el impertérrito» —explicó Joan a Sheldon, testigo mudo de aquella escena.

El tahitiano esperó pacientemente la acometida de la fiera, y cuando *Satanás*, de un salto formidable, se abalanzaba a su cuello, el hombre extendió su brazo. Fue un puñetazo magistral en la quijada inferior, que hizo describir al perro una curva en el aire, antes de caer patas arriba. El animal, sin embargo, se recuperó rápidamente y volvió a la carga con más furia, pero con el mismo resultado. Hasta tres veces volvió a saltar sobre su enemigo,

⁷ Especie de refajo.

recibiendo otras tantas la misma respuesta, y rodando por tierra finalmente. Entonces intentó morderle los pies a Matauare, atacando y retrocediendo como suelen hacerlo los perros.

—Ya basta, *Satanás*. ¡Quieto! —le gritó Sheldon—. Este jovencito es amigo mío.

Antes de comprender que los tahitianos pertenecían a la servidumbre de la casa, *Satanás* siguió sus movimientos durante horas. Después se encaró con tres de los muchachos, arrinconando a Ornfiri en la cocina y llevándole hasta la estufa; rasgando los refajos de Lalaperu mientras éste escapaba encaramándose a un pilar de la galería, y saltando sobre la mesa de billar, detrás de Viaburi, que se sintió perdido hasta que Joan llegó a rescatarlo.

9. ENTRE UN HOMBRE Y UNA MUJER

Satanás era digno de admiración, sobre todo por su inagotable energía y por su vivacidad. Su boca parecía dolerle en su insaciable ansia de morder, y mientras no se le aparecían por delante las pantorrillas de un negro, se dedicaba a «atacar» a los cocos que se desprendían de los árboles del patio, ensañándose con ellos hasta que, completamente descascarillados, ya no le quedaba lugar donde hincar sus poderosos dientes. Cada vez que aparecía un capataz para informar del trabajo, era difícil refrenar su agresividad. No lograba olvidar las torturas recibidas cuando era cachorro, hasta el punto de que se había instalado en su conciencia una rabia eterna contra los negros. Y era tan temible que Sheldon se vio forzado a tenerlo amarrado siempre que, por cualquier motivo, tenía que entrar en la casa algún indígena. Aquella medida de prudencia hería sus sentimientos y excitaba aún más su rabia, de forma que los criados tenían que escapar de él cuando volvían a soltarlo.

El barco de Christian Young levó anclas finalmente, llevando su capitán una invitación —que nadie sabía cuándo podría llegar a su destino— para que Tommy Jones recalase en Beranda en su siguiente travesía.

—¿Qué planes tiene para cuando viaje a Sydney? —le preguntó Sheldon a Joan durante la cena.

—Es la primera vez que me comenta algo de mi viaje a Sydney —contestó ella—. Debe de haber recibido usted el aviso por medio de ese telégrafo que atraviesa la jungla. Ahora ya sabrá que ese subalterno analfabeto y tramposo, ese marinero de agua dulce de Tulagi, quiere deportarme como si fuese una inmigrante indeseable.

—En absoluto —aseguró Sheldon, temeroso de haberla podido ofender, aunque no sabía cómo—. Es que con la pérdida del barco pensé... ¿comprende?... Pensé que quizá...; bueno, que hasta que pueda usted entrar en contacto con sus amigos, mis banqueros de Sydney quizá podrían adelantarle algún dinero, extraoficialmente. Me encantaría poder ayudarla, y puede que sea conveniente...

Pero se interrumpió y se quedó de piedra, al ver la cara que ella estaba poniendo.

—¿Qué es lo que he dicho para que me mire de ese modo? —preguntó.

Joan tenía sus ojos ardiendo en deseos de pelear y sus labios estaban torcidos, en un gesto de burla.

—Nada que no esperase —replicó fríamente—. No tengo la menor intención de ir a Sydney; aunque esto no quiere decir nada, por lo visto. Tendré que ir hasta allí únicamente porque así lo considera su inteligencia superior.

Se detuvo un instante, y lo miró con curiosidad.

—Claro que le agradezco enormemente su ofrecimiento, aunque no sea para sentirse orgullosa. Después de todo, lo que usted me ofrece no es diferente de lo que un hombre blanco podría esperar de otro de su raza. Los náufragos reciben ayuda en el primer puerto que encuentran. Pero el náufrago del que hablamos ahora no tiene la menor necesidad de ser ayudado. Y, por cierto, no piensa ir a Sydney; muy amable.

—Pero, ¿qué piensa hacer, entonces?

—Buscar algún lugar donde no tenga que soportar la humillación de ser mandada por el otro sexo.

—¡Vamos! ¡Eso ya son ganas de sacar las cosas de quicio! —dijo Sheldon, riendo, aunque la dureza de su tono acabó con su fingida naturalidad—. Usted sabe tan bien como yo que esta situación es insostenible.

—No estoy de acuerdo en absoluto. Y si lo es, ¿acaso no he encontrado ya una solución?

—Pero esto no puede seguir así. Lo cierto...

—¡Vamos! Ya lo creo que puede. Teniendo ya una solución, puedo llevarla adelante hasta donde quiera. Y pienso seguir en las Islas Salomón, aunque no en Beranda. Mañana me iré en mi bote hasta Pari-Sulay. Ya se lo he comentado al capitán Young, quien me dijo que había allí al menos cuatrocientos acres de buena tierra para plantar. Se trata de una isla en la que no tendré que temer que los jabalíes destruyan los árboles jóvenes. Mi único trabajo será cortar la mala hierba hasta que los árboles ya estén listos para dar fruto. Lo primero que deberé hacer será comprar la isla; después, contratar a cuarenta o cincuenta trabajadores y ponerme inmediatamente a talar y a plantar. Construiré mi propia casa, y de esa forma le ahorraré a usted mi incómoda presencia. No, por favor, no me diga ahora que no.

—Confieso que es algo complicado —dijo sinceramente Sheldon—. Usted se niega a aceptar mis consejos, y de esa forma no podemos discutir. Le pido, entonces, que se olvide de todo, y que me considere su ayudante y amigo en lo que respecta a este... proyecto. Yo conozco mejor que usted el negocio de las plantaciones de cocoteros. Usted está hablando como una empresaria capitalista. No sé de cuánto capital dispone ahora, pero supongo que no nada en la abundancia, como se suele decir. Lo que sí sé es el precio que cuesta desbastar la tierra. Imaginemos que el Gobierno le arrienda Pari-Sulay a una libra el acre. La tala le supondrá al menos cuatro libras más; es decir cinco libras por acre... y son cuatrocientos acres... en total dará unos diez mil dólares. ¿Dispone usted de esa suma?

Joan prestaba toda su atención a las palabras de Sheldon, sin acodarse en absoluto de su última discusión, y su desilusión se puso de manifiesto al responder:

—No creo que tenga ni siquiera ocho mil.

—Y no hemos hecho todos los cálculos. Según sus propias palabras, necesitará al menos cincuenta trabajadores. Sin contar las primas, los sueldos de estos braceros son de treinta dólares por año.

—Yo les pago a mis tahitianos quince dólares por mes dijo ella.

—Con éstos no puede contar para los duros trabajos de la plantación. Pero sigamos con lo que hablábamos. Los sueldos de cincuenta hombres le supondrán al año unas trescientas libras; es decir, mil quinientos dólares. De acuerdo. Hasta que los árboles den fruto, pasarán al menos otros siete años. Siete por mil quinientos son diez mil quinientos dólares; más de lo que tiene ahora se iría sólo en salarios, sin contar la casa, las herramientas, las medicinas, sus viajes a Sydney y otros detalles.

Sheldon meneó gravemente la cabeza, y dijo como conclusión:

—Debe olvidarse del asunto.

—Pero yo no deseo volver a Sydney—exclamó Joan—. Sencillamente, no quiero. Utilizaré lo que tengo en el negocio de otra plantación. Permítame ser su socia en Beranda.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Sheldon con tan sincero énfasis que provocó una jovial carcajada de la joven.

—No seré una molestia. Ya sabe que no suelo imponer mi presencia donde no se me quiere. No se apresure a decir que no he hecho más que molestarle desde que desembarqué; es usted demasiado caballeroso para decir algo semejante. Sin embargo, sabe perfectamente que me ha sido imposible partir, y debido a ello no he tenido otro remedio que quedarme. Pero no deseo ser socia de nadie. Compraré Parí—Sulay y pondré únicamente a diez hombres para ir roturando las tierras poco a poco. Además, compraré un queche viejo y sacaré una licencia de comercio. Yo misma iré a reclutar trabajadores a Malaita.

Se calló, esperando alguna protesta, y la encontró inmediatamente en los puños cerrados de Sheldon y en la expresión de sus ojos.

—Diga lo que quiere decir —insistió Joan—. Ya sabe que necesito sus consejos. Lo digo en serio.

—Muy bien, entonces. Si yo fuese mujer, en este mismo instante le diría que sus intenciones son demenciales e irrealizables —sentenció.

—Tanto mejor—contestó Joan—, porque de esa forma me lo puede usted decir todo, desde el momento en que le pido que me trate como a un hombre. No he venido hasta estas islas para lucir mis faldas de mujer. Le pido que se olvide por un instante de que yo soy algo diferente que un hombre que debe convivir con otro.

Sheldon no conseguía aguantar su rabia. ¿Se estaba riendo de él? ¿Encubría algún engaño esa falta de aprensión tan extraña en una mujer? ¿Es que era un caso extraordinario de inocencia y romanticismo?

—Ya le he explicado —prosiguió con fiereza Sheldon— que ir a reclutar trabajadores a Malaita es una misión imposible para cualquier mujer. Espero no tener que repetirlo, porque tampoco tengo más que decir al respecto.

A pesar de todo, le digo a usted que se engaña. He gobernado la *Miélé*, y si la perdimos no fue por mi culpa, sino por la de vuestro Almirantazgo, que hace tan malas cartas de navegación. Sé lo que es navegar mejor que muchos capitanes de las Islas Salomón. Algo me comentó al respecto el capitán Young. Soy un marino... y mejor que usted, como sin duda ya habrá notado. Sé disparar un arma y acertar en el blanco. No soy una estúpida. Sé defenderme yo sola. Y compraré un queche, lo capitanearé y me encargaré de ir en busca de los braceros a Malaita.

Sheldon hizo un gesto de desesperación.

—Muy bien —prosiguió ella, animadamente—. Lávese usted las manos; pero como acostumbraba a decirme Von: «Usted mirará el humo, pero seré yo quien esté fumando.»

—Es inútil que sigamos discutiendo. Vamos a escuchar un poco de música.

Se levantó y, acercándose al fonógrafo, colocó un disco; pero antes de darle cuerda escuchó que Joan le decía:

—Acostumbrado como está a oír siempre la misma música, no me extraña que no me entienda. ¡Vamos, *Satanás!* Dejemos al amo a solas, para que disfrute de sus viejas canciones.

Sheldon la siguió con la mirada, dispuesto a callarse; pero al ver que cogía el rifle y le echaba un vistazo a la recámara, mientras se dirigía hacia la puerta, le preguntó enérgicamente:

—¿Adónde va?

—Si lo que desea es seguir tratándome como mujer —replicó Joan—, lo conveniente es que me diga ahora por qué no debería ir a cazar cocodrilos. Buenas noches, que descanse.

Con un manotazo, Sheldon hizo callar al fonógrafo y se lanzó como una exhalación tras ella. Pero al llegar a la puerta, se dejó caer de repente sobre una silla.

—Le gustaría que me cazara el cocodrilo, ano es cierto? —pudo escuchar aún que le preguntaba la joven desde la galería.

Y su argentina risa, mientras descendía por la escalera, logró amargar al hombre hasta dejarle inquieto toda la noche.

10. UN MENSAJE DE BOUCHER

Al día siguiente Sheldon permaneció solo. Joan se había marchado a explorar la isla de Pari-Sulay y no volvería hasta el anochecer. La soledad se cernía sobre el hombre oprimiéndole el alma. Arreciaban nuevamente el viento y la lluvia, y esto le empujaba constantemente hacia el mirador, donde pasaba horas mirando en el horizonte, en busca del bote de la joven. Finalmente, para distraerse, repasaba las cuentas de la plantación, frunciendo el ceño. Repetía cálculos y volvía a sumarlo todo, mientras su rostro se ensombrecía cada vez más. La pérdida de la *Jessie* había sido una catástrofe para Beranda. Su capital había sufrido una merma considerable, dado el valor de la embarcación, aunque lo peor era la falta de ingresos que provocaba, puesto que se les estaban agotando las existencias debido al despilfarro que había en la plantación.

—¡Pobre Hugo! —musitó—. ¡Me alegro de que no estés vivo para presenciar esto, amigo mío! ¡Vaya negocio!

Entonces apareció en medio de la lluvia y el viento el *Flibberty-Gibbet*, que se quedó en el fondeadero. Poco más tarde su capitán, Pete Oleson —hermano del Oleson que gobernaba la *Jessie*, viejo, curtido, de terrible apariencia, consumido por la fiebre, arrastraba su enorme cuerpo hasta el mirador y se dejaba caer sin resuello en la silla de lona. El whisky con soda le reanimó lo suficiente como para poder hacer el relato de su viaje.

—La fiebre le está devorando —observó Sheldon—. ¿Por qué no se dirige a Sydney, a respirar un aire mejor?

El viejo capitán negó con la cabeza.

—¡Es inútil! Soy hombre muerto. Estoy demasiado acostumbrado a estas islas, y la fiebre no haría sino aumentar allí.

—Es mejor curarse que morir—concluyó Sheldon.

—A mí sólo me queda morir. Ya intenté librarme de esta enfermedad hace tres años. El frío me tumbó antes de que pusiera un pie en tierra. Me llevaron al hospital, donde permanecí dos semanas inconsciente. Entonces los médicos me prescribieron que volviese a las islas, como único remedio a mi enfermedad. ¡Bah! Aunque me consuman las fiebres, al menos sigo vivo. Un mes en Australia sí que acabaría conmigo.

—Pero, ¿qué piensa hacer? ¡No tendrá la intención de dejarse morir aquí!

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Ya he llegado hasta aquí, de forma que me quedaré hasta que reviente. ¡Ojalá nunca le hubiese echado el ojo a estas islas!

Y por más que Sheldon insistió, se negó a dormir en tierra. Recogió las instrucciones y regresó inmediatamente a bordo. Inmediatamente, el velo cárdeno del crepúsculo se oscureció por el chaparrón más torrencial de la tarde, y entre una lluvia de diluvio Sheldon pudo ver cómo aparecían en el horizonte las alas blancas del bote que tanto ansiaba. El corazón se le paró cuando, recogida la cebadera, la barca se aproximó hasta la costa, y vio a Joan en pie al lado del timón, sujetándolo con todas sus fuerzas para contrarrestar el empuje con que se dirigía la embarcación hacia el rompiente. Los tahitianos saltaron el agua y alejaron el bote de la playa, mientras su dueña se encaminaba hacia la casa con la desenvoltura que era habitual en ella.

Se desató entonces una lluvia furiosa que sonaba como si fuese granizo; los altos cocoteros se estremecían en medio de un viento huracanado y en lo alto del cielo las nubes se hinchaban hasta que parecía que iban a estallar, mientras el crepúsculo tropical daba paso a la oscuridad de una noche repentina.

A Sheldon le desapareció de pronto toda la angustia e inquietud de aquella tarde, y paladeó una alegría indescriptible al ver subir a la muchacha riendo, con el rostro iluminado y su cabellera al viento, mientras respiraba jadeante por el esfuerzo de su última manobra en el mar.

—Hermoso, realmente hermoso... Par--Sulay —dijo como saludo—. Lo compraré. Esta misma noche pienso mandarle una carta al Comisario. Ya he señalado con estacas el emplazamiento del *bungalow*..., es fantástico. Debería usted acompañarme un día para acon-

sejarme. Espero que no tendrá reparos en que siga viviendo aquí hasta que me establezca. ¿No es maravillosa esta lluvia? ¿He llegado a tiempo para la cena? Corro a cambiarme, y en un instante estoy de vuelta con usted.

En su ausencia, Sheldon se sorprendió paseando y entregado a vagas meditaciones por la sala, mientras esperaba impacientemente volverla a ver.

—¿Sabe que no voy a pelear mas con usted? —le anunció, en cuanto ella tomó asiento.

—¡Pelear! —exclamó ella—. ¡Vaya palabreja! Suena realmente desagradable. Diga mejor discutir; me parece más apropiado.

—Llámele como le plazca, pero no lo haremos más, ¿de acuerdo? —y se movió en su asiento, esperando el comienzo inmediato de hostilidades—. ¡Tengo que hablar por mí, únicamente! —se apresuró a rectificar—. Lo que quería decir es que, en lo que a mí respecta, en el futuro evitaré cualquier disputa. ¡Vaya! Tiene usted la virtud de hacerme decir tonterías sin abrir siquiera la boca. Siempre empiezo con la mejor intención, y ya me ve, ahora...

—Diciendo tonterías —completó ella.

—Ésa es su forma de atajarme —se quejó él.

—¡Pero si no había dicho nada! Estaba tan tranquila, escuchando embelesada sus promesas de paz, y me sale otra vez con una ofensa.

—¡No exagere!

—Bueno, ha dicho que yo era horrible, o algo parecido. Ya me gustaría haber terminado mi *bungalow*. Mañana mismo empezaré a construirlo.

El gesto de sus labios contradecía aquellas palabras, pero Sheldon se sentía más inquieto que nunca por lo mucho que le molestaban las risas de la muchacha.

—Es una broma, nada más —explicó ella, finalmente—. Vamos, si no se ríe conmigo, pensaré que se ha enfadado. Eso es, ríase. Pero —añadió alarmada— tampoco se ría demasiado, que tiene usted dolor de muelas. En fin, recuerde que me prometió que no volvería a discutir conmigo, mientras que yo tengo la posibilidad de molestarle cuanto quiera. Y para comenzar, ahí tenemos el *Flibberty-Gibbet*. No sabía que se trataba de un cúter tan grande, aunque está hecho una pena. El cordaje es realmente sensacional, pero el primer ventarrón se llevará todo el aparejo de las velas de proa. Al pasar a su lado, me he fijado en la cara que ponía Noa Noah. No ha dicho nada, pero su rostro no podía ser más burlón, No se lo he censurado.

—El capitán está postrado por la fiebre —explicó Sheldon— y se ha visto en la necesidad de prescindir del piloto, que se quedó en Ugi para arreglar ciertas cuestiones... Allí perdí al comerciante Oscar. Y ya se puede imaginar usted qué clase de marineros son los negros.

Ella asintió bajando la mirada prudentemente y permaneció como sumida en graves reflexiones. Sheldon pidió entonces otro filete, no porque tuviese hambre, sino para poder seguir contemplando aquellos dedos finos, fuertes, completamente vírgenes de sortijas, y aquellos brazos que desde el codo asomaban por la manga, firmes, musculosos, para terminar en una muñeca delicada, bien formada, lisa y sin la red venosa que suele anticipar

la decadencia de la juventud. Sus dedos eran de bronce, dorados por el sol como vainillas, y completamente infantiles. Sheldon comprendió de repente lo que hasta entonces no había logrado entender. Sí, estaba claro. Anduvo perdido en busca de la clave de aquel misterio tentador, y ahora se lo descubrían aquellos dedos curtidos. No era de extrañar que ella lo hubiese sacado de quicio con tanta frecuencia, cada vez que él se empeñaba en tratarla como a una mujer. En el fondo era sólo una niña, en toda la acepción de la palabra; una niña de manos tostadas que se complacían en hacer travesuras; de cuerpo y músculos que pedían el placer de la natación y toda clase de esfuerzos físicos; de espíritu emprendedor, pero que jamás se atrevería a intentar más que hazañas propias de un muchacho de exaltada imaginación, y a quien le gustaba utilizar el rifle y el revólver, llevar el sombrero «Baden Powell», y relacionarse con una «fraternidad» completamente asexual.

Al mirarla ahora, Sheldon se imaginaba sentado en la iglesia de su pueblo, escuchando el coro infantil. Ella le recordaba a aquellos críos, y todavía más a sus voces, por la delicia de su timbre. Era una mujer de cuerpo, pero todavía no de espíritu, ajeno a toda la influencia típicamente femenina. Como no había conocido a su madre, toda su educación había provenido de Von, su padre, los criados y el duro ambiente de la vida isleña. Los juguetes de su infancia fueron caballos y rifles; campos y senderos, sus institutrices. A juzgar por sus propias palabras, los días transcurridos en un internado fueron como días de exilio, de estudio y de incesantes deseos de volver a la vida montaraz y marítima de Hawaii. Una educación de muchacho, exenta de todo sueño femenino, que explicaba perfectamente su aversión a las faldas y su rebelión contra toda clase de formulismos cabañeros. Algún día terminaría llegando la mujer, pero por ahora se encontraba apenas en un incipiente crecimiento.

De modo que él sólo debía ocuparse ahora de una cosa: de claudicar ante su inocencia, sin intentar engañarse más al tratarla como mujer. Se preguntaba si sería capaz de amarla como mujer, cuando la mujer apareciese en ella, o si no prefería amarla ahora mismo, para ser él quien la despertase. En cualquier caso, ella le había ganado ya mucho tiempo a la vida, como había tenido que reconocer aquella tarde, mientras examinaba el mar con el antejo, para ver si la encontraba en medio de la lluvia. Aquel pensamiento le recordó los libros de cuentas de Beranda y los resultados de sus cálculos, y el semblante se le oscureció nuevamente.

Al notar que ella estaba hablando, interrumpió sus meditaciones.

—Perdone. ¿Qué me estaba diciendo?

—Nunca me escucha..., ya me he dado cuenta —protestó ella—. Le decía que el *Fliberty-Gibbetse* encuentra en pésimas condiciones, y que mañana por la mañana, después de que le hable usted a su capitán, para que no se moleste, pienso llegar hasta él con mis hombres para repararlo. También limpiaremos el fondo, porque las planchas ya tienen unas barbas de más de un palmo de largas. Recuerde que algún día tendré que navegar en el *Fliberty*, aunque sólo sea para escaparme en él.

Mientras tomaban café en la galería, Satanás provocó junto a la puerta trasera del patio un nuevo escándalo que hizo levantarse a Sheldon, para correr a liberar a un negro que temblaba aterrado y a quien arrastró hasta el porche para interrogarle:

—¿Quién es tu amo? ¿Qué estás haciendo aquí a estas horas?

—Mi amo es Boucher. Muchos hombres de Port Adams han detenido a mi amo. Está lejos.

El negro extrajo de su cinturón un pedazo de papel escrito y se lo tendió a Sheldon. Éste lo leyó inmediatamente.

—En efecto, es de Boucher —reconoció—, el hombre que sustituyó a Packard, aquel a quien mató su tripulación, como ya le conté. Dice que una banda de unos cincuenta hombres, de Port Adams, han llegado a bordo de varias canoas y han acampado en la playa. Ya han matado media docena de cerdos, y parece que lo que quieren es pelea. Boucher tiene miedo de que se unan a los quince desertores de Lunga.

—¿Y si lo hicieran...? —preguntó ella.

—En ese caso, Billy Pape no tendría más remedio que buscarle un sustituto a Boucher. Pape tiene allí su embarcadero... No sé qué hacer. No me gustaría dejarla sola en la hacienda.

—Entonces deje que le acompañe. Él se negó, con una sonrisa.

—Pues que le acompañen mis hombres, al menos —aconsejó ella—. Son buenos tiradores y no le tienen miedo a nada, excepto Utami, que sí teme a los espíritus.

Tocaron la campana grande, y con la ayuda de cincuenta negros botaron de nuevo la ballenera. Los remeros se colocaron en sus puestos, y Matauare, acompañado de tres tahitianos provistos de rifles y cartucheras, se sentaron en el banquillo posterior, donde Sheldon se colocó al mando del timón.

—Me encantaría acompañarles —dijo Joan, en cuanto la embarcación comenzó a moverse.

Sheldon hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Podría serle tan útil como cualquier hombre —añadió Joan.

—Su presencia es imprescindible aquí —contestó él—. Los amotinados de Lunga podrían aparecer por la costa, y si llegan hasta aquí estando ambos ausentes, la plantación entera estaría en peligro. Adiós. Volveremos mañana por la mañana. Son sólo doce millas.

De regreso a la hacienda, Joan pasó junto al grupo de negros que, después de poner la embarcación a flote, permanecían en la playa hablando con gestos simiescos sobre los acontecimientos de aquella noche. La dejaron pasar, pero al verse rodeada por aquellas personas fue consciente por primera vez de que estaba indefensa. Eran demasiados contra una mujer, y nada les detendría si deseaban derribarla; pero inmediatamente pensó que al primer grito acudirían Noa Noah y los demás marineros, cada uno de los cuales podría con doce de aquellos negros como mínimo. Al abrir la puerta, se le acercó un trabajador, al que no logró reconocer en medio de la oscuridad.

—¿Quién eres? —preguntó inmediatamente.

—Soy yo, Aroa.

Recordó que era uno de los enfermos que había atendido en el hospital. El otro había muerto.

—Tomé muchas medicinas, muchas —le decía.

—Bien, por eso ya estás bien —respondió ella.

—Pero ahora quiero tabaco, mucho tabaco; quiero indiana, dientes de marsopa... quiero un cinturón.

Lo miró fijamente, divertida, esperando que él mostrase una sonrisa, o cualquier gesto; pero no. El negro se mantuvo impertérrito e inescrutable. Sus únicas ropas eran un taparrabos cortísimo, un par de cuñas que le atravesaban las orejas y un cerquillo de conchas que recogía sus ensortijados cabellos. Su cuerpo parecía engrasado y brillante, y en sus ojos se reflejaba la luz de las estrellas como si fuese una alimaña de la selva. Sus compañeros se le habían ido acercando, hasta formar a su espalda un muro macizo. Algunos de ellos emitían una risita burlona, pero los demás miraban a la mujer con un silencio hermético.

—¡Vaya! —dijo ella—. ¿Y para qué quieres tantas cosas?

—Tomé medicinas —repitió Aroa—. Tú me pagas.

«Vaya una forma de agradecerme —pensó Joan—. Después de todo, me parece que Sheldon estaba en lo cierto.»

Aroa estaba en pie frente a ella, como un idiota. Se oyó en la distancia el chapoteo de un pez saltador. Las olas murmuraban soñolientas sobre la playa. Surcó el aire la sombra de un pájaro nocturno. Una tenue brisa acarició como un fresco terciopelo las mejillas de la joven. Era el vientecillo de la noche, que comenzaba a soplar.

—Vuelve a tu choza —ordenó ella, girando sobre sus talones para entrar en la hacienda.

—Tú me pagas —insistió el negro.

—Aroa, eres un imbécil. No te pago. Márchate.

Pero el joven permaneció inmóvil. Joan sintió su mirada insolente, mientras seguía hablando:

—Tomé medicina... Tú me pagas... Tú me pagas ahora.

Joan perdió la paciencia, y de un puñetazo obligó al muchacho a retroceder hasta sus compañeros. Pero éstos no se movieron, y uno de ellos se adelantó también, diciendo:

—Tú me pagas.

En sus ojos se reflejaba la misma expresión de ira e inquietud que había visto a veces en los monos, pero aunque el joven se mostraba receloso bajo su mirada inflexible, sus gruesos labios se apretaban en un esfuerzo por mantener aquella actitud.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Soy Gogoomy —contestó él—. Mi hermano era Bawo.

Ella le recordaba. Bawo era el enfermo que había muerto.

—Vete —mandó.

—Bawo tomó medicina. Bawo acabó. Mi hermano era Bawo. Ahora tú me pagas. Mi padre es el jefe principal en Port Adams. Tú pagas.

Joan soltó una carcajada.

—Gogoomy, eres tan imbécil como Aroa. ¡Vaya forma de agradecerme la medicina!

Y dio por zanjado el asunto, atravesando el umbral y cerrando la puerta. Pero Gogoomy la empujó violentamente y repitió desafiante:

—Mi padre es el jefe principal en Port Adams. Tú no das golpes a mi cabeza. Veo que tienes mucho miedo.

—¿Miedo? —preguntó ella, sintiendo cómo le hervía la sangre.

—Mucho miedo de dar golpes a mi cabeza —repitió Gogoomy orgullosamente.

De un salto, Joan se colocó a su lado, y sin llegar a salir le dio una bofetada tan contundente que el negro trastabilló y estuvo a punto de caer. Al recobrase del golpe, se lanzó contra la puerta para abrirla, mientras los demás caían sobre la empalizada como una ola. Joan dominó la situación inmediatamente. Su revólver se encontraba en la pared de la cabaña. Estaba desarmada. Pero aunque sabía que al primer grito acudirían los marineros, y que éstos resolverían el conflicto, se negó a pedir ayuda. Lanzó un silbido, y gritó: «¡Satanás!» Sabía que estaba atado, pero también sabía que los negros no esperarían para comprobarlo. En efecto, chillando como diablos, desaparecieron inmediatamente en la selva, seguidos a regañadientes por Gogoomy, mientras ella regresaba al *bungalow*, riendo al principio, pero a punto de llorar después al pensar en lo que acababa de suceder. Había pasado una noche entera al lado del enfermo, que finalmente había muerto y, a pesar de ello, aparecía el hermano para exigirle un rescate por su vida.

—¡Malditas bestias desagradecidas! —masculló, mientras meditaba si contarle o no a Sheldon aquel episodio.

11. LOS REBELDES DE PORT ADAMS

—De modo que lo solucionamos todo sin mayores contratiempos —le contaba Sheldon mientras tomaba el desayuno en el mirador, después de haber amarrado la barca a su regreso—. Boucher tenía algo de miedo al principio para afrontar airoso el problema, pero se portó como un valiente en cuanto nos tuvo a su lado. Simulamos crear un tribunal, y Telepasse, el viejo miserable, aceptó el veredicto. Es uno de los jefes de Port Adams, un verdadero canalla. Le impusimos una multa equivalente al pago de diez veces el valor de los cerdos y le obligamos a alejarse con su chusma. Eran muchísimos, al menos sesenta, llegados a bordo de cinco grandes canoas. Ya no hay nada que temer; pero traían consigo una docena de «Snider» que deberíamos haberles confiscado.

—¿Y por qué no lo hicieron? —le preguntó Joan.

—¿Para pelearnos después con el Comisario? Es un hombre celoso de los derechos de sus negros, como suele decir. Bueno; hemos ido a su lado durante el camino de vuelta, pero a unas cuantas millas de aquí se pararon en la costa para el *kai-kai*, y hoy llegarán hasta aquí, probablemente.

Dos horas más tarde las canoas llegaron hasta la playa. Nadie las vio arribar. Los criados estaban comiendo en la cocina y los trabajadores de la plantación hacían lo mismo en sus jacales. Satanás dormía como un tronco bajo la mesa de billar, espantándose las moscas con el rabo, aunque sin despertar. Joan estaba ordenando los objetos del almacén y Sheldon dormitaba en una hamaca de la galería. Se despertó apaciblemente. Un sutil presentimiento de que no iba todo bien se deslizó en su sueño de forma misteriosa y le despertó. Sin moverse de la hamaca, echó un vistazo hacia abajo y vio casi todo el patio repleto de salvajes armados. Eran los mismos que había dejado atrás por la mañana, aunque se dio cuenta de que ahora eran más. Entre ellos había hombres que no había visto hasta entonces.

Se bajó de la hamaca, y con toda tranquilidad se apoyó en la barandilla, donde permaneció mirando a los intrusos con ojos soñolientos. Se le ocurrió pensar en lo curioso de su destino, que le obligaba a mirar siempre desde la altura a aquellas hordas de negros cuyas sublevaciones consistían en lanzar amenazas y deshacerse en piropos. Pero mientras los miraba atentamente, realizaba un rápido examen. Los desconocidos iban armados con rifles modernos. ¡Ah! Ahora lo comprendía: se trataba de los quince fugitivos de Lunga. Los otros, sin embargo, llevaban «Sniders» o empuñaban lanzas, flechas y hachas de mango largo. Algo más lejos podían verse las canoas de guerra con sus elevadas y fantásticas quillas, toscamente talladas y adornadas con conchas. Eran los mismos que habían matado a Oscar, su socio de Ugi.

—¿Qué buscáis? —preguntó en voz alta.

E inmediatamente lanzó una mirada al mar, donde podía verse el *Flibberty-Gibbet* reflejado en las aguas. No se veía un alma hasta donde alcanzaba su vista. Incluso la barca había sido retirada de su sitio. Probablemente los tahitianos se la habían llevado para pescar en Balesuna. Se encontraba solo en su alta tribuna, abandonado en aquel trance, mientras los demás dormían tranquilamente, en la calma total de la siesta tropical.

Nadie respondió, y tuvo que repetir la pregunta aún con más fuerza, revelando su creciente irritación. Los negros se agitaron tímidamente, como el rebaño que se estremece ante los latidos del perro guardián; pero nadie dijo nada. Todos le miraban a él, mostrando la más profunda ansiedad. Algo estaba a punto de ocurrir, y ellos esperaban en bloque, con esa compenetración característica de las masas, a que alguien tomase la iniciativa para seguirle como corderos. Sheldon buscaba con la mirada al hombre que habría de comenzar aquella acción, como a un hombre terrible. Frente a él descubrió el cañón de un rifle que, disimulada y lentamente, comenzaba a apuntarle, parapetado detrás de dos negros. Lo empuñaba un negro que se encontraba en la segunda fila, rodilla en tierra.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Sheldon, señalando con la mano al atrevido, que tembló al oír su voz y bajó el arma.

Sheldon todavía dominaba la situación, e intentó aprovecharse.

—Fuera todos de aquí —ordenó—. Salid de aquí y marchaos al mar. ¿Me habéis entendido?

—Yo hablo —bramó un salvaje gordo y asqueroso, en cuyo pelo endurecido se había acumulado la porquería de muchos años.

—¡Ah! De modo que eres tú, Telepasse —reconoció el blanco amistosamente—. Di a tus hombres que se vayan, y quédate tú a dialogar conmigo.

—Ellos, buenos chicos —repuso el negro—. Ellos pueden quedarse.

—Muy bien. ¿Qué es lo que quieres? —le interrogó Sheldon, intentando ocultar tras una apariencia amistosa la debilidad que entrañaba aquella pequeña concesión.

—Este joven es mío —contestó el viejo jefe, señalando a Gogoomy, a quien Sheldon reconoció inmediatamente.

—María blanca, tuya, no buena —prosiguió el jefe negro—. Da golpes en cabeza de Gogoomy. Pero Gogoomy es como jefe. Cuando yo muera, él gran jefe. María blanca golpea cabeza. Ella mala. Tú me pagas mucho tabaco, mucha indiana, mucha pólvora.

«¡Maldito!», masculló Sheldon. No había pasado ni una hora desde que se había reído al oírle a Joan referir aquel episodio, y ahora aparecía el propio Telepasse reclamando una indemnización.

—¡Gogoomy! —bramó Sheldon autoritario—. ¿Qué estás haciendo aquí? Ya estás corriendo a casa.

—Yo me quedo —respondió el joven negro, fanfarroneando.

—María blanca golpeó cabeza —intervino nuevamente el viejo Telepasse—. ¡Verdad! Lo pasarás mal si no pagas.

—Dile a tus hombres que se marchen—dijo Sheldon con creciente enfado—. Que se vayan al infierno. Entonces hablaré contigo.

Sheldon escuchó un crujido en la madera. Supuso que Joan se le acercaba, pero no se atrevió a mirar hacia atrás. Abajo había demasiados rifles que podían dispararse en cualquier momento, y que no esperaban órdenes de nadie.

La madera crujió de nuevo, e inmediatamente la notó a su espalda. Pero, ¡qué extraño! Estaba fumando, a pesar de que él nunca la había visto fumar. Entonces comprendió el motivo. De un rápido vistazo vio el paquete que traía en la mano: era el conocido envoltorio de la dinamita, con la mecha adecuadamente cortada y unida a una cerilla de inflamable fósforo.

—Telepasse, viejo canalla, ordena a tus hombres que se marchen a la playa. No estoy bromeando.

—Yo también no bromeo —replicó el jefe—. Quiero que me pagues los golpes de la María blanca en la cabeza de mi hijo.

—Te advierto que si bajo de aquí será tu cabeza la que rompa —amenazó Sheldon, casi saltando la barandilla, como dispuesto a cumplir sus palabras.

Hubo un murmullo de protesta y los negros se movieron agitadamente, mientras se alzaban los cañones de muchas armas. Joan acababa de encender la mecha con su cigarrillo. Se oyó el estampido de un trabucazo e inmediatamente una ventana que había situada detrás de Sheldon saltó hecha astillas. Habían disparado un «Snider». Inmediatamente, Joan lanzó el cartucho de dinamita con su mecha chispeante en medio de los negros, que, atropellándose en su huida, se olvidaron de disparar de nuevo. Satanás, que se había des-

perchado con el primer tiro, se lanzó hacia la puerta dando saltos y chasqueando su mandíbula para que le abriesen, y al oírlo Joan corrió para soltarlo. Su salida supuso el fin de la tragedia, y el inicio de la comedia.

Los negros soltaron allí mismo sus rifles y flechas aterrorizados, y treparon a los altos cocoteros en busca de protección. El perro parecía que se multiplicara. Nunca se le había presentado la ocasión de acometer contra tanto negro en fuga, y como un rayo excitado ante la visión de tantas pantorrillas lanzaba dentelladas a diestro y siniestro, clavando sus colmillos en los tobillos de los que huían, derribando y rasgando hasta que los pies del más torpe quedaron definitivamente fuera de su alcance. Todos habían logrado encaramarse, excepto Telepasse, quien estaba demasiado gordo y demasiado viejo para correr, y permaneció inmóvil y tumbado en el mismo lugar en que había caído. Pero Satanás tenía un corazón demasiado bueno como para ensañarse con aquel vencido, de forma que le perdonó y se fue corriendo de un árbol a otro, saltando y ladrando a los que estaban más cerca del suelo.

—Creo que le hacen falta algunas lecciones sobre la forma de colocar la mecha—le dijo Sheldon a la joven secamente.

Joan le lanzó una mirada burlona.

—¡Pero si no había dinamita! —exclamó—. Y además no sería suficiente para un grupo tan numeroso. Es sólo una botella de ácido clorhídrico.

Sheldon retrocedió al ver que la muchacha se disponía a llamar a los marineros con aquel silbido imperioso y estridente que a él le perforaba los oídos.

—Se han ido a pescar al Balesuna—le dijo Sheldon—. Pero ahí está Oleson con sus remeros. Está algo viejo, pero es todo un caballo de batalla cuando aparece la ocasión. Mire cómo azuza a sus hombres para que aceleren el paso.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer? —le preguntó Joan—. Tiene su caza colgada de los árboles, pero no va a dejarla ahí indefinidamente.

—Les voy a dar un escarmiento —replicó Sheldon, acercándose a la campana; y al ver los gestos de protesta de Joan, dijo—: déjeme. Mis trabajadores son casi hijos de la selva, mientras que estos tipos proceden del mar, y los odian a muerte. Ya verá la que se va a armar.

El ruido de la campana convocó a todos los trabajadores de la plantación, y mientras se congregaban en el patio los doscientos braceros el perro fue encerrado en una sala, aunque protestando vivamente contra aquel trato humillante. Los braceros de la plantación comenzaron a ejecutar danzas guerreras, formando círculos debajo de cada árbol y lanzando improperios contra sus antiguos enemigos. El capitán del *Flibberty-Gibbet* llegó en lo mejor de la fiesta, presa de un ataque terrible de fiebre, tambaleándose y estremeciéndose de tal forma que casi no lograba sostener el rifle. Su cara estaba pálida y desencajada, los dientes le rechinaban, y ni siquiera los abrasadores rayos del sol lograban hacerle entrar en calor.

—Deje que me siente y los vigile desde aquí —acertó a decir—. Esto es una maldición; siempre que ocurre algo me sobreviene la fiebre y me deja atontado. ¿Qué va a hacer?

—Antes que nada, recoger las armas.

Sheldon mandó a los criados y capataces que recogiesen las armas esparcidas por el suelo y las amontonasen en la galería. Dejó a un lado los rifles nuevos que habían sido robados en Lunga, destruyó los «Sniders» y le ofreció a Joan un montón de flechas, arcos y hachas de mango largo, diciéndole con una sonrisa:

—Un bonito regalo para su colección, y todo conseguido en el propio campo de batalla.

Encendió un fuego en la playa y mandó que se echara en él todo lo que había dentro de las canoas de los invasores. Sus trabajadores negros destruían, rasgaban y pulverizaban todo cuanto cogían. Las propias canoas, astilladas y llenas de arena, fueron remolcadas mar adentro y hundidas a más de diez brazas de profundidad.

—Ya tendrán que bucear bastante para rescatarlas —dijo Sheldon de regreso a la empalizada.

Mientras tanto, las danzas guerreras habían derivado hasta el más loco desenfreno, y del insulto pasaron a la acción, y comenzaron a lanzar a sus enemigos indefensos piedras, palos y pedazos de coral. Los setenta y cinco caníbales, todos ellos fuertes y atléticos, se agarraban a las ramas, soportando el chaparrón de proyectiles y respondiendo con juramentos de venganza.

—Este es el inicio de una guerra de por lo menos cuarenta años en Malaita —declaró Sheldon con una sonrisa—; aunque no creo que Telepasse vuelva a intentar amotinar otra plantación. ¡Eh, tú, perro! —añadió, interpelando al viejo jefe, que temblaba de rabia al pie de la escalera—. Ahora sí que te golpeo la cabeza. Vamos, Joan, déle usted aunque sea el último golpe, para terminar nuestro escarmiento.

—¡Vaya! Está demasiado sucio. Sería mejor bañarlo. Tú, Adamu Adam, acércate. Lava a este demonio de pies a cabeza... ¡con agua y jabón! Llena este barril, Ornfiri, y vete a buscar estropajos.

Los tahitianos, que regresaban en aquel momento de pescar, se habían detenido al ver el patio convertido en un manicomio, y comenzaron a gesticular, mientras entraban rápidamente.

—¡*Tambo!* ¡*Tambo!*—gritaban frenéticamente los caníbales al ver el ultraje a que sometían a su jefe, sumergido en aquel tonel y despojado de toda la porquería que lo encumbraba.

Joan apareció de repente con un pedazo de indiana blanca, y rápidamente vistieron con ella al viejo Telepasse, que apareció brillante y purificado, escupiéndole todavía el jabón que Noa Noah le había hecho tragar para limpiar su boca.

Los criados fueron en busca de grilletes, y uno a uno fueron obligando a los fugitivos de Lunga a descender de los cocoteros, mientras los iban encadenando. Sheldon los ató en grupos de dos, uniéndolos con una cadena de acero. Gogoomy recibió un fuerte escarmiento, y se le tuvo encerrado toda la noche. Concedieron el día libre a los braceros y, sólo después de haber abandonado el patio, dejaron a los hombres de Port Adams que bajasen de los árboles.

Sheldon y Joan se quedaron toda la noche en la galería, respirando el aire fresco y viendo bucear a los negros rebeldes en busca de sus canoas, hundidas con pesos, para intentar reflotarlas. Hasta el amanecer no lograron marcharse con los pocos remos astillados que

consiguieron encontrar. Dos horas antes se había levantado un viento, que el *Flibberty-Gibbet* aprovechó para devolver a Lunga a los fugitivos.

12. MORGAN Y RAFF

Sheldon se encontraba dirigiendo la construcción de un puente para la plantación cuando la goleta *Malakula* llegó frente a las costas de Beranda. Joan vio cómo anclaban y echaban un bote en el agua, y después, con el mismo interés que cualquier lobo de mar, siguió el manejo de los remos, que acercaban hasta la playa a dos hombres que ella misma recibió. Mientras un muchacho corría en busca de Sheldon, ella ofreció whisky con soda a los visitantes.

Se mantenían bastante reservados, confundidos por su presencia, y ella por su parte se sentía sorprendida al ver cómo ambos la miraban curiosamente. Notó que la estaban estudiando, examinando, y por primera vez se dio cuenta con cierto desagrado de la extraña situación que vivía en Beranda. Aquellos hombres la intrigaban, también. No eran comerciantes, ni marinos de los que ella conocía, pero tampoco se expresaban con un lenguaje culto, a pesar de su apariencia completamente impecable y de ese leve barniz que distingue a un individuo más o menos refinado de clase media. Evidentemente eran comerciantes, hombres de negocios, pero ¿cuál sería el negocio que se traían entre manos y que venían a tratar en Beranda? El mayor de los dos, Morgan, era feo, moreno, de grandes bigotes y voz grave, casi gutural. El otro se llamaba Raff; era flaco, afeminado, bien afeitado, ojos azules claros, y un acento que a Joan le pareció procedente de algún barrio londinense, a pesar de que nunca se había encontrado con personas procedentes de tales barrios. En cualquier caso, llegó a la conclusión de que eran tipos de cuidado, y casi tembló ante la idea de caer en sus manos en cualquier mal negocio. Tenían todo el aspecto de dos hombres sin escrúpulos.

Cuando apareció Sheldon, ella lo miró fijamente y se dio cuenta de que aquellos individuos no le causaban una impresión agradable, a pesar de que los esperaba. Efectivamente, tras una rápida conversación sobre temas sin importancia, los condujo hasta su despacho.

Por la tarde, Joan le preguntó a Lalaperu adónde se habían marchado los visitantes.

—¡Oh, Dios! —exclamó el indígena—. Mucho pasear. Mucho mirar. Mirar árbol, mirar tierra donde está árbol, mirar puente, mirar almacén mirar tierra sin trabajar, mirar río, mirar barca... ¡Oh Dios! Mirar mucho. Todo.

—¿Qué clase de tipos son? —preguntó ella.

Amos importantes de hombres blancos —fue la escueta respuesta del negro.

Pero Joan se dio cuenta de que debían de ser hombres importantes en las Islas Salomón, y que el minucioso examen de los libros y de la plantación eran malos presagios.

No hicieron durante la cena el menor comentario que pudiese señalar la misión que traían. Se habló de cosas sin importancia, aunque Joan no dejó de notar la agitación que reflejaba constantemente la mirada de Sheldon. Ella se fue después del café, y a medianoche oyó voces y vio el destello de los cigarros mientras paseaban por el patio. A la mañana siguiente se levantó pronto, y supo que ellos habían madrugado más todavía y que ya estaban dando otra vuelta de reconocimiento a la plantación.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Viaburi.

—Sheldon pronto no más amo.

—¿Y a ti qué te parece? —le preguntó a Ornfiri.

—Mi amo Sheldon ir a Sydney. Eso pienso. Él termina en Beranda.

El análisis de la plantación y las discusiones se alargaron todo el día, mientras el patrón de la *Malakula* no hacía más que enviar mensajes para que se diesen prisa aquellos dos hombres. Hasta el anochecer no se fueron en bote los dos visitantes, y aún tuvieron tiempo para sostener en la playa una conversación de más de una hora. Sheldon parecía discutir alguna cosa; esto le parecía claro a Joan, y la disconformidad de los dos forasteros parecía igual de clara.

—¿Qué pasa? —preguntó suavemente, cuando Sheldon regresó a la mesa para cenar.

Él la miró y sonrió, pero su mirada parecía perdida, vaga y reflexiva.

—¡Vaya conversación! —dijo Joan—. Anochece, y ustedes habla que te habla; amanece, y lo mismo otra vez. ¿Para qué tanta charla?

—¡Oh! Nada importante—respondió él, encogiéndose de hombros—. Querían comprar Beranda, sólo eso.

La joven le miró desafiante.

—Debe de ser algo más que eso. Usted mismo me dijo que quería venderla.

—Se equivoca, Joan; nada más lejos de mi intención.

—Dejemos de esconder la verdad, y hablemos claramente. Usted parece triste; no soy tan tonta como para no darme cuenta. Dígame qué ocurre. Además, puede que consiga ayudarle..., quizá con algún consejo.

Permanecieron en silencio durante un rato, en el cual el hombre pareció meditar sobre aquellas palabras, no en si debería decirlo todo, sino en la mejor forma de empezar a decirlo.

—Usted ya sabe que soy norteamericana —prosiguió Joan—, y nosotros hemos heredado un enorme sentido para los negocios. Es algo que no me enorgullece, pero que sé que tengo..., por lo menos en mayor medida que usted. Hablemos del asunto y busquemos una solución. ¿Cuánto debe?

—Algo más de mil libras, y unas pocas facturas menores. Tengo treinta hombres, además, que terminan contrato la próxima semana, lo que me exige diez libras más para cada uno. Pero, ¿para qué quiere dolores de cabeza? Después de todo...

—¿Cuanto vale Beranda... actualmente?

—Lo que Morgan y Raff hubiesen querido pagar por ella —respondió Sheldon, esquivando la pregunta; pero al verla enfadada, decidió explicarse—. Hugo y yo pagamos ocho mil libras por la propiedad. Sobre esto habría que añadir nuestro trabajo. Es una buena hacienda y vale mucho más que eso. Pero todavía deben pasar tres años antes de que comience a producir. Por eso tuvimos que dedicarnos al tráfico y a reclutar tra-

bajadores. La *Jessie* y nuestros almacenes sufragaban casi por completo los enormes gastos de Beranda.

—Y esos tipos, ¿cuánto le han ofrecido?

—Mil libras justas, después de saldar todas las facturas.

—¡Son unos piratas!

—No lo crea. Son sólo comerciantes. Como ellos me decían constantemente, una cosa vale apenas lo que alguien esté dispuesto a pagar o recibir por ella.

—¿Cuánto necesitaría para mantener la plantación al menos esos tres años? —preguntó rápidamente Joan.

—Doscientos trabajadores, a seis libras por año, dan tres mil seiscientas libras. Éste es el mayor gasto.

—¡Dieciocho mil dólares por este hatajo de caníbales! —exclamó ella haciendo un cálculo rápido—. Pero al menos la hacienda se mantendría en pie. Podría viajar a Sydney en busca de ese dinero.

El negó con la cabeza.

—Es imposible convencer a nadie de que venga a la plantación. Todos desconfían y no sueltan ni un céntimo. Y a mí me dolería en el alma tener que dejar la plantación; más por la memoria de Hugo que por mí mismo: se lo juro. Él era un idealista, un hombre de gran empuje, que no podía ni oír hablar de la idea de rendirse. Sólo de pensarlo me da una rabia infinita. Con el tiempo fueron aumentando nuestras deudas; pero con la *Jessie* pensábamos saldarlas poco a poco.

—Vaya pareja de burros. Pero tampoco es necesario que cierre el trato con Morgan y Raff. Me iré a Sydney con el primer vapor, y ya me las arreglaré para conseguir allí un barco, que aquí es imprescindible.

Sheldon levantó una mano en señal de protesta, pero Joan la apartó y prosiguió:

—No nos queda más remedio que reemprender el negocio de la *Jessie*. Usted haga lo que debe hacer, y tenga preparado mucho trabajo para cuando regrese. Quiero convertirme en su socia, aportando mis florines; debo tener unos mil quinientos, después de todo. Ahora mismo haremos un contrato, con su autorización, por supuesto, aunque ya imagino que no la negará.

Sheldon se quedó mirándola, entre feliz y estupefacto.

—Ya le dije que vine para convertirme en una plantadora. Pues bien, he cambiado de opinión. Ahora prefiero ser socia en Beranda y retirar los beneficios dentro de tres años, en lugar de roturar los arbustos de Parí—Sulay y esperar tres años más.

—Pero..., y ese barco...

Sheldon se calló a tiempo.

—Siga, siga.

—¿Promete que no va a enfadarse?

—Claro que no. Se trata de negocios. Continúe.

—¿Lo capitanearía... usted misma? ¿Lo gobernaría... en fin, quiero decir..., iría hasta Malaíta usted misma?

—¡Por supuesto! De esta forma nos ahorraríamos el sueldo de un capitán. Estableceríamos un acuerdo según el cual se le pagaría a usted el sueldo de gerente, y a mí el de capitán. Es la cosa más simple del mundo. Además, si no me aceptase como socia, me compraría las tierras de Pari—Sulay y terminaría mandando un barco mucho menor. ¿Cuál sería la diferencia?

—¿Que cuál sería? Pues que en Pari-Sulay correría usted su propia suerte, completamente independiente. Por mí, podría convertirse en caníbal, si quisiera. Pero en Beranda sería usted mi socia, y yo sería el responsable. Y como responsable, no podría permitirle que gobernase un barco destinado a reclutar trabajadores. Se lo digo y se lo repito de mil formas diferentes: es algo que no le dejaría hacer a mi hermana, ni a mi mujer...

—Gracias a Dios, yo no seré ni lo uno ni lo otro... únicamente su socia.

Además es un plan descabellado —concluyó Sheldon—. Tenemos que ver también la situación de un hombre y de una mujer, ambos jóvenes, y socios de una plantación en una isla. Lo único práctico que conseguiríamos sería que usted tendría que casarse conmigo...

—Mi propuesta es de negocios, no matrimonial —le atajó ella, roja de ira—. ¡Qué triste me resulta que no haya nadie en el mundo que me quiera como socio!

—Pero al convertirse en socio, no deja por ello de ser mujer, y existen ciertas conveniencias y formulismos... La joven no aguantó más. Se levantó y, golpeando el suelo con el pie, preguntó:

—¿Quiere saber lo que pienso?

—Ya lo sé—replicó él riendo—. Usted piensa: «¡Abajo las faldas!»

Ella negó con la cabeza, enojada.

—Eso es lo que pienso, pero en su boca suena diferente. Parece que lo dijera usted de burla, refiriéndose más a mí que al hecho en sí. En fin, me voy a la cama. Piense en mi propuesta y déme mañana la respuesta. De nada sirve que sigamos discutiendo ahora; me saca usted de quicio. Es usted un cobarde, ¿lo sabía?, cobarde y egoísta, y le aterra lo que puedan pensar los idiotas. Le molesta que le critiquen, y piensa más en su orgullo herido que en mí. Es tan cobarde como todos los hombres, e intenta ocultar su cobardía tras una aparente caballerosidad. Gracias a Dios, yo no he nacido hombre. Buenas noches. Piense en lo que le he dicho y no haga tonterías. Lo que más necesita Beranda en este momento es un buen impulso americano. Usted no sabe lo que es eso. Está usted excitado y, además, en las nubes. Yo represento para este clima un factor nuevo. Permita que sea su socia y verá cómo hago temblar la isla de uno a otro extremo, como he hecho con usted. Confiéselo.

—Me ha quitado las palabras de la boca. Realmente, nunca había tenido una respuesta tan descarada como ésta. Si alguien me hubiese jurado que llegaría a verme en semejante situación... Debo reconocer que me ha dejado cortado de mala manera.

—Y eso no es nada con lo que será necesario cortar aquí —concluyó la muchacha cogiendo la mano que él le ofrecía—. Buenas noches. Ya me dará mañana una respuesta razonable.

13. EL ARGUMENTO DE LA JUVENTUD

—Me gustaría saber si usted es simplemente cabezota, o si realmente ha decidido hacerse plantadora—dijo Sheldon al día siguiente, durante el desayuno.

—A mí también me gustaría que fuese usted menos antipático —contestó Joan—. Nunca he encontrado en mi vida una persona tan llena de prejuicios. Pero, ¿a santo... a santo de qué no le cabe a usted en la cabeza que yo pueda ser diferente de todas las mujeres que ha conocido hasta hoy? Ya habrá notado que soy diferente, de forma que es absurdo que me trate como a todas. Yo he gobernado mi propio barco... como patrona, si eso le gusta más. Y he llegado hasta estas islas con la intención de establecerme. Eso también debe saberlo, porque se lo he dicho más de mil veces. Era el plan de papá, y yo lo estoy llevando a cabo del mismo modo que usted hace con los sueños de Hugo. Papá decidió navegar y navegar hasta dar con la tierra apropiada. Pero murió, y yo seguí navegando y navegando hasta llegar aquí. ¿Qué otra cosa podía hacer—preguntó encogiéndose de hombros— si la goleta se fue a pique?... Ya no podía seguir navegando y, por lo tanto, decidí quedarme. Le aseguro que me convertiré en plantadora...

—Pero dése cuenta...

—Déjeme terminar—atajó ella—. Si se fija en mi actitud desde que llegué aquí, no encontrará el menor hecho ni comentario que pueda haber escondido mi voluntad o mi carácter. Desde que llegué fui franca con usted. Y cuando finalmente concreto mis intenciones, me viene con que no sabe si realmente quiero ser plantadora, o si sólo soy una mujer cabezota con sus caprichos. Pues le aseguro que pienso ser plantadora, con su ayuda o sin ella. Y ahora, ¿desea tenerme como socia?

—¿Es que no se da cuenta de que si admito a una muchacha como usted en Beranda pensarán que estoy loco?

—No y mil veces no. Ya se está atormentando de nuevo con los comentarios de cualquier necio malintencionado. Yo pensaba que la prosperidad de Beranda le importaba más que la opinión de esos ociosos que navegan por los mares como barriles de whisky.

Sheldon sonrió y contestó:

—Realmente es inútil. Habla usted con los argumentos de la juventud, que nadie puede discutir, a pesar de que la realidad de la vida se enfrente constantemente a ellos. Pero en estos argumentos no logran entrar esas realidades. La juventud debe vivir de acuerdo con su lógica.

—¿Y le parece mal?

—¡Ya lo creo que sí! Los hechos siempre terminan acabando con la lógica de la juventud y, además, con el corazón de los jóvenes. Eso es lo que pasa también con algunas amistades platónicas...: teóricamente son maravillosas, pero en la práctica terminan resul-

tando imposibles. Yo también creía en todo ello; por eso me encuentro ahora en las Islas Salomón.

Joan se estaba impacientando, incapaz de entender lo que le decía. Para ella la vida era demasiado simple y clara. Sólo le movían los argumentos de la juventud, con su lógica pura e invencible. Era el alma de una muchacha en un cuerpo de mujer. El hombre admiraba aquel rostro encendido y despejado, las gruesas trenzas que se enroscaban en la cabeza, las suaves curvas que asomaban por el escote de su bata casera, los ojos —ojos infantiles bajo el bello arco de sus cejas—, y se lamentaba de que aquella hermosura no hubiera madurado todavía como mujer. ¿Por qué diablos no sería pelirroja, o bizca, o sencillamente fea?

—Imaginemos que somos los socios de Beranda —comenzó él, experimentando cierto miedo mezclado de satisfacción por lo que iba a sugerir—: o yo me terminaría enamorando de usted, o usted de mí. Como sabe, tanta proximidad es peligrosa. De hecho, es esta proximidad lo que no encaja nada bien con sus argumentos de juventud.

—Si usted piensa de verdad que me vine a las Islas Salomón para casarme... —replicó enojada—. Sepa que en Hawai podría encontrar hombres mejores. Realmente, cualquiera que le oyese a usted repetir esta idea pensaría que es usted un —obseso...

Se calló, asustada. Sheldon había enrojado de forma tan repentina que se estremeció. Supo que le había ofendido profundamente. Joan se tomó el café que quedaba en su taza y se incorporó, diciendo:

—Esperaré a que se tranquilice para continuar nuestra conversación. Es difícil hablar con alguien que se enfada tan fácilmente. ¿Quiere venirse a nadar? El mar está espléndido.

«Si fuese un hombre, hace tiempo que la habría mandado a freír espárragos a ella, a la plantación, a sus tahitianos y a sus florines», se dijo en cuanto se quedó solo.

Pero el problema era que Joan no era un hombre. ¿Adónde iría, y qué pasaría con ella?

Se levantó y encendió un pitillo. Su mirada se encontró con el sombrero «Baden Powell» y el cinturón, que estaban colgados de la pared. Todo aquello era muy complicado. Tampoco quería que Joan se fuese. En el fondo, no dejaba de ser una niña; una niña cuya lógica a veces resultaba profundamente ofensiva. Era necesario adoptar una determinación: no podía permitirse perder la serenidad. Era una niña y tenía que entenderlo. Suspiró. ¿Por qué demonios aquella niña había alcanzado aquella figura de mujer? ¡y... qué preciosa mujer!

Mientras examinaba el sombrero, sintió que se evaporaba su enfado, y atormentó su cabeza en busca de una salida para tan complicada situación... ¡Un barco! Pero, ¿por qué no? Podría solicitar uno, aprovechando el primer vapor en dirección a Sydney. Podría...

La jovial risa de la muchacha interrumpió sus reflexiones y le hizo correr hasta la puerta. Escondido detrás de ésta, pudo verla irse hacia la playa. Detrás iban dos de sus hombres: Papehara y Mahameme, con sus *lava-lavas* dorados y sus puñales sin funda brillando en sus cintos. Aquella insistencia en nadar a todas horas, y especialmente después de comer, a pesar de las sucesivas advertencias que Sheldon le había hecho respecto a los tiburones, era una muestra más de su testarudez.

La vio zambullirse en el agua, saltando como un mozalbete, y nadar moviendo sus brazos con enérgicos movimientos, acompañada por sus guardianes, que nadaban a ambos lados, a unos doce pies de ella. No confiaba demasiado en que la pericia de aquellos marineros pudiese librarla de los terribles carnívoros que poblaban aquellas aguas, aunque los creía capaces de arriesgar la propia vida con tal de salvar la de su ama en caso de peligro.

Parecían estar compitiendo, por la rapidez con que nadaban. Las tres cabezas se veían cada vez más pequeñas. El mar estaba un poco revuelto, y muchas veces se perdía de vista a los nadadores. Sheldon tenía que forzar la vista para seguirlos, y finalmente no tuvo más remedio que recurrir al catalejo. En la dirección de Florida bajaba hasta las aguas una cortina de lluvia; aunque, por lo que se veía, a ellos les daba igual la lluvia y la agitación del mar. Joan sabía nadar, eso estaba claro; seguramente fue lo primero que aprendió en Hawai; pero un tiburón es un tiburón, y él había conocido a varios buenos nadadores que se vieron arrastrados hasta el fondo por uno de ellos.

El chaparrón fue ennegreciendo el firmamento y revolvió las aguas en el lugar en que había visto por última vez a los nadadores, acabando por borrar cielo y mar en un formidable diluvio. Pasada la borrasca, Beranda recibió los primeros rayos de sol justo en el momento en que los audaces nadadores alcanzaban finalmente la playa. Sheldon guardó el catalejo y permaneció escondido detrás de la puerta para ver a Joan, que entró en el pasillo sacudiendo su pelo empapado por el agua fresca de la lluvia.

Aquella misma tarde, mientras estaban los dos descansando en la galería, Sheldon hizo referencia de forma disimulada al asunto del barco, explicando la necesidad que Beranda tenía de él, así como de un ama de llaves que se encargase de los criados y del alrriacén, entre otras cosas.

—¿De modo que no le gusta mi forma de gobernar la casa? —dijo la joven—. En ese caso, lo que podría ocurrir es que rescindiésemos nuestro contrato, y yo me fuese, dejándole a usted con el ama de llaves, o que me la llevara conmigo en el bote, para lanzarla en medio del mar. ¿Realmente piensa que he llegado hasta este miserable rincón de la tierra, después de atravesar esos mares de Dios, para entregarme a manos de un ama?

—Pero, usted sabe..., después de todo..., lo cierto es que un ama, una mujer de confianza, es un mal necesario —explicó Sheldon.

—Bien que nos ha ido hasta ahora sin ella. ¿Acaso tenía yo alguna mujer de compañía en la *Miélé*? No; y eso a pesar de que era la única mujer a bordo. Las tres cosas que más miedo me dan son los moscones, la escarlatina y las amas. Sus ganas de buscarme un aya me dan a entender que en su opinión la estoy necesitando. Pues crea que prefiero ser buena por el mero placer de serlo, en lugar de no ser mala por miedo a esa mirada que me vigila constantemente sin darme la oportunidad de serlo.

—Pero... si no me refiero a eso —insistió Sheldon—. Es por lo que podrían pensar los demás.

—¡Deje que piensen lo que les dé la gana! ¿Es usted hombre que se deje gobernar por idiotas?

—Usted es una mujer extraordinaria, y confieso que me veo impulsado a ser su socio para poder también protegerla.

—Si desea asociarse conmigo para protegerme... prefiero no ser su socia. Me está usted obligando a comprar Pari-Sulay.

—Un motivo más...

—¿Sabe lo que voy a hacer? Me voy a buscar en las Islas Salomón a un hombre que no quiera protegerme. Sheldon no logró disimular la mala impresión que le produjeron aquellas palabras, y se apresuró a decir:

—Espero que no hará usted nada parecido.

—¡Lo haré, ya lo creo que lo haré! Me he cansado de tanta protección. No olvide que me basto yo sola para todo. Además tengo ocho hombres que son los mejores guardaespaldas del mundo.

—Usted debería haber nacido hace mil años —dijo Sheldon riendo—, o dentro de mil años. Es al mismo tiempo demasiado primitiva, y demasiado moderna. El siglo XX no es bueno para usted.

—Puede que no, pero las Islas Salomón sí que lo son. Cuando llegué, usted vivía como un salvaje, comiendo únicamente conservas y porquerías capaces de cortarle la digestión a un camello. Gracias a Dios logré terminar con todo eso, y continuaré combatiéndolo mientras seamos socios. Le aseguro que no morirá por mala alimentación.

—Si nos asociamos —aceptó Sheldon— tendrá que quedar bien claro que el gobierno de la goleta no correrá a su cargo. Usted puede ir a Sydney, si quiere, para comprarla, pero debe buscar también un capitán.

—Para aumentar los gastos considerablemente. Y lo más seguro es que terminemos dando con un borracho incompetente incapaz de hacer nada a derechas. Conozco el trabajo mejor que cualquier hombre al que podamos contratar. No encontrará usted en el Pacífico a un capitán que esté mejor enterado que yo de cada uno de los detalles de todas las rutas. No olvide que soy navegante.

—Pero no por asociarse conmigo dejará usted de ser una señorita —advirtió él fríamente.

—Gracias por recordarme * una vez más que mi forma de proceder es impropia de una señorita.

Y casi llorando, se levantó y se acercó al fonógrafo, mientras decía:

—Pero, ¿cómo es posible que todos los hombres sean tan estúpidos?

Sheldon se encogió de hombros, sonriendo como respuesta, seguro de que era inútil seguir discutiendo, y que sería más rentable quedarse callado.

Antes de anochecer, Joan se rindió. Aceptó ir a Sydney en el primer vapor; compraría una goleta y la traería con un capitán de la isla a bordo. Aquel acuerdo terminó de convencer a Sheldon para que la dejase de buen grado intentar alguna incursión para reclutar trabajadores por las islas, siempre que no desembarcase en Malaita. Esa isla quedaba vedada para ella; y Sheldon mantuvo firme esta negativa.

Después de prepararlo todo y firmar un contrato minucioso, redactado rápidamente a petición de la joven, Sheldon se quedó paseando más de una hora por su habitación, ab-

sorto en meditaciones sobre el disparate al que acababa de dejarse arrastrar. Se encontraba en una situación absurda, aunque no más insoportable que la de antes ni más rocambolesca que la que ella habría creado al establecerse en Pari—Sulay. Nunca se había encontrado con una mujer más independiente y, al mismo tiempo, más necesitada de un protector, que aquella joven desembarcada ante su hacienda con ocho indígenas, un revólver de gran calibre, una bolsa de oro y el entusiasmo por los negocios característico de una imaginación romántica y aventurera.

No había leído ni conocido nada que pudiese compararse con esto, que excedía a cualquier ficción. Era demasiado inverosímil como para ser creíble. Se atusaba el bigote mientras fumaba un cigarro detrás de otro. Satanás, después de pasear por el patio, subió a su lado y le mojó la mano con su húmedo hocico. Sheldon acarició al animal, le alisó las orejas y se dejó caer sobre una silla, riendo a pierna suelta. ¿Qué pensaría de todo aquello el Comisario de las Islas Salomón? ¿Qué le parecería a su familia? Por un lado se alegraba de haber constituido la sociedad, y por otro le entristecía que Joan Lackland hubiese llegado a las Islas Salomón. Entonces se levantó para mirarse en un espejo de mano y permaneció durante un buen rato examinando su aspecto, preocupado y meditabundo.

14. «MARTHA»

Al día siguiente estaba jugando con Joan al billar, después de comer, cuando Viaburi apareció anunciando:

—Un barco frente a la playa.

Casi inmediatamente escucharon el estrépito de las cadenas en los escobenses, y desde la galería acertaron a ver un hermoso barco que se inclinaba levemente por donde acababan de soltar el ancla.

—Es yanqui —aseguró Joan—. ¡Fíjese qué proa! ¡Ah! Ya me extrañaba a mí...

Sobre el mástil del centro ondeaba la bandera de las barras y estrellas.

A una orden de Sheldon, Noa Noah izó también la misma bandera.

—Pero, ¿qué estará haciendo por estas aguas un barco norteamericano? —se preguntó la muchacha—. ¡Fíjese en su nombre! ¿Qué lee usted?

Utilizando un catalejo, Sheldon leyó la inscripción:

—*Martha*, San Francisco. Es el primer barco norteamericano que llega hasta las Salomón. Ya desembarcan. ¡Por Júpiter! ¡Fíjese en los remeros! Son todos blancos. ¿Qué demonios vendrán a hacer aquí?

—Puedo asegurarle que no son marineros de oficio —señaló Joan—. Me avergonzaría dirigir una tripulación de blancos que remasen de ese modo. Fíjese en aquel de la proa... ese que salta ahora. Sería mejor que se dedicase a guardar ganado.

Los remeros permanecieron en la playa mirando en todas direcciones con verdadera curiosidad, mientras los hombres que habían ocupado el banco delantero del bote atravesaban la entrada del patio y se encaminaban al *bungalow*. Uno de ellos era alto y enjuto, y

vestía unos pantalones blancos de dril, que recordaban vagamente a un uniforme militar. El otro llevaba unas ropas a medio camino entre las apropiadas para el mar y para tierra, aunque sin duda excesivamente calurosas. Caminaba mirando al suelo, cojeando como un gorila cansado, y los mechones de pelo tieso que le cubrían la cabeza y el vivo mirar de sus ojillos recordaban todavía más a un simio.

Sheldon, que se acercó para recibirlos al pie de la escalera, les presentó inmediatamente a Joan. El hombre simiesco parecía un escocés y se llamaba Von Blix, a pesar de que hablaba con marcado acento norteamericano. El otro, que vestía los elegantes pantalones de dril, tenía el nombre inglés de Tudor John Tudor—, y hablaba el inglés con la corrección propia del norteamericano culto, aunque con un leve acento alemán.

Von Blix era rudo y antipático; pero Tudor tenía un encanto especial en su forma de mirar y de hablar. Sus ojos azules denotaban inteligencia y las más imperceptibles líneas de sus rasgos acentuaban cada palabra que pronunciaba. Su delicada sonrisa daba a sus palabras un cierto toque de ingenuidad. Pero habló poco, porque Von Blix se empeñó en explicar él solo su historia y la misión que los llevaba hasta allí.

Se encontraban realizando una expedición en busca de oro. Él era el jefe, y Tudor su segundo. Todos —hasta un total de veintiocho— formaban parte de aquella aventura como accionistas. Algunos eran marineros, pero la mayoría eran mineros que habían trabajado en alguna que otra mina, desde México hasta el Océano Artico. Eran hombres atacados por la fiebre del oro hasta tal punto que eran capaces de llegar hasta las Islas Salomón en busca del preciado metal. Unos, mandados por Tudor, tenían que remontar el Balesuna para entrar en el montañoso corazón de Guadalcanal, mientras que la *Martha*, capitaneada por Von Blix, desplegaría sus velas hacia Malaita para realizar una expedición de reconocimiento.

—Por eso —concluyó Von Blix— necesitamos algunos negros para la expedición de Tudor. ¿Podría prestárnoslos usted?

—Pagando, naturalmente —añadió Tudor—. No tiene más que pedir lo que le parezca justo. Creo que usted les paga seis libras anuales, ¿no?

—En primer lugar —respondió Sheldon—, no podemos prescindir de ninguno. Hoy en día los tenemos contados para las necesidades de nuestra plantación.

—¿*Nuestra*? —inquirió Tudor—. ¿De modo que son ustedes socios? En Guvutu me dijeron que estaba usted solo, ya que había perdido a su compañero.

—La señorita Lackland —explicó Sheldon— ha trabajado en la plantación desde entonces. Pero volviendo a los negros, no podemos desprendernos de ninguno, y, por otro lado, le servirían de bien poco. No conseguirían ustedes que les acompañasen más allá de Binu. Son de Malaita y tienen miedo de que se los coman. Huirían a la primera oportunidad. Podrían ustedes reclutar algunos hombres de Binu para que les lleven hasta el pie de las montañas, y mandarlos de vuelta una vez llegados. A ellos tampoco les gusta que se los coman.

—¿Tan mal están esas tierras? —preguntó Von Blix.

—El interior de Guadalcanal nunca ha sido explorado —dijo Sheldon—. Sus habitantes son los más salvajes de todos. Nunca he visto ninguno. Jamás bajan hasta la costa, aun-

que en sus avanzadillas devoran con mucha frecuencia a cualquier indígena de la costa que se atreva a dirigirse tierra adentro. No se conoce nada de ellos. La expedición científica de origen austriaco fue aniquilada antes de alcanzar las montañas. A varias millas de aquí, en la misma costa, se levanta un monumento en su memoria. Sólo hubo un superviviente para contar lo ocurrido. Y eso es todo lo que se sabe del interior de Guadalcanal.

—Pero... ¿y el oro? ¿Nunca han oído ustedes hablar del oro? —preguntó Tudor impaciente—. ¿No saben nada de los yacimientos?

Sheldon sonrió, mientras los demás contenían el aliento, esperando sus palabras.

—Si se dirigen ustedes por el Balesuna, a menos de dos millas pueden encontrarlo entre la arena. Yo lo he visto muchas veces. Sin duda existen yacimientos de oro en las montañas.

Tudor y Von Blix intercambiaron una mirada triunfal.

—Dé modo que el informe del viejo Wheatsheaf es verdadero —dijo Tudor.

—Hemos venido hasta aquí impulsados por los informes de un viejo lobo de mar. Von Blix entabló amistad con él, y éste le contó su secreto. Podríamos probar que han entrado hombres blancos hasta el corazón de Guadalcanal mucho antes de esa expedición austriaca.

Sheldon se encogió de hombros, y se limitó a decir:

—Pues a nosotros nunca nos han llegado esas noticias. Respecto a mis negros, no podrán acompañarles más allá de Binu. Para llegar hasta allí, estoy dispuesto a prestarles los que necesiten. ¿Cuántos de los suyos viajarán en esta expedición, y cuándo tienen previsto partir?

—Diez hombres, contando conmigo —respondió Tudor.

Y podréis salir pasado mañana—añadió Von Blix—. Esta tarde bajaremos todos los botes. Mañana nos dedicaremos a distribuir y empaquetar los víveres. Respecto a la *Martha*, hoy mismo sacaremos de ella lo necesario y llevará anclas en cuanto se ponga el sol.

Mientras los dos aventureros se dirigían a la playa, Sheldon observó cómo los contemplaba Joan, y le dijo de buen humor:

Ahí tiene su novela de aventuras: buscando oro entre caníbales.

—¡Sería un excelente título para un libro! —exclamó la muchacha—: *Buscadores de oro entre buscadores de cabezas*. ¡Si escribiese esta novela, no me negará usted que tendría éxito!

—¿Y eso le interesa? ¿Ya está arrepintiéndose de ser plantadora de palmeras? Imagínese si hubiese invertido su dinero en una aventura como ésta.

—De haberlo hecho, estoy convencida de que Von Blix me habría permitido ir a Malaita.

—Yo sólo sé que no lograrán su objetivo.

—¿Qué le parecen estos hombres?

—Von Blix parece un buen hombre, prudente y comedido; pero Tudor es como una mariposa: demasiada frivolidad en sus gestos. Siuviésemos que naufragar juntos en una isla desierta, preferiría hacerlo con Von Blix.

—No le entiendo. ¿Qué tiene en contra de Tudor?

—¿Se acuerda usted de *La última duquesa*, de Browning?

Joan hizo un gesto afirmativo.

—Pues bien, a mí Tudor me recuerda a la duquesa...

—¿Pero si es maravillosa!

—En efecto; pero también es una mujer. De un hombre cabe esperar algo bien diferente: más dominio de sí mismo, más tranquilidad, más meditación. Un hombre tiene que ser más entero y juicioso. Las personas como Tudor me alteran los nervios.

Joan no estaba completamente de acuerdo con aquella impresión y Sheldon lo percibió con cierto desencanto. Recordó entonces cómo resplandecían los ojos de la joven mientras hablaba el recién llegado... Pero ¡qué demonios! ¿Es que iba a tener celos? ¿Por qué no iban a brillar aquellos ojos de muchacha? No era de su incumbencia.

Entre tanto, los expedicionarios habían desembarcado rápidamente sus pertrechos. Una docena de tripulantes arrastraba las embarcaciones hasta la playa. Se trataba de cinco botes estrechos, curvos y de costados lisos. Cada uno contaba con tres remos y varias pértigas con regatones de acero.

—Parece que dominan ustedes la navegación fluvial —le dijo Sheldon a uno de los expedicionarios.

El marinero escupió sobre la playa un pedazo del tabaco que mascaba, y replicó:

—Son embarcaciones semejantes a las que utilizamos en Alaska. Están construidas a semejanza de las piraguas del Yukon, y apostaría la cabeza a que son más seguras que cualquier otra embarcación. Ese río será como un arroyuelo comparado con algunos ríos del norte de mi país. Coloque usted quinientos kilos en cualquiera de esas barcas y verá cómo dos hombres logran hacerla deslizarse por los pasos más estrechos.

Al anoecer, la *Martha* levó anclas e infló sus velas, exhibiendo su pabellón y saludando a la noche con un cañonazo. La bandera de los Estados Unidos ondeaba en el asta del *bungalow*, y Sheldon devolvió el saludo disparando el pequeño cañón de la plantación. Los mineros levantaron sus tiendas en el patio, después de preparar la cena en la playa. Tudor compartió la mesa con Sheldon y Joan.

Aquel visitante parecía conocer muchos lugares, como si hubiese estado en todos ellos y conociese a todos sus habitantes y, animado por Joan, contaba sin cesar todas sus aventuras. Era un auténtico aventurero de aventureros, y de ser cierto cuanto decía, hijo de la aventura. Descendía de una familia canadiense de rancia alcurnia. Su padre había sido cónsul general, y él había nacido en Alemania, donde recibió su primera educación y de la que tomó el acento. Más tarde, siendo todavía niño, se dirigió a Turquía para unirse a su padre, a quien más tarde acompañó hasta Persia, ya que su patria le había nombrado embajador en dicho país.

Tudor era un eterno viajero y describía con vivos colores cada uno de estos viajes, capítulo por capítulo, interesándose en aquellas historias, según parecía, no tanto porque él fuese su protagonista, sino por los extraños acontecimientos y las peculiares situaciones que le había tocado vivir. Había sido testigo de las revoluciones de América del Sur, había sido un audaz jinete en Cuba, expedicionario en África del Sur, y corresponsal de guerra en el conflicto ruso—japonés. Había criado perros en Klondike, lavado oro a orillas del Nome y publicado un periódico en San Francisco. El propio Presidente de los Estados Unidos era amigo suyo. Se movía a su antojo en los clubes de Londres y del Continente, en el Grand Hotel de Yokohama o en las miserables chozas de los recolectores del país de Nunca Jamás. Había ido de caza en Siam, había pescado perlas en el Paumotu, había conocido a Tolstoi, había sido testigo del drama de la Pasión, y atravesado los Andes a lomos de un mulo. Actualmente era el director de los pantanos del África Occidental.

Sheldon, recostado en su silla, sorbía café y escuchaba atentamente. A pesar suyo, no podía dejar de sentir cierta simpatía hacia un personaje que llevaba una vida tan diversa. Y, a pesar de ello, él no se sentía cómodo en el mirador. Le daba la impresión de que aquel aventurero le estaba hablando especialmente a Joan, y aunque dedicaba sus sonrisas a ambos por igual, estaba convencido de que si los dejaba a solas conversando el tema de charla del aventurero cambiaría radicalmente. Tudor se había dado cuenta del efecto de sus historias en Joan, e intentaba explotarlo haciendo aflorar sus recuerdos más novelescos. Sheldon la notaba extasiada, preguntando incesantemente para demostrar su acusado interés, riendo de forma espontánea, haciendo comentarios entusiastas hasta que finalmente sorprendió en lo más profundo de su ser el primer impulso del amor, que acababa de nacer en él.

Pero permaneció tranquilo, casi melancólico, aunque de vez en cuando le asaltaba una ola de furor contra su huésped, y pensaba entonces cuántas de aquellas aventuras serían reales y cuántas serían inventadas. Mientras calculaba todo esto, y como si la escena hubiese sido preparada por algún gran dramaturgo, apareció Utami en la galería para avisar a Joan de que un cocodrilo acababa de caer en la trampa que había tendido a petición suya.

Justo en ese momento Tudor encendía un cigarrillo, y a la luz de la cerilla, Utami se fijó en su rostro y se acercó a él enseguida.

—¡Hola, Tudor! —exclamó con tanta familiaridad que dejó perplejo a Sheldon.

El polinesio le tendió la mano, mientras Tudor se la estrechaba, intentando reconocerle en medio de la oscuridad.

—¿Quién eres tú? —dijo—. No te veo muy bien.

—Utami.

—¿Y quién diablos es Utami? ¿De qué me conoces?

—¿Es que ya has olvidado a la *Huahine*? ¿Su último viaje?

Tudor tomó de nuevo la mano del tahitiano y la estrechó efusivamente.

—El único superviviente de la *Huahine* era un hawaiano llamado Joe. ¡Diablos, muchacho! Me alegro de verte, aunque no conocía tu nuevo nombre.

—Todos me conocían como Joe en la *Huahine*, pero mi nombre ha sido siempre Utami.

—¿Y qué estás haciendo por aquí?

—Viajaba con *missie* Lacklanna en su barco *Miélé* Fuimos a Tahití, Tahaa, Raiatea, Bora-Bora, Manua, Turuila, Apia, Sayai y las islas Fiyi. Todas las islas Fiyi. Ahora sigo con *missie* Lacklanna en las Salomón. Pronto tendrá otro barco.

—Nosotros somos los dos únicos supervivientes del naufragio de la *Huahine* —les explicó Tudor a los otros dos—. De los cincuenta y siete que nos hicimos a la mar en Huapa, sólo regresamos vivos Joe y yo. Fue un ciclón terrible en Paumotu. Era en la época en que yo me dedicaba a buscar perlas.

—Nunca me habías contado, Utami, que habías naufragado en medio de un ciclón —le reprochó Joan al tahitiano.

—No le doy mucha importancia—replicó él.

Y se dispuso a irse para no incomodar, aunque seguramente le habría encantado quedarse.

—Muy bien, Utami —dijo Tudor—. Mañana podremos hablar largo y tendido.

—¡Fue él quien me salvó la vida! —exclamó Tudor en cuanto el tahitiano se hubo alejado, haciendo crujir las maderas con sus pasos—. ¡Y cómo nada!... Nunca he visto un nadador mejor que él.

A petición de Joan, Tudor relató todo lo ocurrido en el naufragio de la *Huahine*, mientras Sheldon fumaba meditabundo, reflexionando sobre el hecho de que, por más defectos que tuviese aquel aventurero, por lo menos no era un mentiroso.

15. REFLEXIONANDO SOBRE LA EDUCACIÓN

Según fueron pasando los días, pareció como si Tudor se estuviese encariñando con la hospitalidad de Beranda. Todo estaba preparado para su marcha, pero él la retrasaba, entretenido con Joan, y aumentando la molestia que su presencia le producía a Sheldon. Se iba a nadar con la joven con la excusa de vencerla en resistencia; o se iban a pescar con dinamita, buceando en los lugares donde había más tiburones, para disputarles la presa aturdida por la explosión, hasta conseguir el aplauso de los tahitianos. Arahú le provocó para que le quitase un pez de la boca a aquellos carnívoros marinos, dejándole la mitad en la boca y mostrando la otra mitad en la superficie, y Tudor realizó la proeza con apenas una raspadura de varias pulgadas en la espalda debido al roce con la piel de lija del feroz animal. Joan estaba entusiasmada, y Sheldon se estaba dando cuenta de que aquel individuo era la encarnación del héroe de todas las novelas que la muchacha había leído en su infancia. Creía que ella no amaba aún, pero si algún día lo hiciera, seguramente amaría a aquel tipo de individuos... «exhibicionistas».

Él mismo se sentía un poco insignificante al lado de Tudor, que tenía la costumbre de alardear de todas sus habilidades. Sheldon era consciente de su propio valor, pero nunca le había gustado vanagloriarse de ello. Sabía que era capaz de sumergirse en el mar en medio de una nube de tiburones para salvarle la vida a alguien, pero le parecía un acto de exacerbada vanidad arriesgar la vida con el único fin de quitarle a una fiera del mar la

mitad de su comida. La diferencia entre ambos hombres, en realidad, estribaba en que Sheldon había echado las cortinas de su propio escaparate. Dentro de sí mismo la vida se agitaba enérgicamente, pero no estaba dispuesto a demostrarlo únicamente para asombrar al mundo con las proezas que él era capaz de realizar. El efecto que lograba el otro con sus extraordinarias exhibiciones le llevó a encerrarse todavía más en el carácter frío y estoico de su pueblo.

—Lleva varios días que parece usted idiota —se quejó finalmente Joan—. Cualquiera pensaría que está enfermo o algo parecido. Parece que el trabajo en la plantación le importa tanto como las palmeras. ¿Qué le ocurre?

Sheldon sonrió, pero se sumió todavía más profundamente en su ensimismamiento, escuchando a Joan y a Tudor, que ensalzaban toda clase de fuerza física utilizada por los blancos durante siglos para dominar a las razas inferiores, y se le ocurrió pensar que eso era exactamente lo que él hacía. Mientras ellos filosofaban sobre estas teorías, él las vivía en la práctica, haciendo descansar la energía de su mano sobre la raza inferior de braceros de Beranda o de los indígenas hostiles que en ocasiones le amenazaban. «¿De qué sirve tanto hablar? —se preguntaba—. Lo único que importa es demostrarlo todo con hechos.»

Y cuando se atrevió a decir algo, seca y fríamente, se encontró a Joan y a Tudor llevándole la contraria, escuchando acusaciones que le dejaron perplejo, contra un dominio de su pueblo del que él, en el fondo, se sentía orgulloso.

—Los yanquis —explicaba Tudor— hablan por los codos de todo lo que hacen o dejan de hacer, y por eso los ingleses les acusan de fanfarrones; pero en el fondo son sólo unos críos. Hablan demasiado, y los ingleses los ensalzan todavía más al quedarse callados. La característica falta de burlas en el temperamento inglés es únicamente una forma disimulada de burlarse. Estará usted de acuerdo en que esto es cierto.

—Nunca se me había ocurrido pensar sobre el asunto —meditó Joan—, pero es verdad: un inglés ha realizado cualquier heroicidad, y por grande que sea, permanece tan tranquilo y callado (no desea, en su modestia, comentar el asunto), y el efecto que su silencio produce es semejante a decir: «Yo hago cosas como ésa todos los días. Para mí es tan fácil como levantar una paja. Piensen en las hazañas verdaderamente grandes que realizaría yo en el caso de que fuese necesario, pero esto es una insignificancia..., no me parece nada relevante.» Respecto a mí —continuó la muchacha—, si volase debido a una explosión o si salvase la vida de cien personas, necesitaría que me oyesen todos mis amigos, y los amigos que ellos tuvieran. Me sentiría más orgullosa que el propio diablo. Confíeselo, Sheldon, ¿acaso no siente un gran orgullo interior cuando ha realizado algún acto de valentía?

Sheldon asintió con la cabeza.

—De modo —dijo ella, como si acabase de pillarle—, que disminuir ese orgullo con una aparente indiferencia es casi lo mismo que mentir.

—En efecto —aceptó él—, nosotros decimos esas mentiras a diario. Es cuestión de educación, y el inglés es sencillamente más educado. Sus compatriotas también terminarán educándose con el tiempo. Como ha dicho Tudor, los yanquis en el fondo son sólo unos críos.

—¡Al menos no hemos empezado todavía a decir esa clase de mentiras! —rebatía Joan.

—¡Usted sí que lo ha hecho! —contestó Sheldon rápidamente—. No hace mucho tiempo que mintió de esa forma. ¿Recuerda cuando tiraba de la driza para izar la linterna? Su rostro era la viva imagen de esta mentira.

—No es cierto.

—Perdóneme —prosiguió Sheldon—. Su rostro aparecía tranquilo, como si hubiese estado sentada apaciblemente en la silla de lona. Al verla, cualquiera habría pensado que tirar de ese cabo con toda la fuerza de su cuerpo le era tan sencillo como el acto más simple de su vida... Y no necesito que me diga que no hizo usted muecas la primera vez que tiró de la cuerda. Lo que ocurre es que, como los atletas circenses, ha educado usted ese gesto en su rostro para que no muestre el esfuerzo que están realizando sus músculos. Es lo que llamamos, utilizando la expresión de Tudor, una disimulada exhibición de fuerza física. Pues bien, ésa es la modestia de todo inglés..., una simple cuestión de educación. Por supuesto que interiormente nos sentimos tan orgullosos como el diablo con cada hazaña que realizamos... y puede incluso que más, pero ya hemos madurado lo suficiente como para que alardear de todo ello nos resulte agradable.

—No es usted tan bobo, después de todo —afirmó Joan.

—Nos ha convencido a ambos —reconoció Tudor—, pero no lo habría conseguido de no haber roto las leyes de toda educación.

—¿De qué forma?

—Al hablar sobre ella.

Joan mostró su aprobación aplaudiendo, y Tudor encendió otro cigarrillo, mientras Sheldon permanecía callado e imperturbable.

Ahora sí que le han pillado —comentó Joan—. ¿Por qué no responde?

—Porque realmente no tengo nada que responder. Mi posición permanece intocable— afirmó Sheldon—, y eso por sí solo me resulta agradable.

—Podría usted decir —señaló la muchacha— que cuando una persona madura está entre críos le resulta necesario rebajarse para que se la entienda. Por eso quebrantó usted las leyes de toda educación. Porque era la única forma de que nosotros, los niños, le entendiésemos.

—Se ha pasado usted al otro bando en el fragor de la batalla, señorita Lackland —acusó Tudor con tono lastimero.

Pero ella no le oía. Miraba atentamente en dirección al mar. Los hombres siguieron su mirada y vieron a lo lejos una luz opaca y las velas de una embarcación.

—Debe ser la *Martha*, que regresa —aventuró Tudor.

—En absoluto; la luz está demasiado baja —replicó Joan—. Y se mueven además con la ayuda de remos. ¿No los escucha? Nunca podrían arrastrar de esa forma una goleta del peso de la *Martha*.

—Aparte de que la *Martha* cuenta con un motor de gasolina de veinticinco caballos —añadió Tudor.

—Un barco como ése es el que nos hace falta a nosotros —señaló la muchacha—. Tengo que ver si consigo una goleta con motor, aunque le tenga que añadir uno viejo.

—Eso incrementaría los gastos, al tener que pagar a un maquinista—objetó Sheldon.

—Pero lo compensaríamos con la rapidez de los viajes. Además, si usted no pensara igual que un hombre de la Edad Media, yo podría pilotar el barco, y nos ahorraríamos más que el sueldo del maquinista.

Sheldon no contestó una palabra, y Joan se le quedó mirando. A la luz de la linterna resaltaban las líneas de su rostro, firmes, severas, duras; su boca tenía más temple, y era más recia y enérgica que la de Tudor. Por primera vez reparó en aquella fuerza tranquila, reposada, y en la integridad de aquel carácter sosegado e inquebrantable. Después miró a Tudor, al otro lado. Su rostro era delicado, de los que agradan a primera vista; pero aquella boca no le gustaba. Parecía hecha para besar, y ella odiaba los besos. No se trataba de prejuicios, sino de una idea que la había ido dominando progresivamente, y que ahora le producía repugnancia y asco. Le brotaron también dudas sobre aquel sujeto. Puede que Sheldon lo hubiese juzgado con justicia. Pero no estaba segura, ni tampoco le importaba demasiado, porque las embarcaciones y todo lo que se deslizaba por el mar le interesaba mucho más que cualquier hombre, y lo olvidó todo inmediatamente para concentrar su atención en las velas, levemente iluminadas por la linterna que se balanceaba colgada de la borda, y en el golpe seco de los remos sobre las chumaceras, cada vez que se hundían en el agua con un chapoteo. Su vista, habituada a la oscuridad, fue distinguiendo las formas de los negros que se movían rítmicamente en los remos, y en el puente imaginó al patrón que mandaba el navío hacia el fondeadero, calculando las engañosas distancias en medio de la noche, sintiendo en sus mejillas la primera brisa terrestre que se levantaba en aquella hora, sopesando y estudiando todas las circunstancias contra las cuales, a través de las cuales o a pesar de las cuales lograba el equilibrio de la embarcación.

En dos ocasiones escuchó el sonido de la plomada que mide la profundidad al zambullirse entre las olas, y esperó la voz de mando que venía a continuación. La primera vez sonó en voz baja una orden que la hizo temblar de alegría. Era la orden al timonel para que pusiera todo a babor. Vio que la barca modificaba levemente su dirección, y comprendió que esto se debía a la intención del capitán de aprovechar aquella brisa terrestre. Esperaba que la voz autoritaria gritase nuevamente: «¡Firmes!», y volvió a temblar al escucharla. Otra vez escuchó el escandallo. Oyó gritar «¡Suelten!», en medio de la oscuridad, y enseguida el chirrido escandaloso de las cadenas del ancla y el barullo de las garrruchas al arriar las velas. Sólo recordó que se encontraba en compañía de dos amigos cuando el ancla inclinó levemente la embarcación hacia adelante, mostrando a la vista dos luces: una gris y otra roja.

Sheldon no sabía qué pensar respecto a la identidad del barco, y Tudor se empeñaba en afirmar que se trataba de la *Martha*.

—Es la *Minerva*—aseguró Joan.

—¿Cómo puede saberlo? —la interrogó Sheldon.

—En primer lugar, porque puede verse que se trata de un queche. Y también, a juzgar por el ruido de las poleas principales...

Alguien atravesaba el patio en diagonal desde la puerta de la empalizada, por donde habían permanecido mirando al navío.

—¡Utami! —llamó Joan.

—No, *missie*, Matapuu.

—¿Qué embarcación es ésa?

—La *Minerva*, creo.

Joan mostró una sonrisa triunfal a Sheldon, que asintió:

—Si Matapuu lo dice, es que debe ser.

—En cambio, cuando es Joan Lackland la que lo dice, usted lo duda —dijo la muchacha—, como duda también de mi pericia para gobernar un barco. Pero me da igual; algún día se arrepentirá de su incredulidad. Ya bajan el bote. En menos de cinco minutos le estrecharemos la mano al capitán Crhistian Young.

Lalaperu trajo vasos, cigarrillos, y whisky con soda. En efecto, no habían pasado ni cinco minutos cuando se abrió la puerta del patio y Crhistian Young asomó por la escalera y se reunió con ellos.

16. UNA JOVEN POCO DESARROLLADA

Para no perder la costumbre, Crhistian Young traía consigo noticias de nuevos saqueos en la Isabela, de recientes asesinatos en Malaita, de las fiebres de Tom Butler en Santa Ana y, lo más significativo, del accidente del *Matambo*, que había arremetido contra un escollo de Shortlands, quedando en un estado que requería urgentes reparaciones.

—Me temo que eso retrasará cinco semanas su salida para Sydney—advirtió Sheldon a Joan.

—Si desea ir a Sydney—dijo Young—, el *Upolu* sale de Tulagi mañana por la tarde.

—Lo cierto es que antes tengo que ir a Guvutu—dijo la joven con leve coquetería—. No puedo aparecer en Sydney con estos trapos de Beranda. Tengo que ir a Guvutu a comprar algo de ropa con la que poder hacerme un vestido durante el viaje. Saldré dentro de una hora. Lalaperu, ve en busca de Adamu Adam y dile a Ornfiri que haga *kai-kai* y lo lleve a la embarcación.

Se puso en pie, y mirando a Sheldon dijo:

—Le ruego que le pida a los hombres que coloquen en el agua mi embarcación... Dentro de una hora estaré lista para zarpar.

Sheldon y Tudor miraron al unísono el reloj.

—No es necesario que parta apresuradamente —dijo Sheldon—. Podría esperar a mañana...

—¿Y perderme las compras? Ni hablar. Y ahora, perdónenme, pero debo ir a hacer mi equipaje.

—Le acompañaré en su viaje —sugirió Sheldon.

—Deje que la lleve en la *Minerva*—propuso Young.

Ella sonrió a ambos, y negó con la cabeza.

—Me iré en mi embarcación. Cualquiera pensaría, con sus ofrecimientos, que nunca he salido de esta casa. Usted, Sheldon, es mi socio, y no puedo permitir que abandone su trabajo por un gesto caballeroso mal entendido. Ya que no me deja ser capitán de un barco, tampoco deseo verlo vagando por los mares como protector de una muchacha que no necesita ninguna protección. Respecto a usted, capitán Young, ya sabe que en menos de dos horas tendrá que zarpar para Marau.

—¿Y no puedo acompañarla al menos hasta el vapor? —preguntó Tudor con una presunción que puso nervioso a Sheldon.

—¡No y mil veces no! —exclamó la joven—. Usted tiene que dedicarse a su trabajo, y yo al mío. Vine a las Islas Salomón para trabajar, y no para que me admirasen como si fuese una muñeca. Además, me sobran guardaespaldas. Aquí tiene usted uno de ellos, y todavía me quedan siete como él.

Adamu Adam se encontraba a su lado, sobresaliendo con su gigantesca estatura por encima de los tres. La camisa de algodón que llevaba puesta apenas lograba disimular las enérgicas curvas de sus poderosos músculos.

—¡Caramba, qué puños! —dijo Tudor—. Me aterraría la idea de recibir un puñetazo de este hombre.

—Tampoco se lo deseo —dijo Joan—. Le vi una vez caer sobre el capitán sueco de un barco, en las islas Fiyi. El capitán le provocó, y Adamu sólo le golpeó una vez, aunque fue suficiente para romperle el brazo. ¿Lo recuerdas, Adamu?

El gigante tahitiano sonrió, inclinando la cabeza y expresando con sus negros ojos de gamo una dulzura contradictoria con su espíritu guerrero.

—Dentro de una hora partiremos en la barca para Guvutu—le explicó Joan—. Advierte a tus hermanos para que se preparen. Cogemos el *Upolu* rumbo a Sydney. Vosotros vendréis conmigo, y después regresaremos todos juntos en la nueva goleta. Llevad ropa de abrigo, porque allí hace bastante frío, y dejad las armas. Dádselas a Mr. Sheldon, que a nosotros no nos harán falta.

—Ya que está decidida a marchar... —dijo Sheldon.

—Por supuesto. Voy a hacer mi equipaje. Mientras tanto, haga el favor de preparar el tabaco y todo lo necesario para mis hombres. Ya sabe usted lo que necesitan.

Una hora más tarde, los tres hombres estrechaban la mano de la joven sobre la arena de la playa. A un gesto suyo, la embarcación se puso en marcha con el impulso de seis de sus remeros tahitianos. Adamu Adam iba al timón. Joan, desde la cámara de popa, continuaba despidiéndose de todos, resaltando su figura con una chaquetilla ajustada, el Colt colgado de la cintura sobre la cadera y su jovial rostro de muchacho bajo el sombrero «Baden Powell», que no le escondía completamente la abundante cabellera recogida por detrás.

—Será mejor que se vayan —gritó la muchacha—. Está a punto de caer un chaparrón. Y usted debería colocar más amarras, capitán Young. ¡Adiós a todos!

Sus últimas palabras brotaron ya de la oscuridad, que se fue espesando hasta ocultar completamente la pequeña embarcación; pero los hombres se quedaron sobre la playa, escrutando en la noche en dirección al lugar por donde había desaparecido la barca, y escuchando el golpear de los remos contra el agua, hasta que finalmente este ruido también se extinguió.

—Es sólo una niña —afirmó lenta y solemnemente el capitán Young, como si acabase de hacer un descubrimiento—. Apenas una chiquilla —insistió convencido.

—Muy audaz y valiente —añadió Tudor riendo—. Realmente tiene coraje, ¿no le parece, Sheldon?

—Sin duda —replicó Sheldon de mala gana, sin ganas de conversar sobre Joan.

Así son todas las norteamericanas —prosiguió Tudor—: emprendedoras, dinámicas, enérgicas e independientes. ¿No está de acuerdo, capitán?

—Lo único que digo es que es demasiado joven, casi una cría—respondió el capitán de la *Minerva*, sin dejar de mirar hacia la oscuridad que ocultaba el mar.

Las tinieblas se espesaron todavía más y los hombres se marcharon de la playa.

—Tengan cuidado con los cocos —avisó Sheldon cuando una repentina ráfaga de aire arrancó los primeros crujidos de las palmeras.

Se cogieron por las manos para avanzar por la avenida, mientras escuchaban los chasquidos de los cocos maduros cayendo a tierra en singular lluvia. Se sentaron en la galería, honrando al whisky con su silencio, mientras seguían mirando fijamente al mar, donde brillaban las luces de la *Minerva* amortiguadas por el grueso velo del chaparrón.

Sheldon dejaba volar su imaginación sobre las aguas en las que Joan Lackland, apenas un alma de muchacho con caprichos de muchacho, navegaba en aquellos instantes, alejándose de Beranda en las mismas condiciones en que había llegado a la plantación: recostada sobre la cámara de su bote, con Adamu Adam al mando del timón y el resto de los tahitianos remando enérgicamente. También la primera vez que la vio llevaba aquel famoso sombrero, y el revólver de gran calibre colgado de la cartuchera. Ahora, sin embargo, sentía admiración por aquella indumentaria que la primera vez le había hecho gracia. Comprendió a qué tipo de sentimientos le estaban arrastrando aquellas fantasías, y tuvo ganas de reír. Pero no lo hizo. Su imaginación volvió a mostrarle el cinto, el sombrero y el revólver, y comprendió que todo aquello escondía algo de amor. Entonces sintió una oleada de orgullo, al comprender que las Islas Salomón no habían terminado de aniquilar todos sus sentimientos.

Una hora después, el capitán Young se puso en pie, golpeó su pipa y se preparó a ir a bordo, para zarpar.

—No hay por qué preocuparse —dijo inesperadamente, sorprendiendo a los otros—. Viaja en una buena embarcación y es una excelente marinera. Buenas noches, señor Sheldon. ¿Desea alguna cosa de Marau? —y girándose, señaló un punto del cielo donde se rasgaban las nubes—. Todavía será una buena noche. Aprovechando la brisa favorable podría alcanzar Guvutu al amanecer. Buenas noches.

—Yo también me retiro —dijo Tudor incorporándose—. He estado perdiendo el tiempo lamentablemente, y me gustaría levar anclas al amanecer. Buenas noches.

En cuanto Sheldon se quedó a solas, pensó si aquel hombre habría decidido irse al día siguiente de no haberse marchado Joan. Se consoló recordando que la jo ven no había retrasado su viaje por ningún hombre, incluyendo a Tudor. «Zarparé dentro de una hora», había dicho. Aún sonaban en sus oídos las palabras de la muchacha, y se mantenía vivo en su recuerdo la imagen de ella al pronunciarlas. Sonrió. En cuanto la joven recibió las noticias de Young, se decidió a partir. No era demasiado agradable para ningún hombre, pero ¿qué es lo que podría un hombre significar para ella, cuando en Sydney esperaba poder comprar un barco? ¡Qué criatura más sorprendente!

Beranda se transformó en un desierto para Sheldon. Un día después de la partida de Joan, había visto partir a la expedición de Tudor, y por la tarde, al mirar por el catalejo, descubrió el humo de la Upolu, que llevaba a la muchacha hacia Sydney. Por la noche, durante la cena, le dedicaba más atención al lugar que había quedado vacío que a la propia comida. Mas tarde, en la sala de billar, se sorprendió embelesado, mirando absorto el clavo donde ella había colgado desde el primer día su cinto y su sombrero.

¿A qué se debían tantas preocupaciones? se preguntó enfadado. Puestos a elegir, ella habría sido sin duda la última mujer por la que se habría sentido atraído. Nunca había visto otra igual que tuviese la virtud de irritarle, de alterar sus nervios de esa forma, y de atacar cada uno de los sólidos principios sobre las cualidades que debía mostrar en todo momento cualquier mujer. Nunca había visto una muchacha tan opuesta a sus ideales. Ni siquiera era en realidad una mujer... lo que se dice una mujer. Bajo aquella apariencia femenina, era un muchacho, realizando las travesuras de un chiquillo, jugando con un revólver, soñando aventuras y yendo en busca de ellas en una barca, rodeada por sus salvajes tahitianos y su bolsa de monedas de oro. Y a pesar de todo la amaba..., eso era verdad, y no tenía por qué negarlo. Tampoco le molestaba el sentimiento. La amaba..., ésa era la auténtica realidad.

Una vez más renacían sus esperanzas en Beranda. Tras la muerte de Hugo había decidido luchar a brazo partido, no sólo por la tozudez de su carácter, sino porque le repugnaba echarse atrás en cualquier trabajo emprendido. Ahora tenía que esforzarse mucho más, hasta lograr el éxito, no sólo porque Joan era su socia, sino porque necesitaba que la sociedad se consolidase con éxito. En sólo tres años la plantación podría convertirse en una hacienda con un espléndido rendimiento. Entonces podría permitirse el lujo de viajar anualmente a Australia e incluso, de vez en cuando, a Inglaterra o Hawai.

Se pasaba las noches reclinado sobre el libro de cuentas o haciendo cálculos para mejorar el negocio y el calendario de la plantación. Se dedicó a roturar el bosque, y esta iniciativa, supervisada personalmente por él, iba más deprisa que antes. Premió a los negros que hacían trabajos extraordinarios y no dejaba de suspirar por mas braceros que le permitieran revitalizar el trabajo. Necesitaba negros, y si Joan tenía la suerte de comprar una goleta, todavía quedarían tres meses antes de que llegase a Beranda la primera remesa de reclutados.

Una semana mas tarde ancló frente a las costas de Beranda la *Malakula*, cuyo capitán saltó a tierra para jugar una partida de billar con Sheldon y charlar hasta que se levantase una nueva brisa. Además, como había informado a su contra maestre, tenía que ir a tierra

también para entregar un paquete de semillas con detalladas instrucciones de Joan para plantarlas y asombrar a Sheldon con las noticias que le traía.

Después de la partida se sentó en la silla de lona, y cuando sostenía el segundo vaso de whisky, el capitán soltó la bomba:

—Menudo ejemplar, miss Lackland. Parece que quiere ser su asociada y copropietaria en Beranda... ¿es verdad?

Sheldon asintió con la cabeza.

—¿Qué me cuenta? ¡Vaya sorpresa! Pues no ha logrado convencer a los de Guvutu ni a los de Tulagi. Están habituados a cualquier cosa sorprendente, pero la historia de esta sociedad era demasiado increíble como para aceptarla.

—No tiene nada de extraño. Se trata de un contrato comercial como cualquier otro —dijo Sheldon, como si aquel tipo de transacciones fuese de lo más habitual—. He invertido una cantidad próxima a las mil quinientas libras...

—Eso fue lo que dijo.

—Y se dirige ahora a Sydney para resolver unos problemas de la plantación.

—Ah, no, eso sí que no.

—Perdone, pero...

—Le digo a usted que no ha ido.

—Pero si se fue en la *Upolu*; la vi pasar por aquí el martes.

—La *Upolu* partió hacia Sydney, es verdad; pero miss Lackland no iba a bordo como pasajera.

—Entonces, ¿dónde está?

—En Guvutu, donde ha comprado un barco, aunque yo no daría por él ni diez chelines si se levantara viento Noroeste, y me da la impresión de que es el que está a punto de llegar.

Amigo mio, si lo que quería era excitar mi curiosidad, le aseguro que lo ha logrado —dijo Sheldon—. Le pido por ello que me lo cuente todo sin dar rodeos. ¿Qué goleta ha comprado? ¿Dónde fue? ¿Cómo la compró?

—El barco es la goleta *Martha*—respondió el patrón, llevando la cuenta de las preguntas con sus dedos—. Por desgracia, la *Martha* se encuentra encallada en los arrecifes de coral de Poonga-Poonga, y en peligro de hacerse astillas en cuanto el mar se remueva un poco. Y respecto a su última pregunta, miss Lackland la compró en pública subasta por cincuenta y cinco monedas de oro. Yo ofrecí hasta cincuenta, en nombre de Morgan y Raff. Ellos se enfadaron enormemente, y los mandé al infierno, porque fueron ellos precisamente los que me dijeron que sólo debía pujar hasta cincuenta, a pesar de que sabían que la facilidad de salvar esta goleta hacía que valiese mucho más. Pero no esperaban competencia. Fulcrum no tenía representante, ni tampoco Fires, Philp y Compañía; sólo debían temer al agente de los Nielsen, pero lo habían emborrachado la noche anterior, y estaba durmiendo la mona en Guvutu.

»"Veinte", dije yo abriendo la subasta. "Veinticinco", me respondió inmediatamente la joven. "Treinta", dije yo. "Cuarenta", saltó ella. "Cincuenta", seguí yo. "Cincuenta y cinco", insistió ella. Y aquí fue donde tuve que pararme. "Voy a consultar a mis superiores", les dije a todos; pero ella se opuso. "No hay tiempo que perder." Le contesté: "Se trata de una costumbre." "En ningún lugar del mundo existe esta costumbre", replicó ella. "Pero se trata de una cortesía característica de las Salomón", expliqué.

»Y estoy seguro de que el comisario Burnett me habría escuchado, de no ser porque ella se puso en jarras, y comenzó a gritar: "Señor subastador, ¿le importaría continuar la venta de la forma acostumbrada? Tengo otros negocios que atender y no pienso esperar toda la noche por un sujeto que no sabe qué hacer." Y le dirigió al señor comisario una de esas sonrisas definitivas capaces de hacerle perder la cabeza a cualquiera. Evidentemente, Burnett accedió entonces a su petición. "¿Quién da más? ¡Vamos, señores! ¡Ofrecen cincuenta y cinco! ¿Quién da sesenta? ¡Ofrecen cincuenta y cinco libras! ¿Nadie da más? Muy bien, en ese caso... ¡Adjudicada! La *Martha* pasa a ser propiedad de miss... ¿cómo dijo que se llamaba?"

»"Joan Lackland", respondió ella, dirigiéndome otra sonrisa. Y así fue como se hizo con la goleta.

Sheldon no pudo menos que estremecerse. ¡La *Martha*! Un barco mejor que la *Malakulay*, en su opinión, el mejor de todas las islas Salomón. Era lo que les hacía falta. Pero enseguida comprendió que si había podido comprar aquella goleta por cincuenta y cinco libras es que debía de haber muy pocas posibilidades de salvarla.

—¿Y por qué tuvieron tanta prisa en vender la *Martha*? —inquirió.

—Era lo mejor que podían hacer. Usted conoce mejor que nadie los bajos de Poonga-Poonga. La tripulación abandonó completamente el barco, sin pensar siquiera en la posibilidad de una subasta. Fueron Morgan y Raff quienes les convencieron para que la vendieran.

—¿Y por qué no esperaron hasta que se puso a salvo?

—¡Esperar! Usted conoce bien Malaita y PoongaPoonga. Allí naufragó la *Scottish Chiefti*, cuya tripulación fue aniquilada por completo. La *Martha* perdió el gobernalle, y cinco minutos después había encallado y la estaban saqueando. Los negros danzaban en cubierta, lanzando a los botes a la tripulación. Por lo menos había doscientas canoas alrededor de la goleta, y unos cinco mil salvajes en la costa. Dicen que no podía verse Malaita, con tanto humo por las hogueras de señales.

—¿Y por qué no lucharon? —preguntó Sheldon.

—Dos tercios de la tripulación ya estaba en los botes, desarmada, confiando en que no les atacarían. Enseguida comprendieron su engaño. Los indígenas atacaron. Eso es lo que les ocurre a los compañeros que no conocen estas costas. Ni a usted ni a mí nos habría pasado algo así.

—¿Y qué pretende hacer miss Lackland?

El capitán sonrió, mostrando sus dientes.

—Yo diría que intentar salvar la *Martha*. En caso contrario, ¿para qué pagar por ella cincuenta y cinco piezas de oro? Si no lo consigue, intentará recuperar el dinero, salvando los aparejos..., los palos, cordajes, cadenas, planchas, y todo lo que le queda entero. Por lo menos es lo que yo haría en su lugar. Cuando me hice a la mar, la muchacha había fletado la *Emily*. «Voy a reclutar trabajadores», le dijo Munster, que es ahora el capitán. «¿Y cuánto piensa ganar con el viaje?», preguntó ella. «Cincuenta libras», respondió él. «Bien —contestó ella—, en ese caso, ponga su *Emily* a mi servicio, y le daré setenta y cinco.» ¿Recuerda usted aquel montón de anclas y cadenas que había detrás de las pilas de carbón? Pues bien, lo estaba comprando Joan cuando me fui. Su chiquilla es una auténtica comerciante.

—Es mi socia—corrigió Sheldon.

—De acuerdo, pues se trata de una excelente socia. ¡Vive Dios! ¡Una mujer blanca en Malaíta y PoongaPoonga, que son los peores puertos del mundo! ¡Ah!, se me olvidaba. Convenció a Burnett para que le prestase ocho fusiles para sus hombres y tres cajas de dinamita. ¡Se habría sorprendido de la forma en que ella se hizo respetar por aquellos bandidos de Guvutu, que se deshacían en cortesías y en darle consejos! Esa joven es una joya, una maravilla y una... desgracia. Lo es, también: una desgracia. Ha pasado por Guvutu y por Tulagi como un ciclón; todos los puertos se quedaron encantados con ella... excepto Raff. Estaba irritado por lo de la subasta, e intentó vengarse haciendo prevalecer el contrato que tiene con Munster para reclutar gente. Pero Joan le hizo comprender que, aunque Munster se comprometiese a entregar todos los trabajadores alistados a Morgan y a Raff, no había cláusula que le impidiese fletar la *Emily*.

»"Aquí está su contrato —le dijo al devolvérselo ¡Es un contrato modelo! Cuando vuelva a redactar uno parecido, añádale cláusulas que prevengan necesidades como la presente." Y lo cogió.

»Pero ya se está levantando el aire. Me marchó, amigo Sheldon. Que tenga suerte con esa joven. La *Martha* es una goleta magnífica que podría sustituir sin problemas a la *Jessie*.

17. ¡ESA JOVEN!

Al día siguiente, cuando Sheldon volvía al *bungalow* para comer, se encontró en el fondeadero el queche de la misión, el *Apostle*, cuyos hombres desembarcaban en aquel momento dos yeguas y un potro. Sheldon reconoció aquellos animales como pertenecientes al comisario, y se le ocurrió pensar inmediatamente que quizá Joan se los había comprado. Realmente, la actividad de aquella muchacha terminaría por revolucionar las Islas Salomón. Era imprevisible.

—Miss Lackland le manda estos animales —dijo el doctor y misionero Welshmere, saltando sobre la arena de la playa y estrechándole la mano—. A bordo encontrará una caja de sillas de montar. Y aquí tiene una carta de ella. Éste es el capitán del *Flibberty-Gibbet*.

Antes de que Sheldon pudiese agradecerse, el capitán Oleson saltó de la embarcación y comenzó a hablar con él a toda velocidad.

—Miss Lackland nos ha robado el *Flibberty*, Mr. Sheldon, y se ha fugado con él. Es una salvaje. Por su culpa he tenido un nuevo ataque de fiebre, que casi acaba conmigo. Además, ella me emborrachó..., y me dejó como una sopa.

El doctor Welshmere profirió una carcajada.

—A pesar de todo, esa malvada joven ha impedido que se emborracharan tres hombres: Brahms, Curtis y Fowler; y se los ha llevado consigo a bordo del *Flibberty-Gibbet*.

Ahora ella es el único capitán del *Flibberty* —añadió Oleson—. Y lo hundirá, tan seguro como que Dios creó las Salomón.

El doctor Welshmere continuaba riéndose del enfado del capitán.

Algo debe de tener en la cabeza esta joven —dijo—. Yo intenté persuadirla para que no embarcase los animales, protestando que no podía admitir aquel cargamento; pero no sirvió de nada. «No se preocupe por el cargamento —me dijo—. Admita a los caballos como personas educadas, y cuando reflote la *Martha* le devolveré el favor.»

—¡Y «olvídense de sus órdenes»!, me dijo también a mí —exclamó el capitán—. «Ahora quien manda soy yo, y usted sólo tiene que obedecer mis órdenes.» «Pero mire ese cargamento de marfil vegetal», le dije. «Al diablo con él —me replicó—; yo necesito este barco para otra cosa, y en cuanto levemos anclas echaremos ese cargamento por la borda.»

Sheldon se llevó las manos a la cabeza.

—No sé qué es lo que está pasando, ni es ésta tampoco la mejor forma de enterarme. Lo mejor será que entremos en la casa, y me lo cuenten todo desde el principio.

Antes que nada—dijo el capitán en cuanto se hubieron sentado—, necesito saber si esa joven es su socia realmente.

—Lo es, en efecto —afirmó Sheldon.

—¿Quién podía creerlo? —exclamó el viejo lobo de mar—. He visto las cosas más sorprendentes en estas islas: ratas de dos pies de largo, mariposas que cazó el comisario con su rifle, adornos en las orejas que avergonzarían al diablo y cazadores de cabezas al lado de los cuales el demonio parecería un ángel. Ya casi me he habituado a todo esto; pero esa muchacha...

—Miss Lackland es mi socia, y también es copropietaria de Beranda—interrumpió Sheldon.

—Eso fue lo que dijo, aunque no tenía documentos que lo demostrasen —aseguró el capitán—. ¿Cómo podía creerla? Y encima aquel cargamento de marfil vegetal..., ocho toneladas.

—Por amor de Dios, le ruego que comience por el principio...

—Y después contrata a aquellos tres rufianes, la peor canalla, que está acabando con estas islas..., y los contrata por quince libras mensuales a cada uno... ¿Qué le parece? ¡Marcharse con ellos! ¡Puaj!... Podría usted ofrecerme un trago. El misionero no debe ofenderse. Hace cuatro días que me tiene en sus garras abstemias, y me estoy muriendo.

Sheldon llamó a Viaburi para que trajese whisky, y en cuanto el marino hubo bebido, le preguntó: —¿Quiere contarme tranquilamente todo lo que ha pasado?

—Enseguida. Apenas llegué con el *Flibberty*, y cuando ni siquiera había echado el ancla, me salió al paso el bote de miss Lackland, acompañada por su cuadrilla de tahitianos..., ese enorme Adamu Adam y los demás. «No arroje el ancla, capitán Oleson —me gritó en la distancia—. Necesito que prosiga viaje hasta PoongaPoonga.» Pensé que estaba borracha; ¿qué otra cosa podía pensar? En aquel momento yo estaba sorteando los bajíos..., un lugar complicado..., arriando las velas y deteniendo la goleta; de modo que le dije: «Perdóneme, miss Lackland», y al instante grité: «¡Suelten!» «Si me hubiese hecho caso se podía haber evitado esta molestia —dijo, reclinándose sobre el agua para ver cómo se sumergía la primera cadena—. Hay quince brazas de profundidad. Ya está mandando a sus hombres que la icen de nuevo.» Pero no le hicimos caso, entre otras cosas porque no nos creíamos eso de la sociedad. ¿Quién se podía imaginar que la había aceptado usted como socia? Entonces le dije que necesitaba pruebas. Me hizo frente, y terminé ordenando que se alejase del *Flibberty*. «Capitán Oleson —me dijo entonces con gran amabilidad—, me gustaría hablar con usted solamente unos minutos, y a bordo de la *Emily* tenemos un whisky excelente. Venga conmigo. Además, necesito su consejo respecto al problema de la goleta encallada. Todos dicen que para estos asuntos usted es único...» ¡Único! ¿Qué le parece? Y, como puede suponer, bajé hasta su bote, que se puso en marcha inmediatamente, dirigido por Adamu Adam con más ceremonia que si lo llevase a un entierro.

»Durante el trayecto me comentó el asunto de la *Martha*, explicándome cómo la había comprado y cómo intentaría reflotarla. Me dijo también que había fletado la *Emily* y que llevaría anclas en cuanto yo tuviese preparado el *Flibberty*. Aquella mentira no me pareció completamente descabellada, y acepté regresar hasta Beranda para recibir las órdenes de ir hasta PoongaPoonga. Pero ella me dijo que no podía perder ni un minuto en semejante tontería; que tenía que partir inmediatamente hacia Poonga-Poonga, y que si no quería creer que era su asociada, se iría sin mí y sin el *Flibberty*. Y eso fue precisamente lo que acabó de aturdirme.

»En el camarote de la *Emily* se encontraban esos tres bribones borrachos..., ya los conoce usted... Fowler, Curtis, y ese sujeto llamado Brahms. «Una copita», ofreció miss Lackland. Pensé que ellos se habían sorprendido cuando ella abrió el armario de las botellas y mandó a uno de sus negros por vasos y agua. Pero debía de haberles explicado todo, y sabían muy bien lo que tenían que hacer. "Perdónenme un minuto —se excusó miss Lackland—, pero tengo que ir a cubierta. Es sólo un instante." Pero el minuto se transformó en media hora. Yo llevaba diez días sin beber, y como ya soy algo viejo la fiebre me había debilitado mucho. Además tenía la barriga vacía, y estaba rodeado por tres borrachos empedernidos que, mientras intentaban convencerme de que llevara el *Flibberty* a Poonga-Poonga, reforzaban sus argumentos con brindis y más brindis, y aunque yo no soy lo que se llama un borracho, me encontraba tan débil por la enfermedad...

»En fin; después de media hora apareció miss Lackland, y tras echarme una mirada de soslayo, recuerdo que dijo: "Muy bien; ya veo que todo va viento en popa." Y sin decir nada más, recogió las botellas y, dirigiéndose a aquellos tres rufianes, les advirtió: "Se acabó eso de beber hasta que hayamos reflotado la *Martha* y nos encontremos en Guvutu. Allí tendrán tiempo de sobra para vaciar botellas", y comenzó a reír.

»Entonces, echándome una mirada, dijo: "Ya va siendo hora de que dejemos en tierra a este respetable caballero..." Y dirigiéndose a Fowler, añadió: "Avise a Adamu Adam para que prepare el bote, y mientras lleva a tierra al capitán, yo me haré cargo del *Flibberty*. Vosotros vendréis conmigo, y el que demuestre más habilidad se encargará de pilotar el barco. Lo cierto es que el capitán Oleson no nos sirve en este estado."

»De lo que pasó después casi ni me acuerdo. Me llevaron entre todos y me condujeron hasta la borda. Me pareció ver en sueños un bote, y creí que estaban izando la vela mayor del *Flibberty*, escuché entonces el chirrido de la cadena del ancla, y me despejé un instante. "¡Eh, muchacho! Llévame a bordo del *Flibberty*", le dije a Adamu. "Te dejaré en la playa —me respondió—. Missie Lacklanna dice que el aire de tierra te hará bien." Lancé un grito de rabia, y él me mandó sobre el timón. Luché como pude con mis escasas fuerzas pero, como se pueden imaginar, aquel bestia de Adamu me derribó de un empujón, y poniéndome un pie en el pecho para que no pudiese incorporarme, siguió pilotando el bote como si no pasara nada. Y eso es todo lo que puedo contarle. Este atropello se tradujo en un acceso de fiebre, y ahora he venido para saber si todavía soy el capitán del *Flibberty* o si debe serlo esa muchacha, con su hatajo de piratas.

—Si miss Lackland, que es mi socia, ha decidido como lo más adecuado hacerse cargo del *Flibberty-Gibbet*, no tengo nada que decir —explicó Sheldon con más tranquilidad de la que realmente tenía—. Como comprenderá, no había tiempo que perder si querían reflotar la *Martha*. Aquellos arrecifes de coral son terribles, y la menor marejada terminaría de hundir el barco. Quédese aquí y descanse sin preocuparse de otra cosa que acabar con esa fiebre. Cuando regrese el *Flibberty* volverá usted al mando, por supuesto.

Cuando el doctor Welshmere se hizo nuevamente a la mar con el *Apostley* el capitán Oleson se dejó caer sobre la hamaca de la galería, Sheldon rasgó el sobre y comenzó a leer la carta de Joan:

«Querido Mr. Sheldon: Espero que me perdone el robo del *Flibberty-Gibbet*. No tuve alternativa. La *Martha* se lo merece. Imagine usted: apenas he pagado cincuenta y cinco libras por ella: doscientos setenta y cinco dólares. Aunque no logre reflotarla, rescataré el precio que he pagado por ella, vendiendo todo lo que los indígenas hayan dejado después de sus rapiñas. Y si logro salvarla, quedaría resuelto para siempre nuestro problema. En caso de que fracase, tampoco tenemos que desanimarnos, porque por lo menos llenaré de negros la *Emily* y el *Flibberty*. Los trabajadores para Beranda son más necesarios en este momento que cualquier otra cosa.

»Y no se enfade, no se enfade conmigo. Usted me dijo que no fuese a reclutar trabajadores con el *Flibberty*, y, efectivamente, no pienso hacerlo, se lo seguro. Iré con la *Emily*.

»Esta tarde he comprado un par de vacas. El ganadero de Nogi a quien usted conocía murió a causa de las fiebres. Se las he comprado a su socio Sam Willis, quien se ha comprometido a embarcárnoslas seguramente en el *Minerva*, en su próximo viaje. Beranda necesita con urgencia leche fresca.

»El doctor Welshmere ha prometido mandarme algunos naranjos y limoneros de la misión de Ulava, a su vuelta en el *Apostle*. Si llega el vapor de Sydney antes de que lo haga yo, plante el maíz que reciba en la ribera alta del Belesuna, y ya que la corriente está acabando con esta orilla, haga algo para impedirlo.

»Encargué en Sydney unas higueras y otros frutales, y espero que el doctor Welshmere nos lleve también semilla de mango. Se trata de árboles grandes, que necesitan mucho espacio.

»La *Martha* puede cargar hasta 110 toneladas. Se trata de la embarcación más grande y bonita de todas las que existen en las Islas Salomón. Por su casco es posible adivinar todo lo demás. Correrá como alma que lleva el diablo. Si no le ha entrado agua, su maquinaria estará intacta. En realidad ha embarrancado porque no le funcionaba el motor. El mecánico le había quitado las válvulas de alimentación para limpiarlas, y pagaron cara esta imprudencia, porque eso es algo que sólo debe hacerse después de haber anclado, o en alta mar.

»Plante los árboles en el patio, aunque para ello tenga que cortar algunas palmeras.

»Y no siembre inmediatamente el maíz. Deje pasar un poco de tiempo.—*Joan Lackland.*»

Sostuvo la carta entre sus manos, dándole vueltas y vueltas y reparando en el tipo de letra de una forma inusual en él. ¡Cuántos pensamientos evocadores acudieron a su mente mientras sus ojos recorrían los rasgos de aquella escritura al mismo tiempo firme e infantil! La claridad del escrito le recordaba la de su bello rostro, con sus arqueadas cejas, su nariz firme y afilada, sus ojos de mirada serena y brillante, sus labios pequeños y delicados, y su cuello, que sin ser frágil ni fuerte era armonioso y firme como un esbelto tronco digno de aquella corona.

Se quedó absorto examinando el nombre: Joan Lackland. Apenas unas cuantas letras vulgares y corrientes, pero que tenían la virtud de un hechizo; se metían hasta lo más profundo de su cerebro y se enredaban entre sus pensamientos con un envolvente sentimiento lleno de amor hacia aquella firma. Letras vulgares, sí, pero que abrían en él una herida por la que manaba una corriente espiritual de exquisitos anhelos. ¡Joan Lackland! ¡Gran Dios! Cada vez que posaba sus ojos en aquel nombre se le aparecía de mil formas diferentes: luchando contra el vendaval que la arrastraba al naufragio; bogando al mando de una barca pesquera; saliendo del mar con sus ropas caladas por la lluvia y con sus cabellos entregados al viento; imponiéndose a una multitud de caníbales; enseñando a Ornfiri a cocinar; colgando su sombrero y su cinturón en el clavo de la sala; hablando de su aventura de conquistar el mundo, riendo feliz, con los ojos brillantes y su rostro juvenil enrojecido de entusiasmo. ¡Joan Lackland! Sentía por ella una admiración que había estado escondida hasta que los secretos del amor se manifestaron claramente, y le brotó una fuente de simpatía hacia los enamorados que graban sus nombres en el tronco de cualquier árbol, o los escriben en la arena de la playa.

Después, volviendo a la realidad, su rostro se tornó grave. De modo que la joven se encontraba entonces en las terribles costas de Malaita, en Poonga-Poonga, el peor de los lugares, el más peligroso de todos los poblados caníbales, repleto de ladrones y asesinos. Pensó en preparar su bote y marchar a todo remo a PoongaPoonga; pero desistió inmediatamente de aquella locura. ¿De qué serviría? Joan se enfadaría, o se reiría de él, tratándole como a un idiota; y después de todo, no ayudaría más con su rifle que cualquier otro con el suyo. Los únicos motivos que realmente podrían empujarle a marcharse eran mandar que volviese, arrebatándole el gobierno del *Flibberty-Gibbet*, o acabar con la sociedad. Pero nada de esto serviría, y daría pie a que ella se desfogase de la forma que él recordaba. Era

demasiado orgullosa como para dejar ahora el negocio de Poonga-Poonga, después de emprendido. No obstante, nada le gustaría tanto como recibir un mensaje de ella en el que le pidiera ayuda. Y lo deseaba de tal forma, que incluso se imaginó leyendo sus palabras: «Venga y écheme una mano.» En efecto, ésas serían sus palabras: «Venga y écheme una mano. »

En el proceder de aquella joven había algo que le encogía el corazón. Le aterraba imaginarla codeándose con aquel hatajo de borrachos de Guvutu en el que se mezclaban comerciantes y marineros. Si aquel ambiente resultaba repulsivo para un hombre decente, para una muchacha que era casi una niña resultaba terrible. El robo del *Flibberty* había sido una peripecia divertida pero la forma en que la había llevado a cabo no terminaba de gustarle. A pesar de ello, encontró un atenuante en el hecho de que hubiera dejado a cargo de aquellos tres rufianes la misión de emborrachar a Oleson. Pero inmediatamente se la imaginó con ellos tres a bordo de la *Emily*, y a pesar de que el recuerdo de Adamu Adam, de Noa Noah y de los otros tahitianos mitigó su ansiedad, finalmente prevaleció la indignación que le producía saberla capaz de semejante actitud. Y todavía aumentó más su enfado cuando su mirada volvió a posarse en el clavo desnudo de la pared, en el que la muchacha acostumbraba a colgar su cartuchera y su sombrero.

18. LA NOVELA SE CONVIERTE EN REALIDAD

Se sucedieron algunas semanas de tranquilidad. Beranda regresaba a su quietud y a su soledad, después de aquel frenético transitar de barcos. Sheldon comenzó de nuevo su trabajo diario en la plantación, roturando la selva, construyendo puentes, plantando palmeras y acudiendo a todas partes montado a caballo. No tenía ni una sola noticia de Joan. Los buques que reclutaban trabajadores en Malaita nunca se acercaban a las costas de Poonga-Poonga; y el capitán de la *Clansman*, que llevaba negros a Samoa y recaló una tarde en Beranda, trajo la noticia, dada por los indígenas de Sio, de que en Poonga-Poonga se había desatado una batalla. Pero como la noticia no era clara, tampoco había que darle mucha importancia.

El *Kammambo* acabó con el aislamiento de Beranda durante una hora, lo suficiente para desembarcar el correo, las provisiones y los árboles y semillas que había comprado Joan. El *Minerva*, en dirección al cabo Marsh, desembarcó las dos vacas de Nogi, y el Apostle, que regresaba a Tulagi para alcanzar el vapor de Sydney, mandó a Beranda una barca cargada con los naranjos y limoneros de Ulava. El tiempo era fantástico. El mar, tranquilo, parecía un pulido espejo. Sólo por la noche soplaba regularmente una brisa, y ocasionalmente fondeaban algunos cúters y queches, impacientes por aprovechar la primera brisa para alejarse de la isla.

Finalmente llegó el Noroeste, y durante ocho días estuvo bramando en el mar y en la selva, y como la crecida del Balesuna amenazaba con arrasar la ribera derecha, Sheldon siguió los consejos de Joan, y mandó allí a todas las brigadas para que lo resguardasen todo de la impetuosa corriente.

Cuando regresó el buen tiempo, Sheldon aprovechó la belleza del sol para salir, montado en su caballo y con la escopeta colgando de su silla, a cazar palomas. Dos horas más

tarde llegó hasta él un criado jadeante para anunciarle que la *Martha*, el *Flibberty-Gibbety* la Emily se encontraban en el fondeadero.

Sheldon llegó hasta la hacienda por la puerta trasera, pero no pudo ver nada hasta que dio la vuelta a la casa. Entonces se encontró ante un espectáculo grandioso. En el mar destacaba la *Martha*, como un coloso al lado de las embarcaciones que la habían rescatado, y al pie de la galería, en actitud de espera, una multitud de caníbales. Los inmaculados *lava-lavas*, blancos como la nieve, que llevaban todos ellos, indicaban que acababan de ser contratados. Uno de aquellos negros bajaba en aquel momento la escalera, para unirse a los demás, mientras que otro al que acababan de llamar se cruzaba con él. Sheldon escuchó la voz de Joan y frenó su caballo para poder contemplar la escena. La muchacha se encontraba al final de la escalera, sentada a una mesa entre el capitán Munster y el piloto Sparrowhawk. Los tres tenían ante ellos una lista muy larga, pero Joan era la que dirigía el interrogatorio, escribiendo las respuestas en el ancho libro de jornales de la plantación.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó al negro que acababa de subir la escalera.

—Tagari —replicó el caníbal, mostrando los dientes y asombrado al ver por primera vez la casa de un blanco.

—¿De dónde eres?

—De Bangoora.

Nadie parecía haber notado la presencia de Sheldon, que continuaba mirando, quieto sobre su caballo. Cierta discusión entre la respuesta y las libretas de reclutamiento provocó una encendida disputa, que zanjó Munster, diciendo:

—¿Bangoora?... Se trata de una lengua de tierra que se encuentra en la bahía de Latta. Será inscrito como oriundo de Latta... aquí está: «Tagari, Latta».

—¿Dónde hiciste tratos con el jefe blanco? —le interrogó Joan.

—En Bangoora—insistió el negro, y Joan lo escribió.

—¡Ogu! —llamó Joan.

Tagari comenzó a bajar por la escalera, mientras el otro negro comenzaba a subir. Pero al llegar abajo, vio a Sheldon a caballo. El caníbal no había visto nunca un caballo, y fue tal el terror que le sobrevino que comenzó a correr escalera arriba como un poseso. Los demás negros, al mirar en aquella dirección, se encontraron con lo que a ellos les parecía un monstruo terrible, e intentaron escapar, aterrorizados, atropellándose unos a otros. Los trabajadores de la plantación se apresuraron a explicarles lo que era un caballo, y aunque lograron contener la desbandada, no pudieron impedir que aquellos cazadores de hombres permanecieran apelotonados en un rincón, mientras miraban con recelo al monstruo de cuatro patas.

—¿Qué hace usted asustando a mis hombres? —le preguntó Joan a Sheldon—. Vamos, suba. ¿Qué le parecen? —preguntó después de estrechar su mano—. ¿Y qué le parece esa maravilla? —añadió, señalándole la *Martha*. Después dirán que no se pueden reclutar trabajadores en Poonga-Poonga. ¿Ve usted a ese de la nariz rota? Es el único que no viene de Poonga—Poonga. Fíjese en ellos y felicítame. Todos son hombres jóvenes y fuer-

tes, del primero al último. Tengo que contarle tantas cosas que no sabría por dónde empezar. Pero no lo haré hasta que me diga que ya no está enfadado... ¿De dónde eres, Ogu? —preguntó Joan al negro que se acercaba en ese momento, prosiguiendo con su interrogatorio.

Pero Ogu procedía del interior de la jungla y no comprendía ni el inglés ni aquella jerga inglesa que hablaban sus compañeros de la costa. Media docena de ellos se esforzaban en explicarle la pregunta.

—Sólo faltan dos o tres —le explicó Joan a Sheldon—, y terminaremos enseguida. Pero todavía no me ha dicho que ya no está enfadado.

Sheldon la miró a los ojos, y descubrió aquella tranquila mirada que en cualquier momento podía hacerse desafiante.

—Estaba furioso —contestó—. Y todavía lo estoy... —y al notar que nacía nuevamente la mirada provocadora de la joven, añadió apresuradamente—: a pesar de ello, la perdono, como perdono ahora todo, aunque tengo que insistir...

—En colocarme bajo la custodia de una institutriz —le interrumpió ella—. Ni lo sueñe. Gracias a Dios, ya soy mayor de edad, y muy capaz de hacer mis propios negocios. Y hablando de ello: ¿qué le han parecido mis estrategias americanas?

—Según he sabido, a Mr. Raff no le agradan especialmente, y usted misma debe de traer los huesos molidos después del esfuerzo de estas semanas. Me gustaría saber si cualquier mujer norteamericana saldría airosa de una aventura semejante.

—Por supuesto. Todas nosotras somos iguales —añadió Joan con modestia, mientras le brillaban los ojos de satisfacción por aquel inesperado piropo.

—¡Pues vaya suerte! —exclamó el piloto Sparrowhawk, hombre de gran talla, que sonreía admirado—. Esta joven nos ha hecho trabajar hasta matarnos. Bien que nos hemos ganado el sueldo. La mitad del tiempo nos venció la fiebre. También hizo presa en ella, pero se negó a descansar, y nos impidió hacerlo a nosotros. ¡Por Dios vivo que es toda una negrera!... «¡Vamos, Mr. Sparrowhawk —me decía—, sólo un pequeño esfuerzo más! Después podrá descansar toda una semana.» Y yo, temblando como un moribundo, casi me desmayaba, pero siempre terminaba realizando ese pequeño esfuerzo. Entonces añadía: «¡Sólo un poquito más, Mr. Sparrowhawk, sólo un poquito más.»

—¡Venga! —le atajó Joan—. Acabemos estas listas.

Se giró hacia el negro que esperaba al pie de la escalera y le preguntó:

—¿Te contrataron en Not—Not? ¿Lo tiene usted en su lista, Mr. Munster? Muy bien.

Después de que llevaran a los negros hasta los jacales, Sheldon dijo a Joan:

—Ha roto usted las leyes de reclutamiento. Ni el *Flibberty* ni la Emily tienen licencia para cargar más de ciento cincuenta. ¿Qué dijo Burnett?

—El capitán Munster se lo explicará todo. Ahora debo ir a lavarme... ¿Llegaron mis envíos de Sydney?

—Sus cosas están ya en su cuarto —contestó Sheldon—. Dése prisa, que nos está esperando la comida. Déme su sombrero y su cartuchera. Permítame, sólo tenemos un clavo para colgarlos, y sé muy bien dónde se encuentra.

Aceptó aquella petición con una mirada en la que asomaba algún detalle femenino, y suspiró de alivio al deshacerse del cinto.

Ahora odiaré el revólver para el resto de mi vida —dijo quejándose—. Se me ha hincado en la carne durante el viaje. Nunca pensé que llevar un arma pudiese cansarme tanto.

Sheldon la siguió con la mirada hasta el pie de la escalera, donde la joven se giró y le dijo:

—No sabría cómo decirle lo feliz que me siento de estar nuevamente en casa.

Y sin dejar de mirarla mientras atravesaba el patio en dirección a su pequeña choza, Sheldon sintió cómo le desgarraba el corazón la idea de que Beranda y aquella choza fuesen lo único en la tierra a lo que ella pudiese llamar «su casa».

El capitán Munster, sentado y sujetando una copa de whisky mientras esperaba a Joan, le contó a Sheldon lo ocurrido.

—«Usted está rompiendo las leyes de reclutamiento», le había advertido Mr. Burnett a Joan. Pero ésta había contestado: «Conoce usted alguna ley que me impida recoger a los pasajeros de un barco encallado?» «No es ésa la cuestión», protestó Burnett. «Ésa es justamente la cuestión —dijo ella—; tengo tres barcos que esperan por su capricho, y si usted los retiene le denunciaré ante el Alto Comisario.» «Pienso hacerle a usted responsable de todo esto, capitán Munster», me dijo furioso Burnett. «Yo soy la única responsable de todo —dijo Joan—; el capitán Munster ha actuado bajo mis órdenes.»

»¿Qué podía hacer Burnett? —preguntó divertido el capitán Munster—. Al final dejó pasar a los ciento cincuenta hombres, a pesar de que la *Emily* sólo tenía licencia para cuarenta, y el *Flibberty* para treinta y cinco.

—No comprendo —dijo Sheldon.

—Un momento —prosiguió el capitán—, que no he terminado. Después de refloatar la *Martha*, tuvimos que remolcarla hasta un extremo de la bahía, y mientras la reparaban, construyendo un nuevo timón, colocando las velas y toda la jarcia, miss Lackland ordenó a Sparrowhawk que se encargase del *Flibberty-Gibbet*, mientras yo me quedaba en la *Emily*, y envió a ambos barcos a reclutar braceros. ¡Que me lleve el diablo! Los negros acudían hasta nosotros sin problemas. Se trataba de tierra virgen. Cuando volvimos, nos sorprendieron los progresos de la *Martha*.

—Y aún nos esperaba una sorpresa mayor —interrumpió el piloto Sparrowhawk—. Pensábamos que íbamos a partir enseguida con nuestros trabajadores, y en vez de eso, miss Lackland nos dijo: «Voy a subirlos a la *Martha*, y así podrán ustedes cargar otra vez.»

—Le expliqué que no podía hacer aquello —aseguró Munster—, ya que la *Martha* no tenía licencia para transportar negros. Y entonces miss Lackland me respondió: «¿Ve usted aquella lengua de tierra donde rompen las olas? No tienen más que acercarse un poco, procurando no embarrancar en los escollos, y la corriente les permitirá una varada suave.

Entonces yo salvaré a sus negros y me iré a todo trapo. Ustedes esperarán mientras tanto a que los levante la marea, y se irán tan campantes en busca de mas trabajadores. No hay ley que les impida reclutar nuevos braceros cuando están vacíos.» «Pero sí hay leyes que impiden dejar morir de hambre a los negros —repliqué—, y usted sabe mejor que yo que no tenemos *kai-kai* a bordo; y que en la *Martha* no queda ni un mendrugo de pan.» «No se preocupe por el *kai-kai*, Mr. Munster —contestó ella—, que si yo puedo encontrar comida para ochenta y cuatro bocas en la *Martha*, ustedes también podrán aprovisionar sus barcos. ¡Vamos! Intenten varar antes de que se levante una brisa que les impida la maniobra. En cuanto toquen fondo, enviaré mis botes en su ayuda. Buenos días, caballeros.»

—Y eso fue lo que hicimos —explicó Sparrowhawk—. Varamos ambos barcos con increíble suavidad, y con un desorden que era digno de verse. Miss Lackland transbordó a los negros, y la estratagema tuvo éxito. Esa joven es una maravilla, una auténtica maravilla.

Munster llenó nuevamente su vaso, mientras Sheldon le echaba una mirada a la choza, esperando que Joan saliese. Sparrowhawk continuó su relato:

—¡Y muy valiente!... Nunca he visto a nadie con tanto coraje. Si usted hubiese estado en Poonga—Poonga cuando llegamos... Aquello era una tempestad de Sniders disparando desde la costa y entre los arbustos, y de tambores de guerra retumbando en la selva, con hogueras de señales encendidas en todas partes. «Se han puesto en pie de guerra», aseguró el capitán Munster.

—Es cierto, ésas fueron mis palabras —corroboró el marino—. Parecía una sublevación. Era algo que podrían ver hasta los ciegos, y oír hasta los sordos.

—«Podía usted esperar a que echemos el ancla para asustarse», le dijo la muchacha— continuó relatando el piloto.

—Eso me dijo —reconoció Munster—, y me enfadó tanto, que ya me daba igual lo que pudiera pasar. Intentamos mandar a tierra una embarcación, pero la rechazaron. Cada vez que intentábamos acercarnos, nos disparaban desde algún lugar en el bosque donde permanecían escondidos los negros.

—«No disparen hasta que se acerquen», había ordenado miss Lackland —explicó Sparrowhawk—. Pero los malditos negros no se aproximaban, se mantenían en el bosque, y cuando nos acercábamos, escapaban. Aquella noche celebramos una especie de consejo de guerra en la cámara del *Flibberty*. «Lo que necesitamos —dijo la muchacha— es un rehén.»

—Ésa es una idea de novela de aventuras, señorita, le dije, intentando convencerla al burlarme de su locura —aseguró Munster—. Pero ella contestó: «¿Nunca ha visto usted cómo una novela se convertía en realidad?» Yo negué con la cabeza. «Pues todavía no es demasiado viejo para verlo», exclamó, y nos mostró su plan. «Debemos ser enérgicos —comenzó—, porque es la única forma de dominarlos. Esta noche iré a tierra, y traeré a bordo al jefe de esos negros, al propio Kina—Kina. No es necesario que pregunte quién quiere venir conmigo, porque ya le he asignado su sitio a cada uno, y todos tomarán parte en el plan. Yo iré con mis marineros, y un blanco.» «Por supuesto, ese blanco seré yo», me ofrecí, resuelto en aquel instante a bajar hasta el infierno. «Por supuesto que no —me contestó ella—. Usted se mantendrá en el bote que tendrá que cubrir nuestra retirada, en

caso necesario. Curtis permanecerá en el bote de desembarque. Fowler será quien venga conmigo. Brahms se ocupará del *Flibberty* y Sparrowhawk de la Emily. Iniciaremos nuestra ofensiva a la una en punto.»

»¡Por mi vida! —continuó relatando el capitán—. ¡No era nada agradable el estar tumbado en el bote de socorro! Nunca se me habría ocurrido pensar que no hacer nada pudiese ser un trabajo tan pesado. Nos detuvimos a unas cincuenta brazas de la playa y vimos cómo avanzaba el otro bote. La jungla estaba tan impenetrablemente oscura que no lo grábamos ver nada. ¿Recuerda usted a aquel negrito del *Flibberty* que se parece a un mono, Sheldon?... Me refiero al cocinero. Pues bien; hace veinte años yo era mozo de cámara en el *Scottish Chiefti*, y cuando destruyeron el barco se convirtió en esclavo en Poonga-Poonga, y miss Lackland se enteró y lo convirtió en su guía. Le dio media caja de tabaco por su servicio aquella noche...

—Y casi lo mató de miedo, antes de lograr convencerle de que la acompañara—rió Sparrowhawk.

—Nunca he visto nada tan negro como aquellos árboles tropicales de la playa —continuó Munster—. Mantuve mi mirada en aquellas plantas enormes, hasta que me pareció que se me salían los ojos. Entonces me distraje contemplando las estrellas y escuchando el monótono canto de la resaca. Un perro comenzó a ladrar. ¿Recuerda aquel perro, Sparrowhawk? Casi me mató de un susto al principio. Después de un rato se calló. Me di cuenta de que no le ladraba a nuestros expedicionarios. El silencio se hizo cada vez más espeso y la oscuridad más impenetrable. Todo mi valor en aquella noche se redujo a no caer en la tentación de gritarle a Curtis, que se encontraba en el bote de la orilla, para darme cuenta de que no era yo el único superviviente de aquella incursión.

»Como puede imaginar, enseguida se armó un revuelo de mil demonios. Tenía que pasar, y lo cierto es que lo esperaba; aunque no por ello me sorprendió menos. Nunca he escuchado yo gritos y alaridos como aquéllos. Los negros debían de haberse lanzado jungla adentro, sin detenerse a descubrir la causa de ese miedo, mientras los tahitianos, desenfrenados, disparaban sus armas al aire, ahuyentándolos. Entonces, inesperadamente, sobrevino nuevamente el silencio..., fue un silencio profundo, en el que se destacaban los sollozos de algún crío abandonado por su madre en medio de la refriega.

»Después escuché cómo se aproximaban entre los árboles, me llegó el nítido ruido de un remo y la deliciosa risa de miss Lackland, y me di cuenta de que todo había salido bien. De forma que regresamos a bordo sin disparar un solo tiro. Y ¡Dios Todopoderoso! ¡Ella había convertido en realidad su novela! No podía negarse, al ver cómo izaban a cubierta al mismísimo Kina—Kina, gruñendo y gesticulando como un simio. El resto fue coser y cantar. La palabra de Kina—Kina era sagrada, y el desdichado estaba muerto de miedo. Le retuvimos a bordo dándoles órdenes a sus hombres, hasta que finalmente abandonamos Poonga-Poonga.

»Fue una jugada magistral. Miss Lackland logró que Kina—Kina ordenase la devolución de todo lo que habían robado de la *Martha*. Poco a poco, y día tras día, lo fueron devolviendo todo: brújulas, poleas, ganchos, rollos de cuerda, velas, banderas, señales y el botiquín. Todo, en resumen, exceptuando los víveres y provisiones que ya se habían comido. Claro que ella logró que encima se quedasen contentos, porque les dio algunos paquetes de tabaco.

—Y entre tanto —añadió Sparrowhawk —no le quitó un ojo de encima a Kina—Kina. Ella... pero un momento, ahí está ella.

Su reaparición fue una grata sorpresa para Sheldon. Mientras le narraban aquellas aventuras, Sheldon la había evocado como la mujer a la que siempre había visto mal vestida, con su sombrero «Baden Powell» y el revólver por todo complemento. Pero los vestidos llegados de Sydney la habían transformado. Una falda sencilla y un corpiño de seda resaltaban su elegancia femenina de una forma que Sheldon jamás habría imaginado. La mujer reinaba ahora en ella, engalanada con aquellas simples ropas, y en la imaginación del enamorado se triplicó inmediatamente la admiración por aquellas proezas, dignas de *Las mil y una noches*.

Mientras almorzaban, Sheldon comprobó que aquella transformación de la joven surtía un efecto semejante en Munster y en Sparrowhawk. Toda su fraternal «camaradería» desapareció para dar paso a una actitud de admiración y respeto.

—He descubierto una nueva isla—dijo Joan sirviendo el café—. Estoy segura, además, de que el viejo KinaKina no me olvidará nunca. Podré ir a contratar nuevos trabajadores siempre que lo desee. Vi a Morgan en Guvutu. Acepta quedarse con mil hombres, a cuarenta chelines por cabeza. ¿No le he dicho todavía que conseguí una licencia de reclutamiento para la *Martha*? Pues lo hice, y ahora ya puede transportar a ochenta negros en cada viaje.

Sheldon sonrió con cierto desencanto. La hermosa y admirable mujer que había atravesado el patio ataviada con ropas de Sydney había vuelto a desaparecer. De nuevo escuchaba al muchacho, al joven de antes, que acababa de regresar a su lado.

19. LA PÉRDIDA DEL JUGUETE

Joan dijo con un suspiro:

—De acuerdo; acabo de demostrarle la eficacia de los métodos americanos para conseguir el éxito y hacer algo de provecho, y me viene usted otra vez con sus prejuicios y tonterías.

Habían pasado ya cinco días. Sheldon y la muchacha contemplaban desde la galería cómo viraba la *Martha*, impulsada por el viento, muy cerca de la playa. Joan aún no había dicho una palabra que descubriese los secretos de su corazón. Aun así, Sheldon era capaz de interpretar su silencio, y adivinaba los esfuerzos que hacía para controlarse, esperando siempre que fuese él quien le aconsejase hacerse cargo de aquella goleta. La necesidad de buscar un capitán había aparecido nuevamente como origen de sus discusiones. Nadie le agradaba a Joan para ese cargo.

—¿Oleson? —decía la muchacha—. De acuerdo, que se ocupe del *Flibberty*, siempre que podamos acudir en su ayuda para evitar que el barco se estrelle, en uno de esos achaches que le dan. Pero, ¿como patrón de la *Martha*? ¡Ni soñarlo!

»¿Munster? Es el único hombre en las Salomón a quien le confiaría esta responsabilidad; pero fue él quien perdió el *Umbawa*..., ciento cuarenta hombres murieron ahogados. Era el primer oficial, y se negó a obedecer órdenes. No es extraño que fuera destituido.

»¿El capitán Young? No podríamos darle lo que gana en el *Minerva*. Sparrowhawk es un buen tipo... para recibir órdenes. No tiene iniciativa. Se trata de un marinero experto, pero no tiene capacidad de mando.

Y uno por uno los iba rechazando a todos. Ninguno de los nombres propuestos le agradaba, mientras que a Sheldon no dejaban de sorprenderle la precisión de sus críticas y censuras.

Observaba el magnífico barco rompiendo las olas, mientras se alejaba al mando de Kinross, que había llegado de Savo.

—Ese individuo es un fósil —señaló Joan amargamente—. No debemos preocuparnos porque su temeridad le haga naufragar; es más cobarde que una rata; pero los capitanes cobardes hundan al final más barcos que los temerarios. El día menos pensado nos hundirá la *Martha* cuando se vea en un apuro y no tenga el valor necesario para tomar una decisión.

Se calló, concentrada en la observación del barco, y le brillaron los ojos de orgullo.

—¡Es una maravilla de goleta! ¿No ve cómo rompe las aguas? Es una preciosidad de barco y, la verdad, si hubiese soñado que Guvutu me reservaba la sorpresa de poder comprarla por menos de trescientos dólares, ni siquiera me habría asociado con usted. De esa forma, ahora la estaría gobernando yo misma.

Sheldon tuvo que reconocer que aquella crítica era cierta. La verdad es que lo que Joan había hecho podría haberlo realizado sin ser socia suya. Él no había participado en absoluto en el reflotamiento del barco. Completamente abandonada, y sin nadie para aconsejarla; teniendo que soportar las groserías de las personas de Guvutu y la competencia de sujetos como Morgan o Raff, lo cierto es que ella se había metido sola en aquella aventura, y había terminado triunfando.

Sheldon se dio cuenta de que a Joan le temblaban los labios y se le humedecía la mirada. Recordó al chiquillo que había en ella y que sollozaba por la pérdida del barquito con el que acostumbraba a jugar. ¡Ah! ¡Qué mezcla de contradicciones se daban en aquella criatura! ¿La amaría de la misma forma el día en que se liberase de todos sus rasgos infantiles y se convirtiese definitivamente en una mujer? Sintió en su espíritu la certeza de que realmente la amaba por ser como era, con todas sus cualidades y defectos; por la suma de todos sus valores y peculiaridades, sin despreciar nada, cuya falta hubiese podido desequilibrar la armonía del conjunto.

—A usted no le gustan los barcos igual que a mí —exclamó la joven—, y por eso cree que sólo digo tonterías. Pero algún día seré la capitana de la *Martha*, se lo aseguro.

Por toda respuesta, Sheldon colocó su mano sobre la que ella tenía sujeta a la barandilla; pero, después de dudarlo, decidió que aquélla era la mano de un adolescente que se siente acariciado como consuelo por la pérdida de un juguete. Al pensar en ello se estremeció. Nunca se había sentido al mismo tiempo tan cerca y tan lejos de ella. Joan sentía la mano de Sheldon tocando la suya; pero en medio de la tristeza que le producía la partida del barco aquella mano era como si no fuese nada..., o como máximo, la mano de un amigo.

Sheldon retiró su mano y se alejó dolido.

—¿Por qué no habrán desplegado todavía la gran vela del estay? —se preguntaba Joan enfadada, sin apartar su mirada del barco—. Ya veo qué clase de sujeto es ese Kinross. Es la clase de marino que se tumba tres días seguidos entre gavia y gavia, en espera de que sople un viento fuerte que nunca termina de llegar. ¡Ya lo creo que es así; estoy absolutamente segura!

Sheldon volvió junto a ella.

—Puede usted navegar en la *Martha* siempre que lo desee... —dijo— e incluso reclutar trabajadores en Malaita, si se le antoja.

Se trataba de una gigantesca concesión, con la que había superado sus más nobles sentimientos, y le sorprendió la respuesta que tuvo.

—¿Al mando de Kinross? Se lo agradezco, pero no. Terminaría desesperándome. Acabaría con mis nervios. Nunca volveré a pisar la *Martha*, como no sea para ser su única capitán. Soy navegante, al igual que mi padre, y sería incapaz de aceptar el mandar a medias un barco. ¿No ha visto todavía las necesidades de ese Kinross?

Desvió su mirada hacia el barco, y prosiguió:

—Son ustedes de lo más torpes en lo que se refiere a barcos..., la mayoría de ustedes al menos. Christian Young todavía puede pasar; Munster tiene también algo de valor, y dicen que Nielsen era fantástico; pero los demás no pueden ni siquiera considerarse verdaderos marinos. El día menos pensado le voy a enseñar a usted cómo se dirige la *Martha*; levaré anclas, y la dejaré sin novedad en el muelle de Guvutu.

Siguió mirando el barco un buen rato con ayuda del catalejo, hasta que finalmente lo dejó a un lado y exclamó:

—Ese Kinross ha metido la pata y ahora intenta solucionarlo. ¡Ahí tiene al hombre encargado de capitanear la *Martha*! ¡Vamos! Prefiero no seguir mirando. Vamos a jugar una partida de billar, para tranquilizarme, antes de ensillar para ir a cazar palomas. ¿Se vendrá usted conmigo?

Una hora más tarde salían a caballo. Joan dirigió una última mirada a la goleta, que aparecía en el horizonte como un minúsculo punto blanco.

—¡Cómo se sorprenderá Tudor cuando sepa que nosotros somos los propietarios de la *Martha*! —rió—. Si no encuentra oro, tendrá que buscar pasaje en el primer vapor que salga de las Salomón.

Sin dejar de reír alegremente, atravesó la puerta del patio; pero entonces la risa se esfumó de pronto, y Joan detuvo a su montura. Sheldon la miró con inquietud y vio que su rostro comenzaba a palidecer.

—Se trata de la fiebre —dijo ella—. Tengo que regresar.

Al entrar ya temblaba de pies a cabeza, con violentas sacudidas, y Sheldon tuvo que ayudarla a bajar del caballo.

—Es divertido, ¿no le parece? —dijo ella con los dientes rechinando—. Se parece a un mareo..., nada serio, pero terriblemente molesto mientras dura. Me voy a la cama. Por favor, mándeme a Noa-Noah y a Viaburi, y mándele a Ornfiri que caliente algo de agua.

En menos de un cuarto de hora me habré desmayado, aunque por la noche ya estaré perfectamente. La fiebre me dura poco, pero ataca fuerte cuando llega. Es una pena perder la cacería.

Sheldon obedeció sus instrucciones, le llevó rápidamente botellas de agua caliente y se sentó en la galería, intentando sin éxito interesarse por la lectura de diarios de Sydney que le llegaban con dos meses de retraso. Constantemente levantaba su mirada para examinar la choza vecina, y acababa por pensar lo mismo que pensaban todos los blancos de aquellas islas: que las Salomón no eran un lugar indicado para ninguna mujer.

Dio unas palmadas, y Lalaperu apareció inmediatamente.

—Acércate hasta las chozas y tráeme a las Marías. A todas —mandó.

Pocos minutos más tarde se presentaron ante él doce negras de Beranda. Las examinó cuidadosamente y se decidió por una joven, cuyo cuerpo no mostraba señales de haber padecido ninguna enfermedad.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó. —Mahua.

—De acuerdo, Mahua. Ayudarás ahora a nuestro cocinero, y permanecerás en adelante junto a la María blanca. No quiero que te separes de ella, ¿está claro?

—Sí —respondió la negra.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sheldon a Viaburi, que acababa de abandonar la cabaña de Joan.

—Mucho enferma —respondió el criado—. Habla el tiempo todo, y sólo habla de la grande goleta.

Sheldon comprendió. El motivo de su delirio era la *Martha*, cuyo gobierno le había sido negado. Tarde o temprano le habrían entrado las fiebres, aunque seguramente aquel disgusto las había precipitado. Encendió un cigarrillo, y entre las espirales de humo le pareció ver a su madre. ¡Su madre! ¿Podría ella entender que su hijo se hubiese enamorado de una muchacha que lloraba porque le habían negado el mando de una goleta en medio de un archipiélago de caníbales?

20. HABLANDO COMO UN HOMBRE

Hasta el hombre más paciente termina perdiendo los estribos en asuntos de amor, y Sheldon estaba completamente enamorado. Joan se le presentaba como un problema de difícil solución, y no encontraba la forma de aproximarse a su alma, atrayéndola hasta su afecto.

No tenía dotes de galán ni era experto en amoríos, ya que toda su experiencia en este ámbito se reducía a un episodio en el que le tocó un papel más de conquistado que de conquistador. Sin embargo, ahora se trataba del caso contrario. La que tenía delante no era una joven deseosa de encontrar marido, sino una muchacha de la que ni siquiera podría decirse que fuera completamente madura, que se asustaba al oír hablar de matrimonio, se divertía con juegos de críos, soñaba en novelas y aventuras, gozaba de salud y

energía, y sin embargo se encontraba tan lejos de la madurez que un marido sólo representaría un problema para sus esperanzados planes de vida.

¿Cómo conquistarla? Descubría en ella su pasión por la libertad, su profunda aversión a cualquier tipo de sumisión. Ningún hombre lograría sujetarla para siempre, porque ella siempre buscaría la forma de escaparse y volar como un pajarillo asustado. En cuanto a realizar una aproximación física, Sheldon era el primero en rechazarla: no le parecía honesto. Su apretón de manos seguiría siendo el mismo de siempre: un apretón afectuoso de amistad, y nada más. Joan nunca descubriría de esa forma el sentimiento de que era objeto. Podía hablar con ella; pero, ¿qué le diría? ¿Apelaría a sus sentimientos? ¡Pero si ella no le quería! ¿A su razón? ¡Pero si razonaba como un muchacho! Poseía todos los atributos y todos los encantos propios de cualquier mujer educada; pero, según pudo darse cuenta, su desarrollo mental continuaba siendo asexual, y completamente pueril. No obstante, resultaba necesario ir comentando el asunto, familiarizándola con la idea, de forma que sus pensamientos se acostumbrasen a la posibilidad de un matrimonio.

Sheldon seguía realizando los trabajos de la plantación, y se le veía meditabundo, preocupado por encontrar una solución a aquel dilema. Más de diez veces estuvo a punto de confesarlo, y otras tantas se tuvo que callar, hasta que un día se le presentó casualmente la oportunidad.

—¿Le gustaría saber qué es lo que deseo con toda mi alma? —le preguntó a Joan animadamente—. ¿Lo que es el centro de todos mis sueños e ilusiones?

Él se calló, y la miró aparentando indiferencia, aunque enseguida se dio cuenta de que ella esperaba apenas una confidencia relativa a los negocios.

—Sí, cuénteme —contestó Joan, impaciente ante aquel interrogante.

—Me gusta reflexionar sobre la prosperidad de Beranda—dijo Sheldon—; pero se trata de un problema subordinado al mayor de mis deseos, que consiste en que un día comparta usted conmigo estas tierras de forma más completa, y no sólo por negocios, o por el derecho que le asiste al ser copropietaria. Me refiero al día en que esté usted dispuesta a convertirse en mi mujer.

Joan retrocedió, como si acabase de morderla una serpiente venenosa, y palideció, no porque la hubiesen ofendido en su timidez virginal, sino arrebatada por la ira, que él vio aparecer instantáneamente en su mirada.

—Escuche usted, Mr. Sheldon —dijo furiosa—; a pesar de su temperamento tranquilo, cuenta usted con todo mi cariño pero quiero que entienda de una vez por todas que no he venido hasta las islas Salomón para casarme. El matrimonio es una desgracia a la que habría podido sucumbir sin necesidad de salir de casa, y sin navegar diez mil millas en su busca. Tengo una misión que cumplir, y me vine hasta estas Islas para llevarla a cabo. Si me casara no lo lograría, ¿comprende? Eso puede que sea fantástico para algunas mujeres, pero no para mí. Además, ¿no se da cuenta de que esto destruye todo lo que tenemos? Ahora, cuando estaba tan feliz y animada con nuestra sociedad, y me sentía tan orgullosa de ella. No puedo seguir siendo su socia si comienza a cortejarme.

Reprimió el llanto, y logró detener también las lágrimas que asomaban por sus ojos.

—Una situación tan extraña como es la convivencia de un hombre y de una mujer extraños el uno para el otro resulta insoportable —protestó Sheldon gravemente—. Ya se lo advertí al principio.

—¡Es verdad, demasiado bien recuerdo sus palabras! Fue muy sutil en sus advertencias. Ya me preocupaba yo de ponerme en guardia contra todos los hombres de estas islas, excepto contra usted.

A Sheldon aquellas palabras le sentaron como una bofetada en la cara. Le dolía que fuese cierta aquella acusación, y al mismo tiempo le dolía que pudiese ser injusta, y el gesto de satisfacción que puso la mujer al ver que había puesto el dedo en la llaga le decidió.

—El asunto no es tan simple como le parece. Antes de que usted apareciese, yo vivía tranquilo, en Beranda. Al menos no tenía que pasar por la humillación de verme acusado de lo que me acaba de acusar. Recuerde que yo no la invité a venir, ni tampoco a quedarse. Al quedarse, fue usted misma la que se situó en una posición delicada, porque su permanencia la convertía en objeto de deseo. Usted sería la única culpable de todo esto, ya que yo no quería que se quedase en su día, simplemente porque no me atraía. Hubiese preferido que se fuese a Sydney, o que regresara a Hawai. Pero usted se empeñó en permanecer aquí. Usted, realmente...

Buscó alguna palabra menos dura que la que tenía en la punta de la lengua, y ella, interrumpiéndole, con las mejillas enrojecidas se la arrancó:

—Fui quien le obligó. ¿Es eso lo que iba a decir? Prosiga, no tenga miedo de ofenderme.

—De acuerdo, continuaré —prosiguió Sheldon decidido—. Usted insiste en que la considere como un hombre; por lo tanto, espero que sepa hablar como un hombre, y que sea también como un hombre como me escuche. Para empezar, sepa que no la considero culpable de esta situación. Yo no la he acusado de nada; recuérdelo, y por el mismo motivo, tampoco debería usted acusarme de nada.

La miró durante un instante, y al ver que su pecho se levantaba en un suspiro y permanecía quieta con las manos juntas, tuvo que sujetar el impulso de acabar con aquel sermón para estrecharla entre sus brazos, puesto que le asaltó el temor de estropearlo todo.

—Usted no puede dejar de ser quien es —afirmó finalmente—; y por tanto tampoco puede dejar de ser el objeto de mis desvelos. Y esto es así, a pesar de que nunca lo haya deseado, simplemente por ser usted como es, y yo como soy. Por más que me esfuerce en mi voluntad, no puedo dejar de amarla, como tampoco podría usted, en un esfuerzo de su voluntad, conseguir que yo dejase de amarla.

—¡Santo Dios! to qué viene tanto amar, amar, amar? —le interrumpió ella irritada—. No soy una idiota, y me gustaría verme libre de todos estos cuentos. Me da la impresión de que sería una buena idea casarme con Noa Noah, con Adamu Adam, con Lalaperu o con cualquier otro negro. De esa forma podría mandar sobre mi marido, alejándome cuando se me hiciera insoportable, y que pudiese defenderme de hombres como usted, que siempre están hablado de matrimonio y de sus deseos, sus deseos, sus deseos.

Sheldon rió, aunque era lo que menos le apetecía en ese momento.

—Usted es la persona más cruel que he conocido —dijo.

—¿Sólo porque no suspiro por someterme a un hombre? ¡De acuerdo! Entonces soy cruel. ¿Y qué puede usted hacerle, si soy así?

—Lo único que me queda por hacer es preguntarle: ¿cómo es posible que tenga usted apariencia de mujer? ¿Cómo es que tiene labios de mujer, y un hermoso cabello de mujer? Yo mismo responderé: porque usted es una mujer..., aunque todavía no lo haya descubierto..., algún día despertará y lo comprenderá.

—¡Que Dios me libre! —exclamó la joven, con un gesto de desfallecimiento tan exagerado que Sheldon comenzó a reírse, e incluso ella no logró reprimir a tiempo una leve sonrisa involuntaria.

—Intenté protegerla contra los demás hombres de estas islas y contra sí misma —continuó Sheldon—. Respecto a mí, no pensaba que hubiese peligro, y por eso no me preocupé de protegerla contra mí mismo. Pero lo cierto es que usted ha hecho siempre lo que se le ha antojado, como si yo no existiera, hundiendo barcos, reclutando trabajadores en Malaita y pilotando goletas; sola, una muchacha indefensa, entre los más viles canallas de las Islas Salomón: ¡Fowler!, ¡Brahms!, ¡Curtis! Y a tal extremo llega la naturaleza humana (ya ve si estoy siendo sincero), que la amo precisamente por todo esto. La amo por todo lo que usted hace, y por ser precisamente como es.

Joan hizo un gesto de disgusto, y levantó una mano en señal de protesta.

—No tiene derecho a protestar porque me declare —continuó Sheldon—. Recuerde que ésta es una conversación entre hombres, y por lo tanto usted es un hombre en este momento. Aquí la mujer es algo accidental y fuera de lugar, y por tanto sólo quiero que se dé por enterada de esta frase; que representa un hecho, por extraño que sea: y es que yo la amo.

»Sepa ahora que no volveré a molestarla hablando nuevamente de amor. Viviremos como hasta ahora, y usted podrá considerarse más tranquila y a salvo en Beranda, que en ningún otro lugar de las Islas Salomón, a pesar de mis sentimientos. Pero me gustaría, para acabar con esta conversación de hombre a hombre, que recuerde de vez en cuando que la amo, y que verá cumplido el mayor deseo de mi vida el día en que acceda a casarse conmigo. Quiero que lo medite con frecuencia. Y ahora no hablemos más del asunto. Aquí tiene mi mano, como la de cualquier hombre.

Sheldon le tendió la mano derecha y Joan se la estrechó después de una leve vacilación, sonriendo entre lágrimas.

—Me hubiese gustado más —balbució—, que en vez de esa María negra, me hubiese enviado a otra persona de confianza.

Y con aquellas enigmáticas palabras, le volvió la espalda y se marchó.

21. ROBO Y CONTRABANDO

Sheldon ni volvió a hablar del asunto ni modificó su conducta lo más mínimo. Nadie habría sospechado ni el menor indicio de amor en su forma de actuar. La amistad de los dos socios no se vio afectada en absoluto, ni tampoco la franqueza con la que solían tratar

cualquier asunto. Él pensaba que su declaración de amor terminaría despertando la conciencia femenina de Joan, pero esperó sin resultado. Ella se mostraba todavía más indiferente que él, porque mientras Sheldon escondía sus sentimientos, le daba la impresión de que ella ni siquiera tenía algo que esconder. No obstante, tenía confianza en que la semilla que había sembrado con sus palabras terminase germinando, a pesar de que no tenía la misma confianza en el fruto que pudiese dar. No podía realizarse la menor previsión sobre la evolución que podría experimentar una joven tan extraordinaria. Seguramente despertaría como mujer; pero, por otro lado, nadie podía asegurarle que él no fuese un hombre despreciable para ella, y que su declaración amorosa fuese el motivo por el cual se empeñaba precisamente en seguir soltera.

Cuanto más tiempo dedicaba él al trabajo, más le dedicaba ella al gobierno de la casa y a sus múltiples negocios, mostrándose autoritaria incluso para instaurar nuevos métodos de disciplina, como si todavía estuviese a bordo de un barco. Los trabajos de Beranda iban prosperando. La *Martha* zarpó con cincuenta de los negros que habían terminado su contrato y que eran de los peores de la plantación. Eran los últimos del grupo que había reclutado Billy Be-blowed en la era del terror, cuando los primeros propietarios se vieron forzados a abandonar la tierra. Los nuevos braceros prometían ser mejores trabajadores, y fueron además sometidos a un régimen diferente. Joan y Sheldon se reunieron para establecer un reglamento que, rígido y justo, mantuviese el orden y fuese una garantía para los nuevos trabajadores, si lograban escapar de la mala influencia de los que todavía quedaban de antiguos alistamientos.

—Creo que lo mejor sería hacerles trabajar esta tarde cerca de la casa —sugirió Joan durante el almuerzo—. Así, de la misma forma en que yo he hecho una limpieza general del *bungalow*, usted podría efectuar la limpieza de los barracones. Han desaparecido muchas cosas, y tenemos que terminar con los robos.

—Buena idea —admitió Sheldon—. Necesitamos registrar sus cofres. Yo he perdido un par de camisas, y no sé adónde fue aparar mi cepillo de dientes.

—A mí me faltan dos cartucheras, y un sinfín de pañuelos, sábanas y toallas, además de mis mejores zapatillas. De todas formas, no logro imaginarme para qué pueden querer su cepillo de dientes. Son capaces de robar hasta las bolas de billar.

—Ya noté la falta de una, algunas semanas antes de su llegada —añadió Sheldon, riendo—. Esta tarde registraremos sus cajas.

El trabajo que se realizó aquella tarde fue enorme. Joan y Sheldon, bien armados y escoltados por los criados y por media docena de hombres fieles, visitaron las chozas una por una, llamando a cada uno de los negros que era dueño de aquella vivienda. El dueño de los baúles que iban encontrando les entregaba la llave, y a cambio le era permitido presenciar el registro que llevaban a cabo los criados.

Casi todo lo que se había echado en falta fue recuperado. Una docena de cuchillos de mango largo: armas terribles con hojas afiladas como navajas de afeitar, y que podrían decapitar a una persona de un solo tajo. Sábanas, toallas, camisas, zapatillas, cepillos de dientes, jabón, una bola de billar y todo lo que había desaparecido hasta entonces, además de algunas tonterías ya casi olvidadas, terminaron apareciendo. Lo que más les sorprendió fue la cantidad de munición que encontraron: había cartuchos para Lee—Metfords,

para Winchester y Marlins, para revólveres del calibre 32, e incluso del 45, cartuchos para escopeta, los dos paquetes de Joan del 38, cartuchos de gran calibre para los antiguos «Snider» de Malaita, recipientes con pólvora negra, cartuchos de dinamita, metros y metros de mecha, y paquetes de explosivos. A pesar de todo, el hallazgo más importante de todos fue el que realizaron en la choza ocupada por Gogoomy y cinco reclutas de Port Adams. Al no encontrar nada en absoluto en sus cofres, Sheldon tuvo la sospecha de que quizá lo hubiesen escondido todo en otro lugar, y ordenó que cavasen en el suelo de la choza.

Envueltos en esteras, perfectamente engrasados para salvaguardarlos del moho, y con el nombre del fabricante bien brillante, encontraron dos Winchester, que Sheldon no reconoció. No podían ser de Beranda, como tampoco los cuarenta recipientes de pólvora que aparecieron en una esquina de la choza; y aunque no estaba seguro, tampoco recordaba haber perdido las ocho cajas de explosivos que aparecieron enterradas en el mismo lugar. Reconoció un Colt que había sido de Hugo Drummond, mientras Joan hacía lo propio con un Ivor del calibre 32, que había perdido Matapuu en los primeros días después de llegar a Beranda. Al no encontrar cartuchos, Sheldon pensó en seguir excavando el suelo, hasta que reparó en una gran caja de hojalata. Los ojos de Gogoomy brillaban encendidos de ira, al ver cómo Sheldon extraía de la caja cien cartuchos para los Winchester, y otros tantos de marcas y calibres diversos.

Todos los objetos de contrabando y robados se fueron amontonando a los pies de la galería. Junto a la escalera se apiñaban los cuarenta y tantos culpables, y detrás, en perfecto orden, el resto de los trabajadores negros. Joan y Sheldon se sentaron al final de la escalera; los capataces se colocaron a ambos lados, y con ese improvisado tribunal se fue llamando a los diversos inculpados. No lograron sacar nada en claro con sus versiones de lo ocurrido. Mentían con la mayor desfachatez, y cuando se les cogía en una mentira, se inventaban inmediatamente una docena más para justificarse. Un joven tuvo la osadía de decir que había encontrado los once cartuchos de dinamita tirados en la playa. Kapu, en cuyo baúl se había localizado la pistola de Matapuu, aseguró que se lo había dado Lervumie. Al llamar a éste a declarar, dijo que a él se lo había dado Noni; Noni dijo que lo había recibido de Sulefatoi; Sulefatoi de Choka; Choka de Ngava, y Ngava cerró el círculo al afirmar que se lo había entregado Kapu. Llamado Kapu nuevamente, describió con toda clase de detalles cómo lo había recibido de Lervumie, y Lervumie hizo lo propio, contando cómo se lo entregó Noni, y así hasta completar el círculo una vez más.

Muchos de los objetos robados delataban descaradamente a los criados, pero éstos se apresuraron a proclamar su inocencia y acusaron a sus otros compañeros. El que había sido encontrado en posesión de la bola de billar se defendió diciendo que no la había visto en su vida, y que debía de haber aparecido en su cofre seguramente por el arte de magia de algún enemigo. Mucho de lo robado y gran parte de las municiones pertenecía a los barcos que en los últimos años habían fondeado en Beranda.

—¿Se da cuenta —le dijo Sheldon a Joan— de que estamos viviendo sobre un volcán? Es necesario un escarmiento...

—Yo no castigo —gritó Gogoomy desde abajo—. Mi padre gran jefe. Si me azotan, gran disgusto para usted muy rápido. ¡Palabra!

—¡Cómo te atreves! —rugió Sheldon—. Te voy a partir siete veces la cabeza. Tú, Kwaque, ponle los hierros a Gogoomy.

Kwaque, un fornido capataz, separó a Gogoomy de los otros y, ayudado por sus otros compañeros, le sujetó los brazos a la espalda y lo encadenó.

—Te mataré; morirás enseguida para siempre —amenazó Gogoomy, mostrando al capataz su rostro desencajado de salvaje.

—¡No les golpee, por favor! —pidió Joan en un susurro—. Si no hay otro remedio, mándelos a Tulagi y que les azote el Gobierno. Déles a elegir entre una multa y el castigo acostumbrado.

Sheldon aceptó con un gesto, y se incorporó, encarándose con los negros.

—¡Manonmie! —llamó.

Manonmie dio un paso al frente y le miró.

—Eres muy mala persona —le increpó Sheldon—. Has robado mucho. Una toalla, un cuchillo, dos veces diez cartuchos. ¡Demonios! Eres muy ladrón, y estoy enfadado contigo. ¿Qué prefieres? ¿Quieres que te quite una libra en tu cuenta del libro grande, o si no te gusta eso, te mando a Tulagi y digo a Gobierno que te azote? Muchos hombres de Nueva Georgia, muchos hombres de Isabela, en la cárcel de Tulagi. Ellos odian a los de Malaita. ¡Palabra! Te azotarían con rabia. ¿Qué prefieres?

—Quiero una libra menos —respondió el negro con alivio, mientras Sheldon le restaba una libra en el libro de cuentas.

Uno por uno fue convocando a todos los culpables de robo, y les fue dando a elegir, y todos escogían la multa impuesta, algunas de las cuales eran de apenas unos chelines, mientras que las que correspondían al robo de armas y municiones eran las más elevadas.

A Gogoomy y a sus cinco compañeros de choza se les multó con tres libras a cada uno, y a una orden gutural de su líder, todos se negaron a pagar.

—No comprendes lo que ocurre, Gogoomy —le amenazó Sheldon—, si te mando a Tulagi te azotarán y te encarcelarán tres años. Mr. Burnett verá los Winchester, los cartuchos, la pólvora, el revólver, la dinamita..., y te encerrará tres años. Si no aceptas el castigo de tres libras, irás a la cárcel. ¿Comprendes?

—Coge tres libras —masculló finalmente el testarudo negro, mientras dirigía una mirada amenazante a Sheldon, Joan y Kwaque—. Todo va a terminar. Os daré un problema. Mi padre es el jefe principal de Port Adams.

—El problema lo tendrás tú como no cierras la boca —le amenazó Sheldon.

—No miedo—contestó el hijo del jefe, mostrando su fanfarronería para alardear ante sus compañeros.

—Que lo encierren toda la noche —mandó Sheldon a Kwaque—. Y cuando amanezca, él y sus cinco compañeros se irán a cortar hierba. ¿Está claro?

Kwaque sonrió con un gesto.

—Comprendo —dijo—, cortar hierba y también *ngari-ngari*⁸, que hay allí. ¡Demonios!

—Tenemos que tener cuidado con ese Gogoomy—le dijo Sheldon después de que los capataces reunieron a sus respectivos grupos, para conducirlos nuevamente a la plantación—. Tenga cuidado y no se confíe cuando pasee a caballo por la plantación. Perder esos rifles y las municiones le ha dolido más que una bofetada. Desea vengarse a cualquier precio.

22. GOGOOMY CUMPLE SU PALABRA

—¿Sabe que me preocupa lo que pueda haberle pasado a Tudor? Lleva dos meses en la jungla, y no hemos sabido nada de él desde que salió de Binu.

Se encontraban en las márgenes del Balesuna, sembradas de maíz, Joan a caballo y Sheldon en pie, junto al animal.

—Es verdad, es demasiado tiempo como para no tener ninguna noticia—dijo él, mientras observaba detenidamente a la muchacha, para ver si descubría la verdadera naturaleza de su inquietud por el aventurero—; pero Tudor sabrá salir sin problemas de cualquier apuro. Nunca hubiese pensado que sería capaz de convencer a Charlye para que le acompañase. Apostaría a que ningún negro de Binu se ha adentrado tanto en la jungla sin ser comido. Respecto a Tudor..

—¡Mire! ¡Fíjese! —exclamó Joan, señalando un remolino en el que flotaba, en el centro de la corriente y flotando como un leño, un enorme cocodrilo—. ¡Qué pena no haber traído el rifle conmigo!

El cocodrilo se movió repentinamente y desapareció, dejando un remolino de agua en la superficie del río.

—Un tipo de Binu apareció esta mañana muy temprano en busca de medicinas —dijo Sheldon—. Esa bestia que acabamos de ver debe de haber sido la causa. Un grupo de mujeres de Binu marchaba de camino, y la que iba delante tropezó con un gigantesco cocodrilo atravesado en la orilla y, al caerle encima, el animal la cogió por una pierna. El resto de las mujeres la agarraron y comenzaron a tirar, y en la pelea, la desdichada perdió su pierna. Le di una caja de antisépticos, aunque no sé si lograrán salvarla.

—¡Animales repugnantes! ¡Los odio! ¡Los odio!

—Pero después de todo, se pone usted a nadar entre tiburones.

—Los tiburones sólo son peces, y mientras no tengan hambre, no son peligrosos. Sólo son capaces de morder cuando están hambrientos, lo que es muy raro.

Sheldon no pudo evitar un estremecimiento al imaginarse el maravilloso cuerpo de la muchacha en las fauces de un feroz tiburón.

—Aun así, me gustaría que no vuelva a nadar en medio de ellos. Admita que es muy peligroso.

⁸ Tipo de ortiga que envenena la piel, y que produce un picor molesto aunque poco grave.

—De eso se trata; si no, no sería tan divertido.

Sheldon estuvo a punto de decirle cómo sentiría si la perdiera, pero se detuvo a tiempo, cambiando de estrategia.

—Es deliciosa, en ocasiones frente a un libro de versos, otras veces para hacer reír a cualquier hombre, y algunas otras para el estómago de un tiburón dijo riendo—. Aún así, me encantaría saber nadar tan bien como usted. Quizá así llegaría a tener la confianza que usted tiene.

—¿Sabe que sería un placer casarse con un tipo como usted, tal como va cambiando? —observó ella con una de sus desconcertantes frases—. Estoy comenzando a sospechar que quizá sería un buen marido, con el tiempo; uno de los que no se preocupan exclusivamente por dominar a la mujer, puesto que se dan cuenta de que ella es tan persona como él, y por lo tanto tiene el mismo derecho que él a la libertad individual. Realmente, no puedo negar que está progresando.

Y con estas palabras, espoleó al caballo y se marchó, dejando a Sheldon muy intrigado. Si él hubiese descubierto en aquellas palabras la intención femenina de animarlo o atraerlo, se habría sentido el hombre más feliz del mundo; pero demasiado sabía que era la niña, y no la mujer, la que había hablado de aquella forma.

Joan llevó su montura en medio de las palmeras, observó el vuelo de un pájaro exótico y lo siguió hasta la salida de la plantación. Una vez allí se detuvo, escuchando el sonido de las palomas en las umbrías del bosque, y después siguió las huellas frescas de un cerdo salvaje durante un buen trecho. Entonces dio la vuelta por un sendero que llevaba hasta el *bungalow* en medio de los veinte acres de espeso herbazal que le llegaba hasta más arriba de la cintura. Al pasar por aquel lugar, recordó que Gogoomy pertenecía al grupo de negros que había sido castigado y destinado a cortar hierba, y se dirigió hacia el lugar en donde deberían estar trabajando; pero no vio a nadie. Su caballo, que no llevaba herraduras, pisaba el suelo blando de arena sin hacer ruido. Repentinamente le llegó desde la espesura del herbazal un ruido de voces. Colocó su montura al trote, y cuando se encontró cerca la detuvo para escuchar con atención. Era Gogoomy el que estaba hablando. En cuanto reconoció su voz, Joan sintió una gran indignación, y apretó con fuerza los estribos.

—El perro está fuera de la casa por la noche —decía el negro en la jerga inglesa que normalmente utilizaban— Coges un pedazo de carne de cerdo, lo pones en un anzuelo y se lo das al perro. El perro muerde el *kai-kai*, y le agarras como a un tiburón. El perro muere pronto. El amo duerme en la casa grande, y la mujer blanca en la choza. Adamu siempre delante de la choza. Tú matas al perro, matas al amo, matas mujer blanca... matas todos. Tienen muchos rifles, mucha pólvora, hachas, cuchillos, mucho tabaco y mucha indiana..., cogemos todo y lo llevamos a la barca, cuando el sol salga ya estamos muy lejos.

—Yo me encargo del cerdo —dijo uno de voz suave, y a quien Joan reconoció como Cosse, que era de la misma tribu que Gogoomy.

—Yo me ocupo del perro —dijo otro.

—Yo de la ama blanca —añadió Gogoomy triunfalmente—. Y voy a matar a Kwaque ahora.

Joan había oído lo necesario de aquella conspiración, y se enfureció tanto, que olvidó por completo toda prudencia.

Hizo saltar a su montura, y se plantó en medio de ellos, gritando:

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Todos se levantaron sorprendidos, separándose, y Joan comprobó asombrada que eran doce. Al percibir sus rostros alterados y ver que cada uno empuñaba una pesada cuchilla de dos pies de filo, se dio cuenta de que había hecho una tontería. Si hubiera llevado consigo el revólver, no habría tenido nada que temer; pero había salido de casa completamente desarmada, y pudo advertir en la brillante mirada de Gogoomy la satisfacción de comprobar que no llevaba aquel temible revólver.

Lo primero a que debe acostumbrarse cualquier amo blanco en las Islas Salomón es a no reflejar el miedo frente a los indígenas, y eso fue precisamente lo que Joan intentó hacer.

—Estáis hablando demasiado, muchachos —les regañó—. Mucho hablar y poco trabajar.

Gogoomy no dijo nada, pero lentamente adelantó un pie. Los demás negros fueron cerrando filas frente a ella, formando un abanico, con sus horribles cuchillos en alto, preparados para todo.

—¡A trabajar, ahora mismo! —gritó Joan—. ¡Poneos a cortar hierba!

Gogoomy dio un paso más. Joan calculó la distancia. No podría girarse con su montura sin correr el riesgo de que la atacaran por la espalda.

En aquella terrible situación, los rostros negros desencajados se le quedaron grabados para siempre. Uno de aquellos sujetos era un viejo, con las orejas rasgadas, cuyos lóbulos estaban tan estirados que le llegaban hasta los hombros; otro tenía la característica nariz aplastada de los negros africanos, y sus ojos se hallaban tan enterrados bajo el matorral de sus cejas que apenas podían verse los reflejos amarillentos de sus córneas; otro tenía unos labios gruesos y duros, rodeados por una espesa y enmarañada barba; y finalmente estaba Gogoomy —nunca se había dado cuenta de lo hermoso que era aquel joven en su rebeldía y testarudez salvaje. Tenía cierto aire de liderazgo que le diferenciaba de los otros. Las líneas de sus facciones eran más contorneadas, de piel lisa, bien engrasada y completamente despejada de cualquier impureza. Le colgaba del cuello, adornado con una simple ristra de dientes de marsopa, un rosario de conchas opalinas simétricamente unidas, de menor a mayor, y que le llegaba hasta el pecho. Una cinta de conchas blancas le ceñía la frente y de entre su rizado cabello surgía una pluma. Por encima de una de sus pantorrillas llevaba, como si fuese una liga, una serie de abalorios blancos de sorprendente delicadeza. Una cuerda muy apretada le rodeaba la cintura, completando su vestuario. Se fijó también en un anciano de frente y rostro arrugados, que se agachaba y movía, gesticulando de la misma forma que había visto hacer a algunas monas.

—¡Gogoomy—gritó ella enfadada—, si no comienzas inmediatamente a cortar hierba, te rompo la crisma! El negro acentuó su expresión de desprecio, pero no dijo nada. Miró hacia ambos lados, para comprobar que sus amigos no le habían abandonado en aquella ocasión, y avanzó un paso más, fingiendo indiferencia. Joan comprendía perfectamente lo

desesperado de aquella situación. Sólo podía intentar escapar de aquella encerrona. Levantó su fusta, e hincando las espuelas a los costados del caballo, lanzó a la bestia encabritada sobre Gogoomy. Todos se abalanzaron sobre ella, blandiendo sus lanzas, excepto Gogoomy, que se vio obligado a saltar a un lado para evitar que el caballo le atropellase, mientras con su terrible cuchillo lanzaba un tajo capaz de cortar por la mitad el cuerpo de Joan. Pero la amazona, con unos reflejos de acero, se agachó lo justo para que el brillante acero pasara por encima de su cabeza, rasgando los faldones de la montura e hiriendo al caballo en sus cuartos traseros. La valiente joven utilizó entonces el látigo con tanta habilidad en medio del apuro, que pudo ver cómo el golpe se marcaba con toda claridad en el hermoso rostro de Gogoomy, atravesándosele de lado a lado. Mientras tanto, el viejo de rostro arrugado había sido atropellado por el caballo, y rodaba por el suelo lanzando salvajes aullidos, como si fuese un mono rabioso. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Joan había logrado escapar, castigando en su huida al líder de los rebeldes. Enseguida se dio cuenta de la actividad que podía desplegar Sheldon, cuando le refirió lo que había ocurrido. Saltó de la silla donde la esperaba para comer, como impulsado por un resorte, y llamó a voces a los criados. Todavía le estaba contando el final, cuando él ya se había colocado la cartuchera, y cargaba su revólver.

—Ornfiri, llama a todos con la campana grande hasta cansarte, y prepara mi caballo. Viaburi, ve deprisa a buscar a Seelee y dile que se han fugado muchos de nuestros negros...

Después escribió una nota y se la entregó a Lalaperu.

—Lalaperu, ve corriendo a casa del amo Boucher, y dale esto. El cerrará su huida por los dos lados de la costa —dijo, volviéndose hacia Joan—, y Seelee levantará a todo el poblado en su persecución.

Los tahitianos fueron los primeros en aparecer al toque de la campana, y por el sudor que brillaba en su piel y el jadeo de sus pechos podía verse que habían venido corriendo todo el rato. Algunos de los grupos que más lejos trabajaban tardarían todavía una hora en llegar.

Sheldon distribuyó armas entre los marineros de Joan, dándoles municiones y cuchillos, y colocó a Adamu Adam de guardia en las barcas, dándoles a Noa Noah y a Matapuu las órdenes adecuadas para que entretuviesen a los negros en cuanto llegasen, con el fin de evitar que se uniesen a los rebeldes.

—Ahora me doy cuenta de la suerte que tuvimos al encontrar el arsenal del otro día —dijo Sheldon mientras salía del patio a caballo.

A unas cien yardas encontraron a un grupo de roturadores que se dirigía hacia la casa. Era el grupo que estaba a cargo de Kwaque, pero Sheldon buscó sin éxito al capataz.

—¿Dónde está Kwaque? —les preguntó Sheldon.

Un sinfín de respuestas hicieron imposible enterarse de nada. Todos querían hablar al mismo tiempo.

—¡Silencio! —gritó Sheldon con la voz irritada de quien necesita mostrar su autoridad—. Tú, Babatani, dime qué es lo que ocurre.

Babatani avanzó con la soberbia de quien se siente diferenciado del grupo.

—Goomy ha matado a Kwaque —explicó el negro—. Le cortó la cabeza y escapó como un diablo. Con su lenguaje simple, le describió el crimen, y Sheldon y Joan continuaron adelante. En el lugar donde Joan se había visto cercada por los rebeldes, todavía se revolcaba lleno de dolor el viejo de rostro arrugado, cuyo cuerpo encogido permanecía en el mismo sitio en que había sido atropellado por la montura de la joven. Al saltar sobre él la yegua, le había roto un tobillo, y por más que había intentado escapar, se había dado cuenta de lo inútil de sus intentos. Una brigada de trabajadores procedentes de un extremo de la plantación recibió la orden de llevarlo hasta la casa.

Una milla más adelante, donde el rastro de los fugitivos se rompía en dirección al bosque, hallaron el cuerpo de Kwaque. Sheldon lo reconoció inmediatamente, al verlo sin cabeza, y supuso que se había defendido con todas sus fuerzas, a juzgar por las otras heridas.

Cuando se encontraron en lo intrincado de la espesura, abandonaron sus monturas y las dejaron al cuidado de Papehara, mientras Sheldon y Joan, acompañados por los otros tahitianos, continuaban a pie por una ladera que llevaba hasta una depresión pantanosa, donde el río Beranda se estancaba en sus crecidas. Encontraron un rastro de sangre que terminaba en una cola de cocodrilo. Seguramente los fugitivos lo habían sorprendido mientras dormía al sol, y se habían detenido un momento para descuartizarlo. Encontraron incluso el lugar donde probablemente se había sentado el otro negro herido, en espera de que se reanudase la marcha.

Después de una hora caminando, Sheldon se detuvo repentinamente. Los tahitianos se dedicaron a registrar el bosque por todos los alrededores, y un alarido de Utami les indicó que había encontrado algo. Joan esperó en el camino a que Sheldon regresara.

—Es Mauko —anunció—. Kwaque debió de herirle, y el negro logró arrastrarse hasta aquí, desangrándose hasta la muerte. Ya son dos menos. Todavía faltan diez. ¿No le parece a usted que ya tiene bastante con todo esto?

—Estoy de acuerdo. Es muy desagradable. Regresaré y esperaré su vuelta junto a Papehara.

—Pero no puede volver sola. Que la acompañen dos de sus hombres.

—Entonces es mejor que continuemos todos. Sería una locura detener ahora nuestra persecución. Además, no me siento cansada.

El rastro se dirigía ahora hacia la derecha, como si los fugitivos hubiesen cambiado de opinión en aquel punto, y hubiesen decidido dirigirse a Balesuna. Pero mientras avanzaban, desviándose constantemente hacia la derecha, podía adivinarse que habían decidido sencillamente volver. Calculando el lugar en que se cruzarían con su propio rastro, Sheldon se dio cuenta de que éste sería seguramente uno de los extremos de las tierras de cultivo, que era justamente donde habían dejado sus caballos. Al cruzar uno de aquellos claros de la selva virgen, donde sólo podía verse el movimiento de una gran mariposa aterciopelada, escucharon disparos.

—Han sonado ocho tiros—contó Joan—. De un arma únicamente. Debe de ser Papehara.

Corrieron en su dirección, pero cuando llegaban comenzaron a dudar. Los dos caballos continuaban atados en el mismo sitio en que los habían dejado, y Papehara, sentado de cuclillas junto a las monturas, fumaba tranquilamente. Sheldon tropezó con un cuerpo que estaba semioculto por la hierba, y al evitar la caída, su mirada tropezó con otro cuerpo más. Joan reconoció a Cosse, uno de los compañeros de Gogoomy; el que había prometido encargarse de atrapar al cerdo con cuya carne iban a preparar un anzuelo para acabar con *Satanás*.

—Mala suerte, missie dijo Papehara con una sonrisa triste, moviendo la cabeza desconsolado—. Sólo dos hombres atrapados. Disparos contra Gogoomy fallados.

—¡Pero si los has matado! —le recriminó ella—. Tenías que haberlos cogido vivos.

El tahitiano sonrió nuevamente.

—Yo fumaba —dijo, mientras pensaba en Tahití, en los árboles del pan y en los días felices de Bora—Bora. Y de repente, sale un hombre de la selva y viene contra mí, y después otro, y luego otro. Todos con grandes cuchillos afilados. Gogoomy llevaba un gran cuchillo en una mano, y la cabeza cortada de Kwaque en la otra. Yo no podía capturarlos vivos y disparé como el infierno. ¿Cómo atrapar vivos a diez hombres, con diez grandes puñales y la cabeza de Kwaque?

Las huellas de los fugitivos, que se dispersaban en aquel lugar, se juntaban no muy lejos, para seguir su camino en dirección al Beranda, que habían atravesado con la intención de esconderse entre los frondosos árboles del pantano que se extendía al otro lado.

—De nada sirve que sigamos adelante —dijo Sheldon—. Seelee reunirá a todos sus hombres y los expulsará de allí. No les permitirá pasar. Lo que tenemos que hacer nosotros es vigilar la costa para evitar que caigan sobre la plantación para atacarnos.

En medio de la oscura maraña de la orilla contraria, se deslizaba río arriba una canoa. Se movía tan silenciosamente como una aparición. Tres negros completamente desnudos manejaban los silenciosos remos. En la proa de la embarcación se amontonaban los dardos de huesos, largos, delgados y puntiagudos, y cada uno llevaba colgado de la espalda un carcaj abarrotado de flechas. Parecían escudriñar todo; vieron a Joan y a Sheldon, pero se mantuvieron indiferentes. Se pararon frente al lugar en que se habían escondido Gogoomy y los demás fugitivos; después dieron la vuelta y desaparecieron en la espesura negra de los mangles. Aparecieron de ese modo varias canoas más, siempre remando a contracorriente y deslizándose sobre el agua con un silencio fantasmal. Dos de ellas sobrepasaron el punto en que los fugitivos habían vadeado el río, y se perdieron en la arboleda.

—Espero que no haya más muertos —dijo Joan, cuando regresaban finalmente al *bungalow*.

—No lo creo —respondió Sheldon—. Mis tratos con Seelee sólo son para los que me entregue vivos. Ésa es la mejor forma de que vayan con cuidado.

23. UN MENSAJE DESDE LA JUNGLA

Nunca unos fugitivos de Beranda fueron perseguidos con tanto encono. El ataque de Gogoomy y sus compañeros suponía un mal ejemplo para los ciento cincuenta negros que acababan de llegar a la plantación. Se había tramado una conspiración, habían decapitado a un capataz, y finalmente se había roto el contrato de trabajo al escapar hacia la selva. Sheldon se daba cuenta de la importancia de mostrar a los nuevos trabajadores que semejantes hechos no quedarían impunes en sus tierras, y tenía que hacer que lo entendieran de tal manera que no les quedaran ganas de imitar aquel ejemplo. Con ese fin instigó a Seelee noche y día, y él mismo se pasaba todo el tiempo en la selva, con los tahitianos, dejando que Joan se encargase de los asuntos de la plantación. Boucher ni siquiera dormía. En dos ocasiones hizo regresar a la jungla a los fugitivos, cuando éstos intentaban ganar la costa por el norte de la isla.

Uno a uno, fueron capturando a los fugitivos. Seelee sorprendió a dos de ellos entre los árboles de la ciénaga. Otro fue alcanzado por un disparo de Boucher, al intentar llegar a la costa, y los hombres de Seelee terminaron dándole caza después de seguir el rastro de sangre que iba dejando en su huida. Los tres, fuertemente atados, eran expuestos a diario en el patio, como ejemplo de lo que le podría pasar a quien se atreviese a seguir sus pasos, y como escarmiento en cabeza ajena para los oriundos de Poonga-Poonga. Y cuando pasó el *Minerva* frente a las costas de Beranda, le indicaron por medio de señales que enviase un bote, en el que los tres reos fueron conducidos a Tulagi para ser juzgados.

Todavía quedaban cinco, pero no tenían escapatoria; porque no podían aproximarse a la costa, ni tampoco internarse en la espesura por miedo a los bosquimanos. Uno de ellos decidió entregarse voluntaria e incondicionalmente, y Sheldon averiguó por él que sólo quedaban Gogoomy y otros dos, porque al quinto lo habían matado para comérselo. El miedo a terminar del mismo modo le había decidido a entregarse. Procedía de Malu, al noroeste de Malaita, como el compañero que se habían comido, mientras que los dos que quedaban con Gogoomy eran de Port Adams.

—Si no ando listo, Gogoomy *kai-kai* a mí —aseguró—. ¡Demonios! No me gusta que otros hombres coman a mí.

Tres días más tarde, Sheldon capturó a otro de los fugitivos, que padecía las fiebres palúdicas. El mismo día, Seelee halló a otro en el mismo estado. Ya sólo quedaba Gogoomy, y la implacable persecución de que era objeto hizo que venciese su miedo a los bosquimanos, huyendo por la montaña de la isla. Sheldon, acompañado por cuatro tahitianos, y Seelee, acompañado por treinta de sus cazadores, le persiguieron durante mucho tiempo, más de diez millas; pero en cuanto dejaron de divisar las tierras del llano para adentrarse en los pliegues montañosos, Seelee y sus hombres desistieron. El jefe confesó que ni él ni nadie de su tribu había llegado a aventurarse tan lejos, y le contó además a Sheldon los más horribles cuentos de los temibles bosquimanos. Antiguamente acostumbraban a atravesar los prados, atacando a quienes vivían pacíficamente en la costa; pero desde la llegada de los hombres blancos, se mantenían dentro de sus fortalezas y nadie había vuelto a verlos.

—Gogoomy encontrará la muerte entre ellos —sentenció el viejo—. Se lo comerán rápidamente.

La expedición regresó. Nadie era capaz de obligar a los indígenas a seguir avanzando, y Sheldon pensó que sería un disparate intentar continuar él solo con sus cuatro acompañantes tahitianos. Se giró, entonces, enojado, y desde la extensa pradera, cuya hierba le llegaba a la cintura, contempló desanimado la Cabeza de León, una cresta que descollaba contra el azul del cielo desde el centro de Guadalcanal, hito y guía de los marineros, nunca hollado por botas civilizadas.

Aquella noche, después de cenar, mientras Sheldon le echaba una partida de billar a Joan, *Satanás* comenzó a ladrar desesperadamente en el patio. Lalaperu se acercó para ver qué era, y se encontró con un indígena exhausto que deseaba hablar con el «más importante amo blanco». Sólo su insistencia permitió que Sheldon aceptase recibirle a aquellas horas intempestivas. Al salir a la galería se encontró con un rostro demacrado y un cuerpo agotado, que le hicieron comprender que se trataba de algún mensaje importante. Aun así, le preguntó enojado:

—¿Qué estás haciendo en mi casa después de anochecer?

—Me llamo Charley —replicó el negro, a modo de excusa—. Soy de Binu.

—Muy bien, ¿y qué? ¿Qué es lo que quieres? ¿Dónde está el amo blanco?

Joan y Sheldon escucharon atentamente mientras Charley les contaba la expedición de Tudor por el Balesuna, con las barcas deslizándose por la rápida corriente, el eterno lavado de la arena en busca del oro, las primeras vertientes, las trampas escondidas bajo los matojos y colocadas a la orilla de la jungla, el primer encuentro con los bosquimanos, que nunca habían visto el tabaco, ni conocían el placer de fumar, el avance de la expedición por el interior, utilizando las vertientes de la Cabeza de León, los incómodos matorrales, las fiebres y la imprudencia de los blancos al confiarse a unos salvajes.

—Siempre le decía al amo blanco —dijo—. Yo le avisaba: estas tribus son peligrosas. Ellos saben mucho. Si tienes rifles, son muy amigos. Siempre atentos. Si no tienes rifles, ¡diablo!, estos salvajes te cortarán la cabeza, y rápido *kai-kai* a ti.

»Pero la paciencia de aquellos salvajes superó a la de los blancos. Pasaron semanas sin que diesen ningún motivo para desconfiar. Iban al campo y ofrecían ñame, lentejas, cerdos y gallinas, frutas y verduras. Siempre que los buscadores de oro cambiaban de campamento, se ofrecían para llevar los bultos. Los blancos eran cada vez más imprudentes. Comenzaron a buscar sin separarse del fusil y la cartuchera, y terminaron librándose del peso y dejando las armas en el campamento.

»Muchas veces avisé al amo blanco de que tuviese cuidado, y muchas veces el jefe se rió de mí. «Pobrecito Charley», me decía. ¡Demonios! Siempre me decía eso.

Hasta que un día Charley notó la desaparición de mujeres y niños. Tudor estaba derrotado por la fiebre, en el último campamento abandonado, porque sus compañeros habían ido a buscar una piedra parecida al cuarzo. Pero la ausencia de las mujeres y los niños despertó las sospechas de Charley.

—¡Demonios! ¿Por qué mujeres negras y niños se han ido? Comprendí que enseguida habría peligro. Tuve miedo y escapé. ¡Demonios, cómo corrí!

Halló a Tudor inconsciente, se lo cargó a la espalda y lo llevó durante una milla de distancia por el sendero en el que habían desaparecido sus compañeros expedicionarios. Allí

abandonó el camino y cogió otro escondido entre la maleza. Un cuarto de hora después, incapaz de seguir llevando aquel peso, lo dejó en el hueco que había en el tronco de una gigantesca higuera, donde era difícil que lo encontrasen. Al regresar al campamento con la intención de salvar los fusiles y algo de los pertrechos, había visto un grupo de bosquimanos que bajaban por el camino que él seguía, y no tuvo más remedio que esconderse detrás de las plantas. Desde allí pudo escuchar claramente dos tiros de fusil, procedentes del nuevo campamento, y ya no supo nada más de ellos. No volvió a ver a los blancos, ni a aproximarse a su campamento. Regresó junto a Tudor, con quien permaneció escondido una semana, alimentándose con frutas silvestres, y después reinició el camino para traer las noticias de lo ocurrido a Beranda. Tudor se encontraba desmayado de fiebre, y cuando se despejaba se encontraba tan agotado que no lograba valerse por sí mismo.

—¿Por qué no mataste al amo blanco? —le interrogó Joan—. Él tenía un rifle, mucha indiana, tabaco, cuchillos... Dos disparos en su cabeza: ¡pum!, ¡pum!, y todo sería tuyo.

El negro mostró una sonrisa perversa.

—Yo sé lo que pasa. Si mato al amo más importante, pueden aparecer muchos amos en Binu, y darme unos problemas del infierno. «¿De dónde has cogido este fusil?», me dicen. ¡Demonios! Charley está perdido. Si lo mato, no gano nada. Muchos jefes blancos me persiguen. Si no lo mato, puedo ganar mucho tabaco, indiana..., mucho de todo.

—No nos queda más remedio que ir en su búsqueda —le dijo Sheldon a Joan—. Mañana de madrugada partiré hacia las montañas.

—Partiremos —corrigió ella—. Yo lograría de mis tahitianos el doble de lo que conseguiría usted con ellos, y además un blanco no debe aparecer solo en circunstancias semejantes.

Sheldon se encogió de hombros, más en señal de resignación que de aceptación, porque sabía que en el fondo cualquier negativa sería inútil; y le consolaba pensar que únicamente Dios sería capaz de sospechar las aventuras que realizaría Joan si la dejase en Beranda sola durante una semana. Avisó a los criados, y durante una hora no dejaron de correr desde la casa hasta las chozas, mandando recados. Un negro se dirigió a la aldea de Balesuna con la orden de que Seelee se presentara inmediatamente. Una barca se dirigió en busca de Boucher. Se distribuyó munición entre los tahitianos, y también sacaron del almacén provisiones para varios días. Viaburi se puso amarillo cuando le dijeron que tendría que acompañar a los expedicionarios, y con gran sorpresa de todos, Lalaperu se ofreció voluntario para ir en su lugar.

Apareció Seelee, orgulloso de que el amo de Beranda le llamase durante la noche para pedirle consejo, pero se mantuvo firme en su negativa de dar ni un solo paso en tierras bosquimanas. Dijo que si le hubiesen preguntado a él cuando partieron los buscadores de oro, rápidamente habría anunciado la catástrofe. Cuantos se atrevieran a entrar en el territorio de aquellos salvajes sólo podían esperar una cosa: ser devorados. Incluso quiso añadir, sin que nadie se lo hubiese preguntado, que si Sheldon subía a la montaña, le ocurriría lo mismo.

Sheldon llamó a un capataz y le mandó que le trajese a diez trabajadores de Poonga-Poonga; los más fornidos, y de mayor estatura y corpulencia.

—No quiero hombres de la costa —dijo—, sino de las montañas; que tengan las piernas fuertes. Tampoco quiero a nadie que no sepa utilizar el mosquete.

Poco más tarde subían hasta la galería y se alineaban bajo las lamparillas diez hombres fuertes, cuyas musculosas pantorrillas mostraban al montañés habituado a las marchas por terrenos escarpados. Todos estaban acostumbrados a la lucha contra los matorrales, y muchos lucían cicatrices de bala o de flechas. No podían esconder la salvaje alegría que les causaba aquella ocasión de romper la monotonía de su trabajo en la plantación, para formar parte de una expedición como aquella. Matar era su vicio más acusado, por inclinación natural, y no dedicarse a cortar árboles y segar hierba. Lo cierto es que por sí solos no se habrían adentrado en las erizadas vertientes de Guadalcanal; pero en compañía del amo blanco y de una mujer como Joan sólo podían esperar que aquella expedición tuviese el mayor de los éxitos. Además, el jefe blanco les había prometido la presencia de ocho enormes tahitianos.

Los voluntarios negros de Poonga-Poonga, felices y contentos, casi desnudos con sus pequeños taparrabos y sus exagerados adornos, se mostraban ante las miradas de su amo gesticulando de satisfacción. Todos lucían un anillo de concha de tortuga colgando de la nariz, una pipa de arcilla que pendía de sus orejas, y un brazalete de bisutería encajado en los bíceps. Del cuello de uno de ellos colgaban dos fantásticos colmillos de jabalí, mientras que del pescuezo de otro lo hacía el redondel pulido de una almeja fosilizada.

—Tenemos que prepararnos para una lucha salvaje —les advirtió Sheldon.

Ellos mostraron su dentadura al sonreír de alegría.

—¿Os dais cuenta de que los bosquimanos podrían *kai-kai* a vosotros? —les preguntó.

—No temor —respondió aquel a quien habían indicado como portavoz del grupo, Koo-goo, de firmes músculos y labios gruesos como los de un etíope—. ¿Y si

los que venimos de Poonga—Poonga *kai-kai* a los salvajes de las montañas?

Sheldon movió la cabeza con su carcajada, los despidió y se fue al almacén, a buscar alguna tienda de campaña que pudiera servir para Joan.

24. EN LA JUNGLA

Los expedicionarios partieron de Beranda en botes y canoas al despuntar el alba. El grupo estaba formado por Sheldon, Joan, Charley de Binu, Lalaperu, los ocho tahitianos de la joven y los diez fornidos braceros de Poonga-Poonga, orgullosos con sus flamantes rifles modernos. Dos embarcaciones con seis tripulantes cada una debían acompañar a los expedicionarios hasta Carli, donde el río ya no resultaba navegable, para esperar allí su regreso. Boucher quedaba al mando de Beranda.

Hacia las once de la mañana alcanzaron Binu, aldea de veinte chozas a orillas del río, y una treintena de vecinos armados con arcos y lanzas se unieron a la expedición, gritando y gesticulando de alegría ante aquella avanzadilla de guerra. El río se fue estrechando, mientras aumentaba la fuerza de su corriente, lo que retrasó la marcha, haciéndola muy difícil en algunos tramos. El Balesuna tenía cada vez menos profundidad y los botes rebosantes embarrancaban en el cauce o tropezaban con las piedras. En ocasiones, grandes

piedras o cascadas cerraban el paso, y las embarcaciones tenían que ser cargadas al hombro. Llegaron a Carli de noche, con la satisfacción de haber cubierto en un solo día lo que a la expedición de Tudor le había costado dos.

La tripulación de los botes se quedó allí, y con ella el grupo de salvajes de Binu. Los más valientes siguieron el rastro de la expedición durante una milla, pero después regresaron en una huida casi atropellada. Charley, sin embargo, prosiguió encabezando la expedición, señalando el camino que había recorrido algunas semanas atrás, por la ladera de la montaña. Aquella misma noche hicieron alto en las quebradas de las montañas, completamente escondidos entre la espesura tropical. En el tercer día encontraron los senderos de los bosquimanos, tan estrechos que se veían obligados a avanzar en fila india, y tan tortuosos entre los espesos matorrales, que parecían terminar cinco pasos más adelante. Casi todo allí era jungla fresca y húmeda, cuyo profundo silencio se veía rasgado de vez en cuando por los arrullos de las palomas torcaces y las estridentes risas de las cacatúas, que volaban pesadamente como si fuesen copos de nieve.

Enseguida tuvo lugar el primer accidente. Charley de Binu se había rezagado por casualidad, y Koogoo, el negro de Poonga-Poonga que se burlaba diciendo que se iba a comer a aquellos salvajes, marchaba a la cabeza. Joan y Sheldon escucharon un sonido semejante al que hace un cordel al vibrar, y al mismo tiempo vieron cómo Koogoo extendía sus brazos dejando caer su fusil, como si hubiese tropezado, cayendo de bruces hacia adelante. Por su espalda asomaba la punta de una flecha de hueso, que lo había atravesado por completo. La expedición se esparció inmediatamente, sin quitar el dedo del gatillo, con la intención de registrar la espesura palmo a palmo. Pero no volvieron a oír nada, ni siquiera el crujido de algún matorral. Un silencio fresco y opresivo lo dominaba todo nuevamente.

—No veréis a nadie —susurró Charley con una voz que asustó a algunos salvajes expedicionarios—. Siempre la misma desgracia. Koogoo imprudente.

El herido, que había encogido los brazos mientras agonizaba, comenzó a estremecerse. Todavía jadeaba con su último aliento cuando Charley se reclinó sobre él. Finalmente se movió en un convulsivo estertor, y se quedó completamente inmóvil. Había muerto.

—Le ha atravesado el corazón —dijo Sheldon después de examinar el cadáver—. Debe de haber pisado alguna trampa.

Y se tropezó con el rostro pálido, demudado, de Joan, que contemplaba asustada aquellos despojos de lo que segundos antes era un hombre.

—Fui yo misma quien contrató a ese muchacho —dijo en un suspiro—. Descendió de la montaña y vino a ofrecerse a bordo de la *Martha*. Me enorgullecía mucho, porque fue el primero que recluté...

—¡Fijaos en esto! —interrumpió Charley de Binu, echando a un lado el matorral y mostrando al descubierto junto al sendero un arco que ningún hombre habría conseguido doblar.

El indígena de Binu explicó el mecanismo de aquella trampa y mostró el cordel escondido entre las hojas, que había sido disparado por el pie de Koogoo.

Siguieron caminando por la selva virgen, sumida en el resplandor del alba, sin una nube ni un claro que permitiese tamizar la luz meridiana. Los tahitianos parecían asustados por

aquel silencio, y por la oscuridad y el misterio de aquella selva, pero intentaban mostrar valere indiferencia. Los salvajes de Poonga-Poonga, sin embargo, no tenían miedo. Ellos pertenecían también a la jungla y estaban acostumbrados al silencio del enemigo, aunque sus trampas eran diferentes de las que había escondidas en aquellas montañas. Los que más miedo tenían, sin embargo, eran Sheldon y Joan; pero como blancos, nadie pensaba que pudiesen dejarse dominar por aquellos sentimientos.

Charley se adelantó para encabezar la marcha, y con su penetrante mirada fue descubriendo una a una todas las trampas, limpiando el sendero a su paso. El camino estaba lleno de trampas y obstáculos, como unas pequeñas espinas hábilmente disimuladas en la arena para que se clavasen en los pies descalzos de los invasores. Al atardecer, Charley estuvo a punto de sucumbir en una trampa que consistía en un pozo cuyo fondo estaba sembrado de afiladas estacas. A veces los expedicionarios tenían que esperar durante media hora, mientras Charley se adelantaba para examinar los tramos más sospechosos; otras veces les hacía abandonar el sendero y trepar entre la espesura, para superar estratagemas imposibles de evitar. Y a pesar de todas sus precauciones, una de aquellas trampas pasó inadvertida, se disparó un arco, y una flecha pasó rozando la espalda de uno de los guerreros Poonga-Poonga. Sheldon, al llegar al lugar en que el camino principal se dividía en una estrecha vereda, preguntó al guía si sabía adónde les estaba llevando.

—Cerca de aquí hay algunas huertas entre la maleza —respondió el negro—. Si lo desea, echaré un vistazo.

—Acércate en completo silencio —le dijo Sheldon—. Si hay algún salvaje, lo cazaremos.

Charley se fue a gatas, estuvo un momento espiando desde un claro del bosque, y después le indicó a Sheldon por señas que se acercase con sumo cuidado. Joan le acompañó, agachada, y ambos examinaron el espacio libre que había en medio de la selva y que debía de tener medio acre de extensión. Se hallaba rodeado por una empalizada levantada para defenderlo de los cerdos salvajes. Plátanos y otros árboles ofrecían sus frutos maduros, mientras en el suelo brotaban el verde ñame y las patatas. En un rincón había una choza construida con maleza, pero sin paredes, únicamente para resguardarse de la lluvia. Frente a ella, sentado en cuclillas al lado de un fuego, vieron a un salvaje delgado y barbudo. El fuego levantaba demasiado humo, y en la densa columna permanecía suspendido un objeto oscuro que el salvaje parecía contemplar extasiado.

Sheldon avisó a los guerreros de Poonga-Poonga para que se acercasen, advirtiéndoles que no tenían que disparar sus armas mientras el salvaje no intentase huir. Joan le dirigió a Sheldon una sonrisa de inteligencia. Eran como cazadores de hombres contra cazadores de hombres. Los negros se fueron colocando en los emplazamientos que les había designado, preparados para saltar la empalizada y rodear a su presa. En sus rostros se reflejaba toda la vitalidad que corría por sus venas y toda la luz de su inteligencia, dándoles una apariencia arrebatada en aquella emboscada. Se trataba de un juego trascendental para ellos: asunto de vida o muerte. El único entretenimiento digno de ellos, aunque venciesen de la forma más cobarde, matando por la espalda en la oscuridad de la jungla, puesto que nunca se atrevían a desarrollarlo en campo abierto.

Sheldon hizo la señal, y los diez negros se abalanzaron sobre la empalizada, en compañía de Charley. El agudo oído del salvaje le avisó del peligro, se levantó de un salto con

el arco y la flecha en la mano, y en un parpadeo tensó su arma y la disparó. El salvaje contra el que había apuntado se agachó, evitando la flecha, y antes de que pudiese volver a disparar, cayeron sobre él sus enemigos, arrojándolo al suelo y reduciéndolo.

—¡Pero si es un viejo! —exclamó Joan—. Fijaos en su nariz... parece un asirio.

—Mire sus rizos, también —dijo Sheldon, riendo.

El cautivo estaba aterrado. De acuerdo con sus ideas, ya sólo podía esperar la muerte. A pesar de ello, no se dejaba amedrentar por sus enemigos, y los miraba desafiante; hasta que sus ojos se posaron en Joan, la primera mujer blanca que veía en su vida.

—¡Demonio! Los salvajes comieron a ese joven—dijo Charley.

Lo dijo dándole tan poca importancia que Joan se giró tranquilamente para ver lo que llamaba su atención, y se encontró frente a la cabeza de Gogoomy. Era lo que habían visto suspendido entre el humo. Todavía estaba fresca, y de no haber sido por los ojos cerrados, toda la ruda hermosura y la salvaje virilidad que Joan había encontrado en él habrían aparecido ahora en aquella cabeza velada por la humareda.

El horror de Joan era indescriptible. Los negros de Poonga-Poonga, en cuanto vieron la cabeza, comenzaron a reír estrepitosamente. El destino de Gogoomy les divertía. En su intento de huida, había terminado cayendo en una trampa, perdiendo el juego. ¿Qué entretenimiento podía ser más placentero para ellos que aquel en el que unos bosquimanos terminaban por comerse a un hombre? Llevaban días sin oír nada parecido, a pesar de que algo semejante no era nada sorprendente para ellos. Gogoomy, como cualquier natural de la jungla, había vivido su vida cortando cabezas y perdiendo la suya, comiéndose hombres y convirtiéndose finalmente en comida.

Finalmente los salvajes pararon de reír, contemplando el macabro espectáculo con ojos brillantes y expresión glotona. Los tahitianos estaban impresionados, y Adamu Adam movía lentamente la cabeza, mascullando frases de disgusto. Joan estaba furiosa, pálida, como si tuviese una rosa roja en cada mejilla. Al disgusto había seguido la ira, y su gesto era el de una diosa vengadora. Sheldon comenzó a reír y dijo:

—No tiene por qué enfadarse. No olvide que fue él quien le cortó la cabeza a Kwaque, y se comió a uno de sus compañeros fugitivos. Sólo ha recibido su merecido: le han comido de la misma forma que él comió a otros.

Joan le miró, y sus labios temblaron como si fuese a decir algo.

—Y recuerde —añadió Sheldon— que es el hijo de un jefe, y tan cierto como que hay Dios, que los salvajes de su tribu querrán como compensación la cabeza de un blanco.

—¡Qué cosa más horrible y absurda! —exclamó Joan finalmente.

—...Y romántica—completó Sheldon.

Joan le dio la espalda sin contestar y se encaminó hacia el sendero; pero Sheldon estaba seguro de haber dado en el blanco.

—Fíjese en la espalda de ese hombre, cómo se va hinchando cada vez más —le dijo Charley a Sheldon señalando al salvaje de Poonga—Poonga a quien una flecha había rozado antes.

El negro gemía, sentado en el suelo; la cabeza le caía de los hombros y sólo conseguía sostenerla con penosos esfuerzos. Sheldon le había desinfectado la herida inmediatamente, inyectándole permanganato de potasa; pero a pesar de ello, la hinchazón continuaba aumentando rápidamente.

—Vendrá con nosotros hasta el lugar en que se encuentra Tudor —dijo Joan—. Caminar reactivará su circulación, y de esa forma se esparcirá el veneno. Ve con él, Adamu, y si notas que le entra sueño, pégale. Si se duerme está perdido.

El avance de los expedicionarios comenzó a hacerse cada vez más rápido a partir de aquel incidente. Charley colocó al prisionero por delante, obligándole a limpiar el camino de trampas y de obstáculos. Al llegar a un recodo del sendero, rodeado por la maleza de forma que cualquier caminante desprevenido se habría tropezado con una cortina de plantas que casi lo atravesaba, el indígena se movió con extraordinaria cautela para apartar a un lado las ramas, dejando al descubierto la afilada punta de un arpón, colocado de tal forma que como mínimo habría rozado el hombro de algún despistado.

—¡Arpón escondido como demonio...! —exclamó Charley.

Cogió el arma y le echó un vistazo. Después, bromeando, la esgrimió contra el cautivo simulando que se la iba a clavar, pero el salvaje retrocedió espantado. El arma estaba envenenada sin duda, y Charley la utilizó en adelante para espolear constantemente al prisionero, amenazando con clavársela.

El sol desapareció detrás de un pico, y un rápido atardecer sobrevino sobre aquella misteriosa y temible jungla, donde acechaba silenciosa y horrible la muerte y en la que impedaban los anhelos e instintos de la vida primitiva que se mueve en las penumbras ancestrales del hombre. Ni una brisa de aire penetraba por aquella silenciosa quietud sofocante; como si la atmósfera se hubiese ido envejeciendo en aquella tierra, olvidada por los vientos. Todos los cuerpos se hallaban empapados de sudor. Hería el olfato un espeso olor de vegetación podrida y de tierra negra, foco permanente de la fecundidad de la jungla.

Abandonaron el sendero para continuar en la dirección que Charley marcaba, arrastrándose a veces sobre el suelo húmedo, y trepando en ocasiones por los montones de chamarrasca que se levantaban hasta once pies del suelo. Finalmente llegaron a una gigantesca higuera de tremendas dimensiones, cuya copa debía de tener al menos medio acre de extensión, y que formaba dentro de la jungla una selva todavía más espesa con sus ramas. De las profundidades de aquella enmarañada espesura brotaba la voz de un hombre que cantaba.

—¡El amo está vivo! —exclamó Charley.

El canto cesó, y la voz de Tudor, muy frágil, preguntó quién era el que estaba ahí.

Joan contestó, y nuevamente pudieron escuchar su voz:

—No estoy delirando aún. Cantaba para animarme. ¿Traen algo de comer?

Cinco minutos después, Tudor se recostaba sobre unas mantas. Encendieron fuego, cargaron agua, colocaron la tienda de Joan, y Lalaperu deshizo los pertrechos para abrir unas latas de conserva. El rescatado, sin fiebre ahora, se encontraba completamente exhausto. Las picaduras de los mosquitos le habían deformado el cuerpo de tal forma, que era una cosa de fe creer que fuese él. Joan, que estaba bien provista de toda clase de pomadas, le

hizo algunas aplicaciones con paños calientes, y Sheldon, que iba y venía preparando al campamento para pasar la noche, sentía el mordisco de los celos cada vez que las manos de la joven se posaban sobre el rostro del enfermo. Sin que pudiese explicar por qué, ya no le parecían aquéllas las manos de un muchacho, colocando los vendajes, sino las de una mujer, y sonrió ante la posibilidad de que alguna vez se arriesgase a dormir sin mosquitero, únicamente para que Joan tuviese que aplicarle aquellos unguentos balsámicos al día siguiente.

25. CAZADORES DE CABEZAS

Aquella noche prepararon el plan del día siguiente. Tudor permanecería en el refugio de la higuera, para irse recuperando hasta el regreso de los expedicionarios, que debían continuar mientras quedase alguna probabilidad de rescatar a algún superviviente de la última expedición. Joan insistió en acompañarlos, sin que sirviesen de nada los argumentos de sus dos amigos blancos para convencerla de que permaneciese en aquel escondite. Colocaron como guardianes del enfermo a Adamu Adam y Arahú. Este último cojeaba después de que se le hubiese clavado en el pie un abrojo oculto entre la hierba del sendero. Evidentemente, no era fatal el veneno de los bosquimanos, ya que el herido de Poonga-Poonga, a pesar de que la inflamación de la espalda había llegado a un punto increíble, comenzaba a mejorar, mientras la inflamación iba cediendo. Él también permanecería junto a Tudor.

Charley seguía yendo al frente, pero no delante de todos, porque el miedo a las flechas traidoras le hacía empujar siempre a la cabeza al salvaje capturado. El sendero proseguía hacia delante, entre la humedad de la hierba y la intrincada espesura de la jungla, que hacía difícil y penosa la marcha. Estaba claro que no se encontrarían con los poblados de los salvajes hasta que llegasen a un terreno firme y despejado. Eran casi náufragos, luchando contra las altas olas de tan prodigiosa vegetación. A cada instante les cerraba el paso una muralla de árboles colosales, que trenzaban en un delirante abrazo sus gruesas y nudosas ramas, o las dejaban caer hasta el suelo como si fuesen terribles serpientes que sostuviesen una lucha titánica. Por todas partes se encontraban plantas de tallos jugosos y de hojas trasudantes mayores que un hombre. Otras veces se tropezaban con una higuera de Bengala semejante a un arrecife que rechazara aquellas olas vegetales, y tras el cual la oscuridad de la jungla se hacía densa y definitiva. Helechos, musgos y un sinfín de especies parásitas peleaban por exhibir su desarrollo de rica coloración carnosa, y el propio ambiente mostraba un irisado cendal donde, maravillosas e intangibles, se movían sombras en medio de una luz suave y prodigiosa, como polvo de gemas, que alumbraba la trémula pelusa flotante. Orquídeas de un dorado pálido y de color sangre desplegaban sus morbosos colores entre los rayos de sol que se filtraban por la rústica bóveda natural. La selva se transformaba en un silencioso sepulcro; nada se movía en ella excepto las avicilas de aleteos breves y esporádicos, sin un solo gorjeo, y con colores apagados que recordaban orquídeas aladas, y que acrecentaban el misterio.

Sorprendieron a un salvaje entre las ramas de un árbol, y a una altura de quince pies. Todos pudieron verle saltar de rama en rama, sujetándose con rodillas y manos, completamente desnudo, y que saltaba como una sombra sobre el sendero. No podían creer que fuese realmente un hombre, sino más bien una aparición sobrenatural, un duende de la

jungla. El único que supo reaccionar a tiempo fue Charley, que lanzó un dardo envenenado contra el salvaje que huía. Fue un buen disparo, a pesar de lo cual el fugitivo logró esquivarlo, saltando de bruces hacia un lado. Pero antes de que se levantase de nuevo, Charley había caído sobre él y le sujetaba por el pelo, que parecía canoso. Se trataba de un joven natural de las montañas, que se pintaba la cara y blanqueaba sus cabellos con ceniza, atravesando sus narices con una cola de cerdo, de la misma forma que hacía con sus orejas. También llevaba un collarín hecho de falanges de dedos humanos. Al ver al otro prisionero comenzó a gritarle con voz estridente, frunciendo el ceño y mostrando en sus ojos una mirada salvaje. Los negros de Poonga-Poonga le ataron con una cuerda y comenzaron a tirar de él.

El camino seguía su ascensión saliendo de aquella bruma que, ocasionalmente, removía de nuevo el fondo de vegetación, pero que poco a poco iba trepando por la vertiente, superando un cerro, más elevada a cada momento, en el punto donde los árboles vencían a los matorrales, y se iba abriendo progresivamente a la claridad del cielo.

—¡Todos quietos! —exclamó Charley en un susurro.

De las alturas les llegaba el sordo redoble de un tambor, pero en la alegría con que lo tocaban no encontraron ninguna señal de alarma ni nada parecido. Se encontraban frente a un poblado. Podían escuchar el canto de los gallos, voces de mujeres que discutían y, también, el llanto de un niño. Caminaron por una senda muy pisoteada y tan empinada, que tenían que pararse con frecuencia para recuperar el aliento. Nunca se ensanchaba aquel sendero, y las lluvias y pies de varias generaciones habían ido ahondando algunos de sus tramos.

—Un hombre con un rifle puede hacerse con la situación —le dijo Sheldon a Joan al oído.

Al llegar al poblado, que había sido levantado sobre una meseta cubierta de hierba, fueron recibidos por un coro salvaje de gritos de alarma. Las mujeres salieron de las chozas y corrieron aterradas hacia la jungla, arrastrando a su paso a todos los chiquillos que encontraban. Al mismo tiempo, una lluvia de lanzas y flechas recibió a los invasores. Sheldon ordenó a los guerreros de Poonga-Poonga que disparasen sus rifles. Inmediatamente cesaron las hostilidades, porque los salvajes se perdieron entre la espesura, dejando atrás seis muertos y arrastrando también a algunos heridos. Los tahitianos y los negros de Poonga-Poonga, enardecidos por aquella rápida victoria que ni siquiera había producido una baja entre sus filas, querían perseguir a los bosquimanos. Sheldon se lo impidió, sin embargo, sorprendido de que Joan aprobase su decisión, ya que había visto a la joven durante la batalla, pálida y decidida como una espada justiciera, y con un brillo de diosa vengadora en sus ojos.

—¡Pobres salvajes! Lo único que hacen es actuar conforme a su naturaleza —exclamó Joan—. Comerse a sus enemigos y cortar sus cabezas es para ellos la cosa más normal del mundo.

Aun así, tenemos que enseñarles a respetar la cabeza de un hombre blanco —replicó Sheldon.

—Es cierto.

—Si encontramos una sola cabeza de hombre blanco, quemaremos el poblado. ¡Eh, Charley! ¿Dónde suelen colocar las cabezas?

—Imagino que estarán en la choza del hechicero; es esa grande de ahí: la casa del demonio.

Era, en efecto, la choza más grande del poblado, exageradamente adornada con esteras de tejidos multicolores en los que habían sujetado monstruosas cabezas de hombres y animales. Pasaron entre las cabañas abandonadas y llegaron al santuario, de cuyas vigas colgaban racimos de plantas para espantar los malos espíritus. A ambos lados había hileras de tótems de rústica talla, e ídolos consistentes en un leño sin forma rodeado de esteras podridas. El aire era irrespirable en su interior, impregnado de miasmas y emanaciones corruptas de pedazos de pescado, y cráneos de perros y de cocodrilos.

En el centro, sentado en cuclillas frente a una hoguera que humeaba sobre las cenizas de miles de fuegos apagados, un hombre miraba, imperturbable, a los intrusos. Era tan anciano, que su arrugada piel le caía formando pliegues; sus manos parecían garfios de hueso, y su cabeza semejava una enorme calavera. Su misión debía de ser la de conservar vivo el fuego, porque mientras observaba a los recién llegados no paraba de echar más leña al fuego. Sobre la columna de humo, los expedicionarios encontraron las cabezas que buscaban. Joan, incapaz de soportar aquella visión, salió arrastrándose, tan rápido como se lo permitieron sus piernas, y buscó ansiosamente algo de aire y de luz para no morir.

—Fijaos en que estén todos —gritó desde el exterior. Sheldon se encargó de la desagradable tarea de contar las cabezas. Estaban las cabezas de los nueve blancos que había conocido cuando acamparon en el patio de su casa de Beranda. Charley le ayudó a identificarlos, dándoles vueltas y mostrando las señales de los hachazos. Para los de Poonga-Poonga, aquel espectáculo no tenía nada de extraordinario, mientras que los indígenas tahitianos mostraban la repugnancia de siempre, con sus murmullos de protesta e indignación. Matapuu, no pudiendo dominar su rabia, se lanzó de un salto sobre el viejo salvaje, y lo derribó de una patada en las costillas. El viejo lanzó un grito en demanda de auxilio, y cayó de bruces sobre las cenizas, donde se quedó temblando, esperando que lo rematasen.

Encontraron otras cabezas, perfectamente desecadas al sol o ahumadas. Todas, excepto dos, pertenecían a blancos. Sheldon supuso que se trataba de dos jefes de tribus rivales. La atmósfera allí dentro era capaz de acabar con la salud más férrea, a pesar de lo cual se decidió a esperar mientras Charley continuaba buscando.

—He visto mujer negra, he visto mujer blanca—dijo el indígena—, pero no conozco esta cabeza. ¿Cómo se llama?

Sheldon echó un vistazo. Vieja y descarnada, ennegrecida por años y años de humo, reducida y momificada, no había duda sin embargo de que se trataba de la calavera de una mujer china. ¿Cómo había llegado hasta allí? Era todo un misterio. Era sin duda una cabeza de mujer, a pesar de que él nunca había oído mencionar a ninguna mujer china en las Islas Salomón. De sus orejas pendían unos adornos de dos pulgadas de largo, y cuando Charley, a orden de Sheldon, les quitó la capa de suciedad producida por el humo y el polvo, apareció el brillo de una perla, y el vivo reflejo del oro de Oriente. La otra cabeza

había pertenecido a un hombre blanco, a juzgar por el largo y rubio bigote que adornaba sus labios.

Sheldon ordenó a Charley que le quitase los pendientes a la cabeza, y ordenó a los guerreros de Poonga-Poonga que arrastrasen fuera de la choza al salvaje. Después de que todos hubieron salido, le pegó fuego a la casa. Enseguida ardió el resto de las chozas, delante del viejo sacerdote, quien, inmóvil en aquella soleada plaza, contemplaba atónito la destrucción de su poblado.

Desde otros puntos de las montañas, llegaron los redobles de tambores y los sonidos de caracolas que anunciaban la invasión; pero Sheldon no podía arriesgarse con tan escasas fuerzas a una guerra que ya nada le importaba, después de haber cumplido su misión, especialmente teniendo en cuenta lo dura y difícil que iba a ser la retirada que tendrían que emprender por el territorio de aquellos bosquimanos cazadores de cabezas. Liberó a los dos cautivos, que comenzaron a correr como gamos asustados, y regresó con su expedición al tormentoso mar de la jungla.

Joan iba delante de Sheldon, silenciosa y agotada por la emoción, después de todo lo que había visto. Sólo después de media hora de marcha se giró, mirándole con una amarga sonrisa para decirle:

—He perdido definitivamente las ganas de visitar a los cazadores de cabezas. Es toda una aventura, lo reconozco, pero supera con mucho mis sueños románticos. En el futuro, me conformaré con recorrer a caballo la plantación, o con reflotar, si puedo, otro barco. Pero los bosquimanos de Guadalcanal pueden estar seguros de que no me volverán a ver. ¡Ya tengo pesadilla para muchas noches! ¡Qué animales!

Al anoecer alcanzaron el refugio en que les esperaba Tudor, quien, a pesar de que se encontraba mucho mejor, tuvo que ser llevado en camilla el resto del trayecto. La hinchazón de la espalda del salvaje de Poonga-Poonga iba disminuyendo paulatinamente, aunque Arahú todavía cojeaba con su pie herido por el abrojo envenenado.

Dos días más tarde se reunieron con los botes en Carli, y al mediodía de la tercera jornada llegaron finalmente a Beranda. Joan, con un largo suspiro, se quitó el revólver y lo colgó del clavo de la sala. Sheldon, que esperaba ansiosamente cualquier gesto de alegría de la joven, después del feliz regreso a casa, respiró satisfecho. Sin embargo, aquel final de la expedición de rescate no significó para él un auténtico motivo de alegría, puesto que Joan se convirtió en la enfermera de Tudor, y se pasaba casi todo el tiempo en la galería, donde el enfermo descansaba sobre la hamaca, protegido por un mosquitero.

26. EL ULTIMÁTUM

Durante los diez días que Tudor permaneció convaleciente, reinó la tranquilidad en Beranda. Los trabajos de la plantación iban perfectamente. Cualquier asomo de sublevación parecía haber desaparecido con el escarmiento de Gogoomy y sus compinches. Veinte trabajadores negros que habían terminado su contrato fueron repatriados en la *Martha*, y los demás demostraban excelentes cualidades para el trabajo, bajo el trato bondadoso que tenían. Mientras recorría la plantación, Sheldon meditaba sobre los beneficios que le debía a Joan: los trabajadores de Poonga-Poonga eran magníficos; frutas y verduras amenizaban sus comidas; la *Martha*, arrebatada al mar por una limosna, comenzaba a dar sus

frutos a pesar de la lentitud con que la gobernaba Kinross, y Beranda, salvada de la quiebra, veía acercarse el día de los frutos, engrandecida cada día que se talaban los árboles de la selva, se desbrozaban los matorrales y se plantaban cocoteros.

Por todo ello sentía Sheldon una enorme deuda con Joan, autora de aquella prosperidad material; esa esbelta joven de adorable mirada en la que se reflejaban las ansias de aventura, y que había alcanzado aquellas costas acompañada de sus fornidos tahitianos, y entrado en su casa de la forma más decidida, para colgar su revólver y su sombrero del clavo de la sala de billar. Se olvidaba enseguida de cualquier contratiempo, con sólo recordar sus encantos y dulzura, ensalzando precisamente lo que menos le había gustado al principio: su carácter infantil, su espíritu aventurero, su costumbre de desafiar el peligro de los tiburones cada vez que iba a nadar, su amor al mar y a los barcos, sus ganas de ir en busca de nuevos trabajadores para la plantación, su voz autoritaria cuando iba en el bote, con la mecha en una mano y el cartucho de dinamita en la otra, de pesca en el Balesuna; su inocente desprecio por cualquier convencionalismo, su amor de pájaro a la libertad más absoluta, y su loca pasión por la independencia. Ahora le resultaba agradable todo esto, y ya no quería someterla ni dominarla, a pesar de que, paradójicamente, todavía quisiera vencer su resistencia.

En ocasiones, recordando todo aquello mientras paseaba a caballo por la plantación, su alma se embriagaba de sentimientos amorosos, detenía su montura y, cerrando los ojos, evocaba a Joan tal y como la vio por primera vez: erguida en el bote zarandeado por el oleaje, saltando sobre la arena de la playa y subiendo decidida a la casa para decir que no le parecía nada hospitalario permitir que unos extranjeros se hundiesen o quedasen a merced de las aguas precisamente frente a su casa, y cuando abría los ojos y espoleaba a su caballo, pensaba por enésima vez cómo sería posible que él lograra darle caza, siendo ella tan esquiva como un pájaro que huye, y que levanta el vuelo cuando parecía a punto de ser capturado.

Estaba claro que Tudor también le tenía un gran afecto a Joan. Aunque agotado y tembloroso, se arrastraba desde la galería hasta la mesa con el único fin de conversar con sus huéspedes durante el almuerzo. La primera noticia de su interés por Joan la tuvo Sheldon cuando, curado finalmente, Tudor dejó de molestarle con su cháchara y sus ocurrencias. Su silencio le recordaba esa ruptura de relaciones que precede a la batalla; y una vez despertada esa sospecha, Sheldon no tardó mucho tiempo en ver que estaba sobradamente justificada. Tudor, siempre que estaba Joan delante, intentaba divertirla y fascinarla relatóndole los más fantásticos capítulos de su vida. Muchas veces, después de su visita matinal a las plantaciones, Sheldon los encontraba juntos en la galería; él hablando con todo entusiasmo, y ella intentando no perderse ni una coma de aquellas historias de aventuras en exóticos países.

Sheldon se dio cuenta de que aquel hombre examinaba a la muchacha con miradas de codicia y cierta expresión despectiva, llegando a la conclusión de que no era digno de Joan, ni por supuesto capaz de hacerla feliz, ya que ella era demasiado sensible como para enamorarse de un hombre superficial. Estaba convencido de que tarde o temprano diría algún disparate que terminaría dando al traste con todas sus ambiciones amorosas. Por otro lado, con ese temor característico de los enamorados, Sheldon recelaba que Tudor, en lugar de fracasar en su empeño, tuviese éxito y lograra conquistar a Joan con malas intenciones. Pero de una cosa estaba convencido: aquel hombre no conocía íntimamente a

la joven, ni sabía lo arraigado que estaba en ella el deseo de independencia; y por ese motivo fracasaría en cuanto intentase someterla a sus deseos. Sin embargo, había una mancha negra dentro de aquella certeza: ¿Y si se había equivocado respecto al carácter de la muchacha? ¿Y si Tudor, después de todo, no actuase de aquel modo?

La situación siempre resultaba para él demasiado molesta, porque le había tocado el papel más difícil: el de espectador. Mientras tanto, su rival desplegaba libremente todos sus esfuerzos en busca de su presa. Tudor había terminado colocándose en una posición perfecta para ser un fastidio. Había roto tácitamente cualquier tipo de relación con Sheldon; era un intruso al que ya no le quedaba nada que hacer en Beranda, y una vez recuperadas sus fuerzas, tendría que haberse despedido de ellos. Pero, en lugar de eso, y a pesar de los avisos que hizo un vapor que pasaba por allí en dirección a Sydney, Tudor se había instalado lo más cómodamente que había podido, y volvió una vez más a nadar y pescar con Joan, pasando las horas muertas a la caza de palomas, preparando cepos para atrapar cocodrilos y entrenándose en el tiro al blanco con su pistola y su fusil.

A pesar de todo, el arraigado espíritu de hospitalidad que tenía Sheldon le impedía la menor alusión a su huésped, por la cual éste pudiese comprender que había llegado la hora de irse. Esa misma delicadeza le impidió cualquier tentación de avisar a Joan, ya que él era como un intruso en medio de su juego. Aunque hubiese notado una falta que hubiese supuesto un descrédito para su adversario, se habría resistido a utilizarla para beneficio propio. Lo peor es que ni siquiera existían aquellas faltas. Su posición llegaba a resultar tan desventajosa que a veces se sentía relegado y humillado, e intentaba sobreponerse pensando que la antipatía que le inspiraba Tudor obedecía a sus estúpidos celos y prejuicios.

Exteriormente, Sheldon se mostraba tranquilo y alegre. El trabajo continuaba sin descanso. La *Martha* y el *Flibberty-Gibbet* iban y venían, como muchas otras goletas que recalaban en Beranda en espera de vientos favorables, y cuyos capitanes aparecían por allí para tomar un trago o jugar una partida de billar. *Satanás* se había perfeccionado en su habilidad para alejar a todos los negros del patio de la casa. Boucher seguía visitándole todos los domingos. Un par de veces al día se reunían Sheldon, Joan y Tudor: para almorzar y cenar, y pasaban muchas tardes en la galería, como buenos amigos.

Hasta que ocurrió lo más previsible. Tudor cometió una estupidez. No fue capaz de comprender en profundidad el carácter de Joan, su ciega aversión hacia todo lo que significase cualquier forma de sumisión, su aborrecimiento a ser mandada por nadie; y confundiendo el encendido entusiasmo con que escuchaba las palabras de su último relato con una muestra de cariño, le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia sí. Por si aquel error no fuese suficiente, tomó su inmediata rebeldía por una mera ostentación de pudor, e insistió en someterla por la fuerza a su deseo. Aquello tuvo lugar en la galería. Sheldon se encontraba en el interior de la casa repasando el catálogo de mercancías y anotando algunas instrucciones para el cargamento del día siguiente. Repentinamente le hizo levantar la cabeza una exclamación de Joan, seguida del estallido de una mano al explotar sobre el rostro. Joan se había zafado de aquel abrazo grosero y, dando un paso hacia atrás, había respondido al agravio con una formidable bofetada.

Sheldon se levantó rápidamente; pero, refrenando su impulso, se sentó de nuevo. Ya se había tranquilizado completamente cuando apareció Joan en la puerta, sujetándose un

brazo con la mano, y con los pómulos encendidos destacando de su rostro lívido, recordando a Sheldon precisamente el primer arrebato de furia que había conocido en ella.

—Me ha hecho daño en el brazo —dijo la joven, como respondiendo a su interrogadora mirada. Sheldon no pudo evitar una sonrisa. Era tan propio de ella, tan propio de su carácter de adolescente entrar corriendo para protestar por el daño recibido. Estaba claro que no era una mujer habituada a tratar con hombres. Al oírla quejarse por el dolor de su brazo, cuando todavía flotaba en el aire el estampido de su bofetada, Sheldon volvió a sonreír.

Aquella sonrisa convenció a Joan de la inutilidad de esconder la causa de su queja, y la sangre de todo su cuerpo pareció acudirle inmediatamente al rostro. Nunca la había visto Sheldon tan hermosa. Su ira se veía avivada por la vergüenza y el pudor.

—Él..., él... —intentó justificar tanta rabia; pero repentinamente se giró y salió corriendo, desapareciendo por la otra puerta.

Sheldon se sentó para meditar. Aquello le había enfadado mucho, y cada vez que pensaba en lo que debería haber ocurrido, se enojaba más. Lo que le habría hecho gracia con cualquier otra mujer, le molestaba sobremanera con Joan. ¡Qué locura, intentar besarla por la fuerza! Querer robar un beso al pie de una escalera ya era algo divertido; pero si la mujer en cuestión era Joan, aquella comedia se convertía en un sacrilegio. Era necesario no tener el menor cerebro para hacer algo así. Sheldon se sentía además ofendido, como si hubiesen intentado robarle algo que era suyo, y en sus celos de enamorado le daba una rabia infinita aquel atrevimiento.

Así era como se encontraba, cuando retumbó con estrépito la puerta de la galería, que acababa de abrir Tudor de un puntapié, para irrumpir en la sala y detenerse furioso ante Sheldon.

—¡Muy bien, ya me dirá usted! —exclamó desafiante.

Sheldon se quedó sorprendido ante aquellas desafiantes palabras, pero decidió mantener la calma y, como si le estuviese esperando, respondió:

—Espero que esto no se repita. No es necesario que le diga lo feliz que me sentiré cuando consiga poner a sus órdenes una de mis embarcaciones, para que le traslade a Tulagi.

—¡Ésa no es la solución! —contestó Tudor.

—No entiendo —dijo Sheldon sencillamente.

—No entiende porque no quiere.

—Lo único que está claro —prosiguió Sheldon sin alterar su tono firme y sereno— es que está usted exagerando este fracaso, dándole más importancia de la que tiene.

Tudor hizo un gesto de burla.

—Es evidente que es usted quien exagera, al invitarme a dejar Beranda; como si aquí no hubiese lugar para ambos. Muy bien, pues seré yo quien le diga que, en efecto, las Salomón son demasiado pequeñas para los dos, y que hemos de solucionar esto sin demora. Ahora mismo.

—Concedo que esas fanfarronadas encajan muy bien con su carácter—prosiguió Sheldon sin alterarse—; aunque no veo por qué debe utilizarlos conmigo. Sin duda no querrá usted que peleemos.

—Eso es exactamente lo que quiero.

—¿Por qué motivo?

Tudor le miró despectivamente.

—No es de extrañar que cualquier pueda cortejar a su mujer—dijo.

—Yo no estoy casado —atajó Sheldon.

—Pues debería casarse. Esta situación es inmoral. Por lo menos debería casarse con ella, tal y como yo estoy dispuesto a hacerlo con el mayor placer.

Sheldon notó cómo comenzaba a hervirle la sangre.

—Usted... —comenzó, dispuesto a decir una salvajada, pero logró dominarse a tiempo y dijo—: Será mejor que demos por cerrado el asunto. Se lo aconsejo. Cuando se tranquilice no querrá quedarse más tiempo en mi casa, después de todo lo que ha dicho. Beba algo para calmarse, y mientras echa un trago voy a mandar que pongan su bote en el agua. Esta noche, a las ocho, estará usted en Tulagi.

Se fue hacia la puerta para hacer realidad sus palabras, pero Tudor le agarró por el brazo y le obligó a volverse.

—Escuche, Sheldon: ya le he dicho que las Salomón son demasiado pequeñas para ambos, y lo mantengo.

—¿Debo entender eso como una oferta para comprar Beranda? —preguntó inalterable Sheldon.

—Insisto en que quiero pelea.

—¿Y por qué demonios iba a luchar contra usted? —preguntó Sheldon cada vez más enfadado ante la testarudez de su contrincante—. ¿Qué resentimiento puede tenerme? Nunca me he atravesado en su camino. Usted es mi invitado. Miss Lackland es mi socia. Sólo porque intentó cortejarla sin éxito, ¿tiene que pelearse conmigo? Estamos en pleno siglo XX, amigo mío, y los duelos ya estaban pasados de moda cuando usted y yo nacimos.

Tudor prosiguió, con absoluta insolencia:

—Usted me ha insultado al echarme de su casa, y ahora tiene la caradura de preguntarme por qué busco pelea. No soy yo el pendenciero. Fue usted quien empezó, y yo quien va a terminarlo.

Sheldon, sin dejar de sonreír, encendió un cigarrillo.

—No hay pelea que valga. Para pelear es necesario que dos personas quieran, y yo me niego a participar en semejante estupidez.

—Insisto en que fue usted quien comenzó. Yo he entrado en su gallinero, y usted ha querido deshacerse de mí. La vida era muy feliz para ustedes dos antes de que llegase, y ahora, está claro, tiene celos, eso es: celos, y desea que desaparezca. Pero no me iré.

—De acuerdo. Quédese si quiere. No vamos a pelear por eso. Instálese todo lo cómodamente que pueda y quédese aquí un año, si le apetece.

—No si ella es su mujer —prosiguió Tudor como si no le hubiese oído—. Un hombre tiene todo el derecho a cortejarla... Bien; quizá fue un error por mi parte, muy comprensible debido a mi ignorancia. Debí haberme dado cuenta desde el principio, creyéndome todas las habladurías de la costa, las murmuraciones de Tulago y Guvutu.

Sheldon comenzó a irritarse hasta tal punto, que se le nubló la vista y le dio la impresión de que Tudor bailaba delante de él; pero todavía logró mantener una aparente calma y recuperarse.

—Haga el favor de no mencionarla para nada.

—¿Y por qué no? —estalló su rival—. Ustedes dos estaban de acuerdo en hacerme representar el papel de idiota. Ambos se relacionan con decencia, por eso ¿cómo podía saber que todo era apariencia? Pero ahora lo veo todo claro, después de que ella representase el papel de doncella ultrajada, que corre en los brazos de su amante. No puede haber una prueba mayor de todo lo que se murmura en la costa. De modo que socios, ¿eh?... ¡Créaselo usted!

Sheldon no logró aguantar por más tiempo. Sin el menor arrebato en sus actos, como si lo hiciese con completa conciencia, dio un paso hacia atrás y lanzó su puño con toda su alma. Tudor, alcanzado en la barbilla, se derrumbó sobre el suelo, tirando al suelo una silla con el peso de su cuerpo. Se incorporó pesadamente, sin mostrar la menor indignación.

—¿Peleará ahora? —preguntó sombrío.

Sheldon comenzó a reír espontáneamente, porque aquella escena se le antojaba demasiado ridícula para alguien como él. Hizo un gesto, como si fuera a golpearle de nuevo, y Tudor, pálido, con los brazos extendidos a todo lo largo del cuerpo, no ofreció la menor resistencia.

—No estoy hablando de una pelea a puñetazos —dijo tranquilamente—, sino de una lucha a vida o muerte. Usted es un buen tirador de pistola y de fusil, y yo también. Podemos, por lo tanto, arreglarlo de esta forma.

—Usted ha perdido el juicio.

—No, no estoy loco —contestó Tudor—, pero sí enamorado, y de nuevo le invito a que arreglemos nuestras diferencias por medio de las armas. escoja usted.

Por primera vez, Sheldon se le quedó mirando completamente en serio, preguntándose que clase de arrebato podría haberle taladrado el cerebro para que actuara de aquella forma.

—Sin duda olvida que esa forma de proceder no es propia de nuestra época —le advirtió.

—A usted le parecerá de lo más normal después de lo que me ha hecho. Hoy pienso matarlo.

—¡Vaya sarta de estupideces! —replicó Sheldon, que comenzaba a perder la tranquilidad bajo la serena apariencia en que intentaba mantenerse—. ¡Idioteces! ¡Nada más que idioteces! Las personas de nuestros días ya no se batían en duelos. Eso es prehistórico, amigo mío.

—En el caso de Joan...

—Ya le he pedido por favor que no la nombre —le avisó Sheldon.

—No lo haré, siempre que usted acepte retarse conmigo.

Sheldon levantó los brazos, irritado.

—Como le digo, en el caso de Joan...

—¡Ya me estoy hartando! —exclamó Sheldon.

—Puede pegarme durante todo el día si le apetece, pero no por ello cerraré la boca. Puede tirarme al suelo, pero en cuanto me levante, volveré a hablar de Joan. ¿Peleará usted ahora?

—Escúcheme, Tudor—dijo Sheldon con un esfuerzo supremo—: No suelo aguantar a nadie ni siquiera la décima parte de lo que le estoy aguantando a usted.

—Pues prepárese para aguantarme más —replicó Tudor desafiante—. Le repito que tendrá que aceptar el reto. Voy a darle la mejor oportunidad imaginable para que me mate, pero le aviso que antes de que se haga de noche le habré matado yo, si no la acepta. No hay civilización que valga. Nos encontramos en las Islas Salomón, y no hay lugar mejor que éste para hacer una proposición tan primitiva y simple como esta. El rey, la ley y el orden se hallan representados por el comisario de Tulagi y algún cañonero que aparece ocasionalmente. Dos hombres y una mujer tienen un problema tan antiguo como usted quiera, y vamos a solucionarlo, por ese motivo, de la forma más primitiva imaginable.

Sheldon se dio cuenta, al escucharle, de que realmente había un fondo de verdad en la vida aventurera de aquel individuo, empeñado en llevar a cabo un duelo contra él. Sólo un sujeto como ése era capaz de correr tan increíbles aventuras.

—Sólo hay una forma de hacerme callar —continuó diciendo—. No puedo ofenderle personalmente, ya me he dado cuenta; porque usted es demasiado inteligente o demasiado cobarde, o ambas cosas como para eso... Pero puedo repetirle las murmuraciones de la costa... ¡Ah! Veo que le duele, ¿me equivoco? Muy bien; en ese caso le diré lo que se piensa por ahí de esa muchacha que corretea por la plantación haciéndose pasar por su socia.

—¡Basta! —gritó Sheldon, que volvía a perder el control de sí mismo—. Si quiere usted un duelo, lo tendrá. Pero su sentido común y el miedo a hacer el idiota regresaron a él, y añadió:

—¡Pero es una idea descabellada, completamente absurda!

—De modo que Joan y David son... ¿socios? ¡Je, je! —rió Tudor provocándole.

—¡Está bien! ¡Aceptaré lo que quiera, pero cállese! —exclamó Sheldon—. Nunca vi a un loco más apegado a su locura. ¿Y qué clase de duelo quiere? Aquí no tenemos padrinos. ¿Qué armas utilizaremos?

La expresión valiente y simiesca que tenía hasta ese momento el rostro de Tudor desapareció al momento para dar paso al frío dominio de sí mismo, característico del hombre de mundo.

—Siempre me ha parecido que el reto ideal debería ser muy diferente del que establecen las costumbres —dijo—. Yo me he batido en duelo varias veces, y...

—¿Duelo a la francesa? —atajó Sheldon.

—Llámelo como quiera. Pero el mejor duelo imaginable es como le voy a explicar ahora. Por lo pronto, nada de padrinos ni testigos. Sólo son necesarios los dos luchadores, con poder para utilizar las armas que quieran: la pistola, el fusil, e incluso la dinamita, si llega el caso. Se colocan a una milla de distancia, y avanzan uno contra otro aprovechando todas las ventajas que puedan. Es válido esconderse, parapetarse, retroceder, emboscarse... todo sirve. En una palabra, son como dos enemigos que se diesan caza mutuamente.

—¿Como salvajes?

—Exactamente —contestó Tudor satisfecho; y añadió—: Ahora estamos de acuerdo. El campo de batalla habrá de ser Beranda, y esta hora es la mejor. Miss Lackland está durmiendo su siesta y pensará que nosotros dormimos también. Todavía tardará dos horas en despertarse, de modo que vamos. Usted vendrá desde el Balesuna y yo lo haré desde el Beranda. Ambos ríos limitan la plantación, de forma que ninguno de los luchadores podrá sobrepasar estas líneas. ¿De acuerdo?

—Completamente. ¿Tiene algún impedimento en que dé algunas instrucciones previas?

—En absoluto —accedió Tudor, perfecto caballero una vez que se atendían sus deseos.

Sheldon llamó al criado, y le mandó que llamase a Adamu Adam y a Noa Noah.

—Atended—les dijo, en cuanto se presentaron frente a él—: Este hombre y yo vamos a tener una gran batalla. Es posible que él muera, y también lo es que muera yo. Si muere él, no habrá problemas; pero si muero yo, quiero que vosotros dos cuidéis de missie Lacklanna. Tomad un fusil cada uno y vigiladla día y noche. Si ella quiere hablar con Tudor, no hay problema; pero si no quiere hablar con él, vosotros se lo impediréis. ¿Habéis entendido?

Ellos asintieron con la cabeza, y gruñeron. En sus prolongadas relaciones con hombres blancos, habían aprendido a no meterse en sus asuntos ni a discutir una orden, y si a aquellos dos jefes blancos les parecía bien matarse a tiros, no eran ellos quienes para molestarles. De modo que se fueron hasta el almacén, y se armaron con un rifle cada uno.

—Lo mejor sería que todos los tahitianos tuviésemos rifle —señaló Adamu Adam—. Puede que nos resulten necesarios.

—De acuerdo. Cogedlos vosotros mismos —dijo Sheldon, preocupado en escoger las municiones para el duelo.

Los tahitianos aparecieron en la galería y bajaron la escalera llevándose ocho rifles a sus chozas. Tudor, armado con un montón de cartucheras y un rifle, esperaba impaciente.

—Vamos, apresúrese, que va a oscurecer en cualquier momento —apremió al ver que Sheldon buscaba mas cargadores para su pistola automática.

Bajaron uno al lado del otro, y después de atravesar el patio salieron al campo por la puerta trasera. Allí se dieron la espalda para encaminarse cada uno hacia su destino, alejándose con el rifle colgado del hombro: Tudor hacia el Beranda, y Sheldon hacia el Balesuna.

27. UN DUELO AL ESTILO MODERNO

En cuanto Sheldon llegó a la ribera del Balesuna, escuchó en la distancia el ruido de un disparo, que era el aviso que Tudor le daba de que también él había llegado a su destino, y comenzaba ahora a buscarle. Sheldon replicó con otro tiro, y avanzó a su vez. Caminaba como un sonámbulo, sin darse perfecta cuenta de lo que estaba haciendo y dirigiéndose hacia la playa. Aquello le parecía tan absurdo que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para comprender que era real, recordando la acalorada discusión con Tudor e intentando encontrar algún resquicio de sentido común en lo que estaba haciendo en ese momento. No tenía el menor deseo de matar a Tudor. Ni siquiera sus fracasados galanteos con Joan eran motivo para quitarle la vida. Es verdad que aquel sujeto había ofendido a Joan con sus constantes alusiones, que le habían valido además el puñetazo que él mismo le había dado; pero, después de aquello, no había ninguna razón para querer matarlo.

Avanzaba sumido en aquellas reflexiones, cuando se dio cuenta de repente de que Tudor no estaba en la playa. Según lo acordado, debía avanzar parapetándose en los árboles. Sheldon se dirigió hacia la izquierda, en busca de aquella protección, y justo en ese momento sonó un disparo que levantó algo de arena frente a él, despertándole a la realidad del duelo, por absurda que ésta fuese. Aquella bala había sido dirigida sin duda contra él. Aun así, todavía le resultaba difícil creerlo. Contempló aquellos árboles familiares y el mar ligeramente revuelto, en el que una embarcación venía de Tulagi y se dirigía hacia Beranda. Un caballo pastaba en la pradera cerca de allí, y Sheldon se preguntó dónde estarían los demás. Su mirada reparó en el humo que ascendía en el lugar donde se curaba la copra, y vagó después por las chozas de los trabajadores, por el almacén de útiles de labranza, por las barcas amarradas en la costa, por el *bungalow*, y finalmente se detuvo en la choza donde vivía Joan, situada en un rincón del patio.

Escondiéndose detrás de los árboles, continuó avanzando, y, al comprender que si Tudor hubiera avanzado al mismo paso que él ya se habrían encontrado, supuso que su rival estaría dando un rodeo. Era difícil saber dónde se encontraría ahora. Las hierbas altas comenzaban junto a los árboles que, formando un ángulo recto, sólo le dejaban ver una estrecha avenida. Su enemigo podía venir por la derecha o por la izquierda de la misma, y podía tenerlo tanto a cien pies de distancia, como a media milla. Sheldon caminaba sin detenerse, pensando que los duelos de la antigüedad eran mucho menos complicados, y cien veces mejores que aquel interminable ejercicio de escondite y espionaje. Se decidió a dar un rodeo, también, con la intención de salir al encuentro de Tudor, y repentinamente, sin haber localizado su rastro, se encontró en medio de un claro en el que la hierba no le llegaba a la cintura, y por lo tanto no le escondía ni protegía. Casi no había dado ni dos pasos fuera de la espesura, cuando sonó un disparo, y aunque no llegó a escuchar el agudo silbido del proyectil, sí oyó claramente su choque contra un árbol cercano.

Retrocedió en busca de la protección de los árboles más gruesos. En dos ocasiones había ofrecido un blanco a su enemigo, sin ver siquiera al tirador. Notó que comenzaba a bullirle la sangre. Era irritante aquel maldito juego, en que se exponía a ser atravesado por una bala en el momento más insospechado; y por absurdo que fuese todo aquello, no dejaba de ser éticamente serio. No podía simplemente disparar al aire y terminarlo todo con un simulacro, como en los antiguos duelos. Aquella caza mutua sólo terminaría cuando cayese alguno de los dos adversarios, y tardar demasiado en capturar al contrario era como darle facilidades para ser él el capturado. No podía dejarse arrastrar por falsas ilusiones. Tudor se había convertido en el mismísimo demonio al hacerle aquella propuesta. Pensando de aquel modo, Sheldon caminó cuidadosamente en la dirección de donde había salido el disparo.

Cuando llegó hasta el lugar se dio cuenta de que Tudor se le había escapado, dejando con la huella de sus pies el sendero por el que había en medio de la plantación. Diez minutos más tarde, Sheldon creyó ver una sombra de su enemigo, que se cruzaba delante de él a cien yardas en dirección contraria. Preparó su arma con intención de apuntarle, pero su contrincante ya había desaparecido. Por puro capricho, y sin esperar ningún resultado, extrajo el revólver de su cinto y, riéndose de sí mismo, disparó rápidamente ocho tiros en la dirección de la sombra. Se agachó y se recostó contra el tronco de un árbol, mientras limpiaba la recámara de la pistola y le metía otro cargador, para que no le pillase desprevenido.

Casi al instante, Tudor le devolvió el saludo, y ocho balas fueron a incrustarse en los árboles o rebotaron contra ellos. El último de aquellos disparos hirió de rebote a Sheldon en la frente. Durante un momento quedó aturdido por el impacto, aunque lo único que le ocurrió fue que le salió un enorme chichón.

La caza proseguía. En sus rodeos, Sheldon llegó hasta el final de la espesura, muy cerca del *bungalow*, y vio a los criados situados frente a la galería, mirando curiosos hacia la selva, riendo y hablando con voz estridente. También se encontró con un grupo de trabajadores negros encargados de arrancar la hierba. Sabían lo que estaba pasando, pero les resultaba indiferente que aquellos dos blancos locos se mataran, y si les importaba en algo, se cuidaban mucho de decírselo al amo. Éste les ordenó que se alejasen de allí, para que no fuesen heridos accidentalmente, y siguió persiguiendo a su oponente.

Cansado de tanta vuelta, intentó avanzar en línea recta hacia su contrincante; pero Tudor resultó ser demasiado listo y aprovechó aquella osadía para dispararle dos nuevos tiros antes de huir inmediatamente, cambiando de dirección. Por espacio de una hora, ambos se esquivaron constantemente, avanzando y retrocediendo, yendo de un sitio a otro, y disparándose entre las filas de palmeras. A veces se veían y se disparaban inmediatamente, aunque sin resultado. Acechando de aquella forma, Sheldon se encontró un escondite, admirablemente protegido por un tronco y que ofrecía además la seguridad de un alto matorral, en el que Tudor parecía haber descansado para fumar un cigarrillo. La hierba aplastada señalaba el lugar en donde se había sentado. Al lado se veía la punta del cigarro y la hierba chamuscada. También vio unas brillantes limaduras metálicas, cuyo significado adivinó. Tudor había mellado la punta de acero de las balas, o la había aplastado levemente, para que hiciesen más estragos al herir. Con aquella argucia, había transformado las balas en mortíferos proyectiles «dum-dum», prohibidos en las guerras modernas. Sheldon sabía muy bien lo que le pasaría en el caso de que resultase alcanzado

por uno de aquellos proyectiles. La herida tendría un pequeño círculo de entrada, pero haría tantos estragos por dentro que, al salir, le dejaría un agujero del tamaño de un puño.

Decidió dejar la persecución y se tumbó sobre la hierba, protegido por los árboles a ambos lados, y dominando completamente la senda. Allí podría esperar pacientemente a su rival. O Tudor se le acercaba, o no acabarían nunca. Secó el sudor de su frente, y se anudó el pañuelo, para protegerse de las molestas picaduras de los mosquitos que zumbaban sobre la hierba. Nunca se había sentido tan molesto por eso que Joan llamaba «una aventura». De hecho, cuando ella se vestía con el sombrero «Baden Powell» y con su revólver de gran calibre, a Sheldon le resultaba detestable. Y aquel nuevo visitante había decidido llevar su pasión aventurera hasta el extremo de convencer a un pacífico plantador para que se jugase la vida en un diabólico duelo entre lo más intrincado de la espesura, obligándole a actuar de forma humillante y absurda. Pero si alguien odiaba aquellas aventuras, ése era Sheldon, y en especial en ese momento, en que sudaba en medio de la hierba y se dedicaba a aplastar mosquitos mientras no le quitaba ojo a la senda que se extendía por delante y por detrás.

De repente apareció Tudor frente a él. Caminaba justo en dirección a su escondite, mirando recelosamente hacia ambos lados, antes de avanzar con decisión. Ofrecía un blanco perfecto, justo de frente y a una distancia inferior a doscientas yardas. Sheldon le apuntó justo al pecho pero, meditando lo que hacía, decidió desviar su puntería hacia el hombro derecho. Convencido de que aquello le pondría fuera de combate y terminaría con el duelo, apretó el gatillo. La bala hirió a Tudor con tanta fuerza que le hizo girar sobre sí mismo antes de caer derribado.

—Espero no haber matado a ese miserable —masculló Sheldon, incorporándose y corriendo hacia el herido.

Pero no había dado ni veinte pasos, cuando le quitó sus dudas el propio Tudor, utilizando su mano izquierda para coger su pistola y disparar una ráfaga de tiros contra él. Sheldon se parapetó tras un árbol, contando los disparos. Cuando sonó el octavo se abalanzó sobre el herido, le arrebató el revólver y, arrodillándose junto a él, le sujetó.

—Estése quieto. Ha caído en mis manos y es inútil que se resista.

Tudor se removió en un intento desesperado por librarse de él.

—Le he dicho que se esté quieto —ordenó Sheldon—. Me vale con esto, y también debería valerle a usted. Dése por vencido y asunto concluido.

Tudor aceptó a regañadientes.

—Estos modernos duelos son realmente divertidos, ¿no es cierto? —le preguntó Sheldon con una sonrisa burlona, mientras el herido se movía trabajosamente—. Si hubiese continuado oponiendo resistencia, le habría restregado la cara contra el suelo. Todavía me quedan ganas de hacerlo, para enseñarle de una vez que los duelos están pasados de moda. Ahora examinemos sus heridas.

—Sólo tengo una—dijo Tudor desafiante—; producida por una emboscada, como si fuese usted un...

—Un salvaje. Estoy de acuerdo, amigo mío —dijo Sheldon. Y poniendo punto final a sus burlas, añadió—: No se mueva hasta que mande a algunos criados en su búsqueda. Su

herida no es muy grave, gracias a que no he utilizado las mismas balas que usted. Si le hubiese alcanzado con uno de sus proyectiles, podría pasar a caballo por el agujero que le habría abierto. En lugar de eso, le he dejado un pequeño orificio, un tiro limpio, que sólo necesitará ahora para sanar algunas compresas antisépticas durante tres o cuatro semanas. De modo que quédese quieto y enseguida llegará la camilla para recogerle.

28. RENDICIÓN

Sheldon se tropezó con Joan, que le esperaba en la entrada del patio. Le dio la impresión de que estaba contenta. La joven, por su parte, ni siquiera intentó disimular la satisfacción que le producía encontrarse con él.

—¡Cómo me alegro de verle! —exclamó—. ¿Qué ha pasado con Tudor? Los últimos tiros que escuché sonaron algo sombríos. ¿Eran suyos o de él?

—¿De modo que lo sabía? —preguntó Sheldon fríamente—. Pues bien, eran de Tudor; y han sido realmente sombríos, porque disparaba con la izquierda. Está tirado sobre el sendero, con un agujero en el hombro. —Y añadió, mirándola fijamente—: Quizá haya frustrado sus esperanzas.

—¿A qué se refiere?

—A que no le he matado.

—Pero yo tampoco quería que lo matase, sólo porque me besó.

—¿Quiere decir que él la besó? —preguntó Sheldon sorprendido—. Creí que le había hecho daño en el brazo.

—Bueno, si llamamos beso al que se da por sorpresa en la punta de la nariz —confesó Joan, recordándolo con una sonrisa—. No; eso ya me lo pagó con la fenomenal bofetada que le di inmediatamente. Pero también me hizo daño en el brazo. Vea el moratón.

Se subió la manga de la camisa y mostró la marca de los dedos.

En aquel instante, varios negros aparecieron de entre los árboles, trayendo al herido en una camilla.

—Muy romántico, ¿no le parece? —dijo Sheldon siguiendo la mirada de la muchacha—. Ahora tendré que hacer de cirujano. Son sorprendentes los duelos del siglo XX. Primero hiere usted al individuo, y después tiene que darse prisa en taponarle la herida.

Se hicieron a un lado para dejar pasar la camilla, y Tudor, que había alcanzado a escuchar las últimas palabras, se incorporó a medias apoyándose en su brazo izquierdo:

—Si le hubiese acertado con una de mis balas, no habrían podido taponar la herida ni siquiera con un plato.

—¡Canalla! —exclamó Joan—. Disparaba balas estriadas.

—Estábamos los dos de acuerdo —se defendió Tudor—. Podríamos haber utilizado dinamita, incluso, si hubiésemos querido.

—Es verdad —reconoció Sheldon—. Estaban permitidas toda clase de armas. Yo me había tumbado en una zona de la hierba desde donde no podía verme, y desde aquel es-

condite arreglé sus cuentas de la forma más noble posible. Todo esto pasa cuando hay mujeres en la plantación. Y ahora espero que nos queden todavía vendajes y antisépticos. Se trata de una operación delicada, y lo mejor será que me lea qué es lo que conviene hacer en estos casos, antes de abrir.

—Yo no me considero culpable de lo ocurrido —dijo Joan—. No pude impedir que me besara, porque nunca pensé que lo intentaría.

—No nos batimos por eso, ni tampoco podemos perder el tiempo en explicaciones. Mientras prepara usted las compresas, yo echaré un vistazo a mi libro de medicina, en el apartado de «Heridas por arma de fuego», y veré qué puedo hacer.

—¿Se está desangrando acaso? —inquirió la joven.

—No; creo que la bala no ha tocado nada importante. Pero podría haberlo hecho.

—Entonces lo mejor es que esperemos al Apostle, que está al llegar, y es casi seguro que con él vendrá el doctor Welshmere. Acomodemos a Tudor lo mejor posible. Lo más adecuado es que lo tumbemos sobre su cama, bajo el mosquitero, y que zarpe enseguida un bote para avisar al doctor Welshmere de que traiga su maletín.

Una hora después, tras haber llegado el Apostley desembarcado el doctor, el paciente ya estaba curado de sus heridas. Más tranquilo, decidió regresar a bordo, prometiendo volver para la cena. Joan y Sheldon le vieron marchar desde la galería.

Jamás hablaré mal de ningún misionero, después de ver lo que hacen en las Islas Salomón —musitó Joan, dejándose caer sobre la silla plegable.

Se quedó mirando a Sheldon y comenzó a reír.

—De acuerdo —dijo él—. Reír es lo más adecuado en estos casos. A mí me daban ganas de hacerlo mientras me emboscaba como un demente para matar a mi huésped.

—Todavía no me ha dicho por qué se han batido.

—Por usted —respondió Sheldon escuetamente.

—¿Por mí? Pero si acaba de decir lo contrario.

—No me refiero a la ofensa del beso —dijo Sheldon mientras paseaba por la galería, y terminaba apoyándose en la barandilla, frente a ella—. Pero se trataba de usted, y lo mejor será que lo sepa. Recuerde que hace tiempo le avisé de que pasaría algo así, cuando decidió ser mi socia. Bueno; lo cierto es que circulan habladurías por toda la costa, y Tudor decidió insistir en recordarme esas habladurías. Ya ve usted lo inconveniente que es que siga usted aquí. Sería mucho mejor que se fuera.

—Pero es que yo no deseo irme —respondió con firmeza Joan.

—Entonces será mejor que busque una mujer de compañía.

—¡No! ¡Me niego a tener una mujer de compañía! —¡Espero que no querrá usted que me bata a tiro limpio con todos los marineros de las Islas Salomón que me vengan con estas murmuraciones! —insinuó con gesto sombrío.

—Tampoco. Le diré lo que podemos hacer: casémonos, y acabemos así con todas las murmuraciones.

Sheldon la miró estupefacto, y habría pensado que se reía de él, de no ser por el rubor que inmediatamente se adueñó de su hermoso rostro.

—¿Quiere usted decir?... —preguntó Sheldon— ¿Se refiere a ...? ¿Y por qué ahora?

—Para cerrar de una vez por todas esas bocas malintencionadas que se abren por toda la costa. Es un buen motivo, ¿no le parece?

La tentación era demasiado grande como para hacerle titubear, pero en aquel instante se renovó en su interior todo el enfado que acababa de sentir, mientras permanecía tumbado en la hierba, aplastando mosquitos con la mano y maldiciendo aquella denigrante aventura.

—No es un mal motivo —respondió—; pero no deseo casarme con usted por motivos de conveniencia.

—¡Es usted grotesco! —exclamó Joan con uno de sus antiguos ataques de furia—. Me habla de amor contra mi voluntad, anda cabizbajo durante semanas, por toda la plantación, sólo porque no le correspondo. Mirándome como un bobo cuando piensa que estoy distraída y no lo noto, a pesar de que siempre estoy deseando sus miradas, se queda embelesado mirando el clavo donde cuelga el cinturón de mi pistola, se bate por mi causa..., y cuando le digo que me voy a casar con usted, se digna rechazarme.

—No conseguirá que me sienta más ridículo de lo que ya me siento —aseguró Sheldon preocupado—. Si su novela romántica dice en el último capítulo que debe haber un duelo por la muchacha, y que ésta se terminará arrojando en brazos del vencedor, no voy a ser tan estúpido que lo acepte sólo por eso.

—Pensé que se apresuraría en aceptar—confesó Joan ingenuamente.

—Es obvio que encaramos el amor de forma diferente —replicó Sheldon—. Yo deseo que una mujer se case conmigo por amor a mí, y no por una admiración romántica a la suerte que he tenido de perforar la piel de un hombre, y no de ser yo el perforado. Le aseguro que esta aventura me ha hecho sentir un profundo desagrado, ya que la considero algo indigno de cualquier hombre. La he vivido confusamente. Tudor es un buen ejemplo del típico aventurero..., pendenciero, y obstinado como un simio en pelear conmigo «a muerte», como él decía.

Joan se mordió los labios, y aunque su mirada se mantuvo serena, la rabia se pintaba en su encendido rostro.

—Muy bien, si no desea casarse conmigo...

—Sí que quiero—atajó Sheldon.

—¿Quiere?

—¿Es que no es capaz de entender, criatura, que lo que yo quiero es que me ame? —se apresuró a afirmar—. No ansío que nuestro matrimonio sea un matrimonio a medias. No deseo que se case únicamente para que se callen las malas lenguas, ni por motivos absurdos o románticos. No, yo no la quiero... de ese modo.

—¡Oh!, en ese caso —dijo Joan con aquel gesto burlón contra el que Sheldon habría comenzado a despotricar gustoso—... en ese caso, ya que acepta mi oferta, permita que le

haga algunas observaciones. En primer lugar, no me parece bien que desprecie las aventuras aquel que las está viviendo; y usted se encontraba en medio de una, completamente derrotado por la fiebre, solo y en manos de doscientos caníbales que sólo deseaban su muerte. Entonces aparecí yo...

—En efecto, apareció usted surgida de un temporal, después de un naufragio, desembarcando en medio de un grupo de tahitianos, y entrando decidida en mi casa con sus botas de mar y su pistola colgada del cinto... De acuerdo, estoy preparado para admitir que eso es precisamente la mayor de las aventuras.

—En ese caso, todo es únicamente un caso de aritmética, o lo que es lo mismo, la suma de dos aventuras: la suya y la mía. De modo que queda demostrada una cosa: que no debe usted reírse de las aventuras. Por otro lado, tampoco considero que haya ni siquiera vestigios de romanticismo en el intento de Tudor de besarme, ni nada que se parezca a una aventura en ese estúpido duelo. Sin embargo, sí me parece de lo más romántico el hecho de que usted se haya enamorado de mí. Y por si quiere llegar todavía mas lejos en ese romanticismo, escuche: ¡Te amo, Dave!...

La exclamación fue una especie de suspiro ahogado por el abrazo de Sheldon, que la atrajo hacia sí y la estrechó contra su pecho.

—Y no te amo por la locura que has hecho hoy —susurró, con la cabeza inclinada sobre el hombro del amante—. Los blancos no deberían matarse nunca.

—Entonces, ¿por qué me amas? —la interrogó Sheldon, incapaz de sujetar, como todos los enamorados, la curiosidad y el deseo de satisfacer la pregunta esencial.

—No lo sé... Supongo que... porque te amo —confesó Joan—. Fue lo único que me dijiste cuando tuvimos aquella conversación de hombre a hombre. Pero llevo semanas amándote..., desde el momento en que comenzaste a mostrarte tan discretamente celoso de Tudor.

—Sigue, Joan —pidió Sheldon sin aliento, al hacer ella una pausa.

—Te veneraba pensando si algún día serías capaz de romper el silencio, y todavía te quería más porque callabas. Eres igual a mi padre y a Von. Puedes guardar en tu corazón lo que no es conveniente decir. No eres un loco.

—Todavía no, gracias a Dios.

—Pues también te amo por eso. El tiempo pasaba y temía que no hablases. Y ahora que vengo a ofrecerte, me rechazas.

Con sus manos sobre los hombros de la joven, la mantuvo a distancia y la miró a los ojos, como si un río de felicidad lo traspasara, y sin bajar los párpados cuando ella le devolvió la mirada. Entonces la atrajo nuevamente hacia sí, con profunda ternura.

—¿Y el hogar y el caballo que dejaste en tu tierra?

—Casi he renunciado a ellos. Esta choza es también mi hogar, y la *Martha* es mi caballo... También he plantado muchos árboles, y maíz. La culpa es tuya, además. Nunca te habría amado, si no me hubieses contado tus sentimientos.

—Ahí llega el *Nongassla* —dijo Sheldon—. A bordo viaja el Comisario, que se dirige a San Cristóbal para saber cómo fue el asesinato de la misión. Tenemos suerte.

—No sé a qué te refieres —dijo Joan confusa, pensando que Sheldon intentaba cambiar de tema—. Necesitamos toda la tarde para hablar de muchas cosas. Tengo que hacerte mil preguntas, y te aseguro que esta vez no será la nuestra una conversación entre hombres.

—Mi idea es mejor que todo eso —aseguró Sheldon—. Acabo de darme cuenta de que el Comisario es el único que puede autorizar nuestro matrimonio. Ya ves si tenemos suerte. Y encima tenemos ahí al misionero Welshmere, que podrá realizar nuestra ceremonia. Esta noche podremos casarnos.

Joan se zafó de su abrazo, retrocediendo asustada. Sheldon comprendió que realmente tenía miedo.

—Es que yo... creí que... —tartamudeó la joven.

Y entonces una ola de rubor cubrió sus mejillas. Sus ojos serenos y de tranquila mirada se vieron desbordados por una intensa emoción que le impedía sostener la mirada del hombre, mientras avanzaba al refugio de sus brazos, diciendo casi en un suspiro:

—De acuerdo, Dave; estoy dispuesta.